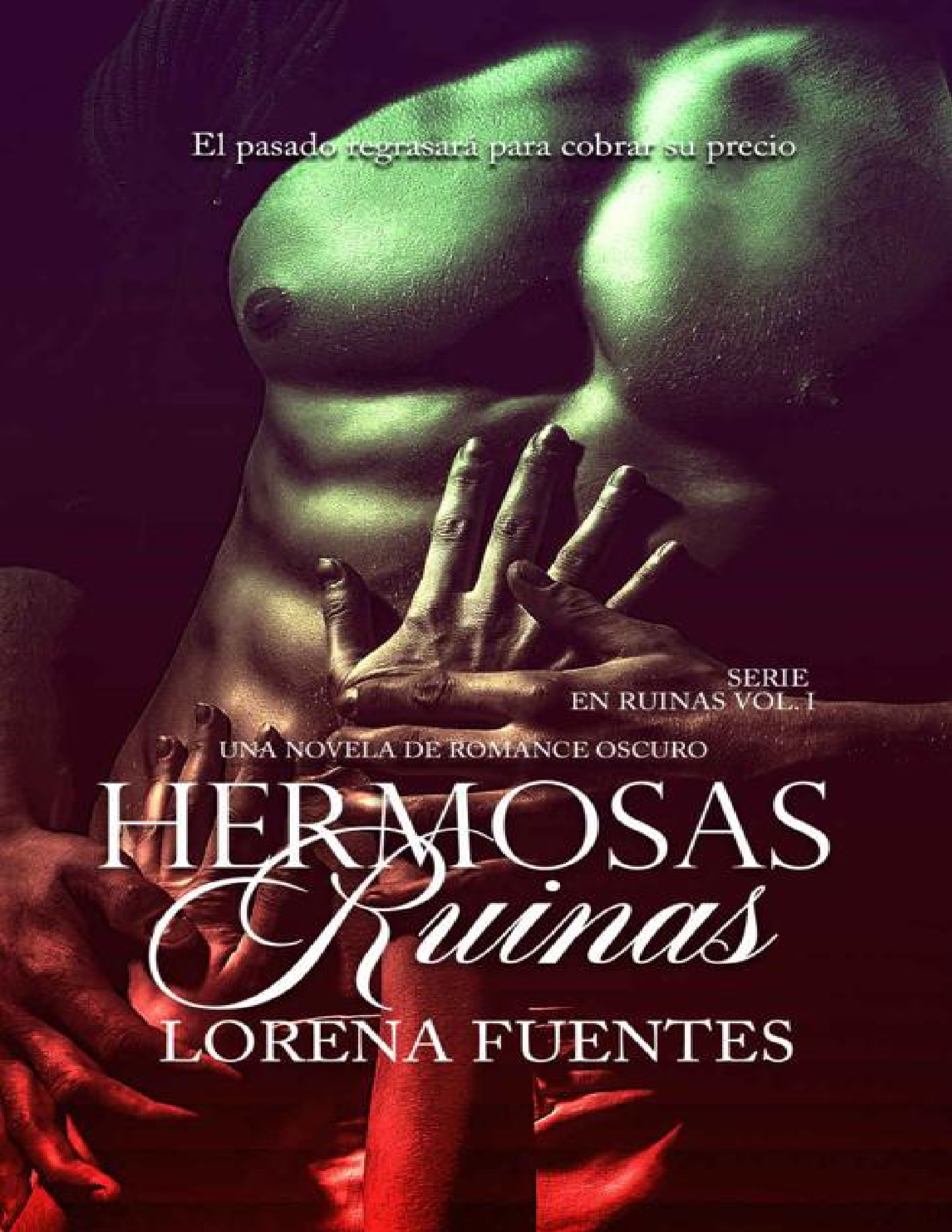

El pasado regresará para cobrar su precio
SERIE
EN RUINAS VOL. I
UNA NOVELA DE ROMANCE OSCURO
HERMOSAS
Ruinas
LORENA FUENTES

HERMOSAS RUINAS

El pasado regresará para cobrar su precio.

LORENA FUENTES

Lorena Fuentes
HERMOSAS RUINAS
Primera edición: Octubre 2023
ISBN: 9798343883268
Diseño de cubierta e interior: Lorena Fuentes
Imágenes de la portada:Todos los derechos a AdobeStock
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

Tabla de contenido

Nota de la autora
Playlist de Declan y Deirdre
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Libros:

Nota de la autora

Querido lector:

Si esta es la primera vez que vas a leer uno de mis historias de dark romance, te recomiendo que te detengas y consideres hacerlo. Debido a que este libro contiene temas bastante sensibles como violación, maltrato, violencia y manipulación, por lo cual su contenido es moralmente cuestionable.

La historia de Declan y Deirdre está llena del dolor de un pasado que los marcará y te hará pensar sobre lo bueno y lo malo. No estoy romantizando a un villano, solo intento demostrar que los corazones más oscuros pueden amar.

Esta es una historia para mayores de 21 años, por los temas que toco.

Con amor
Lorena Fuentes



Para todas esas lectoras
que aman a los villanos.
En especial para Lupe, Glory y Yen.

“La historia de los villanos es mucho más entretenida que la de los héroes,
porque los monstruos no nacen, son creados”
Felur Dupont

Playlist de Declan y Deirdre

Estas son las canciones que escuché en repetición mientras escribía la historia de Declan y Deirdre.

I Adore You- Goldie
Attetion- Charlie Puth
To Love Someone- Benson Boone
Half A Man- Dean Lewis
Loml- Taylo Swifts
Until I Found You- Stephen Sanchez
Beautiful Thing- Benson Boone
Be More- Stephen Sanche
Crazy In Loven- Beyoncé
Femme Fatale- Nikki Idol
Love is a Bitch- Two Feet
Time- Leowolf
Lost- Oryl
Criminal- Leowolf
Go The Hell- Nikki Idol
I Know You- Shaylar Grey
I Love You- Billie Eilish
Dangerous Hand- Austin Giorgio
My tear ricochet- Taylor Swift
No Mercy- Austin Giorgio
It Will Rain- Bruno Mars
Only Love Can Hurt Like This- Paloma Faith
Love Too Much- Keane
How Can I Tell You- Christian Padovan
Unchained Melody- Elvis Presley

Puedes escucharla aquí

https://open.spotify.com/playlist/7uuOnlvB6IZmuPqlpoTmFO?si=483bb8a107e94003

Prólogo

Declan

La madrugada del 28 de noviembre de 1999…

Se escuchan los gritos de mi madre, mientras el bastardo de mi tío, Liam Kavanagh la viola frente a mis ojos. Mi padre yace muerto en el suelo de nuestro salón; con un solo disparo en su sien él se fue de este mundo. La vida es efímera y en el nuestro, muchas veces puede ser corta. Sus ojos azules sin vida están fijos en mí. «*Papá…*», cierro los míos por unos segundos intentando grabar su imagen y así vengarlo.

Arthur Kavanagh, ese era su nombre, era el jefe de la mafia irlandesa. Dentro de la ciudad de Dublín nadie se atrevía a traicionarlo y mucho menos meterse en nuestro territorio, hasta esta noche. Por años el clan Kavanagh ha gobernado una de las ciudades más importantes de Irlanda y el país entero.

Estoy atado a una silla, mientras el hijo de perra de Liam golpea a mamá y la ultraja. Esto es lo más horrible que puede ver un hijo. Sus gruñidos me revuelven el estómago y las náuseas emergen como un enemigo silencioso. Todo en mí se rompe, crecí en una familia normal, aunque sé que mi padre era un criminal y próximamente yo me convertiría en uno.

—Te voy a matar —lo amenazo—. Si me dejas vivo, es mejor que te escondas.

Se corre dentro de mi madre con un gruñido y ella gira su rostro avergonzado, mientras que mi tío se levanta y se mete la polla dentro de sus pantalones, me toma del cuello y me ahorca. No puedo luchar contra él porque dobla mi peso, me muevo histérico mientras intento zafarme de su agarre. Me suelta, busco aire desesperado y en un impulso le escupo el rostro.

Veo por el rabillo del ojo derecho volar su puño. Impacta en mi mandíbula. Uno, dos, tres, golpe, golpe y golpe, escucho los gritos histéricos de mi madre mientras le ruega que no me mate. Sin embargo, el maldito tiene un objetivo y ese soy yo. Necesita que muera; si me deja vivo, los hombres de mi padre me cuidarán hasta sanar mis heridas y me convertirán en un asesino. Voy a sobrevivir, lo voy a cazar y hacerle pagar por su traición. A los ocho años, observé el primer asesinato y mi inocencia se esfumó para siempre. En el mundo disociado dónde vivo, creen en el amor y en el odio, en la venganza y en el pago por la traición, que es la sangre de quienes más amas.

—Tenía que ser yo, tenía que ser yo —repite fuera de sí.

Sus golpes ya dejaron de doler, en el momento que mi papá murió y me obligó a ver cómo violaba a mi mamá, una y varias veces.

Los primeros rayos del sol comienzan a colarse en la habitación, mientras sus puños me extraen lo poco que me queda de alma. No puedo creer que me haga esto, no cuando mi papá siempre puso a la familia primero y le perdonó todos sus errores. Su puño se estrella contra mi sien; todo se vuelve negro, escucho la voz de mi madre por última vez llamándome con dolor.

*****

La mujer gritaba mientras pujaba con fuerzas, al mismo tiempo que Fiona la ayudaba, sin

embargo, la pequeña venía sentada. El esfuerzo era mucho para la chica. Aine se había apagado con la muerte de Edward. Con tan solo dieciocho años, embarazada y sin un futuro, sus padres la obligaron a dejar Edimburgo, para que nadie se enterara del desliz.

Amar la había destruido. Se había enamorado de un hombre con un pasado oscuro, un mafioso, y le entregó su virginidad, su corazón y todo lo que era.

Con cada contracción, la vida se le escapaba lentamente, mientras que luchaba para que su hija naciera. Soñaba con quedarse en aquel pequeño pueblo lejos de la vida lujosa y de sus padres controladores. Deseaba compartir con su princesa un mundo lleno de amor, solo que en el fondo sabía que nada de eso podía ser. Odiaba a Edward por abandonarla, por luchar una guerra contra alguien que deseaba asesinarlo. Él no disfrutó a su lado el embarazo. Durante ocho meses imaginó que si hubiese estado vivo, se la hubiera llevado lejos y en ese momento estarían compartiendo el nacimiento de la pequeña juntos.

—Un poco más, voy a intentar voltearla, vamos, Aine —le pidió Fiona.

—¡Joder, duele! —gritó rechinando los dientes.

—Puja, Aine, puja con fuerza… —ordenó la anciana.

Aine respiró hondo y con todo el esfuerzo pujó.

—La tengo…

Cayó sobre la almohada, su corazón latía apresurado esperando el llanto del bebé.

—¿Por qué no llora? —preguntó llorosa—. ¿Por qué no llora?

En ese instante, un alarido desgarrador partió el silencio, mientras la niña sollozaba con una fuerza que sacudía el aire. La partera se acercó; se la entregó a la madre, que sonrió débilmente al tenerla entre sus brazos. La cabecita estaba salpicada de cabello rojo. *«Como él»*, pensó.

—Deirdre —musitó—. Deirdre O’Brien…

La vida y la muerte se entrelazaron en ese instante. Mientras la niña emitía su primer grito, Aine se despedía del mundo. La partera, testigo de tan cruda realidad, tomó a la pequeña entre sus brazos. El nombre de la bebé, una promesa de futuro, resonaba con ironía en la habitación donde la esperanza se había apagado. Aquel nombre era un mal presagio. Deirdre significa *"corazón roto"*. Se asocia a una figura trágica de la mitología irlandesa. Deirdre era hija del bardo Fedlimid mac Daill. Cuando aún estaba en el vientre de su madre, durante un festín en la corte del rey Conchobar mac Nessa del Úlster, se escuchó un grito desgarrador que hizo a los caballeros pelear entre sí: provenía de la propia Deirdre. El gran druida Cathbad profetizó que sería una muchacha de una belleza perturbadora, de largas trenzas rojizas enroscadas e hipnóticos ojos verde-grisáceos, pero que su belleza estaba maldita: reyes y señores irían a la guerra por ella y los tres mejores guerreros de Úlster serían exiliados por su culpa.

La bebé, con su cabello rojo como el fuego lloraba en brazos, recordándole a su hijo. Miró a la joven madre, su rostro sereno en la muerte. Con voz suave, le prometió:

—Aine, mi niña, te prometo que cuidaré de tu pequeña. La criaré con todo mi amor, como si fuera mi propia hija. Algún día le contaré historias sobre mi hijo y de ti, sobre el amor que se tuvieron. Cuando sea mayor, sabrá que su madre la amó más que a nada en el mundo.

Fiona besó la frente de Aine y luego se fijó en Deirdre. La pequeña abrió los ojos y la miró con curiosidad. Fiona sonrió y la acunó en sus brazos.

—Bienvenida al mundo, Deirdre —susurró—. Tu madre te ama. —Deseaba llorar—. Tú y yo estaremos toda la vida juntas. Cumpliré mi promesa, Aine, cumpliré mi promesa.

Fiona había prometido a la joven que yacía muerta en la cama que, si algo llegara a sucederle, no dejaría a la pequeña sola, que la protegería de los padres de ella y llegado el

momento le contaría la triste historia de amor de los suyos. Fiona era la madre de Edward y sabía lo que sería de la niña si se sabía que era la hija del difunto jefe del clan O'Brien. Su familia estaba ayudando a destruir al clan Kavanagh; ellos gobernaban con mano de hierro todo el país y la pequeña que estaba en sus brazos era una pieza clave para la mafia irlandesa. Cuidaría a su nieta con su propia vida.

Capítulo 1

Deirdre

31 de octubre de 2017

Odio Halloween, odiaba el maldito internado donde estudié en Dublín, odiaba mis malditas compañeras y odio todo lo que tiene que ver con mi familia. Crecer en una casa donde te culpaban por los errores de tus padres es la peor pesadilla que puedes experimentar en la realidad. El amor puede destruirte, puede llevarte a la muerte, como a *Romeo y Julieta;* no es ficción. Realmente sucedió en la ciudad de Verona, aunque Shakespeare exageró un poquito. Dos adolescentes se suicidaron por estar enamorados. Nunca voy a enamorarme, me lo prometí cuando mis abuelos me contaron la razón por la que soy huérfana.

La huérfana O'Connor, así me apodaban las perversas niñas desde que llegué al internado. Mis abuelos son unos *snob*s de mierda, que creen que por tener dinero son más que todos. Pertenecemos a un clan milenario, ellos son condes, tenemos destilerías, *blah, blah, blah,* solo son patrañas y prejuicios. Toda mi vida la he pasado entre gente que le importa más el dinero que las personas. Este es mi último día en Dublín, porque me iría a Boston a estudiar. Ellos imaginan que serán cuatro años descansando de mí y yo lo veo como mi boleto de escape. Estoy decidida a no volver nunca más a Irlanda. Así que acepté la invitación de la única persona en el mundo que me hacía sonreír, además de Fiona, mi dulce niñera. Termino de ajustar las orejas, pongo los ojos en blanco cuando me veo frente al espejo y resoplo. Al parecer soy una conejita *Playboy*. Mi cabello rojo, sí; casi todos los irlandeses son pelirrojos. No obstante, mi cabello muchas veces me hace recordar las llamas danzantes de una fogata, mis ojos verdes grisáceos y las pecas, como las detesto, no me hacen ver sexi. Me siento ridícula con este atuendo.

—¡Aidan! —grito.

Mi mejor amigo asoma su cabeza y sonríe. Aidan Brennan es lo único bueno que me regaló Dublín, mi vecino, amigo, compañero de primaria y, ahora, compañero de fiestas por única vez.

—Seré el más envidiado de la fiesta —me halaga entrando disfrazado de Hugh Hefner.

Pongo los ojos en blanco por su comentario. Aidan sabe que me voy mañana en la noche y que he escapado de la casa de mis abuelos para ir a la fiesta del Día de Brujas en un hotel. Al parecer toda la ciudad estará ahí. Ironías de la vida, mientras él se muere por estar ir a divertirse, yo solo voy porque quiero vivir. Deseo olvidarme de mi miserable vida, ya que estaré para siempre lejos de este maldito lugar. Me prometí que haría de esta noche algo memorable.

—Vámonos antes de que me arrepienta —ordeno con una sonrisa.

—Dei —me llama por el diminutivo de mi nombre—, haremos de esta la mejor noche del diablo.

Estoy poco convencida de que sea así. La noche de *Halloween* normalmente las personas la usan como excusa para sacar sus más bajos instintos. En el campo juegan con la magia, mientras que en las ciudades es la decadencia la que reina. Alzo mis hombros y él sonríe. Salimos de su habitación, riéndonos de un comentario que ha hecho sobre mi cola de conejo. Antes de salir me

coloco el abrigo; aunque estamos en otoño, las temperaturas en Dublín han bajado muchísimo. Siempre me he privado de este tipo de diversión, además, mis abuelos se oponen, con miedo de que la historia se repita y muera dando a luz como mi madre.

Mamá, el tema tabú de mi casa, ni Fiona me habla de ella o de mi padre; es como si de alguna manera fuera un tema escabroso. Mi nombre es signo de mal augurio. Todos me han condenado a tener el corazón roto y me da igual, porque con casi dieciocho años no he conocido a ningún hombre que me robe el aliento.

Al llegar, la fila para entrar es extremadamente larga, automáticamente bajo la mirada a mis tacones y maldigo mentalmente. No estoy preparada para estar de pie tanto tiempo. Soy una chica de zapatillas deportivas, de vaqueros desgastados, camisetas y cazadoras de cuero, no de tacones y vestidos.

—Ven —me pide Aidan.

Nos saltamos la fila y me quedo mirando avergonzada a todas las personas. Algunos saludan a mi mejor amigo como si fuera una celebridad. Nos detenemos frente a un hombre de dos metros de alto y que parece un gorila. Está en la entrada vigilando, le echa un vistazo a Aidan, termina haciendo un pequeño gesto con su cabeza y nos deja pasar, así tan fácil.

—¿Me puedes explicar cómo lo haces? —inquiero.

—Conociendo a la gente correcta.

Por nuestro círculo social se corre que la familia Brennan es parte de la *Irish Mob.* La verdad es que no lo creo. El señor Brennan me parece muy respetable y ni hablar de la dulce señora Iris, no son personas que lastimarían a alguien o cometen delitos. Lo sé porque llevo años entrando a la casa de los Brennan, porque Aidan es el amigo indeseado en mi casa, así que simplemente se ha convertido en el deseado por mí. Nos acercamos a la barra para pedir unos tragos. Me quito el abrigo y siento que todos me observan, pero lo ignoro. Me sorprende cuando algunas personas se acercan a saludar a mi mejor amigo y él me presenta solo a pocos, mientras que a otros solo le regala un pequeño gesto. También ignora a algunos. En ese instante, por los altavoces del local comienza a sonar *Chandelier* de Sia. Me encanta esa canción. Emocionada por poder disfrutar sin ser juzgada o comparada con alguien que está muerta, decido ir a la pista de baile llevándolo a arrastras conmigo.

Aidan sonríe y bailamos. Coloca sus manos en mi cadera para pegarme a su cuerpo. Por primera vez, respiro aires de libertad. Comienzo a moverme entre sus brazos mientras la música suena. Toda la atmósfera crea dentro de mí una sensación de felicidad. Todo está saliendo como lo deseo. Mañana a esta misma hora estaré cruzando el océano Atlántico para nunca más volver. La canción termina y sigue otra; otra más. Nuestros cuerpos se mueven al unísono de las melodías; el sudor corre por mi piel mientras sus manos me sujetan contra él. No quiere dejarme ir y me dolerá dejarlo atrás. Los dos sabemos que necesito alejarme de mis abuelos. Comenzar a vivir sin que tenga que pagar por los errores de mi madre.

—Quédate, Deirdre —susurra en mi oído, el calor de su aliento me eriza la piel—. Quédate conmigo.

Niego con mi cabeza y me giro entre sus brazos. Las luces nos alumbran y puedo detallar su hermoso rostro y quiero acariciar su frente, para que desaparezcan los pliegues de su frente que aparecen solo cuando está molesto. Su mirada azulada se fija en mis labios. Aidan es diferente a todos los chicos de nuestra edad. Posee un halo de oscuridad y una sonrisa que es capaz de enajenarte los sentidos. Sé que no entiende que la única manera de encontrar mi camino es alejándome de lo que me hace infeliz.

—Sabes que no puedo —respondo.

Derrotado por mi negativa, me atrae hacia su cuerpo, al mismo tiempo que una nueva canción comienza a sonar. No la conocía, pero la chica le prometía al chico que caminaría sobre el fuego por él. Un hombre se acerca a nosotros, le susurra algo al oído de Aidan y él asiente en respuesta. Respiro hondo alejándome de él, pero me toma de la muñeca y me lleva con él hasta otra zona que intuyo es la *vip*.

—Mi primo está aquí, quiere verme —me explica—, serán solo unos minutos, ¿te importa quedarte aquí?

—No, ve, te espero en la barra —acepto.

Me doy vuelta para irme, sin embargo, me detiene tomándome del codo, giro mi rostro y me fijo en su mirada azul que se ha llenado de miedo. Niega con su cabeza y alzo una ceja expectante, no entiendo porque no me deja ir.

—Quédate aquí —ordena.

—¡Aidan! —lo llaman y mi amigo chasquea su lengua en señal de fastidio.

—Ve, voy a quedarme aquí —acepto.

Se acerca y me da un beso en la frente. Desde que comenzó el verano algo ha cambiado en él. Sé que le gusto, me lo ha confesado, sin embargo, últimamente lo veo retraído, casi nunca está en casa y no podemos compartir los días de vacaciones como en años anteriores. Se aleja dejándome ahí parada. Lo observo entrar en la sala que está llena de hombres, hasta acercarse a uno que va vestido de vaqueros color negro, una camiseta blanca, una cazadora negra y unas botas de motero. Varios me impiden ver su rostro y siento curiosidad por saber quién es el misterioso primo de Aidan, que últimamente lo tiene alejado de todos.

La fortuna parece estar de mi lado, al menos por un momento. Los hombres se apartan, dejándome sin aliento ante la visión que se presenta ante mí. El primo de Aidan es un espécimen digno de cualquier portada de revista. Alto, creo que debe medir uno noventa o más, de ojos azules intensos y una sonrisa que promete tempestades. Nuestra mirada se cruza en un instante, y un escalofrío recorre mi cuerpo. No es de frío, sino de una emoción que no sé cómo nombrar. Niego con la cabeza, tratando de ignorar lo que siento. Mañana me iré, ¿qué sentido tiene fijarme en alguien? Sin embargo, sus ojos me persiguen, y me doy vuelta para perderme entre la multitud y alejarme de ellos.

Un estruendo ensordecedor sacude el local, seguido de una ráfaga de gritos desgarradores. Antes de que pueda reaccionar, unos brazos fuertes me arrastran hacia la sala *vip*, lejos del caos que se desata a mi espalda. Los disparos retumban en mis oídos como latidos acelerados, mientras veo a la gente correr despavorida, sus rostros contorsionados por el terror. Lucho por soltarme del agarre que me aprisiona, mientras que mi corazón está martilleando en mi pecho. La necesidad de encontrar un refugio seguro se apodera de mí, mas su inmovilización se vuelve cada vez más firme, acallando mis gritos internos.

—Son los O’Brien, tienes que llevártela de aquí, Aidan. —Escucho una voz que no reconozco.

—Dámela, Declan —le pide Aidan.

Estoy a centímetros de la puerta, mientras el miedo corre por mis venas como un veneno. La escena que se despliega ante mis ojos es una pesadilla. Un hombre, pelirrojo y de mirada salvaje, nos apunta con un arma. El arma es real, no es de una película de mafia, ni la utilería de una novela barata. El mundo se contrae, el ruido se amplifica. Un disparo retumba, el aire se llena de plomo y el miedo me paraliza. Falla. Escucho una maldición detrás de mí, una exhalación de

rabia que me confirma que estoy a merced de un loco.

—Declan, no la uses como escudo —le ruega Aidan asustado.

—No debiste traerla —revira el tal Declan.

La calma se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. Con un movimiento brusco, me empuja contra la pared, el impacto sacudiéndome hasta los huesos. Antes de que pueda recuperar el equilibrio, escucho el metálico sonido de un arma desenfundándose. Los disparos se producen uno tras otro, las balas perforando el aire a centímetros de mi cabeza. Aidan, con un acto de valentía, me tira al suelo, protegiéndome con su cuerpo. Mi hombro se estrella contra el frío mármol, un dolor punzante me recorre. Los sollozos se escapan de mi garganta, ahogados por el ruido ensordecedor de los disparos.

—Perdóname, Dei —susurra Aidan.

Intenta protegerme cuando me ha traído a esto. Los gritos de terror me estremecen, me tapa los ojos y me levanta.

—Sácala de aquí —le ordenan.

Las sirenas aúllan como perros hambrientos, los disparos retumban como truenos y el frío nocturno me cala hasta los huesos mientras nos adentramos en la noche. El chillido de los neumáticos rasga el asfalto, y Aidan, con un movimiento rápido, me aparta de la línea de fuego. Me eleva en brazos y me deposita en la parte trasera del todoterreno. Volteo hacia atrás, hacia el infierno que dejamos y un grito desgarrador escapa de mi garganta. Las balas silban a nuestro alrededor. Cada parte de mí está en alerta, que percibo el impacto de cada disparo contra el vehículo. Mi mejor amigo me empuja al suelo, protegiéndome con su cuerpo de nuevo. El motor ruge y nos alejamos a toda velocidad. Tiemblo incontrolablemente, mi corazón late como si fuera a salirse de mi pecho. Es una pesadilla, una locura y estoy en medio de ella. Cuando el peligro parece haber pasado, me levanta y me estrecha entre sus brazos. Las lágrimas me asfixian, pero no las dejo salir. Me toca el hombro intentando revisar si estoy herida y me quejo del dolor.

—No debí traerte, Dei, no debí traerte… —repite en modo de disculpa.

—Declan salió. Nos pide que vayas al lugar seguro y tienes que llevarla.

Vuelve a tocarme y me quejo de nuevo. Me aleja para revisarme, cuando se fija en mi hombro.

—Joder, tienes dislocado el hombro, Dei, tenemos que llevarla a un hospital —ladra a los hombres.

—Declan ordenó otra cosa —responde uno.

Muerdo mi labio mientras las lágrimas corren por mi rostro. Me quedo mirando a Aidan y me doy cuenta de que no lo conozco como pensaba. Lo que acaba de suceder es la confirmación de que los Brennan son parte del crimen organizado.

—Vas a estar bien, Dei… —asegura tomándome del rostro.

Me deslizo hacia el borde del asiento, alejándome lo más posible de él. Los músculos se me tensan mientras el vehículo se adentra en la noche. Escucho a medias sus palabras sobre los O’Brien y la inminente guerra. Un escalofrío me recorre la espalda. El camino de tierra sacude el auto, y con él, mi cuerpo. El dolor me aturde, y las lágrimas amenazan con brotar, pero las reprimo con fuerza, mordiéndome el labio hasta sentir el sabor de la sangre.

—Dame tu cazadora, Niall —ordena Aidan.

—¿Para qué? —pregunta Niall, es el hombre que va sentando en el asiento de copiloto.

—Ella la necesita —contesta entre dientes—. No me hagas pedírtela de nuevo.

Escucho al tipo rezongar que para qué nos vestimos de puta, si después vamos a pedirle la

ropa a hombres, mientras se la quita y me la tira en las piernas. Aidan se acerca para ponerla encima de mis hombros.

—Perdóname, Dei… —susurra cuando me alejo—. Déjame ayudarte, estás herida.

Sin contestarle, me inclino hacia adelante y me la pone. El todoterreno se detiene. Aidan abre su puerta y se bajan todos. Mientras él da vuelta, me abre la puerta para que descienda. Esconde su mirada en el suelo cuando lo hace.

—No debiste llevar a tu novia… —La voz viene de la derecha. Me quedo viendo al hombre.

Aidan pasa su mirada de su primo a mí. Puedo ver lo incomodo que está por meterme en esta situación, pero no entiendo nada, porque no soy su novia y tampoco quiero serlo.

Capítulo 2

Declan

Sus ojos grandes y verde grisáceos como el mar, se encuentran con los míos. Detrás de ellos destella una chispa de confusión y, tal vez, un poco de miedo. Esta chica es preciosa, no hay duda, pero su juventud es evidente en la forma en que aprieta los labios. Diecisiete años, un número que debería ser una advertencia, solo que mi cuerpo se niega a escuchar. El disfraz de conejita, a pesar de su sensualidad, no logra ocultar la inocencia que aún la rodea. La había visto al llegar mientras estaba esperando a mi primo, y algo en ella me había llamado la atención. Aidan siempre ha sido un conquistador, solo que esta chica... Hay algo diferente en ella, algo que la hace peligrosa. Los O'Brien saben que tiene a alguien que la cuida y eso la convierte en un blanco. En este juego, las debilidades son fatales. Mi padre lo aprendió de la manera más dura.

—No soy su novia —contesta la chica por Aidan.

—Ella no es de la organización, Declan —me informa mi primo.

La chica se sostiene el brazo derecho, se gira hacia nosotros y observa a mi primo con desaprobación. Niega con su cabeza. Esos ojos verdes serán la perdición de cualquier hombre.

—Es cierto —asevera con un deje de decepción en su voz—. Eres parte del *Irish Mob.*

—Deirdre… —La voz de mi primo suena desesperada, da un paso hacia ella, sin embargo, la pelirroja decide alejarse.

—No, ni se te ocurra acercarte —le advierte ella—. Necesito irme a un hospital e irme de este maldito país, ahora.

—Lo siento, el hombro te lo revisarán, pero no puedo dejarte ir —anuncio—. Afuera nos buscan, nadie de mi clan puede moverse.

—¡No soy parte de tu clan! —grita—. Aidan, tengo que irme, no puedes hacerme esto, no ahora… —Su voz se rompe—. Sabes que tengo que irme.

Mi primo balancea su mirada entre ella y yo. Imagino que desea calmarla y, al mismo tiempo, darme una explicación. Aburrido de todo este drama, me giro no sin antes recorrerla con mi mirada. Tiene unas piernas perfectas y kilométricas, pechos prominentes y es bajita, con esos tacones apenas me llega al pecho. Su disfraz es atrevido, su actitud al cerrarse la cazadora me hace pensar que no es algo que usaría normalmente, porque se estremece ante mi escrutinio.

Doy por terminada esta conversación y entro a la casa que tenemos por lugar seguro, buscando refugio en este lugar que alguna vez fue mi hogar. Brendan me alcanza, su rostro está endurecido por la fatiga y la rabia. Me informa con voz seca, de las bajas en ambas familias. Otra noche más de esta guerra interminable con los O'Brien. Desde que Liam Kavanagh, mi... tío, traicionó nuestra sangre, me he visto obligado a cargar con el peso de este clan. Me convertí en el jefe más joven que ha tenido el clan Kavanagh y el *Irish Mob* entero me teme. Sin embargo, los O'Brien, cegados por la sed de venganza, siguen atacando. Necesito poner fin a esto de una vez por todas.

Escondido en las sombras desde aquella noche, he luchado por mantener la apariencia de una vida normal. Con apenas veinte años, escalé peldaños que otros tardarían décadas en alcanzar. La universidad, mi refugio y mi prisión, me ha servido como fachada mientras

terminaba la carrera de medicina, siempre bajo la atenta mirada de mis tíos. Iris, mi tía, una Kavanagh de nacimiento, me ha protegido con el instinto feroz de una leona. Su esposo, Aiden, y mi primo son piezas clave en el engranaje familiar. Mi tío es el cerebro financiero del clan, ha tejido una intrincada red de negocios legales, como el hotel que acaba de ser blanco de un atentado, para lavar el dinero manchado de sangre.

Connor Murray, mi mano derecha, se acerca con una botella de Jameson, veo su etiqueta brillar bajo la tenue luz. La descorcho de un solo movimiento y bebo un trago largo y profundo. El *whisky* quema mi garganta, pero necesito despejar la cabeza. A lo lejos, oigo la murmuración de los hombres mientras Aidan hace su entrada triunfal, escoltando a la pelirroja. Sus ojos de color verde grisáceo, recorren la habitación con miedo y desafío. Cada uno de mis hombres la observan con deseo, sabiendo que un solo roce podría provocar su muerte. Sin embargo, susurran entre ellos como cotillas, incapaces de resistirse a la tentación.

La observo de reojo y su postura lo dice todo. El hombro está caído, y su ceño fruncido delata el dolor que intenta ocultar. Me acerco, ofreciéndole la botella con una sonrisa. Niega con la cabeza, pero el gesto es más un reflejo que una decisión consciente. Sus ojos brillantes, están apagados y llenos de resentimiento. Cuando los nuestros se encuentran, siento una chispa de desafío en su mirada. Esos jades que antes resplandecían con alegría mientras disfrutaba de la noche, ahora destellan con un frío desdén. Me divierte su reacción, tan distinta a la de hace unas horas. Chasqueo la lengua, divertido ante la ironía de la situación.

—Toma un poco, porque tenemos que colocar en su sitio el hombro, es mejor estar borracho para pasar el dolor —le advierto.

—Necesito un médico —sisea entre dientes.

Sonrío, porque no tiene idea.

—Estás de suerte, soy médico —informo, sus ojos se abren sorprendidos, todos nos juzgan por ser criminales, nos han catalogado como brutos, personas de los bajos mundos que no tienen ningún tipo de formación, que equivocados estaban—. Toma un poco y quítate esa chaqueta.

Niega con su cabeza en repuesta.

—No, no voy a permitir que me toques —revira molesta.

Mi sonrisa se ensancha, cualquiera que la mire pensaría que es fría y calculadora. Su dolor me resulta indiferente, casi divertido. En este juego solo hay ganadores y perdedores, y ella, claramente, pertenece a la segunda categoría. Su aire de superioridad, propio de alguien acostumbrado a que el mundo se doblegue a sus pies, me irrita. Sin duda, es de esas que frecuentan los mismos eventos exclusivos que mi tía Iris, rodeada de un séquito de aduladores.

Deirdre, un nombre maldito, un presagio de tragedia. Los cuentos de la mitología ancestral irlandesa contados por mi madre, aún resuenan en mi mente. Cada nombre, según ella, encerraba un significado profundo. Ahora, mientras camino hacia la oficina con Connor a mis espaldas, la ira de mis hombres me envuelve como una tormenta. El ataque ha dejado una herida abierta en nuestra hermandad. Solo un traidor podría haberlo orquestado. La idea de desentrañar esta madeja y llevar al culpable ante la muerte me electriza. La caza ha comenzado.

Las sombras me han acompañado desde aquel fatídico día, con treinta y tres años sigo siendo un desconocido para muchos. Detrás de mi apariencia discreta se esconde un hombre educado y un líder implacable. He transformado el clan, lo he moldeado a mi imagen y semejanza, con un puño de hierro y una mente calculadora, he llevado a nuestra familia a la cima del crimen organizado en Europa. Los italianos, antiguamente nuestros amos, ahora se inclinan ante nuestra superioridad.

—Aidan debe aprender a separar los asuntos de negocios y los de placer —comenta Connor cerrando la puerta detrás de nosotros.

—Quiero saber quién es la chica —ordeno sentándome detrás del escritorio, estamos las afueras de Dublín—. Tengo que saber si representa un peligro.

—Es una chiquilla mimada, se le nota por la manera en la que gritaba a tu primo —responde mi segundo al mando—. Dame diez minutos y tengo información.

Asiento con mi cabeza mientras saco mi móvil del bolsillo para entretenerme, sin embargo, mis pensamientos se desvían. No puedo negar la belleza cuando la tengo enfrente, mi único impedimento, su edad, porque follar con mujeres menores no es algo que me atraiga. Además, mi mente está demasiado dañada, después de los acontecimientos de la noche en que el bastardo de los Kavanagh violó a mi madre delante de mí, jodiendo el acto sexual, que se convirtió en algo mecánico y visceral. Cuando follo es más por una necesidad que por placer. Lo hago normalmente después de asesinar o torturar. Algo que está mal en mí, porque la polla se me pone dura en el primer instante que emerge la sangre de mis víctimas. Además, mis gustos son excéntricos para una chica como ella. Me gusta encontrar mujeres para practicar el *shibari,* una manera de encontrar placer sin la necesidad de follarme a alguien. Por mi mente pasa la imagen de Deirdre atada y esperando por mí. Niego con mi cabeza, eso nunca va a suceder.

El diagnóstico del psiquiatra fue como una sentencia. Sociópata. La palabra resonó en mi mente, fría y precisa. Sin embargo, detrás de esta fachada de indiferencia se esconde un alma atormentada. No tolero las multitudes, las conversaciones superficiales y las falsas sonrisas. Prefiero la soledad, la compañía selectiva de unos pocos y la intimidad de mi ático. Allí, rodeado de objetos que me conectan con el pasado, encuentro un refugio seguro. El olor a cuero de los libros antiguos, el crujido de las páginas al pasarlas, el suave zumbido del gramófono... son los sonidos que me reconfortan. En ese espacio sagrado, revivo los momentos más felices de mi infancia, cuando la vida era simple y el amor de mis padres lo inundaba todo, aunque también afloran las heridas del pasado, las pérdidas que me marcaron y que me convirtieron en quien soy hoy.

Esta noche es un claro ejemplo, porque detesto salir de mi casa y divertirme con mis hombres. El misterio y las acciones de muerte han construido a lo largo de estos trece años la imagen que deseo, la de un hombre al que deben temer. La razón es simple, mi presencia significa problemas y es normal que cuando estoy presente se termine en un baño de sangre. Los O’Brien no solo desean mi territorio. Por años se ha corrido el rumor de que ellos ayudaron a mi tío para hacerse con el clan, en venganza por el asesinato de Edward O’Brien, el difunto jefe y primo del actual cabeza de ese clan.

Connor se acomoda frente a mí, su mirada fija en la pantalla de su móvil. Con el corazón acelerado, hago lo mismo. Me sumerjo en las redes sociales de mi primo, ese universo digital donde puedo ser un fantasma, un observador invisible. Mi perfil, vacío y anónimo, es mi escondite, mi puesto de vigilancia. Aidan, con su necesidad constante de atención, me obliga a estar alerta. Deslizo el dedo por la pantalla, buscando cualquier pista, cualquier rastro que pueda delatarlo. Y ahí está, una foto. Reconozco al instante la cabellera de fuego de Deirdre, esa melena que brilla como el plumaje de un fénix. Su rostro está oculto en su pecho, una imagen que me provoca una punzada de celos. Mis ojos se posan en una pequeña frase en irlandés, escrita en una esquina de la foto.

Mo banphrionsa beag.

Su pequeña princesa, aquello me da la razón. Tal vez nunca la trajo con él porque está

enamorado de la pequeña bruja de ojos verdes. La puerta se abre de golpe, interrumpiendo mis pensamientos. Al alzar mi mirada, observo que mi primo entra con la chica en brazos completamente inconsciente. Esto es lo que me faltaba después de un ataque. Las mujeres solo traen problemas cuando están cerca.

—Se desmayó, Declan, tenemos que llevarla al hospital.

Niego con mi cabeza. Me he caracterizado por ser un hombre de pocas palabras. No me gusta hablar y mucho menos este tipo de dramas. Me levanto de la silla para ir a solucionar este maldito problema. Nunca antes Aidan me ha desobedecido. Le quito a la chica de los brazos, mi segundo al mando se levanta de la silla y barre el escritorio adelantándose a mis movimientos. La coloco suavemente sobre la madera. La cazadora se abre revelando sus pechos salpicados por pecas, el canalillo entre ellos se ve perfecto para colocar mi polla y masturbarme mientras su boca se abre para lamer mi capullo. Niego sacudiendo esos pensamientos, no es normal que alguien despierte esos bajos instintos en mí. Follar es para liberar endorfina, no un acto de placer, sin embargo, mis pensamientos en este momento me llevan muy lejos. Respiro hondo intentando concentrarme, más calmado le quito la prenda para revisar el hombro. Mis años estudiando medicina fueron los mejores de mi vida, pero la realidad llama y la sed de venganza nunca será saciada. No puedo salvar personas, cuando en realidad vine a este mundo a matarlas.

—No tengo una máquina de rayos X, pero estoy seguro que es una dislocación —afirmo—. Supongo que el dolor la hizo desmayarse.

—Deberíamos llevarla al hospital… —insiste Aidan.

Ignoro sus quejidos, una melodía monótona que me irrita como el roce constante de una tela áspera, todas sus acciones han acabado en desobediencia y falta de respeto. La noche ha sido larga y me encuentro al límite de mi paciencia. Con un movimiento brusco, encajo el hombro dislocado de Deirdre. El chasquido que se produce me satisface momentáneamente, pero la sensación de vacío que sigue es abrumadora. Me dirijo a la caja de primeros auxilios, mis pasos pesados sobre el suelo frío. La morfina, una vieja conocida, me espera. Sumerjo una torunda de algodón en alcohol, el líquido arde en mis dedos. Recuerdo los días de mi residencia, paciente tras paciente, noche tras noche, procedimiento tras otro. A veces, creía que estaba siguiendo un guion, repitiendo las mismas líneas una y otra vez.

Regreso al escritorio donde la chica está desmayada. Me quedo mirándola, es preciosa, parece una diosa destinada a hacer que los hombres se arrodillen ante ella. Rompo sus medias pantis y limpio para colocarle el analgésico. Al terminar, mi mano se demora en su muslo. Tocarla manda todo tipo de sensaciones a mi cerebro.

—¿Está bien? —pregunta Aidan.

Alzo mi mirada y me encuentro con la de color verde de Connor. Tiene una sonrisa en sus labios. Maldigo mentalmente, porque se ha dado cuenta de la turbación que me produce la chica.

—Lo estará… —afirmo.

Inclino su cabeza hacia atrás y le sostengo la nariz con un algodón impregnado de alcohol. Sus ojos se mueven bajo los párpados, buscando la luz. Cuando por fin los abre, son como dos esmeraldas encendidas en la oscuridad. La ira es palpable en su mirada, y puedo sentir la tensión en el aire. Sus labios se curvan en una mueca de desprecio, y sus manos se cierran en puños, listas para atacar.

—¡Suéltame! —ordena.

—Deberías ser más agradecida —murmuro.

Me fulmina con la mirada mientras se incorpora, se toca el hombro y sonrío. No debería

dolerle, ya que está en su lugar.

—Claro, con el mentiroso de Aidan y contigo —revira—. Me quiero ir, no puedes retenerme, esto es un secuestro.

—Deirdre… —la increpa Aidan.

—Cállate, todos estos años diciendo que no eras de la mafia, que estaban equivocados y vienes a joderme la vida la noche antes de irme —expone molesta.

—Connor, lleva a la chica a su casa —ordeno.

—Puedo llevarla yo —me interrumpe Aidan.

—No, tú te quedas —ordeno—, y tú, *Cailleach,*[1] te irás, pero no puedes abrir la boca, porque tu cabecita se verá hermosa en mi despacho.

—¿Crees que diré algo? —me desafía—. Espero nunca más cruzarme con ustedes.

Connor esboza una sonrisa ladeada, disfrutando de mi desconcierto. Nadie suele hablarme así, tan directo y sin rodeos. La pequeña bruja tiene un carácter de fuego, y sus fanales verdes grisáceos chispean con una intensidad que me desconcierta. Al ayudarla a bajar de la mesa, siento una descarga eléctrica al tocar su cintura. Es una sensación extraña, casi primitiva. Nuestros ojos se encuentran en un duelo silencioso, y por un instante, siento una conexión profunda con ella. Comprendo su ira, su frustración, su miedo. Deirdre es una luchadora, una salvaje indomable. Al alejarse, siento un vacío en mi interior. Nunca he cazado a nadie por placer, pero con ella es diferente. Hay algo en Deirdre que me atrae de manera irresistible.

—Calladita, te ves más bonita, *Cailleach.*… —le advierto.

—Bruja será…

—Deirdre… —la llama Aidan evitando que diga una imprudencia.

Fija su atención en mi primo, ella niega con su cabeza mientras aprieta sus labios en clara decepción; al fijarme en él, puedo ver el dolor en su rostro. Connor pasa a mi lado llamando mi atención.

—Llévala a su casa —ordeno y asiente en silencio, vuelvo mi atención a la pelirroja—. Te inyecté morfina. Tienes que inmovilizar el hombro por veinte días y tomar analgésicos.

Pone los ojos en blanco y sale murmurando sobre mafiosos que se creen doctores. Se detiene unos segundos delante de Aidan, no dice nada y sale de la habitación seguida de mi mano derecha. Mi primo se da vuelta para seguirla y no lo quiero cerca. Lo mejor que puede hacer es olvidarse de la bruja pelirroja.

—Ni te atrevas a seguirla —advierto.

—Declan…

—No es de nuestro mundo, Aidan, no puedes traerla al nuestro, recuerda lo que sucedió con mi madre.

Niega con su cabeza.

—Lo que sea…

Se va, estoy seguro de que por más molesto que esté, no volverá a buscarla, mi palabra es ley. La pequeña bruja se irá para siempre de nuestras vidas y espero nunca más volver a verla.

Capítulo 3

Deirdre

La puerta del todoterreno se cierra tras de mí, aislándome del mundo. Echo una última mirada al camino que he recorrido y mis ojos se encuentran con los de Aidan, desesperados, corriendo hacia mí. Mi corazón se acelera. En ese instante comprendo que esta despedida es definitiva, que los kilómetros que nos separarán serán insalvables. La traición clava sus garras en mi pecho. ¿Cómo pude ser tan ingenua? Creí que nuestra amistad era inquebrantable, que él sería mi confidente en cualquier circunstancia. Sin embargo, la verdad oculta durante años, ha hecho añicos mi mundo. El vehículo arranca y el rostro de mi mejor amigo se pierde en la distancia. Respiro hondo, tratando de contener las lágrimas. No puedo permitirme la debilidad. Nunca me he dejado vencer.

Viajamos en silencio mientras en mi mente rememoro todos los momentos más felices junto a la persona que pensé era un hermano. En algún lugar de la carretera mi chofer rompe el silencio.

—Aidan no es para ti, niña, mejor es lo que pasa… —comenta.

Resoplo, ¿creen que estoy enamorada de Aidan? Por el amor a todo lo hermoso, no estoy enamorada de él. ¿Acaso es inconcebible una amistad verdadera entre un hombre y una mujer?

—No estoy enamorada de él, no sé si alguno conoce el concepto de la amistad, pero eso es lo único que hay entre los dos —contesto entre dientes.

—Entonces, tendrías que aclarárselo a Aidan —se burla—, no eres de este mundo. Nuestras mujeres no se ponen histéricas.

Aprieto los puños sobre mis muslos mientras la rabia me carcome. Ser mujer es un estigma. Las mujeres nos ponemos histéricas, las mujeres hacemos dramas, las mujeres gritamos y lloramos, qué es lo que puede saber un troglodita. Los hombres también reaccionan así, porque todos respondemos de maneras distintas a las situaciones. Me muerdo los labios para no decirle todo esto al idiota que me lleva de vuelta a mi casa; sin embargo, soy una persona inteligente y sé qué batallas debo luchar y esta no es una de ellas. Me mantengo en silencio hasta que me dejan bajarme en mi casa, respiro hondo intentando calmarme. Fiona asoma su cabeza por la ventana y cierra la cortina. El todoterreno arranca dejándome en la penumbra de la noche del Diablo, cuando estoy en el portal y mi nana aparece, me hecho a sus brazos y lloro, porque esta noche perdí a la única persona que pensé que nunca me defraudaría.

*****

El doctor sale de la habitación del hospital y me quedo mirando a mi abuelo; no sé qué es peor, si haberlo despertado porque estoy herida o lo que se avecina. Sus labios se convierten en una mueca de desagrado que me rompe el corazón. Por más que diga que no me importa su aceptación, si lo hace, siempre quise ser amada por él, mas nunca recibí amor, solo obtuve lo básico y lo entendía, ya que mis abuelos pudieron darme en adopción para que otra familia cuidara de mí. Sin embargo, aquí estamos, casi dieciocho años después de mi nacimiento, intento fingir que no me duele cuando me observan como si fuera la representación gráfica de un

desastre. Soy la decepción más grande de Charles O'Connor.

—¿Tenías que arruinarlo una noche antes de irte? —inquiere entre dientes—. Te hemos dado todo, te he cuidado, te he alimentado, he aguantado cada berrinche, pero sigues decepcionándome, Aine, tienes que parar…

—¡¡¡No soy, Aine, no soy mi madre!!! —bramo entre lágrimas—. No me ves, no me parezco a ella, no soy ella; por diecisiete años me has hecho pagar el error que me tuviera, soy inocente de toda esa mierda, soy inocente de sus malas decisiones.

Sus ojos se abren ante la sorpresa de mi reacción. No obstante, en su mirada castaña veo flamear el odio contenido hacia a mí. Esta es la primera vez en toda mi vida que me está viendo, dándose cuenta de que no soy mi madre. He pagado por su error, por amar a alguien que no debía, por amarme tanto que decidió dar la vida por mí.

—Tu madre fue una puta que se abrió de piernas ante un asesino —ataca usando todo su veneno—. Estás aquí por tu abuela, siempre recuerda eso.

Mi respiración se vuelve errática, no me importa irme con un brazo inmovilizado, pues necesito alejarme de ellos y ahora, también de Aidan. Las lágrimas me queman en la comisura de mis ojos mientras nublan mi visión. Decido callarme y tragarme todas las emociones que se están formando en mis palabras. Discutir con mi abuelo es un caso perdido. Mi vida es una maldita tormenta que va oscureciendo el día, ya que cada vez que comienza la tórrida lluvia se abren las heridas que creía curadas. Soy una huérfana, una niña que nunca fue amada por la única conexión que tiene con sus padres.

La puerta se abre y la enfermera entra. Al verme sonríe con empatía y seguro piensa que soy una niña que está mimada. Me tocó decirles la verdad a mis abuelos, y también enterarme por ellos que fue el tiroteo más grande entre clanes de la mafia irlandesa. No pude confesarle que fui con Aidan, en mi mente todavía lo defiendo y lo protejo. Supongo que se debe a los años de amistad y lealtad. Termina de desconectarme y quitarme la vía intravenosa.

—Puedes irte y tienes que guardar reposo por un mes, en las indicaciones encontrarás todo… —anuncia.

—Tengo un viaje —musito.

—No irás a ninguna parte, Deirdre, olvídate de Boston, si no puedo controlarte en la misma ciudad, imagínate en otro país.

Me muerdo el carrillo interior derecho hasta que me duele. Mi abuelo sale de la habitación dejándome atrás. Y por mi mente se me pasa una sola solución; tal vez sea una locura, una que me cueste mucho, solo que la libertad tiene precios muy altos por los cuales debemos pagar.

*****

Llevo media hora sobre la cama de mi habitación, la misma que era de mi madre, y mi mirada está fija en todo el equipaje que estaba listo para esta noche. Apenas es mediodía, mi mente se debate entre escaparme sin un centavo para Boston y la otra en pedirle ayuda a Aidan. Sin embargo, soy tan cobarde que ninguna opción es la más inteligente. Podría trabajar, porque no tengo miedo de comenzar de cero con tal de irme de un lugar en el que nunca he sido feliz.

Escucho el cerrojo abrirse y me tenso, porque mi abuelo decidió encerrarme bajo llave como una prisionera. Fiona entra con una sonrisa en sus labios, seguida de mi abuela. He visto las fotos de mi madre, las dos eran dos gotas de aguas, cabellos de color castaño, rizados y largos, ojos color miel, casi dorados y sonrisas tímidas. Se me escuece el corazón, cada vez que pienso en mi mamá; el dolor es duro, aunque no la conocí, pero la ausencia es como una especie de presencia que se lleva dentro y no desaparece.

—¿Cómo te sientes? —averigua mi abuela acercándose. Su cabello aún no es gris, pero sus mechones de canas la hacen ver elegante, hermosa, aunque ahora su rostro está lleno de preocupaciones.

—No me duele, estoy bien… —contesto con voz quebrada por las emociones.

Una sola noche y jodí la única oportunidad de escapar del fantasma del pasado, de dejar de pagar por los pecados de dos personas que no conocí. Fiona se sienta a un lado y mi abuela Aiofe en otro.

—Venimos a hablar contigo, niña, pero tienes que prometerme que después de que lo haga, tendrás que obedecernos.

—¿A quiénes? —inquiero arisca.

—A Fiona y a mí… —Mi abuela me toma de las manos—. Te he protegido porque se lo prometí a ella, así como Fiona, nuestra promesa se hizo más fuerte cuando nuestras sangres se unieron para darnos una niña con ojos verdes grisáceos. Puede que tengas el cabello y ojos de tu padre, pero eres la viva imagen de mi Aine.

—No entiendo… —digo moviendo la cabeza.

Fiona se sienta al otro lado, me quedo mirándola y algo pasa por mi mente cuando veo el color de sus ojos, una extraña familiaridad, ya que son exactamente del mismo color de los míos.

—Tu madre no lo sabía, cuando asesinaron a Edward no me quedaba nada, pero me dejó un pequeñito rayo de esperanza, tú, así que hice lo que una madre hubiera hecho. Cuidé de la madre de mi nieto, pensé que me daría tiempo de contarle a Aine, pero murió minutos después de darte a luz. —Niego con mi cabeza—. Soy tu abuela, Deirdre, por eso estoy aquí, cuando pudiera estar en una casa llena de lujos, porque soy una O'Brien.

El apellido no me suena, mas no me importa. Me quedo mirando a Fiona, la que ha estado presente en mi vida desde que tengo conciencia, en todos mis recuerdos felices está ella. Quiero llorar, pero siempre he sido de las que se tragan sus emociones. No entiendo, necesito saber de qué hablan, porque no puedo creer que me hayan ocultado que mi nana es realmente mi abuela.

—Fue la única manera de protegerte de tu abuelo y de ocultarte de tu familia paterna —afirma mi abuela Aoife y agrega—: Aidan está afuera esperándote para llevarte al aeropuerto.

Paso mi mirada llena de pregunta de la una a otra. No pueden soltarme que soy la nieta de una sirvienta y al mismo tiempo decirme que tengo irme. Amo a Fiona, solo que no estoy entendiendo nada y me estoy desesperando.

—Tu primo, Jamie, te vio anoche —musita Fiona—; si ata los cabos y busca a quién te pareces, estoy segura de que vendrá por ti para matarte.

—¿Quién es Jamie? ¿Cómo lo sabes? —inquiero.

—Hablamos con Aidan, vino buscándote y yo necesitaba saber qué fue lo que sucedió, no sabe quién soy, pero yo sí sé quién es él.

—Es de la mafia, él y su primo psicópata que me usó de escudo, anoche fue la más horrible de mi vida. No confío en Aidan, pero ahora no sé si confiar en ustedes y lo que me dicen.

Las dos ancianas comparten una mirada. Toda la vida supe que me ocultaban quién era mi padre. Mi abuelo siempre se refirió a él como un criminal; solo pensé que era una manera despectiva de referirse a mi padre, para hacerme sentir como una mierda por mis orígenes.

—Deirdre, prométeme que lo que vamos a contarte lo vas a tratar de internalizar, pero no aquí, lo harás en Boston. Tenemos que confesarte la verdad para que puedas entender tu presente, para que comprendas que por tu seguridad ya no eres Deirdre O'Connor. —Fiona me tiende un papel; al abrirlo es un certificado de nacimiento—. Eres Deirdre O'Brien, la hija de

Edward O’Brien, quien era el jefe de unos de los clanes más importantes del *Irsh Mob,* además el enemigo de la familia de Aidan.

Mi mundo se paraliza, las dos comienzan a hablar y cada vez que escucho mafia, dinero, fidecomiso, borrar mi rastro, etcétera, siento que mi mundo no para de dar vueltas y paren el planeta, porque me quiero bajar inmediatamente. Me quedo completamente sin palabras, porque soy parte de un mundo tan bajo, un padre asesinado, una madre muriendo de tristeza y yo, aquí pensando que siempre fui una niña sin amor, cuando estas dos mujeres me han mantenido a salvo de todo y todos, ocultándome y protegiéndome. Al terminar de contarme todo, no puedo dejar de llorar. Siempre amé a Fiona, pero ahora que sé que no es solo mi nana, sino también es mi abuela, mi amor se ha multiplicado en creces. Cada una toma una de mis manos, paso mi mirada entre ellas y respiro hondo.

—Gracias… —musito.

—Este es el pasaporte que debes usar —me ordena Fiona entregándome un sobre—. Usarás el apellido de tu padre, con este dinero en efectivo podrás instalarte en un hotel hasta que encuentres otro lugar, ahí está la cuenta de banco a tu nombre con el fidecomiso que te dejó Edward.

—No entiendo.

—Te irás, niña, pero no volverás, te quedarás en Boston y te olvidarás de Irlanda, tu familia paterna no debe saber tu existencia —declara mi abuela Aoife—. Tienes que hacer tu vida lejos de la mafia.

—Pero no tengo dieciocho todavía —reviro.

—En el sobre está todo lo que necesitas —declara Fiona—, ahora tienes que apresurarte, Aidan te espera afuera y no hay tiempo.

Me ayudan a bajar todo lo que tengo. Cuando abrimos la puerta, me quedo mirando a Aidan. Hoy, lleva un vaquero negro y una cazadora de cuero, debajo lleva una camiseta de color blanco y sus acostumbradas botas de motero. Su cabello baila por el viento de otoño; sus ojos están ocultos por sus gafas de aviador. Se apresura a ayudarlas con mi equipaje, sin decirme ni siquiera un hola. Toda la amistad que hubo entre nosotros se ha roto. Mi mundo ahora está patas arriba. Las dos me abrazan en forma de despedida y me ayudan a subirme al todoterreno. Siento que el corazón se me cierra, que mi vida nunca será la misma después de esto.

Capítulo 4

Deirdre

Cuando el todoterreno se aleja, el silencio se vuelve perturbador entre él y yo. Nunca hemos pasado por una situación similar; además, Aidan es mi mejor y el único amigo que tengo. No puedo despegar la mirada del frente para mirarlo. Por un momento cruza por mi mente el pensamiento de que nunca lo conocí realmente. Cuando escucho que carraspea para hablarme, mi cuerpo se tensa instintivamente, porque en este preciso momento no tengo cabeza para esto. Solo la noticia que me dieron mis abuelas ronda por mi cabeza. ¡Dios mío! Fiona es mi abuela. No pude abrazarla como es debido. Tampoco le agradecí por no dejarme sola y quedarse a mi lado, a pesar de que mi abuelo la desprecia.

—Dei… —me llama usando el diminutivo de mi nombre. Puedo escuchar la cautela que hay en su voz.

—Gracias por esto, compensa los años de mentiras y de ocultarme que eres de la mafia —contesto entre dientes negándome a mirarlo.

Gime frustrado por mi respuesta. En el fondo, estoy segura de que los negocios a los que se dedica su familia no son algo de lo que puede ir contando. Sin embargo, pienso que podría haberme dicho, darme una verdad a medias. Ahora, sé que no puedo recriminarle, cuando hace minutos he descubierto que soy parte de la mafia, cuando todavía faltan un montón de cosas por enterarme y no sé cuándo va a suceder.

—*Mo banphrionsa beag.*…

—No soy una jodida princesa, Aidan, sabes que odio no saber en dónde me meto y vienes hacerme esto. Mira al punto donde llegamos, que tienes que ayudarme a escapar.

Fiona le aseguró que lo mejor que podía hacer es ayudarme a irme, que no podía quedarme en Dublín. Lo convenció que su primo no permitirá que se acerque a mí.

—Dei, no te vayas, conviértete en mi mujer, te voy a proteger hasta derramar mi sangre, no me hagas dejarte en ese maldito aeropuerto, porque algo me dice que nada será igual cuando te vuelva ver.

Puedo sentir el anhelo en su voz, pero no estoy enamorada de él. Es mi amigo, no puedo amarlo, lo he intentado.

—No te veo de esa forma, Aidan —musito—, no creas que no lo he intentado, pero no puedo verte de esa manera.

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es irte y no volver —contesta entre dientes—. Nunca aceptaré que no seas mía. Prefiero dejarte ir.

—Aidan…

—No, *mo banphrionsa beag,* te dejo ir porque te amo, porque tal vez en otra vida serás la chica de mi vida. Lograré que me aceptes y me veas con los mismos ojos con los cuales te veo desde que tienes dieciséis. Tengo que dejarte ir, porque mataría a todos los chicos que se te acercarán y mereces más que eso —declara.

Me quedo callada, sin saber que decirle. Nunca imaginé que la despedida entre Aidan y yo sería tan amarga. Tengo una nueva oportunidad para empezar, para conocer nuevas personas,

para enamorarme. Cuando llegamos frente al aeropuerto, se estaciona y se baja del todoterreno. Lo sigo sin esperar que me abra la puerta. Lo observo buscar un carrito para subir mi equipaje. Nos quedamos mirándonos por unos minutos en silencio. Se balancea sobre los pies metiendo sus manos en sus bolsillos. Sé que enamorarme de él sería lo más fácil, pero mis abuelas me están dejando ir para que pueda alejarme de la mafia, para protegerme y mi mejor amigo es parte de esa organización. Me ha prometido matar a cualquier chico que intente acercarse a mí.

—Supongo que esto es el adiós —apunto en voz baja—, Aidan, yo…

—Cuídate, *mo banphrionsa beag.*…

Se acerca y me da un abrazo que me hace estremecerme. Todo me golpea de repente, comprendo que este es el final entre los dos, que tal vez nunca voy a volver a verlo. Me da un beso en la coronilla y se aleja, llama a un ayudante y le entrega un fajo de billetes. Sin más se aleja para subirse a su todoterreno. Me deja aquí, mirándolo irse lleno de ira, mientras percibo una sensación amarga expandiéndose dentro de mi ser; por más que siempre quise irme, esto es todo lo que conozco. Dublín es mi hogar y ellos son la única familia que conocí. Aidan estuvo para mí, siempre en los momentos más importantes, desde aquella primera vez que curó mis rodillas rotas en el parque.

Me doy vuelta y el chico espera mis instrucciones. Comenzamos a andar para que pueda hacer el *check-in* en la aerolínea. Busco en mi bolso el pasaporte y encuentro un papel doblado; al revisarlo, leo que es un informe médico falso que me permite viajar, mintiendo sobre la fecha de mi accidente. Entrego todo y me llevan a la sala privada y me doy cuenta de que mis abuelas lo pensaron todo.

Busco en mi bolso mi iPod Nano y paso hasta encontrar la canción que quiero escuchar. *Secrets* de OneRepublic, así como el narrador, estoy cansada de este mundo lleno de apariencias y falsedades, quiero vivir en sinceridad y lleno de personas que sean transparentes. Siempre he poseído el deseo irrefrenable de liberarme de todas las cargas emocionales, las culpas que no son mías, el dolor que me ahoga y ahora esta nueva verdad que no logro comprender.

Irish Mob, por años he visto todas las temporadas de *Peaky Blinders* y todo lo que hace Tommy para lograr que los Shelby ganen su estatus. Aquello parecía tan irreal, tan fantástico, pero la ficción y la no ficción pueden cruzar esa pequeña y delgada línea que las separa. Lo único bueno de esto, que al menos sé que mi amada Fiona es mi abuela y Aoife me ama. Siento un cosquilleo intenso de repente en la nuca que me hace girarme. Busco con mi mirada, no veo a nadie conocido y en ese momento llaman a subirnos al vuelo. Respiro hondo, tomando el valor que necesito y ahora que todo está en camino, puedo lograr lo que quiero y como lo quiera, seré libre. Ya nadie me culpará por la muerte de mi madre y menos por los errores que ella cometió…

Esta nueva etapa la comenzaré como Deirdre O’Brien; creo que finalmente mi madre estará feliz, porque llevo el nombre que me dio al nacer y el apellido que me corresponde. Me retuerce el corazón saber que murió por amor, que la tristeza se la llevó y me dejó en este mundo.

Me quedo mirando la pista de aterrizaje hasta que alzamos vuelo. Suspiro lentamente, ya no hay vuelta atrás, porque este es el camino a la felicidad.

*****

Pensaba que todo sería más sencillo. Con dinero en el bolsillo, creía que encontrar mi lugar en Boston sería tan fácil como abrir una puerta. Sin embargo, la realidad es otra. Vivo en una habitación de un hotel, rodeada de paredes blancas y un silencio ensordecedor. Trato de pasar desapercibida, de ser una sombra más en esta gran ciudad, a veces siento que hasta las paredes me juzgan. Las palabras de Fiona resuenan en mi cabeza como una maldición. Mi abuela, la

matriarca de la familia, me advirtió sobre el peso de nuestro apellido y me ordenó mantenerme alejada de todo esto. ¿Cómo hacerlo cuando la sangre irlandesa corre por mis venas y la mafia es parte de mi identidad?

Parece mentira que los hilos del destino se muevan de esa manera, que por años siempre estuve con personas que me unían con mi padre sin saberlo. Investigar en Internet solo alimenta mi mente. La noche del tiroteo me ha traído pesadillas, ya que sueño constantemente que termino muerta en los brazos de Declan, el primo de Aidan y que por más que ellos intentan salvarme, me ahogo con mi propia sangre. ¿Será eso una premonición? Mi madre me puso por nombre Deirdre, porque tenía el corazón roto por haber perdido a mi padre.

Suspiro mirando el parque. Las hojas caen de las copas de los árboles, y ese color tan particular del otoño, dorado, marrón y un toque grisáceo en el cielo acompañan mi sentimiento de desesperanza. ¿Seré feliz aquí? Tengo que intentarlo, ya que por años he buscado la libertad y ahora que la tengo en mis manos tengo un miedo terrible. Tal vez sea el pavor a lo desconocido. Dos días, solo tengo dos días aquí. Sé que debo tener paciencia; Roma no se construyó en un día. Me levanto del banco y me ajusto el abrigo, caminar siempre me abre la mente y tengo que pensar en tantas cosas.

Si reclamo la plaza en Harvard, estoy segura que mi abuelo vendrá por mí, aunque debería ser feliz, porque finalmente se ha librado de la piedra en su zapato, logró lo que tanto deseaba, que el problema que dejó mi madre se ha ido para siempre y no tendrá que avergonzarse cada vez que alguien le pregunte por ella y decir que murió dando a luz. Entiendo que para él fue un golpe muy fuerte.

Mamá me tuvo a los dieciocho, estaba por iniciar la universidad, se enamoró de mi padre y quedó embarazada. Se enfrentó a mi abuelo a pesar de las reiteradas veces que la obligó a abortarme. La sociedad, el qué dirán y el si no hubiera, eran lo que nos separaba, su odio por mi procedencia, las palabras despectivas que usaba para referirse a mí y mis padres. Tuve que crecer soportando cada palabra, cada insulto y sus desprecios. Solo era una niña en busca de amor. Lo único que encontraba en él era el rechazo, el odio, en sus ojos cada vez que me miraba.

Mi abuela luchaba entre él y yo, entre su amor y su dolor. No debió ser fácil desear abrazarme cuando podía, a escondidas, como si se tratara de un pecado. A los diez años, me di cuenta de que no todos los seres humanos estamos destinados al amor familiar, que la familia no la hace la sangre. Sin saber nuestro vínculo, me aferré a Fiona, a su amor y a su cariño. Así fue como me enganché a Aidan y a su familia. Ahora aquí sola quisiera tomar un avión y volver a ellos, sin importarme nada más que esa conexión que siempre hubo entre todos.

Intenté enamorarme de mi mejor amigo, fracasando cada vez que traté de mirarlo de forma diferente. Nadie me ha conquistado el corazón. Tal vez, el mío se rompió desde la primera bocanada de aire que tomé, porque mientras venía al mundo, mi madre se iba de él. Solo me toca luchar por lo que deseo. Camino por las calles hasta que encuentro un vecindario, las típicas casas adosadas y las banderas de los Estados Unidos junto a los portales. Mis pasos se detienen frente a la pequeña cafetería. Al cruzar el umbral, un murmullo de excitación me envuelve. Los ojos de todos convergen en un grupo de jóvenes que parecen haber causado sensación. Son deportistas, eso lo puedo notar por las miradas admiradas y los susurros que los rodean. Una sonrisa involuntaria curva mis labios. Esta es la vida cotidiana, la normalidad en su máxima expresión. Me resguardo en una mesa apartada, observando cómo los fans se agolpan alrededor de los atletas, ansiosos por un autógrafo o una foto. Mientras sorbo mi café caliente, disfruto de este pequeño espectáculo.

—¿Quieres algo más? —me pregunta la mesera con una sonrisa.

—Sí —contesto—, ¿conoces alguna residencia de estudiantes dónde pueda alquilar?

Se queda estudiándome, me remuevo incómoda bajo su escrutinio. Se sienta y me ofrece su mano.

—Soy Maddie, estoy buscando una compañera de piso, considera esta tu entrevista —me dice apresurando las palabras.

Sonrío y le ofrezco la mía.

—Deirdre —me presento.

—No eres de aquí —apunta.

—Soy de Dublín.

—¡Joder, me encanta! Ahora bien, te cuento que es un piso de tres habitaciones, dos baños. Yo estudio y trabajo. Supongo que vienes a lo mismo, necesito pagar el alquiler y sola no puedo.

—¿Siempre hablas así de rápido? —pregunto divertida.

—No, pero si el ogro me ve sentada aquí, capaz me despide. —Se levanta, anota algo en su libreta y me la ofrece—. Ese es mi número. Espero no arrepentirme y que terminemos siendo enemigas, pero puedo mostrarte el piso a las nueve, después de cerrar.

Asiento con mi cabeza y tomo un papel. Maddie vuelve a atender a todos mientras saco un billete para pagar mi café y dejarle una propina. Me giro y me quedo mirando a la rubia que se mueve entre las mesas con una sonrisa. A lo mejor, ir a ver el lugar no sea tan malo. Nadie ofrece un lugar en dónde vivir y yo necesito organizarme para poder lograr todo lo que deseo. Salgo de la cafetería y camino un rato más por el lugar. Cuando escogí Boston lo hice porque es una de las ciudades con más raíces irlandesas, también porque deseaba estudiar en Harvard, pero de un tiempo para acá muero por pintar. Desde niña siempre pinté; me encanta ilustrar, solo si tal vez debería hacer algo diferente.

Me detengo frente al hotel y me fijo en la hora en mi reloj de pulsera. Necesito un móvil y una línea para estar comunicada. Definitivamente, iré a ver el piso de Maddie. Quizá fue el destino que la cruzó conmigo.

Capítulo 5

Declan

El frío de esta noche otoñal me golpea. Se supone que, como todos los miércoles debo cenar con mi familia. Mi humor es pésimo desde el ataque en el hotel. El tiroteo puso sobre la organización la atención de los medios de comunicación. Diferentes clanes han enviado emisarios para servir de mediadores entre los O'Brien y mi clan. Hay momentos como este en que caminar me ayuda a despejar mi mente. Me detengo frente a la casa de mis tíos y toco el timbre. Mi tía Iris abre la puerta y al verme borra su sonrisa, no porque no me quiera, sino porque sabe que vengo molesto.

—¿Aidan? —pregunto.

—Está en el salón —contesta—. ¿Todo va bien? —averigua.

Me acerco para dejar un beso en su mejilla. No tengo nada más que agradecerle todos sus cuidados después de la muerte de mis padres. Ella no solo terminó de criarme, solo me ha amado como un hijo más.

—No, pero no es nada por lo que debas que preocuparte.

Me deshago del abrigo y lo dejo caer en los brazos de mi tía, quien me observa con una mezcla de preocupación y curiosidad. Hoy he tenido un día agotador. Me reuní con varios jefes, entre los cuales estaba Jamie O’Brien, que sigue siendo un problema. Su terquedad me está costando más de lo que había previsto, en una guerra interminable por poder. Al cruzar la sala, mis ojos se encuentran con los de Aidan observando la pantalla de su móvil. Su mirada es intensa y casi acusadora. Recuerdo la conversación que tuvimos hace una semana. Le pedí que se alejara de Deirdre, pero sé que no me hizo caso. Al final, tuvo que tomar una decisión que terminó en una ofensa hacia mí. Según tengo entendido, ella se ha ido. Un peso se levanta de mis hombros, la chica es un problema que no puedo tener en este momento.

—Me desobedeciste —espeto molesto en modo de saludo—; te ordené no acercarte a ella.

—No me voy a acercar más, se fue, así que puedes estar en paz —contesta entre dientes.

—Declan —me llama mi tía.

—¿Sabías que es una O’Brien? —pregunto.

Aidan deja su teléfono y se queda mirándome como si estuviera loco. No lo estoy, solo hay que escarbar lo suficiente para encontrar lo que es invisible para muchos. Me llevé una sorpresa cuando Connor me mostró su certificado de nacimiento. Llevo la semana investigando sobre ella, su abuela y lo que puede significar tener ese secreto bajo la manga. A lo mejor, podría usarla para que ese maldito clan deje de joder en mi territorio.

—No es parte de la mafia, su abuelo es un conde… —contesta.

—Su abuelo materno, ¿nunca investigaste sobre su familia paterna? —inquiero—. Llevas años enamorado de una chica y no te molestas en saber de dónde proviene, en cambio yo, en una semana, ya tengo información sobre ella y todo su maldito árbol genealógico.

—No, no —repite negando—. Deirdre no tiene ningún vínculo con nosotros.

Sonrío maliciosamente.

—Es una O’Brien, no sé si lo sabe, prefiero pensar que no, pero si te usó todo este tiempo, me demuestra una vez más que no puedo fiarme de ti.

—¡Declan! —me increpa mi tía.

—Te he dado todo, he hecho todo lo que deseas, ¡maldita sea! Dejé ir a Deirdre… —berrea como un niño que le han quitado un juguete.

—Me importa una mierda si estás enamorado, espero que esa niña no me traiga problemas, tengo suficiente con saber que alguien está filtrando información en la organización —sentencio —. Espero que, por tu bien, no vuelvas a acercarte a la prima de Jamie O'Brien.

Me giro para irme de la casa. No pienso en quedarme a cenar. Tengo negocios limpios que atender. Tampoco puedo concentrarme en noviazgos juveniles y mucho menos en sus dramas. Mi tía me detiene antes tomándome del codo.

—Declan… —me llama con voz dulce.

—Tía, sabes que no…

—Lo sé, niño, lo sé, pero conozco a Deirdre desde que tiene diez años y puedo asegurarte que no sabe sobre nosotros.

—Lo sabes, ¿no te contó? —Me giro para ver a la mujer que terminó de criarme, a veces me duele hacerlo, si no fuera por la diferencia de edad, diría que es la gemela de mi padre—. Aidan llevó a la chica a la fiesta y, en pleno tiroteo, tuve que tomarla y usarla de escudo. —Ahoga un jadeo—. Fue solo el instinto de preservación.

—Deirdre debió estar asustada —musita.

—Si lo estuvo, lo ocultó muy bien, ya que estuvo insultándonos a tu hijo y a mí. Es una O'Brien, tía y no puedo tener más problemas. Desde que estoy recuperando la organización, ellos solo han atacado deseando recuperar lo que nunca fue suyo.

Niega con su cabeza, nunca quiso nada con la mafia y creo que en secreto deseaba que nunca estuviera involucrado, pero así somos los seres humanos, volvemos a lo que somos. Mi móvil suena interrumpiéndonos, cuando veo el nombre de Connor contesto y salgo de la casa.

—Lo tengo, estamos en la casa segura.

Esas palabras me emocionan, pues tengo tiempo sin divertirme y comienza a pasarme factura. Después de una semana entre reuniones y descubrimientos, nada como un poco de adrenalina de torturar a alguien con la promesa de que lo dejaré en paz, cuando en realidad terminará muerto.

*****

Llego a la casa segura. Aquí es en donde pasamos los ataques y hacemos las entregas de las drogas para ser vendidas por las mulas en las calles de la ciudad. A veces, como hoy, solo vengo con Connor y algunos hombres para nuestra diversión… Frente a mí tengo a uno de los chicos que se está iniciando en el clan; tendrá unos veinte o tal vez un poquito más, es un aspirante y lo peor es que no llegará muy lejos en ninguno de los clanes. Normalmente son jóvenes sedientos de dinero, que, si saben cómo ir escalando, pueden llegar a mi círculo de confianza. Otros se pierden en las drogas y el sexo, las facilidades que da ser parte del *Irish Mob.*

—Darragh Murphy… —lo llamo por su nombre emergiendo de la oscuridad.

Al verme, palidece. Le hemos hecho creer que está aquí para ascender cuando es todo lo contrario. Deseo que su sangre se derrame en el piso de esta habitación y necesito que sufra por decir dónde estaba y con quién, por pasar información a quienes desean joderme. Darragh firmó su sentencia de muerte, el día en que pensó que era una buena idea traicionarme por unos cuantos euros.

—Señor Kavanagh —murmura asustado—, pensé…

—Pensaste que podrías darle información a Jamie O'Brien y jugar a los dos bandos, pero te

equivocaste en una cosa.

—¿Cuál? —pregunta y ha cometido un error.

—Que entre el infierno y yo no hay nada oculto.

Se gira para salir corriendo e intentar huir. Sin embargo, Connor junto con Brendan y Aidan emergen de la oscuridad para detenerlo. Mi primo ha venido sin ni siquiera pedírselo; supongo que tiene ganas de golpear a alguien imaginando que soy yo. Los tres los toman por sus extremidades y lo arrastran hasta la habitación trasera mientras se burlan de su futuro próximo. Escucho sus gritos, rogando que lo suelten, que puede ayudarme haciéndole creer a Jamie que está de su parte. Camino con calma hasta llegar a donde lo tienen. El olor metálico y rancio de la sangre ya derramada golpea mis fosas nasales y, como un maldito enfermo, respiro inundando mis pulmones de él. Es la droga que normalmente me hace sentir vivo. Me despojo de la cazadora y la coloco en la silla que está justo al lado de la mesa donde tengo todos los implementos.

Estudiar medicina me ha ayudado a saber dónde y cómo cortar, he torturado por meses a hombres que terminan muriendo por la septicemia, una lástima, porque cuando la putrefacción inunda el lugar junto a los gritos, es como si estuviera en un parque de diversiones.

—No sé si comenzar cortándote los dedos, podemos sacarte las uñas. —Tomo una pinza y la alzo, llora con miedo y ni siquiera he comenzado—. Quizá cortarte, sí, sí, cortarte será divertido, porque te puedo enviar envuelto de regreso al maldito agujero de los O'Brien.

—No quise hacerlo, me obligaron, me obligaron —lloriquea asustado.

Me decido por la tenaza para cortar cables, la meto en el bolsillo de atrás de mi vaquero. Los chicos lo han amarrado a una silla y se mueve desesperado por el miedo. Aidan lo observa con odio mientras está recostado a la pared; Brendan cierra y abre sus puños en señal de ansiedad, mientras Connor me observa con una sonrisa, adivinando lo que se avecina. La muerte, los tres estamos completamente fuera de sí. El golpe en el hotel ha trastocado mucho de nuestros futuros planes. Me giro para acercarme lentamente a él, como un león a punto de atacar a su presa.

—¿No te pago bien? —inquiero—. No puedo tener descontento a mis hombres…

—Le juro que no fue eso, me obligaron…

Pongo los ojos en blanco, pensaba que sería más difícil sacarle la información. No obstante, estamos cuatro hombres sedientos por sangre y él se niega a jugar.

—Graba, Aidan —ordeno.

Me acerco al chico y saco mi cuchillo del estuche que está en mi cinturón, me siento sobre sus piernas y lo pongo en su cuello. Su respiración se vuelve errática cuando el filo comienza a cortar su piel. La polla se me pone dura cuando las primeras gotas de líquido carmesí ruedan marcando el camino de este momento.

—Cuéntame que tanto cantaste, pajarito —susurro en su oído.

—Nada, solo que iba a estar en la fiesta, lo juro, lo juro —lloriquea.

Corto más de su piel y grita. Me levanto divertido, mirando la sangre que mancha la hoja del cuchillo. Lo llevo a mi nariz e inhalo como si se tratara de una droga. El chico llora y, apenas estoy iniciando la noche de juegos, le hago una señal a Brendan. Este comienza a golpearlo, un golpe, muchos gritos, otro golpe, llanto y así, hasta que ordeno:

—Detente.

Brendan lo hace y se aparta. El chico está llorando. Voy hasta la parte de atrás donde sus manos están atadas. Saco la pinza y comienzo mi trabajo decorativo, pensando en arrancar a una a una las uñas de sus manos, las sujeto con el instrumento quirúrgico y comienzo a halar

lentamente; la uña se va desgarrando de la piel y la sangre comienza a brotar. Sonrío cuando a la mitad del proceso sus esfínteres se relajan y se orina encima. Al terminar, tengo las manos manchadas de su sangre. Me levanto para colocarme frente a él. Su rostro ensangrentado está tocando su pecho y su respiración es casi errática.

—Sabes, siempre he dicho que el asesinato perfecto ocurre cuando no pueden reconocer el cadáver, así que voy a remover tus huellas dactilares.

Camino hasta la mesa, tomo un bisturí para cortar su piel y me giro. Comienza a gritar mientras me acerco. Estoy bastante concentrado en lo que hago. Debería sacarle las muelas también para evitar problemas con la policía, aunque están en su mayoría en mi nómina.

—Le conté sobre la novia de Aidan —grita—, le conté que la trajo aquí, conocen la ubicación de esta casa, saben todo —confiesa—, ya, por favor…

—¡Maldito, hijo de puta! —brama Aidan lanzándose sobre él para golpearlo.

—Quítaselo de encima, Connor —ordeno.

Sabía que la maldita bruja pelirroja solo traería problemas, sobre todo cuando no puedo sacarla de mi mente. Joder, es una niña comparada conmigo, además es la prima de mi enemigo y, por si fuera poco, mi primo está enamorado de ella. Ahora, los O'Brien saben de ella, pero ¿qué tanto saben?

—¿Qué les dijiste sobre la chica? —pregunto.

—Preguntaron por su nombre, Jamie O'Brien me ofreció treinta mil euros si la llevaba el próximo sábado.

Lo que necesitaba saber era esto, ya no me sirve de nada vivo. Jamie está intentando joderme desde adentro, solo que ahora seré yo quien lo haga. Aburrido por los lloriqueos de Darragh, me giro para buscar algo más divertido que hacer; tomos otras pinzas y un hacha de la cocina y vuelvo sobre mis pasos.

—Aidan abre su boca —ordeno.

Mi primo obedece y lo obliga a abrir la boca; los gritos de desesperación alimentan mis ansias por hacerlo sufrir. Tomo su lengua con la pinza para extraerla.

—Sujeta su cabeza fuerte —le indico a mi primo.

Asiente con la respiración errática, jalo con firmeza con la pinza, alzo el hacha y en sus ojos de color café centellea el terror. Sin perder tiempo corto el músculo, un grito ahogado se escucha mientras la sangre brota de su boca a borbotones.

—Cierra su boca y que se ahogue con su sangre.

Aidan normalmente mira, pero hoy por primera vez ha tomado parte activa. Cuando el cuerpo de Darragh deja de convulsionar y se aleja, mirándose las manos llenas de sangre, lo ignoro; necesito que tenga la madurez suficiente para comprender que aquí matamos o morimos y que no podemos perder el tiempo.

—Envíale la lengua a Jamie —le ordeno a Connor.

—¿Qué harás con la chica? —averigua.

En ese momento Aidan gira su rostro y se queda mirándome. Sé que teme que le haga daño a la chica.

—Borra su rastro, que los O'Brien no se enteren que es una de ellos —ordeno.

—Gracias —dice Aidan.

—No puedes acercarte a ella, si lo haces lo sabré, Aidan, tu castigo no va a gustarte, si me entero que me desobedeciste —le advierto.

—No lo haré —promete.

Salgo de la casa, la puerta se cierra con un chasquido que resuena en el silencio de la noche. Ahora que Jamie sabe dónde estoy, cada segundo cuenta. Esta maldita rivalidad con los O'Brien me ha perseguido durante años. Quieren lo que es mío, pero se equivocan si creen que cederé. Aidan, con su lealtad ciega, no puede acercarse a esa arpía de cabello rojo, sin embargo, yo sí. Y lo haré, con cuidado, con paciencia. Deirdre O'Brien es mi arma secreta, mi llave para destruirlos. Cuando llegue el momento, la usaré para desatar el infierno sobre ellos. Una vez que tenga lo que ellos perdieron, nadie podrá arrebatármelo. Subo al Land Rover, el motor rugiendo como un animal salvaje, es hora de cruzar la frontera y averiguar hasta dónde sabe ella sobre la mafia irlandesa.

«Deirdre, prepárate, porque esta partida de ajedrez recién comienza».

Capítulo 6

Deirdre

Mi nueva habitación me recibe con un abrazo de color azul cielo y blanco, una combinación que Maddie ha elegido con tanto cariño. El piso, sencillo pero acogedor, me cautivó al instante. Fue como si la habitación y yo ya nos conociéramos, como si Maddie y yo estuviéramos destinadas a ser amigas. Así que, sin pensarlo dos veces, acepté su propuesta de vivir juntas. Mudarme hace dos semanas ha sido una montaña rusa de emociones, pero lo que más me preocupa es que en una semana cumplo la mayoría de edad. Siento que esa fecha límite me está asfixiando.

¡Por fin! Logré inscribirme en el curso de ilustración computarizada. Al salir de la academia, mis pies me llevaron, casi sin darme cuenta, a una tienda de computación. Y ahí estaba yo, comprando todo lo que necesitaba para dar vida a mis sueños. Maddie y yo bautizamos mi nuevo rincón de creación como "el rincón de Carrie", en honor a nuestra serie favorita, *Sexo en la Ciudad*. Con la ventana en frente, puedo observar el ir y venir de la gente mientras dibujo. Y el balcón lo vamos a decorar, para compartir el espacio. En primavera, lo llenaré de margaritas de colores, convirtiéndolo en mi pequeño oasis.

En cambio, la habitación de Madison es un santuario para los amantes de los libros. Estantes abarrotados de novelas de fantasía, romance y alguna que otra obra más oscura adornan sus paredes. A pesar de su pasión por la lectura, también estudia enfermería en la universidad. Es dos años mayor que yo, pero no la siento como una hermana mayor, más bien como una confidente. Me gusta que no me obligue a hablar de mi pasado. También tengo mis misterios y mis recuerdos que prefiero mantener ocultos. Con ella, puedo ser yo misma, sin máscaras. Sé que es de Chicago, que sus padres la aman. No me cuenta sobre su pasado y tampoco escarba en el mío. No necesito que intenten conocer lo que dejé en Dublín, cuando ni yo sé qué dejé allá, solo secretos y una familia sumamente peligrosa.

Sabe que soy huérfana y que crecí con mis abuelos, omitiendo que la mañana antes de subirme a un avión descubrí que mi nana en realidad es mi abuela y que mi familia paterna son unos criminales. Como me ordenaron mis abuelas, he evitado ponerme en contacto con ellas, al punto que borré mis redes sociales. Deirdre O’Connor ha desaparecido; también he estado en Internet buscando alguna noticia que esté relacionada con mi nombre. Suponiendo que mi abuelo hiciera algo para encontrarme, temo que no le importaba lo suficiente como para denunciar mi desaparición.

Maddie conoce una versión de la razón por la cual estoy en Boston. Le mentí diciéndole que era eso o quedarme frustrada para siempre en Dublín por cometer el error de salir una noche que terminó conmigo en el hospital. También le conté que mi familia tiene dinero, mas no sabe que mis abuelos en realidad tienen un título nobiliario que no sirve para nada. Debía justificar cómo una chiquilla de dieciocho años tenía para pagar una renta y estar tranquila sin trabajar toda su vida, incluyendo que mis dos abuelas no estaban de acuerdo con mi abuelo y me ayudaron a escaparme para que pudiera vivir la vida que deseaba y no la que él quería.

Me quedo mirando el móvil tentada de llamar a Aidan, después de esa despedida tan

amarga, quisiera al menos hacerle saber que estoy bien y que no le guardo rencor. Nunca podría odiarlo, no cuando compartí momentos especiales a su lado. La puerta de mi habitación se abre impidiendo que cometa la locura de llamarlo y romper la promesa que le hice a mis abuelas. Respiro hondo al ver a Maddie entrar con dos tazas.

—Chocolate caliente para el alma —comenta mientras se acerca—. Me gusta cómo está quedando, solo falta que le des los toques finales.

Se sienta en la cama ofreciéndome una de las tazas, la tomo y sonrío con complicidad, porque la verdad es que este espacio se siente más mi habitación, que en la que crecí.

—Entonces, ¿ilustración? —averigua.

—Sí, siempre he dibujado, casi todos mis cuadernos están rayados con retratos de personas, siempre he dibujado porque me relaja. Suspiro—. Iba a estudiar derecho, pero era algo que mi abuelo quería y no yo.

—En unos días serás mayor de edad, nadie puede obligarte a nada —apunta—. No sé qué tanto puede el dinero afectar a alguien, soluciona la vida, pero no hace feliz a nadie. Así que intenta ser feliz. Equivocarse es una manera de vivir, Deirdre, la vida no es perfecta, nada es perfecto, no somos perfectos.

—Gracias, Maddie —musito.

Alza sus hombros despreocupadamente mientras toma un sorbo de su chocolate caliente, sonriendo contra su taza. Me quedo mirando el líquido en la mía, un poco sobrepasada.

—No sé si fue destino o casualidad que llegaras a la cafetería ese día, Deirdre, pero aquí estamos y puedes contar conmigo. —Se queda mirando mi hombro—. Mañana te llevaré al hospital, tengo una amiga que puede ayudarnos, se llama Cassie. Te hará una radiografía y veremos cómo sigues.

—Gracias por no preguntar —susurro.

—Todos hemos hecho algo de lo que no deseamos hablar, te llevo solo dos años, pero te aseguro que he hecho muchas cosas de las cuales me arrepiento, solo que nada de eso nunca va a determinar lo que soy. Aprende de tus errores.

Respiro hondo y trato de cambiar de tema. Le pregunto sobre los lugares que puedo visitar en Boston. Para mi sorpresa, me ofrece trabajar en la misma cafetería donde ella trabaja. Y lo más importante es que me insiste en que me revise el hombro, porque le importa mi bienestar. Mi cumpleaños se acerca y lo mejor es que coincide con Acción de Gracias. Me propone viajar a Florida con su familia, para celebrar las fiestas. La verdad, no sé qué pensar.

—¿No eres de Chicago? —le pregunto llena de curiosidad.

Sonríe y se levanta de la cama para irse. Me quedo mirándola sin entenderla. Al llegar a la puerta se gira y me observa.

—Te dije que todos tenemos secretos, soy de Chicago, pero no puedo decirte las razones por las que no estoy ahí.

Madison Carter puede que sea una caja de Pandora sin abrir, sin embargo, me cae bien y creo que es la primera vez que nadie me juzga por ser tímida o retraída.

*****

Otro día más. La vida sigue su curso, implacable pero también generosa. Hoy es mi cumpleaños, un año más para empezar de cero. Después de un mes lejos de casa, siento que he renacido. Todo ha encajado a la perfección: mi nuevo hogar, las clases de ilustración, incluso la invitación a Miami. Los padres de Maddie son encantadores, aunque percibo una cierta distancia en sus ojos, como si ellos también tuvieran secretos.

Como le conté a su hija, la versión oficial para ellos es que soy una huérfana heredera de un fidecomiso que se iba a liberar en cuanto cumpliera los dieciocho años. Así que legalmente, soy mayor de edad para algunas cosas y menor para otras. Una de ellas es beber alcohol; aquí estamos en una disco con unos vestidos cortos que revelan más piel de la que estoy acostumbrada. El lunes me quitaron el inmovilizador del brazo, debo hacer rehabilitación y volveré a estar al cien por ciento para volver a mi vida normal.

Mi amiga se convierte en mi hada madrina personal, sus dedos danzando sobre mi cabello como mariposas. Con movimientos suaves y precisos, lo transforma en una cascada sedosa que acaricia mi cintura, recogiéndolo en una elegante cola baja. Mis ojos se agrandan sutilmente con un toque de ahumado, enmarcados por pestañas que parecen alas de cuervo. Un intenso rojo tiñe mis labios, contrastando con el vibrante verde jade de mi vestido. La espalda descubierta del vestido, atrevida y sensual, revela una piel que palpita ante la emoción. Las sandalias de tacón aguja, aunque me provocan un ligero vértigo, completan la transformación, haciéndome sentir como una mujer nueva.

—Estás despampanante —me halaga.

—Es la segunda vez que salgo a una disco —comento nerviosa mirando alrededor—, ¿este lugar es seguro?

Maddie me estudia, su mirada fija en la mía. No tiene ni idea de lo que he vivido. Ni siquiera imagina que mi primera fiesta fue una pesadilla, que mi mejor amigo resultó ser un gánster y que me amenazaron con convertir mi cabeza en un macabro trofeo.

—Es seguro, así que a divertirse.

La sensación de ser observada me carcome por dentro. Es como si alguien estuviera al acecho, esperando el momento preciso para actuar. Maddie, con su energía contagiosa, intenta disipar mis miedos, pero no lo consigue del todo. La música latina invade el ambiente, y me dejo llevar por el ritmo, buscando en el baile un escape. Sin embargo, mis ojos se cruzan con una figura que me resulta familiar. ¿Es él? Declan… Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y mis sentidos se agudizan. La música se vuelve un estruendo ensordecedor, solo que mi mente solo puede pensar en él. ¿Estaré imaginando cosas? La confusión me invade, y el ambiente se vuelve cada vez más opresivo.

—¿Estás bien? —me pregunta Maddie.

Niego con mi cabeza porque es imposible que de todos los lugares del mundo esté aquí; seguro es mi mente jugándome una mala pasada.

—Sí, creí ver a alguien…

—Vamos a tomar algo —sugiere.

La sigo hasta la barra, siento el corazón martilleando en mi pecho. Observo cómo pide dos cócteles al *barman*, una mezcla de colores que me resulta extrañamente atractiva. Con una voz apenas audible, le pido un vaso de agua. No confío en el alcohol esta noche, necesito mantener la cabeza clara. Me entrega la copa, sus dedos rozando los míos en una fracción de segundo que se me hace eterna. Alza su copa, nuestros ojos se encuentran, y por un instante, el mundo se reduce a este momento. *«No es él, no puede perseguirte, no puede encontrarte»*, repito en mi mente.

—Por muchos cumpleaños juntas —brinda.

—Por muchos cumpleaños juntas —repito chocando nuestras copas.

La imito, bebiendo el cóctel de un solo trago. El líquido ardiente resbala por mi garganta, dejando un rastro de fuego. La música late en mis oídos, invitándome a perderme en el ritmo. Los cuerpos se mueven al compás, creando una masa vibrante. Unas manos fuertes se posan en

mi cintura, atrayéndome hacia un cuerpo desconocido. El calor de su aliento en mi oído me pone alerta.

—No te haré daño, solo baila y no te des vuelta —me susurra con voz ronca—, baila para mí, *Cailleach*…

La palabra en irlandés, pronunciada con una voz ronca y familiar, me estremece. Reconozco esa voz. Debería alejarme, pero mi cuerpo se niega a moverse. Su olor, una mezcla de tierra húmeda y madera vieja, me envuelve en un aura de misterio. Una mano áspera acaricia mi vientre, y un beso cálido me marca la piel. La música se apaga lentamente, dejándome en la oscuridad. Me giro, buscando sus ojos, pero solo encuentro sombras y cuerpos que se mueven al ritmo frenético.

Sobrepasada por lo que acaba de suceder, salgo de la pista de baile, pido un agua y la pago. Me la tomo de un trago, intentando calmar mi agitado corazón. Busco con la mirada alguna señal de que Declan está en esta discoteca, mas no lo encuentra. Tiene que ser mi cabeza jugándome una mala pasada; no puede ser que esté en Miami, que no pueda escapar de él. Cuando fijo mi mirada al frente, mientras sostengo la botella, observo que un hombre moreno de ojos de color negro y penetrantes se acerca a mí. Me sonríe escudriñándome de pies a cabeza.

—Puedo invitarte algo mejor que agua —comenta.

Levanto las cejas. Es atractivo, con un aire latino y misterioso.

—No, gracias —contesto.

—¿Quieres bailar? —pregunta.

—No, gracias —repito.

En su rostro se dibuja una sonrisa burlona, se gira hacia a la barra y llama a uno de los chicos.

—Todas las aguas y tragos que ella tome, van por cuenta de la casa —ordena.

Jadeo ante la sorpresa.

—No, yo no… —Intento negarme.

Se da vuelta ignorándome y me quedo ahí mirando cómo se aleja. ¿Será él quien lo envió? Maddie vuelve a arrastrarme para bailar. Sigo teniendo la sensación de que nos observan, a pesar de que bailamos solas y que nadie se nos acerca, cosa que agradezco, ya que mis habilidades para flirtear con chicos son nulas. Cuando mi amiga decide tomarse un respiro, me duelen los pies y estoy feliz.

—Gracias por el mejor cumpleaños de todos —agradezco.

—De nada —contesta—, ahora cuéntame del hombre con el que bailaste.

Niego con mi cabeza y alzo mis hombros.

—No hay nada que contar, así como bailamos se esfumó.

—No importa, estás preciosa, Deirdre, disfrutemos que la noche es joven.

Nos entregamos a la noche, celebrando la vida y la aventura que me espera. Sé que dejar Irlanda y a mis seres queridos no será fácil, mas la emoción de lo nuevo me llena de energía.

Capítulo 7

Declan

Verla moverse en la pista de baile mientras Carlos Montoya me habla es como una maldita condena. Deirdre O’Brien es una bruja que me ha hechizado, metiéndose en mi maldita cabeza y no puedo sacarla. Sus movimientos seductores me provocan desear asesinar a cualquiera que la mire, porque su cuerpo fue hecho para mí. Cuando la tropecé a propósito hace diez minutos, su aroma a vainilla e ingenuidad inundaron mi espacio. Ella es inocente o eso quiero creer, solo que en mi mente retorcida no puedo dejar de imaginarla atada mientras mis cuerdas y nudos forman figuras intrínsecas, que harán que su piel nívea se tiña de rojo. Me muero por ver si ese fuego que brilla en esos malditos ojos de color verde se rompen, entregándome su sumisión.

Deirdre es una mariposa atrapada en un frasco, y yo soy el niño que la observa, fascinado por su belleza y deseando liberarla, pero a la vez aterrorizado de que se escape esta noche.

—No imaginé que vería el día en que Declan Kavanagh reclamara a una mujer —se burla Carlos.

—¡Cállate! —le ordeno y se ríe.

—Es divertido, te conozco desde el internado y nunca te vi reaccionar de ninguna manera por alguien. —Se levanta—. Iré a atenderla, ya que tú no quieres.

Lo atrapo por el brazo, deteniendo su avance. Su sonrisa es una afilada daga. Carlos Montoya, el nuevo rey de Miami, un trono que usurpó con la sangre de su padre. El cubano, como lo llaman en las sombras, es un lobo en piel de cordero. Expande su imperio por Florida, igual que yo, pero con una elegancia que nunca nadie tendrá.

—Si la toca, te sacaré los ojos y te cortaré en pequeños pedazos para alimentar a tus lagartos —amenazo.

—¿Qué edad tiene? —averigua.

—La edad suficiente para que no te acerques —advierto.

Vuelve a su lugar, se sienta y toma un trago de su vaso. Lo conocí en el internado, luego de que mi tía me sacara del Reino Unido, cuidando que nadie se enterara que Liam Kavanagh había cometido el error de dejar vivo al hijo de su hermano.

—Las pelirrojas son ardientes, ¿es natural? —apostilla divertido.

—No me provoques y ordena que nadie se acerque a ellas —pido de mala manera.

Cada segundo que paso aquí es una agonía, pero la presencia de Deirdre O'Brien me mantiene anclado. Mirarla es como revivir aquella noche, la noche en que mi mundo se desmoronó. Los O'Brien me robaron todo, y ahora tengo a una de ellos a mi merced. Será mi venganza, la venganza de mi padre. Connor ha hecho un buen trabajo escondiéndola de su familia, mas nunca es suficiente. Ella es como una presa acorralada y me he convertido en el cazador paciente durante semanas. Cuando supe que estaba en Miami, no lo dudé ni un segundo. El destino me ha brindado la oportunidad de volver a verla, después de casi un mes de espera.

Hoy, hace dieciocho años, mi tío traicionó a mi padre, arrebatándonos todo y llevándome al abismo. En esa misma noche, nació la hija de Edward, la pelirroja que se ha convertido en mi

obsesión y en el motor que me impulsa a seguir adelante.

La música envuelve el lugar, y ella baila en el centro de la pista, una figura etérea e inalcanzable. Hipnotizado por su belleza, camino cautelosamente hacia ella. Su aroma a vainilla me embriaga, y la necesidad de tocarla se vuelve insoportable. Me aproximo, mis manos pican con la anticipación de sentir su piel. Al estar tan cerca, mi cuerpo responde de manera instintiva. La atraigo hacia mí, y por un instante, el mundo se desvanece.

—No te haré daño, solo baila y no te des vuelta, baila para mí, *Cailleach*…

Y como si reconociera mi voz, se relaja, baila para mí mientras el tiempo se pasa lento, su cuerpo se mueve contra al mío, enajenando mis pensamientos. Cierro mis ojos y se me pone dura la polla de tan solo imaginarla atada para mí, mientras me entierro en su coño o en su culo respingón. Pasaría horas haciendo nudos para deleitarme con ella, mirándola y viendo que me entrega su sumisión. Romperla hasta que no quede nada y que todo me lo entregue, para desbastar su mundo.

Movido por mis deseos, dejo un beso en su cuello mientras muevo mi mano hasta su vientre, muriendo por acariciar entre sus muslos y subir hasta su coño. Sin embargo, mi parte racional me golpea y al terminar la canción me alejo dejándola en la pista de baile. Vuelvo a la sala privada junto a Carlos.

Connor se acerca y niego con mi cabeza haciéndole saber que no es el momento para que diga algo. Nunca admitiría que Deirdre O’Brien me está haciendo perder la cabeza. La sigo con la mirada hasta que me doy cuenta de que mi socio de negocios en la ciudad se le acerca. Me tenso y doy un paso para ir a matarlo.

—No —ordena Connor adivinando mis pensamientos—. Nunca te impediría nada, pero no es buena idea.

Observo como *mo chailleach beag* [2]rechaza al maldito de Carlos y me hace sonreír. Mi socio vuelve a la sala con una sonrisa burlona en sus labios.

—Me rechazó —anuncia—. A mí, al señor de Miami.

—Tiene estándares elevados. No todas caen ante el encanto latino.

—Tal vez es la sangre irlandesa que corre por sus venas.

—No te acerques a ella o lo sabré —advierto.

—Somos amigos, Declan, puede que no termines de confiar en mí, pero sabes que no me interesa.

Sé que es cierto, me abstengo de responderle y me quedo toda la noche a vigilarla mientras baila con su compañera de piso. Me quedo hipnotizado con su sonrisa, quisiera hacerla reír, llorar y, sobre todas las cosas, quiero ver su rostro mientras se corre gritando mi nombre.

Deirdre es mía, aunque todavía no lo sepa.

*****

Deirdre y su amiga están disfrutando de un día de playa mientras por mis venas y mis arterias arde la sangre, deseando asesinar a los hombres que se acercan a ellas. La quiero tomar para echármela sobre mis hombros, hasta encerrarnos y hacerla llegar a lo más alto de la cúspide del placer. No paro de masturbarme pensando en su piel nívea y salpicada de pecas; me bastó solo ver un poco para obsesionarme con ella. Soy el cazador y ella la presa perfecta que estará debajo de mí mientras la hago mía.

—El vuelo sale hoy —comenta Connor mirando a la amiga Deirdre.

—En Boston podemos contactar con William Grant, tiene un excelente arsenal y podemos negociar con él —apunto—, pero no quiero hacer negocios con la Cosa Nostra, así que tenemos

que mantenernos bajo perfil.

—Lo haremos —acepta—, voy a contactar con Grant, podemos ir a Nueva York y volver en un día.

—Necesito que la vigilen —ordeno entre dientes.

—Los O'Brien no saben de su existencia, Declan, tienes que hacer el movimiento perfecto y debes ejecutarlo ahora mismo.

—Lo haré, pero tiene dieciocho años, es una maldita niña y tengo límites —contesto con rabia.

—¿Cómo crees que lo tome Aidan? —averigua.

—No me importa su opinión, usaré a la hija de Edward como la venganza perfecta, ella será quien destruya a su familia y la usaré para eso.

—No le va a gustar —revira.

—El jefe soy yo, además llevo años buscando cómo joderlos. Si es cierto que ayudaron a Liam, los haré pagar por la muerte de mi padre.

—Follándote a la hija del difunto jefe.

—Podría hacerlo ahora, tiene la misma edad que su madre cuando la tuvo, su padre tenía la mía, podríamos repetir la historia.

—Se mueven…

Y no tienen que decírmelo, lo he visto, ya que no puedo dejar de mirarla. Se ríe de algún comentario que hace su amiga, recogen sus cosas y van hasta el automóvil de los padres adoptivos de Madison Carter. Connor va hasta nuestro todoterreno y lo sigo, nos subimos y me quedo pensando que, así como me obsesiona, la odio, porque de alguna manera sí es cierto que su familia tuvo que ver con la destrucción de la mía y pienso acabar con ellos.

A mi tía le encanta hablar del destino, los caminos que hacen encontrarnos con ciertas personas. Todavía no puedo creer que, cuando mi vida casi se extinguía, la de ella apenas comenzaba, una noche que todo cambió, que me convirtió en lo que soy. Un maldito que disfruta de cazar, asesinar y ver cómo la luz de la vida se escapa de los ojos de las personas que poseen una deuda con él. Nunca me he arrepentido de matar, tener las manos llenas de líquido viscoso y carmesí, es parte del monstruo que soy, es lo que he sido siempre. Esto que corre por mis venas es parte de lo que fue mi padre. Los dos poseemos ese hilo que nos une a pesar de su muerte, a pesar de todo.

Nos detenemos fuera de la casa de los padres de Carter; las observamos bajar y, decidido a poseerla, tomo la manija de la puerta para bajarme. Sin embargo, me detengo. Siempre he pensado que la venganza es mejor degustarla como un plato frío, un postre, algo que vas a saborear hasta que se acabe y quedar con la satisfacción de lo que hiciste.

*****

El aeropuerto bulle con las personas que van a diferentes terminales para ir a sus destinos; normalmente tomaría un vuelo privado, pero decidí a última hora que comenzaré el juego del gato y el ratón, así que *an cailleach bhig*[3] y yo nos volveremos a ver. La diviso riendo con la chica, pero a su lado hay dos individuos que la miran con deseo y me hierve la sangre de solo ver que su sonrisa es para ellos. Camino decidido para recordarle que nuestros caminos están destinados para siempre, que no hay vuelta atrás. El tropiezo es tan fuerte que su cuerpo cae sobre el mío y mis manos la atrapan por la cintura.

—¡Qué diablos! —exclama asustada.

Cuando su mirada verde se cruza con la mía gélida, todo su cuerpo se tensa y sonrío. No me

ha olvidado y no dejaré que lo haga.

—*Cailleach*… —susurro.

—Tú… —musita con miedo.

—Nos volvemos a ver —comento con deleite de ver que me teme.

Se zafa de mi agarre y el fuego brilla en esos ojos que son capaces de robar corazones como dulces a un niño. Su amiga se acerca y le pregunta algo, niega con su cabeza y se da vuelta para alejarse de mí, pero la tomo del codo para detenerla, la pego a mi cuerpo, percibo cómo se tensa bajo mi toque, muevo su cabello para dejar al descubierto su cuello… Las personas desaparecen de nuestro alrededor y me quedo tan cerca, que por mis fosas nasales percibo su olor a vainilla e inocencia. Sonrío al ver que su piel se eriza en respuesta. Es *mía*, aunque todavía no esté lista.

—Puedes esconderte, pero voy a encontrarte, *Cailleach*, siempre voy a encontrarte —prometo y dejo un beso en su hombro.

La dejo ir y observo como la amiga la toma del brazo para arrastrarla hasta el terminal. Connor se detiene a mi lado y me quedo mirando a los tipos que la siguen de cerca.

—Si se bajan en Boston deseo que los caces —ordeno—, necesito un poquito de diversión.

—Hecho —acepta—, quiero también jugar.

Eso es lo que me une a Connor Murray. Tenemos la misma tendencia al caos, la muerte y las ganas de cazar solo son por diversión. Mientras algunos lo hacen con animales, nosotros volvimos a la antigua Roma, donde los humanos morían por la diversión de otros. La humanidad siempre ha sido compleja. En el fondo de nuestros corazones hay ese lado oscuro que nos da miedo tocar. La historia lo demuestra; todos estamos dispuestos a asesinar para salvarnos y para sobrevivir. Somos asesinos desde que nacemos, algunos llegan a tocar el poder que da acabar con una vida y otros juzgan sin saber que también pueden convertirse en uno.

Caminamos de cerca hasta que nos separan las clases, muy pronto volveré a ver de nuevo a Deirdre, estos días que estaré en Boston los usaré para meterme en su cabeza hasta que no pueda dejar de pensar en mí, así como yo no puedo sacarla de mi cabeza. Jugaré con ella hasta que pueda tenerla donde yo ambiciono. En mi cama, desnuda, atada y con su coño chorreando de deseo de que me lo folle.

Capítulo 8

Deirdre

El motor del avión ruge, mas es el sonido de mis latidos acelerados lo que domina mis oídos. Parece que voy directo a caer en su trampa. Sus palabras, una promesa de caza, me persiguen. ¿Cómo ha hecho para encontrarme? ¿Acaso sabe la verdad? Aprieto los puños, decidida a no dejar que me venza.

—¿Estás bien? —pregunta.

La voz de Maddie me saca de mis pensamientos.

—Sí, solo es un poco de turbulencia —miento, forzando una sonrisa.

—¿Quién era ese hombre? —insiste, sus ojos están llenos de preocupación.

—El primo de un viejo amigo —respondo, esquivando su pregunta.

—Deirdre, confía en mí —me ruega.

Mi voz interior me alerta, insistente como un tambor, que no debo confiar en nadie. Sin embargo, una extraña intuición me susurra que con Maddie podría ser diferente. Niego con la cabeza, rechazando su petición casi de manera automática. La veo sacar su Kindle, sumergiéndose en un mundo de letras mientras yo me quedo atrapada en un laberinto de dudas y contradicciones.

Nuestros ojos se cruzaron en un instante que se prolongó eternamente. Los vi, tan claros y definidos como la primera vez, con esa misma mirada glacial que me ha atormentado desde entonces. Mi corazón se aceleró, anticipando lo que vendrá. Declan, el mismísimo diablo, estaba frente a mí como si nada hubiera pasado. Su rostro, una máscara de perfecta masculinidad, me hipnotizó. La barba de varios días acentuaba su mandíbula cuadrada convirtiéndolo en un adonis inolvidable. Encontrarlo fue como si el mismísimo infierno se hubiera presentado en el terminal del aeropuerto. Recuerdo su amenaza, tan clara como el día en que la escuché: mi cabeza adornando su oficina. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Cómo ha hecho para encontrarme? Él posee señales de neón que apuntan en letras mayúsculas la palabra: PELIGRO. Si fuera un personaje de un libro, sería el asesino serial; seguro tiene todas las banderas rojas que todas las mujeres debemos evitar.

Pierdo mi mirada en las nubes. Me he divertido como nunca en mi vida estos días en Miami, solo que parece que todo tiene que irse al carajo, porque mi corazón aún late apresurado bajo la promesa que va a encontrarme.

Cailleach me ha llamado reiteradamente bruja en irlandés, aunque el gaélico es usado a la par que el inglés, muy pocas veces vemos a personas hablándolo. Su voz pronunciando esa palabra me eriza la piel; es como si de alguna manera tuviera cierto poder sobre mí, algo que me da muchísimo miedo, porque nunca me ha sucedido. Cierro los ojos y opto por ignorar a Maddie. No puedo contarle que Declan es un maldito mafioso, que los cuentos y leyendas de la mafia irlandesa son reales, y que además mi familia paterna pertenece a esa organización criminal.

Tengo que averiguar más sobre ellos e intentar saber más de dónde vengo, al menos por la parte de mi padre… Busco en mi iPod, coloco la primera canción y suena *Attetion* de Charlie Puth; me distraigo con sus letras y ella parece entender que no quiero hablar. Hasta dormirme las

tres horas y media de vuelo, en el país de los sueños, no existen los mafiosos y tengo una vida normal.

*****

El invierno bostoniano es implacable, un lienzo blanco que contrasta con la tormenta interior que llevo dentro. La nieve cae sin cesar, igual que mis dudas. Enero marca el inicio de mi curso de ilustración, una meta que perseguí con entusiasmo, pero ahora, frente a la pantalla, me siento como una impostora. Paso horas dibujando y redibujando, sumergida en tutoriales de YouTube que parecen hablar un idioma que no entiendo. La falta de talento me asfixia y la duda me corroe. ¿Qué hice? Quizás debería haber seguido el camino seguro del derecho, como siempre había planeado. Sin embargo, la libertad tiene un precio, y ahora me siento como un avestruz a punto de enterrar la cabeza en la arena, escapando de mis propios miedos.

Desesperada, borro lo que estoy haciendo y cierro el archivo. Nunca había usado la computadora más que para escribir mis ensayos, así que lo que debería es tomar un curso básico de programas de diseño. Me levanto frustrada y lo primero que pienso es tomar una ducha que me calme. Regresamos hace dos días y no he podido dejar de pensar en Declan, ¿tendrá el mismo apellido que Aidan? ¿Serán primos por parte de su madre o de su padre? Nunca me importó averiguar, a pesar de que constantemente era nombrado en casa de mi mejor amigo. Tengo que hacer algo y quien puede ayudarme puede convertirse en mi ruina. No puedo llamarlo de mi móvil, pero tengo que encontrar el modo de hacerlo y también comunicarme con Fiona. No puedo seguir a ciegas; de alguna manera tengo que conocer más de esa verdad y tendrá que venir a contarme todo lo que sabe.

El agua caliente golpea mi cuerpo y me relajo. Cierro los ojos recordando que en las películas, los criminales usan teléfonos móviles desechables para hablar, para que no puedan rastrearlos. Así que eso es lo que voy hacer, voy a encontrar dos y haré dos llamadas de larga distancia. De un manotazo cierro la llave, decidida que es la mejor manera de resolver todo. Salgo del baño y me detengo frente a la puerta de madera donde colgué un pequeño espejo. Observo mi rostro y puedo ser el vivo retrato de la mortificación hecha persona. Abro el armario para tomar un pantalón de paño que me cubra y un suéter de punto, me dejo el cabello suelto y busco un abrigo. Al salir me encuentro con Maddie con los libros esparcidos por el salón.

—Tengo finales —dice justificando el desorden.

—Voy a comprar algo, traeré chocolate y magdalenas de ese sitio que te gusta —comento.

—Eres un ángel, De —dice—, toma algo de dinero de mi bolso.

—Déjalo, en algún momento harás lo mismo que yo —contesto.

Salgo decidida a hacer las llamadas, primero porque Fiona tiene mucho que decirme y Aidan tiene que aclararme cómo es que su primo está en los Estados Unidos. Supuse que con todo eso de ser criminal, las autoridades no lo dejarían salir del país. Sospecho que estoy viendo la realidad de lo inverso, los buenos están limitados mientras los malos viven como les da su regalada gana.

*****

Sentada en un banco gélido del parque, cerca de Beacon Hills, aprieto el teléfono contra mi pecho como si fuera un salvavidas. La pantalla iluminada revela la oportunidad de comunicarme con Fiona, la mujer que me ocultó mi verdadera identidad durante casi dieciocho años. A pesar de la traición, siento una conexión inexplicable con ella, un amor que se ha filtrado a través de sus cuidados a lo largo de los años, a pesar de la distancia y las mentiras. Con las yemas de los dedos temblorosas, marco el número. El tono que resuena en mis oídos es como un martillo

golpeando mi corazón. Cada segundo que pasa es una eternidad mientras espero, anhelando escuchar su voz. Cuando creo que no va a contestar, escucho:

—Maldito aparato del demonio —maldice, mientras me provoca una risa—. ¿Quién habla?

—Soy yo, Fiona… —susurro.

—Deirdre…

—Tenía que llamarte, tenía que hablar contigo…

Respira hondo y me quedo esperando. Sé que es una locura, que no debería estar haciéndolo.

—No puedo hablar ahora, niña, he vuelto a casa… —me informa—, pero prometo ponerme en contacto contigo.

—Es un teléfono desechable —contesto—. Tengo miedo de llamarte del que estoy utilizando.

Escucho que se cierran unas puertas y me quedo ahí esperando a que hable. En el fondo, sigo siendo la niña con el corazón roto, que necesita amor y ahora no puede tenerlo.

—Es lo mejor que puedes hacer, encontraré la manera, niña, encontraré la manera de estar juntas para siempre.

—¿Por qué? —inquiero.

—Porque en el mundo del que te saqué, las mujeres no valemos nada, hija, así que quiero que tengas una vida normal, la que no tendrías si tu abuelo cometía el error de contactarlos.

—Estoy sola, Fiona, no tengo a nadie, no conozco a nadie y tengo miedo —confieso—. Pensaba que todo sería fácil, pero no es así.

—Sigue a tu corazón, Deirdre, no permitas que el miedo te impida ser feliz. Voy a protegerte, intentaré que ellos nunca te encuentren.

—¿Saben de mí? —pregunto.

—No, pero verte es ver a Edward, eres la viva imagen de tu padre, tus ojos, tu cabello, eres igual a él.

Suelto un suspiro, tengo atragantadas tantas preguntas en el nudo de emociones que se me ha hecho en la garganta.

—¿Por qué nunca me dijiste que eras mi abuela? —reclamo.

—Porque si lo sabías, tu abuelo no iba a protegerte. Edward hizo muchas cosas mal y una de ellas fue aceptar a tu madre y luego casarse con ella. No fue un cuento de hadas la historia de tus padres, pero se amaban como nunca creí verlo en esta vida.

—Fiona, ven conmigo —ruego.

—No puedo prometerte nada, intenta ser feliz, Deirdre y no escarbes en un pasado que solo traerá problemas.

El silencio que sigue a la llamada es ensordecedor. Mil preguntas pugnan por salir, pero mi garganta se cierra como una ostra. Bajo el teléfono y me quedo mirando la infinidad del parque, buscando respuestas en las grietas de mi memoria. Respiro hondo, tratando de encontrar un ancla en medio de esta tormenta emocional. Una sombra se proyecta sobre mí. Lentamente, levanto la vista y me encuentro con unos zapatos italianos, un pantalón de paño de color gris marengo y un abrigo de color negro. Cuando llego al rostro, se me corta la respiración al encontrarme con el hombre que cambió mi vida para siempre.

—¿Me estás siguiendo? —inquiero.

Sonríe de una manera que agita mi corazón, no sé porque el dueño de esos ojos azules puede alterarme.

—No, pero parece que el destino se empeña en cruzarnos.

Me levanto del banco para irme, solo que él tiene una idea diferente; su mano enfundada en un guante de cuero toma la mía desnuda. Me quedo quieta y me tenso. Sé que Declan es peligroso; un ejemplo de ello es que me usó como escudo mientras le disparaban. Esa noche pude terminar muerta.

—¿Lo has llamado? —averigua.

—No —contesto entre dientes.

—Sabes que, si lo haces, terminaré enterándome —advierte.

—No pienso ponerme en contacto con Aidan —reviro—, suéltame.

—Una luchadora —comenta acercándose, percibo el calor de su cuerpo y cierro los ojos esperando cualquier movimiento—. No nos volveremos a ver, *mo stór beag*[4], por ahora eres libre.

Me tenso.

—Espero no verte nunca más —sentencio.

Suelta una carcajada, me gira y tengo que alzar la cabeza para mirarlo. Declan es como esos hombres que aparecen en las revistas, jodidamente hermosos, como si no existieran, pero son reales. Su mano toma mi mentón y lo sube, su rostro se acerca lentamente al mío y creo que estoy a punto de un maldito infarto. Debería alejarme, él es un cazador y me ha convertido en su maldita presa.

—*Isa id do liopaí mo bhrón…*[5] —susurra.

Sus ojos, dos océanos infinitos de peligro, se clavan en los míos. El mundo se contrae hasta quedar reducido a sus labios, acercándose a los míos con una lentitud tortuosa. Cuando finalmente se unen, siento una explosión de sensaciones que me dejan aturdida. Es como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo, y por un instante, me olvido de todo lo demás. Su lengua explora mi boca con una insistencia que me asusta, y al mismo tiempo, me excita. Es un beso salvaje, primitivo, que me arrastra a un abismo de sensaciones contradictorias. Me siento atraída hacia él como una polilla a la llama, a pesar de saber que podría quemarme. Cuando por fin me separo, mi corazón late como un martillo en mi pecho. Me quedo mirando a ese hombre peligroso y magnético, y sé que nunca podré olvidarlo. Toda la razón que se me ha esfumado por unos minutos vuelve a mí. Me quedo mirando al hombre que destila violencia, peligro y terror. Sonríe lobunamente, sabiendo que estoy a punto de correr y es lo que hago. Giro para alejarme de él, lejos del pasado que me ocultan y todo lo que soy.

Corro para salvarme, aunque muy en el fondo sé que va a encontrarme de nuevo, que haga lo que haga, nuestros destinos se han cruzado y que esta no será la última vez que lo veré. Mis pies se mueven solos y sin pensarlo llegan al portal del edificio donde vivo. Mi respiración está agitada y creo que estoy a punto de sufrir un ataque cardíaco. Nunca hago ejercicio y hoy decidí hacerlo como si de un maratón se tratara. Intento respirar con calma y ralentizar los latidos de mi corazón; mi mano va hasta mis labios y me quedo paralizada, porque mi primer beso me lo ha dado un hombre al que le tengo mucho miedo. Nada de lo que había imaginado para ese instante se dio. Me siento en los primeros escalones para pensar e intentar recordar qué fue lo que me dijo segundos antes en gaélico.

Los minutos pasan de manera lenta mientras me pierdo un rato en mis pensamientos, hasta que decido ir a buscar lo que le prometí a Maddie. Negándome a compartir esto que ha sucedido con ella, porque la verdad es que Declan se ha vuelto en mi pequeño y sucio secreto.

Al regresar, sin importarme que está haciendo frío, salgo y me siento sobre el alféizar de la ventana a ver caer la nieve mientras no puedo borrarme el sabor de los labios de Declan. Ese

pequeño contacto fue como una maldita droga que se metió en mi torrente sanguíneo y no puedo tomarme con calma que aparezca cuando menos lo espero.

Capítulo 9

Declan

Un año después…

Quién diría que acabaría convirtiéndome en un mero espectador de la vida de otra persona. Un acosador, si quieres llamarlo así. Pero, ¿qué más da? Necesito saber cada detalle de su existencia. Los informes diarios son mi droga, mi obsesión. Verla moverse, respirar, sonreír… Me mantiene vivo. Es como si estuviera atrapado en una jaula de cristal, observándola desde afuera.

Después de meses de espera, de una pequeña guerra con los O'Brien, finalmente pude volver a tenerla cerca… aunque sea a través de una pantalla. Es patético, lo sé. Sin embargo, ver su rostro en alta definición, cada poro de su piel, cada mechón de su cabello, es una adicción que no puedo controlar. Y esas cámaras, son mi pequeño secreto. Me permiten adentrarme en su vida, en sus momentos más íntimos. Es como poseerla sin siquiera tocarla.

Deirdre, con su inocencia y su fragilidad, es la presa perfecta. La voy a hacer mía, cueste lo que cueste. Y cuando lo haga, cuando la tenga entre mis brazos, que pueda sentir su piel contra la mía, sabré que he ganado. Será mi venganza contra los O'Brien. Una venganza dulce, lenta y dolorosa. La haré sufrir como nunca antes ha sufrido. Y a ella, a Deirdre, la convertiré en mi trofeo, en mi posesión más preciada.

La observo cruzar la calle, una figura frágil cargando un peso que no le corresponde. Tiene diecinueve años. Demasiado joven para saber lo que se le viene encima. Sin embargo, eso es lo que la hace tan interesante. Una flor delicada a punto de ser arrancada de raíz. La sigo, disfrutando de la caza. Ella se vuelve, como si pudiera sentir mi mirada. Me encanta esa sensación de poder y de saber que la estoy controlando. Pronto dejará de buscarme y comenzará a temerme. Y cuando eso suceda, será mía.

—¡Deirdre! —Una voz masculina la llama.

Ella se detiene y sonríe. Su rostro se ilumina de una manera que nunca he visto, ni siquiera en las fotos que tengo en mi teléfono móvil. Me oculto cerca de un café y veo la interacción entre ellos. Cuando el hombre se acerca, deja un beso en su maldita mejilla y puedo ver cómo su piel se sonroja. La rabia sube como una perra por mi garganta; aprieto y suelto mis manos con deseos de estrangularlo. Se ríe por algo que el desgraciado le dice. Quiero matarlo lentamente, cortar su garganta mientras suplica por su vida. Todo se tiñe de rojo cuando lo veo colocar un mechón suelto de su cabello detrás de su oreja. Mi respiración se vuelve errática. Me prometí que solo la seguiría de cerca, que no me acercaría.

No obstante, todo lo que siento en este momento enajena mis pensamientos, impulsándome a tomarla y llevármela lejos. Se despiden con un beso inocente en su coronilla y envío un mensaje a mis hombres para que la sigan, mientras yo tengo el impulso de cazar al tipo que la acaba de tocar.

Lentamente lo sigo desde las sombras. Me vuelve loco pensar que esté saliendo con alguien; en los informes no había nada de algún chico, porque si no, ya estuviera muerto. La noche que

estuve frenético por saber qué sucedía en su casa fue cuando recibió la visita de dos chicos; casi tomé un vuelo para colarme por su ventana y recordarle que es mía. Aunque no lo supiera, sé que sabe que la acecho en la oscuridad.

Se desvía a un callejón y me sorprendo cuando saca un arma para apuntarme. Esto se pone divertido.

—Declan Kavanagh, estás lejos de Dublín —comenta mientras su *glock* me apunta.

—¿Te conozco? —inquiero divertido—. No se toca lo que no te pertenece…

—¿Y quién dijo que era tuya? —contraataca.

Apoyo la espalda contra la fría pared, observando al chico con una calma que no siento. Sus ojos, fijos en los míos, brillan con una determinación que no concuerda con su juventud. El arma en su mano tiembla ligeramente, pero su puntería es certera. Conoce mi identidad, eso está claro. Debe ser uno de los O'Brien. Un juego de miradas, un pulso acelerado, y una pregunta sin respuesta: ¿Qué quiere de mí?

—¿Quién te envió? —averiguo.

—Alguien que no desea que Deirdre se vea involucrada con la mafia —contesta—, pero parece que estamos fallando cuando está en tu punto de mira.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Aléjate de ella —ordena.

Chasqueo la lengua contra el paladar con fastidio. Normalmente no me gusta este tipo de enfrentamiento público. Me gusta demostrar mi poder de la mejor manera que sé, asesinando. Saco mi Beretta de nueve milímetros y, sin darle tiempo, disparo directo a su cabeza y el cuerpo se desploma mientras las palomas del callejón se dispersan volando… Se escucha un grito ahogado. Alzo mi mirada y no logro ver de donde proviene; molesto, me acerco rápido para sacar su identificación. Tomo su billetera para simular el robo y me giro para irme. Debería intentar averiguar quién me vio, solo que este instante estoy lleno de deseos de verla. Así que me voy antes de que llegue la policía. Se escuchan las sirenas a lo lejos. Cuando estoy a varias cuadras de distancia, busco mi móvil en el bolsillo de mi abrigo, para llamar a Connor y cuando atiende, le ordeno:

—Necesito que investigues a la persona, de la que voy a enviarte la foto de su identificación.

—Hecho.

—Además, que limpies las cámaras de seguridad a un kilómetro a la redonda de la academia donde estudia, Deirdre.

—Hecho, ¿alguna otra cosa?

—Quiero todo listo para ayer.

Cuelgo sin darle tiempo a responderme, me ajusto el abrigo y camino en dirección al piso de la chica. Si hay alguien que sabe quién es, tengo que averiguarlo. Estoy seguro de que los O'Brien son los únicos culpables de lo que sucedió en mi casa hace diecinueve años. Cada vez más me estoy acercando a la verdad sobre el asesinato de mis padres. Si todos los rumores son ciertos, ella pagará las consecuencias de lo que pasó. En la mafia nadie es inocente; las culpas de los padres se heredan, no me importa si la misma noche en que mi familia murió, es la misma en que ella llegaba a este mundo. Su vida a cambio de la de ellos, *«nunca le harías daño»,* suena una voz en mi cabeza y me detengo. Le haría daño, claro que le haría pagar la violación de mi madre mientras me obligaban a mirar; si pudiera revivir a mi tío, lo mataría mil veces para hacerlo revivir el momento.

Llego al lugar que desde hace tres días se ha convertido en mi favorito para espiarla. Me

oculto entre las sombras; su figura aparece en la ventana mientras mi mente viaja a la noche del veintiocho de noviembre cuando toda esta historia comenzó.

Mi padre, un hombre de negocios nato, siempre encontraba tiempo para su familia. Los tratos podían esperar, pero las cenas familiares eran sagradas en el clan Kavanagh. Aquella noche, mientras saboreaba la alegría de mi reciente promoción —había saltado un año y estaba a punto de graduarme a los dieciséis—, la tranquilidad de nuestro hogar se vio interrumpida de manera brutal. La puerta de la cocina se estrelló contra la pared, los vidrios de las ventanas estallaron en mil pedazos y un estruendo ensordecedor llenó la habitación. En un acto de reflejo, mi madre se abalanzó sobre mí, protegiéndome con su cuerpo.

—¡Mary, lleva a Declan al lugar seguro! —ordenó mi padre a mi madre mientras sacaba su arma.

Nunca olvidaré la imagen de mi tío Liam cruzando la puerta, su rostro era una máscara de odio. El mundo se detuvo en ese instante. Mi padre, con los ojos llenos de incredulidad, se quedó paralizado. La traición era un puñal que nos atravesaba el corazón, anunciando el comienzo de una pesadilla sin fin.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió mi padre entre dientes mientras los hombres nos sometían.

—Tomando el lugar que me corresponde —respondió Liam con una sonrisa y luego miró a mi madre lascivamente—. Ella fue mía antes que tuya…

—Es mejor que pienses lo que vas a hacer, nadie en el clan va a aceptarte, Iris va a odiarte —intentó negociar mi padre.

Liam sacó su arma y sin importarle que estábamos ahí, apuntó a mi padre, justo en su frente y disparó… Mi madre aulló del dolor cuando la bala impactó volándole los sesos; el cuerpo se desplomó sobre el piso y sus ojos azules quedaron sin rastro de vida, mirándonos fijamente.

Las risas frescas de Deirdre y su amiga Madison me devuelven a la realidad. Tengo que respirar varias veces para no vomitar. Consigo calmarme cuando me quedo mirándolas sentarse con dos tazas en sus manos y abrigos para hablar. ¿Puedo hacerle daño? ¿Realmente puedo dañarla? Me atrae, como nunca nadie lo ha hecho. Verla de lejos no ha sido suficiente, porque no puedo borrar el sabor de sus malditos labios. Es una hechicera, he visto mujeres hermosas, solo que ninguna es como la pelirroja de ojitos verdes grisáceos que me ha dominado con su fuego. Si me permitiera estrecharla entre mis brazos, mientras la desnudo bajo la luz de la luna, todo sería tan diferente. Me quedo parado observándola con el deseo de tocarla y sentir sus labios, su piel y la mía, deteniendo el tiempo.

A medida que la noche cae, van cerrando sus abrigos hasta que entran de nuevo. La pierdo de vista por minutos que se hacen eternos y castigadores. Me quedo sin palabras cuando la sombra de su figura se refleja en la cortina, la curvatura de sus pechos se refleja mientras se desviste y se me pone dura de imaginarlos. Todavía no puedo borrar de mi memoria como se veían cuando tuve que ayudarla con su hombro.

Apaga la luz, se quita de la ventana, ¿qué hará debajo de sus sábanas? ¿Se tocará? La visión de la bruja masturbándose choca en mi mente y me muero por verla. La oscuridad la envuelve, y mi mente comienza a divagar. Imágenes obscenas la invaden, y un anhelo insaciable me consume. Me imagino lo que está haciendo ahora mismo, sola en su habitación. La idea me excita y me enferma al mismo tiempo. La obsesión me domina. Con un movimiento rápido, salgo de mi rincón y me dirijo hacia la ventana. Todo el edificio duerme y el silencio de la noche es mi aliado. Me cuelo en su habitación, y la encuentro sentada en la cama, la luz de la lámpara

proyectando sombras en su rostro. Nuestros ojos se encuentran. En los suyos leo el miedo y la sorpresa. Sonrío.

El juego ha comenzado.

—Tú —musita.

—¿Me extrañaste? —inquiero en tono burlón.

Mi mirada baja por su cuerpo, cubierto por un pequeño camisón de seda de color negro. En respuesta a mi escrutinio, se tapa con la sábana. Nada de lo que haga podrá detenerme. Me acerco decidido a tomar lo que me pertenece; sus ojos se abren llenos de terror e intenta levantarse. Soy más rápido y la atrapo entre mis brazos, mi mano derecha va directo a su boca para evitar que grite. Mi droga personal, el aroma a vainilla que me vuelve loco, entra por mis fosas nasales y lo inhalo como si se tratara de mi propio *Popper*, causándome la euforia que extrañaba. Bajo mi rostro a su cuello y me detengo ahí, justamente donde su piel es más sensible para dejar un beso casto con el deseo de morderla y marcarla, para que todos sepan que le pertenece a alguien, no a alguien; a mí, Declan Kavanagh.

—Yo sí, te extrañé, bruja —susurro en su oído—, por las noches me imaginaba que estabas en mi cama esperando por mí, pronto te ataré y no te dejaré ir. —Me alejo para que pueda verme —. ¿Me dejas tocarte? —Niega con su cabeza—. Necesito besarte, Deirdre, déjame hacerlo.

Me golpea lo vulnerable que se escucha mi voz; la necesidad primitiva de poseerla es mayor que cualquier pensamiento racional. No haré nada sin su consentimiento, sin embargo, me muero por arrancarle la ropa y enterrarme en ella hasta que el sol entre por esa maldita ventana. Podría irme con un poco de ella para sentir que la espera no se hace tan larga y agónica. Se remueve y la colcha cae descubriendo su piel. Sus pezones se marcan en la tela de su camisón con la invitación de tomarlos entre mis labios. Se remueve y le quito la mano para escucharla, respira buscando aire.

—Tú…

Sin pensarlo dos veces, la beso. Es un beso salvaje, apasionado, como si el mundo se estuviera acabando. Nuestros cuerpos se entrelazan, nuestros corazones laten al unísono. En ese instante, el tiempo se detiene y solo existe esta conexión intensa, este momento de puro placer.

Capítulo 10

Deirdre

Sus labios se posan sobre los míos con una fuerza que me deja sin aliento. Mi cuerpo responde de manera instintiva, mientras que una parte de mí lucha contra la marea. Recuerdo la primera vez que nos besamos, la sensación de peligro y excitación que me invadió. Ahora, aquí estamos, repitiendo ese patrón destructivo. Quiero escapar, solo que sus manos me sujetan con fuerza, y me siento atrapada en su red. Es como si estuviera caminando por una cuerda floja, y cada paso me acercara más al abismo.

Mis labios pronuncian mentiras, pero mi cuerpo habla un idioma diferente. Sus manos, ásperas como corteza de un árbol, me marcan, reclamando mi piel como suya. Estamos atrapados en un vals peligroso, un tira y afloja entre el deseo y la razón. Una parte de mí lucha contra esta atracción, clamando por mi cordura, más otra desconocida hasta hora, que es salvaje y oscura, se rinde sin luchar. Declan Kavanagh es un incendio que consume mi voluntad, reduciéndome a cenizas.

—Llevo un año pensando en besarte —susurra arrastrando sus labios hasta mi cuello—. No puedo sacarte de mi mente, maldita bruja.

Me baja el camisón hasta dejar mis senos a su disposición. Debería detenerlo, pero algo en mí se enciende cuando siento sus besos hasta que sus dientes toman uno de mis pezones. Arqueo mi cuerpo, ofreciéndome completamente a él. Su mano sube por mi pierna y me quedo sin aliento cuando acaricia entre mis muslos. Mi mirada se cruza con la suya. Declan es del tipo de hombre que no está acostumbrado a que lo detengan, pero mi mente grita: *«detente, detente»*, mientras mi cuerpo grita: *«no lo detengas, que no pare»*. Algo me hace alejarme y se aleja cuando ve que me estremezco.

—No soy una de tus putas, Declan —susurro llena de miedo—. No quiero estar cerca de ti o tu primo, aléjate.

Sonríe mientras su mano sube de manera violenta hasta mi sexo. Intento impedírselo, pero usa su fuerza para abrir mis piernas. Acaricia a través de mis bragas y me quedo, sin palabras. Me sonrojo porque mi maldito sexo no es mi aliado en este momento.

—Me gustan —afirma mientras toca mi vello recortado que cubre mi monte de Venus; gime —. Estás mojada por mí, Deirdre. Puede que tu mente pelee contra tu cuerpo, pero eres mía y espero que lo recuerdes, porque mataré a cualquier hombre que se acerque a ti.

—Suéltame…

Me muevo, sin embargo, él es más rápido cuando vuelve a tomar mi boca con la suya en un beso que quiere dejar en claro que soy suya; aunque mi razón se opone a lo que hace, no puedo retener un gemido de placer que lo impulsa a explorar mis fauces con su lengua, mientras una de sus manos amasa con fuerza uno de mis senos y con la otra sus dedos juegan a tentar mi braga húmeda cuando la mueve colándose dentro, su dedo acaricia mis pliegues y tengo que sostenerme de sus bíceps para no gritar ante la intromisión. Entierro mis uñas en su piel, rasgándola cuando se cuelan dentro dos de sus dedos, invadiéndome.

—Déjame follarte, bruja, déjame joderte hasta que pueda saciarme de ti. —Jadea entre

besos.

Vuelvo en razón, atrapo su labio entre mis dientes hasta hacerlo sangrar, y para mi sorpresa gime. En respuesta, muerde el mío hasta que pruebo el sabor metálico de mi sangre. Se separa y sonríe, pasa su pulgar por mis labios, se queda mirando la mancha color carmesí y la lleva a su boca.

—Me encanta besarte, sentir como te rompes, probar tu sangre, solo me alienta, *Cailleach*, me quiero enterrar en tu coño hasta que grites mi nombre y comprendas que eres mía desde que diste tu primer aliento. —Mi respiración se vuelve errática—. Tu vida por la de mi familia…

Abro los ojos.

—No he hecho nada, no te debo mi vida… —afirmo.

—Mía, Deirdre, eres mía para poseer y para romper.

—Soy virgen… —confieso y quiero golpearme, porque sé que esa excusa no va a detenerlo.

Se queda callado. Puedo ver la sorpresa pintada en sus ojos. No puedo entregarle mi virginidad al único hombre que me ha tocado, mucho menos al menos apropiado. Sé que es una locura, realmente esto es lo que intentaron mis abuelas detener; sin saberlo, quien pensaba mi mejor amigo, me llevó a una trampa sin salida. Declan Kavanagh es una mezcla del hombre malo que todas soñamos y leemos en las novelas de romance mafia, con un poco de todo lo prohibido. Es la definición de peligro, estoy segura de que él sería capaz de destruirme mientras me folla en el proceso.

—Ahora te deseo más, bruja, eres tan malditamente hermosa, estoy rompiendo todas mis reglas por ti.

—Declan, no puedo follar contigo.

Sonríe lobunamente.

—Lo harás, no ahora, tu cuerpo será mío, así que recuerda que si alguien toca lo que es mío, morirá. No hago amenazas en vano, *Cailleach.*

—No sé a qué juegas, pero no voy a convertirme en la obsesión de un mafioso. —Mi comentario lo hace acentuar su sonrisa—. No te quiero cerca, cumplí lo que me pediste, me alejé de Aidan, desaparecí de Dublín.

—Soy yo, quien no puede alejarse de ti, te metiste en mi mente, Deirdre. —Su mano acaricia mi rostro—. Eres mi obsesión, eres mi castigo, eres… —Se calla—. Te deseo, quiero tomarte y abrir tus piernas para lamer esa humedad. —Me sonrojo por sus palabras—. Y lo haré, tal vez no ahora, pero terminaré comiendo tu coño y luego te voy a follar tan duro, que no olvidarás nunca a quién perteneces.

Se acerca para dejar un beso en mi frente y se levanta para irse. Camina hasta la ventana y se detiene. Esto es surrealista, todavía no comprendo qué fue lo que pudo causar la obsesión de este hombre. Gira un poco su cabeza y me da un último vistazo. Su mirada me calienta, mientras sus palabras siguen repitiéndose en mi mente. Sale por la ventana dejándome en mi cama completamente confundida; me levanto corriendo y al asomarme lo observo subirse a un todoterreno que arranca a toda velocidad. Algo me dice que me ha tenido vigilada todo este tiempo; en mi mente se forman miles de conjeturas y una sola solución. Tengo que irme y poner tierra de por medio, para que no se acerque nunca más y me toca contarle a mi compañera de piso y amiga que tendré que dejarla.

Ese es el menor de mis problemas. Mi vida corre peligro. Desde hace un año he estado usando mi verdadero apellido, Deirdre O’Brien, un nombre simple para una irlandesa. Además, Boston es una de las ciudades con mayores raíces irlandesas de los Estados Unidos, lo que me

convertía en alguien normal. Una inmigrante con un permiso de estudiante ante los ojos de todos. Si tomo la decisión de irme, me dolerá alejarme de mis nuevos amigos y por supuesto de Maddie. La pregunta era:

¿Tendré que huir para siempre?

*****

Cuando Maddie sale a desayunar llevo horas sentada frente a la taza de café; se sirve la de ella y se queda mirándome. No tengo idea cómo comenzar mi historia. Hace un año en ella encontré la familia que pensaba que no podía tener y ahora tengo que abandonarla. Me vi alejada cuando descubrí la verdad de la mía, pensando que podría encontrar la paz.

—Mi mamá murió a los pocos minutos de dar a luz, y la persona que me recibió aparentemente era mi abuela. —Cierro los ojos—. Por años se hizo pasar por mi nana, para protegerme, porque mi padre era parte de la mafia irlandesa.

—¡Maldición! —profiere entre dientes y se sienta a mi lado—. Deirdre, no tienes que contarme nada.

Niego con mi cabeza, porque necesito que esté enterada que tal vez esté en problemas por mi culpa y necesito hablar en voz alta.

—Por años fui como un error en los planes de mis abuelos maternos, mi abuelo no paraba de recordarme que mi madre había follado con alguien jodiendo su futuro. Siempre quise huir de la vida que tuve, me llamaban la huérfana en el internado y muchas cosas horribles.

—Los niños a veces pueden ser crueles… —musita.

—Una tarde conocí a Aidan. —Sonrío al recordar—. Se convirtió en mi mejor amigo, la única persona capaz de hacerme confiar y con la que me sentía realmente yo. —Niego porque todo terminó tan mal—. Era mi mejor amigo. Por años fue mi consuelo y me apoyó en la idea de venir a América a estudiar, pero la noche de *Halloween*, antes de tomar el avión, salimos a celebrar y todo terminó mal. Entramos en un fuego cruzado y descubrí que él era parte de la mafia. Esa noche, conocí a su primo, pensé que había pasado desapercibida para todos. —Sonrío y me señalo—. Mírame, no soy hermosa.

—Eres preciosa, Deirdre, tienes que aceptar que eres una chica hermosa. —Me abraza y me quedo mirando la taza—. ¿Qué sucedió?

—Él me usó de escudo por segundos, pero cuando me quitó del medio me tiró al piso, ya sabes el hombro, ese día tuve que molestar a mi abuelo que no deseaba que viniera. —Respiro hondo—. Mis abuelas me confesaron la verdad y me ayudaron a venir a América, sin darme tiempo a entender nada, porque si ya la familia de Aidan me había encontrado, faltaba poco para que la familia de mi padre lo hiciera. En una tarde descubrí que mi nana en realidad era mi abuela y mi abuela materna solo quiso protegerme.

—¡Joder!

—Declan ha venido dos veces a Boston, la primera vez me besó y fue como el inicio de todo, pasó un año y pensé que estaba tranquila, pero anoche entró a la habitación como un ladrón, casi me folla, si no lo detengo. —Toco mis labios—. Me besó; me besó provocando tantas cosas.

Maddie me gira y se queda mirándome. Sus manos comienzan a tocarme buscando algún signo de violencia. Niego con mi cabeza y no puedo evitar sentirme abrumada por todo. Siento el calor de una lágrima furtiva rodar por una de mis mejillas.

—No me hizo nada, pero debo estar enferma, porque me toca y yo… —Niego con mi cabeza y me callo.

—Te toca y no puedes vivir sin el roce de su boca o de sus manos. —Completa por mí—. No te preocupes, sé lo que sientes.

—Maddie…

—Te dije que todos tenemos secretos, Deirdre. Todavía no estoy dispuesta a contarte el mío, pero te entiendo.

—Es un cazador y soy su presa; tengo miedo, porque anoche cuando me tocó sentí que estaba tan excitada que no lo iba a detener. —Niego con mi cabeza—. Declan es como una droga que me sube a lo más alto, nunca imaginé que se podía encontrar placer con el simple roce de una caricia.

—¿Quieres huir? —pregunta.

Asiento con mi cabeza y me quedo mirándola, porque no puedo mentirle.

—Ellas me han escondido por alguna razón de mi familia, anoche dijo algo que no he podido sacarme de mi mente.

—¿Qué? —averigua.

—Mi vida, por la de sus padres, no tengo idea a lo que se refiere, estoy ciega en un mundo que no conozco, Maddie, sé lo que significa la mafia, lo que son capaces de hacer, pero no tengo idea lo que significa estar dentro, si eso destruyó a mi madre, no quiero ser parte de ello.

—Yo sé que es estar involucrada en la mafia —confiesa.

—Maddie…

—No puedo contarte, no ahora, lo único que puedo decirte es que es peligroso y que no deseas ser parte de ello, una vez dentro es difícil salir. —Toma mi mano—. Si necesitas irte lo entenderé, pero no quiero que te vayas sola, así que me iré contigo.

—No te expondría a esto, pero… —Niego con la cabeza—. Algo me dice que, así huya, me encontrará.

—Aceptaré lo que decidas, Deirdre y te apoyaré en todo. Si tengo que huir contigo lo haré, no estás sola.

—Gracias —musito.

Se acerca y me da un abrazo que me reconforta, cuando se levanta tomo una decisión que puede aclarar todo. Necesito hablar con Fiona, mi abuela paterna es la única que puede ayudarme con esto y que me esclarezca qué quiso decir Declan con respecto a mi vida por la de sus padres. Las consecuencias de los actos de mi familia tal vez determinen mi futuro. No puedo seguir a oscuras con la confesión de que soy parte de una familia criminal, pero lo mejor es que me mantenga alejada, si algo me han enseñado los libros, que nadie escapa de la mafia, termina encontrándote de alguna manera, porque el pasado siempre vuelve a cobrar su precio.

Capítulo 11

Declan

Sus ojos, dos abismos oscuros que me arrastran hacia su interior, capturaron mi alma en una sola mirada. Su voz, que es una melodía hipnótica de un canto de sirena, me susurra con terror al oído y me enreda en una telaraña de deseo. Desde aquel instante, Deirdre se convirtió en mi obsesión y en mi único anhelo. Cada pensamiento, cada latido de mi corazón la tiene como protagonista. Creí poder controlar esta pasión o mantenerla a raya, solo que con cada encuentro, cada roce se intensifica de forma incontrolable. La idea de poseerla me consume. La imagen de sus labios, tan cerca de los míos me provoca un deseo tan intenso que me asusta. Lucho contra el impulso de tomarla por la fuerza, de borrar la distancia que nos separa, mas sé que ceder a esa tentación solo me alejaría de ella. Debo ser paciente y cauteloso, para que mi deseo no se convierta en repulsión.

Es mía. La tengo acorralada en una red de mi propia creación. No puede escapar. Si supiera el monstruo que se esconde bajo esta piel, si supiera lo fácil que es perder el control... Sin embargo, con ella, siento que puedo dominarlo todo. Sobre todo aquí lejos de mi entorno, porque en Irlanda, donde cada rincón me recuerda mi venganza, la arrastraría a mi oscuridad sin pensarlo. Me ha embrujado arrastrándome a un torbellino de emociones que me desbordan. Sus labios, húmedos y cálidos, me encienden como una mecha. Ahora mismo, mientras giro sin rumbo en el piso que he alquilado, mientras me aferro a las botellas de *whisky*, solo puedo pensar en ella. En cómo la dejé temblando y anhelante por mi toque. Estoy enredado en una maraña de deseo y obsesión. No quiero escapar, ni siquiera puedo. Esta espiral de venganza y pasión me consume por completo. Estoy perdido, extraviado en un laberinto de sentimientos contradictorios.

La transformación de mi ser es inevitable. Mi fijación en ella me consume, pero al mismo tiempo me da un propósito. Nuestros destinos están entrelazados en un juego de control y entrega. El desenlace de esta historia es incierto, pero una cosa es segura, Deirdre y yo estamos destinados a seguir cruzando nuestros caminos, enredados en una obsesión oscura y misteriosa.

Estoy en Boston cuando debería estar en Dublín. No debería estar aquí cuando mi clan se está recuperando de la guerra que su familia ha provocado. Ella es el enemigo y la necesito como mi droga personal. La vida es una maldita broma de mal gusto, porque la quiero como nunca quise nada, y al mismo tiempo deseo la revancha para intentar revindicar a mis padres. No sé si eso nos destruya en el proceso. No tengo ni la remota idea de lo qué puede suceder con esto y ahora que sé que no le soy indiferente, que causo algo en ella más que miedo, no puedo alejarme. No obstante, me detiene su edad y que no estoy listo para que su familia se entere que la hija de Edward O’Brien existe, que Fiona la escondió de todos en un intento por protegerla de nuestro mundo, olvidándose de que los Kavanagh siempre escarbamos hasta encontrar un punto débil para destruirlos.

Mi móvil suena y cuando abro el mensaje del hombre que la sigue, maldigo, mi bruja cree que puede escapar de mí. Está subiendo su equipaje a un taxi. Doy la orden de seguirla y avisarme a dónde se dirige. Por años no he salido de Irlanda, evitando que descubran quién soy en realidad. A veces pienso que he perdido la cabeza. Solo la he visto pocas veces para tener este tipo de obsesión sobre ella. Mi madre creía en las creencias sobre el destino y en las almas

gemelas, porque mi padre lo fue todo para ella. Su vida entera giró en torno a él hasta el día de su muerte. Siempre que expresaba con palabras lo que sentía por él, se refería a que era su otra mitad, el *ying* de su *yang*. La luz de mi madre iluminaba el mundo oscuro y lleno de sombras de mi familia.

No puedo detenerme en mis pensamientos. Tengo que detenerla. Subo al automóvil alquilado para tomar la ruta que me ha enviado mi soldado, ya es momento de que tome una decisión sobre mis planes con ella. Deirdre tiene la última palabra, pero su destino está al lado del mío.

*****

La observo subirse a un tren con destino a la ciudad de Nueva York. Me quedo rezagado entre las personas que van hacia el mismo destino hasta verla sentarse en una de las butacas. Camino hacia ella con tranquilidad, aunque por dentro tengo tantas preguntas que hacerle. Debí acercarme de otra manera; quizá la asusté tanto que cree que puede huir de mí. Probablemente solo tenía que esperar entre las sombras hasta que tuviera la edad suficiente para explicarle que es el pago por la sangre derramada de mis padres. No puedo creer que no sepa nada; no entiendo cómo ha estado tantos años lejos de la realidad de lo que ella significa para la mafia irlandesa.

La princesa perdida, pero que va a casarse con el rey.

Por más que interrogué a Aidan para saber si tenía idea de lo que sucedía y de quién era ella, siempre me sostuvo la misma respuesta, que no lo sabía, que Deirdre era su amiga. Lo dejé en paz con el tiempo porque entendí que no era nada que pudiera resolver con él. Parecía que el destino se empeñaba en ponerla en mi camino, hasta que por fin se me vino el plan perfecto, si no la dejo ir y la convierto en mi mujer, podría consumar mi venganza. Me tiro sobre el asiento a su lado, haciendo que se sobresalte cuando me siento.

—Declan…

—¿Pensabas que puedes escapar de mí? —inquiero mirándola.

Niega con su cabeza como si entendiera que no tiene escapatoria, que esto es para siempre y que nada de lo que haga podrá separarnos.

—Necesito escapar de ti —musita—, no creo que puedas entender nada lo que pasa por mi cabeza. No tengo idea de lo que es la mafia y tampoco quiero averiguarlo.

—Te puedo enseñar todo lo que necesitas. No puedes escapar, *Cailleach,* porque tu destino está ligado al mío, más de lo que piensas.

—Quiero pensar que no es así, me niego a pensar que voy a terminar con un criminal.

Sonrío, si ella tuviera idea que es la princesa sin corona de una dinastía. Su familia por casi un siglo han intentado ser los reyes de Irlanda, fracasando en el intento.

—¿Dónde pensabas ir?

—Donde no pudieras encontrarme… —Suelta un suspiro.

—Siempre voy a encontrarte…

—Algo me dice que es así; la verdad no sé qué hice para ser el objeto de tu obsesión…

Gira su rostro hacia la ventana cuando comenzamos a movernos. Hasta ella lo ve de esa manera, esta maldita conexión que hay entre los dos. Su linaje y el mío, los secretos que hay tras la muerte de mis padres y el golpe que dio mi tío. ¿Por qué esconderla? ¿A qué le teme su abuela? Nunca reinaría por ser mujer, mas sería obligada a casarse por conveniencia, porque si lograra que lo haga conmigo, la ataría a mí y estaría destruyendo a la familia que me ha hecho daño.

—Eres una bruja… —comento sin dejar de mirarla—, te metiste en mi cabeza, sueño

contigo todos los días, es como si ellos me estuvieran indicando sobre ti, pero no quiero aceptarlo.

—Tal vez tus sueños te están diciendo que estás loco y que debes dejarme en paz —comenta sarcásticamente. Sus fanales verdes se cruzan con los míos. Al mirarlos puedo verme entre las montañas de Irlanda—. No creo en el destino.

—Una irlandesa que no cree en las leyendas, es muy raro.

—Soy católica, no debería creer en nada fuera de nuestra religión, no crecí creyendo en nada, no puedo creer que mi destino sea terminar junto a una persona como tú.

—¿Y cómo soy? —inquiero apretando mis puños—. Me juzgas por ser un jefe de familia.

Se gira y esboza una sonrisa, esta chica podrá tener diecinueve años, pero parece que ha vivido mil vidas.

—Eres un criminal, pero te concederé unas horas para que puedas demostrarme lo contrario, Declan, aunque no creo que cambie de opinión, eres lo que eres y no quiero ser parte de ello, también sé que no puedo cambiarlo.

—¿Y si cambias de opinión? —averiguo.

—Nada cambiará, seguirás siendo Declan Kavanagh, el jefe de la mafia irlandesa y yo no deseo acercarme a ti.

—Y tú, Deirdre O'Brien, lo sé todo, pequeña bruja, tal vez pudiste engañar a mi primo, pero no puedes engañarme a mí.

—¿Qué sabes? —pregunta intentando ocultar su nerviosismo.

Sonrío, me acerco lentamente hasta su rostro, sostiene su respiración y mis pensamientos racionales se borran, porque su aroma me enloquece. Mi mano sale disparada hacia su cuello y la atraigo hacia mis labios.

—Que eres mía —afirmo.

Sin esperar su respuesta la beso, mis labios atrapan los suyos, estoy en un desierto muerto de sed y ella es la fuente de agua que va a saciarme para la eternidad. Quiero poseerla para romperla y luego pegar con oro cada uno de los pedazos que destruya de su vida. La necesidad de tenerla va más allá de lo que nunca pensé. Sé que es una obsesión, mientras más se resiste a mí, más deseo poseerla. Mi lengua se adentra a la inmensidad de sus fauces mientras la suya sale tímida a responderme… Sé que en su mente hay una lucha entre lo correcto e incorrecto, pero cada vez que estoy cerca sé que gana lo que es moralmente cuestionable para ella. Le llama el peligro, le excita que pueda poseerla, le gusta la idea de esta maldita obsesión que me está consumiendo cada día. Se separan nuestros labios, pero con los míos recorro sus mejillas y cuello, me acerco a su oído y le susurro:

—Si meto mi mano y toco tu coño, voy a encontrar tu humedad. —Tomo su mano y la llevo a mi erección—. Así me pones, Deirdre, no te resistas más, acepta tu destino.

Me quita la mano y se separa de mí; se queda mirándome con rabia. No puedo evitar regocijarme, porque quiero saber qué esconde esa chica que se encierra detrás de los dibujos. Sé que por sus venas corre el fuego, mas se resiste a ser consumida por él. Cuando explote, será como lava hirviendo que destruye todo a su paso.

—No quiero aceptar nada, porque puede que me beses y se enajenen mis sentidos, pero no voy a caer, sé que… —Se acerca más a mí rostro, todo en mí se enciende, me susurra—: Que eres un asesino, que solo me deseas porque no puedes tenerme.

—Dame tiempo, Deirdre, porque tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

Se gira y se queda en silencio. Viajo mirándola por todo el camino. De vez en cuando me

echa vistazos llenos de odio. Me da risa toda esta situación, porque soy un hombre de treinta y cuatro años que quiere follar a una niña hasta que no quede nada más de ella. Cuando nos detenemos en la estación en Nueva York, intenta levantarse y la detengo. Una maldita idea pasa por mi mente y quizás sea la única manera de encontrar la paz mientras esté lista para convertirla en lo que deseo. Cae en su asiento y le tomo por su barbilla para que me mire.

—Dame una semana, Deirdre, dame una semana para demostrarte que estamos hechos el uno para el otro, prometo que después te dejaré tranquila hasta que sea el momento correcto.

—¿Y cuándo será ese momento? —inquiere.

—Cuando tu familia descubra quién eres. —Abre los ojos asustada y yo sonrío—. Lo sé todo, así que tienes dos opciones, aceptar lo que te pido o esperar a que tu primo venga por ti a asesinarte.

Niega con su cabeza.

—Fiona no lo permitiría.

—Fiona O'Brien perdió todos los derechos cuando huyó con tu madre y contigo, así que sabes que eres parte de mi mundo, ya no puedes negarlo.

—Acepto, pero con una condición.

—Las condiciones las pongo yo, *Cailleach*, pero prometo que no te haré daño.

—Quiero saber la verdad de lo que sabes, esa es mi condición —revira.

—Hecho…

Un sudor frío me recorre la espalda mientras me pongo de pie. Extiendo la mano hacia ella, una ofrenda tan vacía como la promesa de un amanecer eterno. Sus ojos, dos pozos oscuros y profundos se clavan en mí, escudriñando mi alma como un buitre hambriento. Veo el miedo en ellos, el recelo de una presa acorralada. Sin embargo, una sonrisa torcida se dibuja en mis labios. Quince años nos separan, una brecha insalvable que mi mente enferma ha decidido ignorar. Apenas está comenzando a vivir, mientras que yo soy un náufrago en un mar de recuerdos amargos.

La deseo con una intensidad que me aterra. No es solo atracción, es una obsesión enfermiza que me consume desde dentro. Cada latido de su corazón es una victoria en mi particular guerra. Cuando finalmente cede y sus dedos se entrelazan con los míos, siento una oleada de triunfo que me hace estremecer. He ganado otra batalla contra el miedo que me tiene.

Deirdre O'Brien es mi creación y mi esclava. Juntos seremos una fuerza imparable, nos convertiremos en un arma de destrucción masiva. Nuestra sangre mezclada será un cóctel venenoso, que tendrá un solo propósito, aniquilar a quienes abrieron la puerta a la bestia que yacía dormida en mí. Con cada paso que damos, me acerco más a mi objetivo final, a ese momento de dulce venganza en el que mis enemigos caerán uno por uno.

Capítulo 12

Deirdre

Sus dedos se entrelazan con los míos, y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo, electrizando cada fibra de mi ser. La sensación es a la vez excitante y aterradora, como si me encontrara al borde de un precipicio, cautivada por la vista, pero aterrorizada por la caída. En sus ojos, oscuros y profundos como un océano sin fondo, veo un conocimiento ancestral, una sabiduría que me desconcierta. Es como si pudiera leer mis pensamientos más íntimos, como si conociera las respuestas a todas las preguntas que me han atormentado desde la infancia, no sé si pueda pagar el precio de ellas.

La idea de sumergirme en ese mundo oscuro y peligroso me paraliza. El miedo me oprime el pecho, como una mano invisible que me estrangula. Siento que estoy jugando con fuego, que me estoy acercando demasiado al borde. Quizá escapar de las llamas una vez que me haya adentrado en ellas. La atracción es irresistible, se manifiesta como una fuerza magnética que me arrastra hacia lo desconocido. ¿Seré capaz de resistirla? La incertidumbre me atormenta y la frustración me consume por dentro. Quiero saber, necesito saber, mas el miedo me paraliza cada vez que está cerca.

Provengo de una familia de criminales, asesinos, personas que no tienen escrúpulos. Demostrándome que la vida no es un cuento de hadas, que como en las películas que me gustaba ver de niña, nadie vendrá a rescatarme y decirme que todo lo que vivía con mis abuelos se había acabado. Declan es la respuesta a todo, tiene razón al decir que le pertenezco, me siento malditamente atraída a él. No puedo negarlo, no cuando me toca y parece que el mundo se detiene, borrando toda la existencia a nuestro alrededor.

El andén se extiende ante nosotros, infinito y solitario. Salimos del tren y el mundo exterior parece ajeno a mi caos interior. Él toma mi bolso con una mano, su toque es demasiado familiar y posesivo, con la otra me atrapa por la cintura, cerniéndose sobre mí como un halcón sobre su presa. Un beso frío me roza la frente paralizándome. Sé que está loco, lo sé con cada fibra de mi ser. Sin embargo, aquí estoy a su lado, aceptando una semana de encierro voluntario.

No puedo seguir resistiéndome. La idea de volver a casa y de ver a mis abuelas era lo que parecía correcto, solo que ahora se desvanece como el humo en el viento. Iba a tomar ese avión para dejar atrás esta pesadilla. Algo dentro de mí, que es una voz oscura y persistente me detiene, susurrando que Declan es la respuesta. Sabía que la vida me pondría a prueba y que me haría dudar en cada encrucijada. Nunca imaginé que la elección más difícil sería la de aceptar lo que siempre he rechazado. Estoy atrapada y cuanto más lucho, más me adentro al mundo que me aterroriza.

—¿Estás lista? —pregunta.

Niego con mi cabeza, porque estaría mintiendo si le dijera que lo estoy.

—No, pero estoy confiando en ti —asevero.

—Nuestra semana comienza ahora…

Respiro hondo cuando saca su mano para detener un taxi, subimos y me quedo mirando la ventana por un rato. Todos alguna vez hemos soñado con pisar la vibrante ciudad donde todo puede ser posible, dónde Holly conoció a Paul mientras desayunaba frente a Tiffany. En estas calles, Carrie se enamoró perdidamente de Big. La metrópoli multicultural y llena de arte. Una

pequeña isla que para muchos inmigrantes significó el sueño de encontrar lo que en sus tierras habían perdido.

—¿Estás bien? —me pregunta Declan sacándome de mis pensamientos.

Alzo mis hombros y me quedo mirándolo. No estoy completamente bien, tengo miedo de todo, de él y de esa familia que parece que solo quiere destruirme. Nos detenemos en el hotel Plaza y me quedo mirándolo.

—¿Nos quedaremos aquí? —inquiero asombrada.

—Sí, no pensarás que voy a quedarme en un lugar de mala muerte.

—Pero es el Plaza —digo como si fuera evidente que es un hotel de lujo.

—Tengo suficiente dinero para pagarlo, además, sé que estás acostumbrada a esto.

Pongo los ojos en blanco fingiendo indiferencia. Claro que estoy acostumbrada a este estilo de vida, lo que no sabe Declan es que odio que mi abuelo le encantaba aparentar que estábamos nadando en oro irlandés. Lo sigo hasta la recepción. Me quedo mirando a las personas que entran y salen, hasta que sonrío al ver a una novia salir por uno de los ascensores junto a su padre. La felicidad está reflejada en su rostro, él mira a su hija con amor infinito y me pregunto cómo se sentirá tener a alguien que le importes tanto. Siento una lágrima rodar por mi rostro. Nunca pensé que mi familia me haría tanta falta, yo, la chica que se acostumbró a ser la huérfana, a no tener un padre y tampoco una madre, a la que le daba igual no tener a nadie.

Maldita sea, estar lejos de todos y estar atada de un maníaco, me está volviendo una persona insegura… No, yo no soy así, no quiero estar en esa situación. Se suponía que debía ser diferente. Maldigo a Aidan y su familia por cruzarme con Declan, también maldigo a Fiona por mantenerme en secreto de que mi padre era parte de un clan mafioso, que ella es mi abuela y que no desea que nadie se entere de mi existencia. Elimino de mis pensamientos esa última frase, porque mi abuela solo desea que no esté involucrada con la mafia, mas el cruel destino se ha burlado en nuestras caras, porque me llevó hasta las puertas del jefe de un clan enemigo, para que se obsesionara conmigo de la misma manera que yo lo estoy con él. ¿Me estoy volviendo loca? Será que es la falta de una figura paterna que me está arrastrando a la necesidad de un hombre mayor, que se convierte en una figura de autoridad. No estoy loca, solo busco una respuesta lógica a lo que siento.

—¿Estás lista? —pregunta Declan sacándome de mis pensamientos.

—No, ¿prefieres que mienta? —contesto.

Sonríe y niega con su cabeza.

—No, siempre dime la verdad, *Cailleach.*

—Odio que me llames bruja.

Suelta una carcajada que me hela la sangre, su es una risa fría y desprovista de humor, resuena en el *lobby*. Se acerca, demasiado cerca para mi gusto en este momento. Deposita un beso en mi frente. Un gesto tan íntimo y tan fuera de lugar en este contexto, me provoca un escalofrío que recorre todo mi cuerpo. Mi instinto me grita que huya, pero mis piernas se niegan a obedecer. Su mano, grande y cálida, se posa en la parte baja de mi espalda, impulsándome hacia adelante.

—Sigue al botones —ordena con voz suave como la seda pero con un filo cortante que me desgarra por dentro.

Por un instante imagino contrariarlo y no obedecer. Quiero plantarme, quiero gritarle que no me moveré ni un centímetro más, aunque sé que sería inútil. Declan es un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere, y no dudará en usar cualquier medio a su alcance para doblegar mi

voluntad. Con paso vacilante, sigo al botones hacia el ascensor. Veo su rostro tan amenazador, me tenso cuando da un paso hacia a mí, siento su aliento cálido en mi piel al envolverme entre sus brazos. Cualquier persona aquí que nos mire, creerá que somos una pareja enamorada. Imagino su voz susurrando promesas vacías y amenazas veladas. Sé con certeza absoluta, que él no se detendrá hasta conseguir lo que desea. *A mí.*

Una semana…

Esa es la promesa que me ha hecho. Una semana para soportar sus juegos, sus miradas penetrantes y sus insinuaciones. Siete días esperando que este infierno llegue a su fin. Aunque en el fondo, no puedo estar segura de que cumplirá su palabra. Me niego a creer que me dejará en paz después de todo lo que ha hecho para atraparme. La duda me corroe por dentro, alimentando mi miedo y mi frustración.

Las puertas del ascensor se deslizan cerrándose, aprisionándome en un espacio cada vez más reducido. El aire se vuelve denso, cargado de una anticipación que me oprime el pecho. Subimos en un silencio sepulcral, cada segundo que pasa se intensifica la sensación de que estoy cayendo en una trampa mortal. Todo podría haber sido tan simple y tan fácil, si aquella noche no me hubiera cruzado en su camino.

Al salir seguimos al botones como autómatas, nos abre la puerta y ante mis ojos se despliega un pequeño ático, un nido de lujo encaramado en lo alto de la ciudad. La opulencia del lugar es abrumadora, casi irreal. Camino hacia una de las ventanas y me detengo absorbiendo la vista panorámica. El Central Park se extiende a mis pies, un manto verde que contrasta con el caos urbano. Los rascacielos se elevan hacia el cielo, perforando las nubes como agujas de acero. Sin embargo, la belleza del paisaje no logra disipar la inquietud que me corroe por dentro.

Escucho fragmentos de la conversación entre el botones y Declan. La puerta se cierra con un chasquido seco aislándonos aún más. Me quedo de pie frente a la ventana, buscando en el horizonte una señal de esperanza, un escape. Solo encuentro el reflejo de mi propia desesperación en el cristal.

—Esto es impresionante —murmuro.

—Qué bueno que te guste —comenta detrás de mí—. Puedes escoger cualquiera de las habitaciones.

Me giro y me quedo mirándolo. Por un año, por mi mente pasaron miles de pensamientos dónde terminaba entre sus brazos mientras me follaba con fuerza contra las sábanas. Me sonrojo y lo veo dibujar una sonrisa pícara que lo hace lucir mucho más joven. Declan es realmente hermoso, de ese tipo de hombres que cortan el aliento cuando lo miras, que normalmente aparecen en revistas como GQ y que crees que usaron Photoshop para editar las fotos. Sus ojos son de un azul tan intenso, su rostro sería perfecto si no tuviera una pequeña protuberancia en su nariz aguileña, su cabello negro cortado perfectamente en un corte varonil y un cuerpo que se nota que pasa horas en el gimnasio ejercitándose, mientras que yo hago una sentadilla y creo que voy a morir. Me encantaría verlo con un traje hecho a la medida.

—Pensé que los mafiosos iban vestidos de trajes hechos a la medida y no de vaqueros con cazadoras de piel —comento.

Alza una ceja divertido.

—No soy un italiano, pero a veces uso trajes, cuando la ocasión lo amerita.

—Has desmentido el mito.

—¿Eso pensabas cuando te sonrojaste? —inquiere con curiosidad, muerdo mi labio mientras se acerca hacia a mí y su pulgar lo hala—. Me muero por follarte, nena, no voy a mentir, quiero

atarte y someterte al placer que pienso darte, quiero negarte tantas veces el orgasmo y que me ruegues dejarte llegar a él. —Se me corta la respiración—. Solo que deseo que cambies tu manera de verme y borrar de tu mente que soy un monstruo, soy un asesino, pero nunca te haría daño.

—¿Quién eres realmente? —pregunto perdiéndome en sus fanales azules.

Niega con su cabeza y se le escapa un pequeño suspiro.

—Soy el hombre que tienes frente a ti, el jefe de la mafia irlandesa, el médico que estudió con la convicción de salvar vidas, porque no pudo salvar a su madre. —Me sorprendo por su confesión—. Soy el asesino que no le importa pedir sangre por venganza, soy el chico sediento de venganza por la muerte de sus padres y soy el hombre que se muere por enterrarse en las profundidades de tu húmedo coño.

Baja su rostro hasta el mío y me besa haciéndome olvidar todos mis miedos, como siempre que estoy cerca de Declan, dejo de lado que no es el hombre correcto para mí. Su lengua irrumpe en mi boca para comenzar una danza candorosa que me hace subir al cielo y tocarlo con las manos. Si pudiera ser valiente, le confesara que estoy perdiendo la cabeza por él, mientras me pierdo en sus labios y sus caricias encienden mi piel como un carbón. Es como un incendio forestal que avanza sin control, devorando todo a su paso. Quizá se agote por sí solo, dejando cenizas y un vacío inmenso, o tal vez se alimente de mi desesperación hasta consumirme por completo. Ralentiza sus movimientos hasta que pega su frente a la mía, uno de sus pulgares hace pequeños círculos en mi mejilla. Mantengo los ojos cerrados, intentando calmar todas las sensaciones que es capaz de despertar en mí.

—Solo quiero ser Declan, ser un hombre que está perdiendo la cabeza por una chica hermosa.

—Los hombres de tu edad no se fijan en chicas de mi edad —comento abriendo los ojos—, o como yo.

—Te equivocas en eso, los hombres de mi edad buscan mujeres menores que ellos. —Sonríe lobunamente—. No te diré que la edad no importa, porque a mí me ha frenado por un año, pero te prometo que tu inocencia será corrompida por todo lo que he vivido, porque me muero por tenerte, por poseerte y por romper cada una de tus barreras hasta que solo quede yo, deseo ser el dueño de tu alma.

—¿Por qué yo? —insisto.

—Llámalo destino o casualidad, pero naciste el mismo día y a la misma hora que mi madre murió, naciste para darle sentido a mi vida o quién sabe, también joderla.

—Declan…

—Me encanta cuando susurras mi nombre, me muero de curiosidad por escucharte gritarlo. —Toma mi mentón entre sus dedos y me lo sube con un toque delicado—. En estos días, solo deseo ser Declan y Deirdre.

—Declan y Deirdre —repito saboreando como suena mi nombre junto al suyo.

—Relájate un poco, nena, eres mi debilidad en este momento y tienes las herramientas para meterte dentro de mí.

—Vale, aquí estoy y no pienso escapar…

«Por ahora», susurra una voz en mi mente.

Me besa de nuevo y pierdo el aliento mientras que esa llama que se aviva con su toque, flamea dentro de mí. Me dejo llevar mientras que voces en mi mente gritan que estoy cometiendo el error más grande de mi vida. Declan es como una ecuación de matemática

avanzada que nadie logra entender, ese problema que todos los estudiantes reprueban. Solo que me estoy lanzando de lleno a intentar resolverlo.

Fiona me repetía que los seres humanos nos empeñamos a ayudar a quienes no desean ser ayudados, lo que nos arrastra junto a ellos a su propia miseria. Sucede con la familia, amistades y también en las parejas. Esta tarde, Declan me ha dicho algo importante. Él sigue siendo el joven que perdió a sus padres y desea venganza. Rompe el contacto de nuestros labios, sin embargo, no se aleja.

—Estás poniendo mi mundo patas arribas, Deirdre, no sé qué es esto, pero es lo que necesito por primera vez en mi vida.

Se aleja y toma mi mano. Me lleva hasta el sofá que está frente a la ventana y nos sienta. Me acomoda entre sus brazos y encajo perfectamente a su lado, como si fuera cierto eso que acaba de asegurar que nuestro destino es estar juntos. ¿Qué posibilidades hay que me enamore de este hombre en una semana? El amor es algo que se cultiva, no creo que crezca mágicamente, la verdad a estas alturas de la vida, no tengo la menor idea en qué puedo creer y en qué no.

—Cuéntame de tus ilustraciones y tus clases —me pide.

—¿Cómo sabes de eso?

—A estas alturas vas a preguntarme eso, lo sé todo, Deirdre, cuando se trata de ti, no tengo límites.

Niego con mi cabeza, pues tiene razón. Si me alcanzó en la estación del tren para evitar que escapara, lo hará siempre. Saco mi móvil y le muestro lo que hecho, también le cuento que estoy pensando en postularme en una editorial para ilustrar libros cuando termine todos los cursos. Me presta atención, es como si cada palabra que sale de mis labios realmente le importara. Al mismo tiempo que me pierdo en su rostro cada vez que se observa en las imágenes que me ha llevado más de un año crear. Si pudiera dibujarlo, para que después que se aburra de mí, me quede algo para recordarlo.

Estoy segura de que Declan es del tipo de hombre que se mete en lo más hondo de tu alma, para dejar una huella indeleble en tu alma.

Capítulo 13

Declan

Escuchar a Deirdre hablar sobre lo que la apasiona es como vivir en otra realidad paralela. Llevamos horas conversando sobre sus ilustraciones, sobre su amiga y del tiempo que lleva en Boston. Parece que es realmente feliz en ese lugar mientras que yo me estoy ahogando en Dublín entre las responsabilidades de la organización y con ella a miles de kilómetros de distancia. A veces, solo quisiera ser una persona mejor para ofrecerle algo más que planes de venganza. Ella se ha convertido en mi pequeño secreto, ese que no deseo revelar, ya que cuando la verdad salga a la luz, tengo la certeza de que va a odiarme. Bosteza y miro mi reloj, que me revela que es medianoche.

—Ve a dormir —ordeno con una sonrisa—, mañana te llevaré a un lugar que va a gustarte.

Asiente mientras tapa con su mano su boca, ocultando su bostezo. Se la quito para dejar un beso delicado en el dorso de su mano.

—Buenas noches, Declan.

—Buenas noches, *Cailleach.*

—No soy una bruja… —revira.

—Para mí eres magia, nena y eso te convierte en una.

Cabecea negando y un escalofrío me recorre la espalda. Me inclino hacia ella, atraído por su fragilidad, por la luz que irradia en medio de esta oscuridad que me consume. Dejo un beso suave en su frente, un gesto tan sentimental como incongruente con los planes que tengo para ella. Escucho su suspiro, un sonido tan puro que me desarma. Si tan solo supiera que estoy atrapado en un laberinto de emociones contradictorias, que mi corazón lucha contra la fría lógica que me dicta. Quiero ser Declan Kavanagh, el hombre que se pierde en sus ojos, pero también soy el heredero de una venganza que me corroe por dentro. Me levanto, ofreciéndole mi mano como un puente hacia un abismo. La familia O'Brien pagará un alto precio por traicionar a los Kavanagh. Sin embargo, no creo que Deirdre debe cargar con el peso de sus pecados. La tomo de la mano, guiándola hacia su habitación, hacia un futuro que se cierne sobre nosotros como una tormenta inminente.

—¿Qué haremos mañana? —pregunta con curiosidad.

—Confía en mí, duerme y mañana tendremos un día único y diferente.

Asiente y abre la puerta, cierro los ojos por un segundo y tomo una respiración profunda para calmarme y no ir por ella. Los dos estamos en una encrucijada entre vivir lo que sentimos o escapar de ello. El mundo en que nacimos es cruel, destruye todo lo bueno que hay, devastando todo a su paso. Es como vivir en una distopía que es oculta por la realidad que otros viven.

*****

La mesa del comedor está repleta con bandejas llenas de comida, jarras de jugos y café, el aroma que inunda el espacio es diverso. Pedí todo lo del menú con la esperanza de que Deirdre comiera lo que más le apeteciera. Está desayunando mientras leo los correos electrónicos que tengo pendientes y solo lo hago intentando mantener mis manos alejadas de ella, para no distraerme acariciando los rizos de su cabello rojo. Nos sumimos en un silencio, pretendiendo

descifrarnos por medio de nuestros gestos. Estamos tan conectados que cuando nos observamos de manera furtiva, podemos leer que nuestros ojos están llenos de preguntas sin contestar. Anoche no pude dormir pensando en lo que estoy haciendo, ya que parece que estoy empeñado a escuchar a mi corazón y no a mi razón cuando se trata de esta mujer.

—¿Qué haremos? —inquiere con curiosidad.

—Abrígate bien —le pido.

—Pero, ¿qué debo usar? —insiste.

—Un vaquero o con lo que te sientas cómoda, Deirdre —respondo con fastidio—. Solo es un paseo, no soy un hombre romántico y no tengo paciencia para estas tonterías.

—Nunca he tenido una cita, Declan, por eso estoy tan nerviosa —contesta tirando en la mesa la servilleta—. Para la próxima sé más sutil, no soy un sirviente, soy una persona y no tienes derecho de estar mandándome.

La tomo de la muñeca cuando intenta levantarse. Baja su mirada para observar en donde tengo mi agarre firme, mas no le hago daño. Cuando vuelve a verme, puedo ver fulgir el fuego de la rabia en esos ojos verdes que son mi maldita perdición. Dentro tiene una bestia que no ha sido liberada, porque nadie la ha llevado al límite. Necesito que pueda romper esa prisión que la reprime, para que gobierne a mi lado sin miedo a nada.

—Eres mía, Deirdre —le recuerdo—, mía para poseer, para romper y para hacer lo que desee, es bueno que lo recuerdes.

—N.o s.o.y t.u.y.a —recalca cada letra con rabia—, vete a la mierda, Declan. —Se zafa de mi agarre y se levanta de la mesa.

La veo irse molesta y refunfuñando sobre que soy un maldito cavernícola sin modales. Esa persona irracional que vive dentro de mi ser me impulsa a seguirla y cazarla hasta tenerla entre mis brazos. Sin embargo, deseo lograr que confíe en mí. Respiro hondo mientras me regaño mentalmente, porque puedo ser un idiota cuando me lo propongo; la verdad es que no imaginé que vengarme de los O`Brien sería tan difícil. Estoy comprometiendo mi alma acercándome a Deirdre, ya que cada vez que deseo follarla hasta que pierda el sentido, debo recordarme que tiene diecinueve años. Otras veces quiero tenerla entre mis brazos hasta olvidarme de la venganza y todos mis prejuicios. Si ella me busca estaré perdido, porque no tendré la voluntad de decirle que no.

Mi móvil suena y veo que es Connor. Respiro hondo para calmarme y tener la mente despejada de la maldita bruja.

—Dime —contesto.

—También me da gusto hablar contigo, Declan —apostilla divertido—, por aquí todo marcha bien y me haces una falta terrible. —Sé que se está burlando de mí—. Te llamo para informarte que la amiga puede ser un problema, uno que no quieres.

—¿Qué quieres decir? —inquiero.

—Pues esconde más de lo que imaginamos. Puedo encargarme de ella —asegura.

—Hazlo… —ordeno.

Se aclara la garganta, cuando hace ese tipo de gesto quiere decir que dirá algo que va a molestarme.

—Es Aidan, sospecha que estás con la chica, así que no dudaría que te desobedeciera. —Paso mi mano por el cabello sintiéndome frustrado por los inconvenientes—. Ha estado haciendo preguntas, todas las he evadido, pero creo que no está contento. Declan, no quiero actuar contra él porque es tu primo, pero si subleva a los hombres, tengo que estar atento, ya aprendimos que

la familia son los primeros en traicionarnos.

—Esta noche hablo con él, no te preocupes…

Deirdre emerge de la habitación como un rayo de sol en un día gris. Su cabello pelirrojo salvaje y lleno de vida, ondea al compás de un viento invisible. Sus ojos verdes intenso y profundos como un océano caribeño, contrastan con la palidez de su piel, salpicada de pecas como estrellas en un cielo nocturno. Viste un sencillo suéter verde que resalta el tono de sus ojos y unos jeans ajustados que acentúan sus curvas. Sus botas marrones completan un look casual y despreocupado que la hace aún más irresistible. Mientras Connor me habla de cifras y negocios, mi mente divaga atrapada en la belleza de esta mujer. Es como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor, y solo existiera ella, radiante y perfecta en su imperfección. No puedo creer lo hermosa que es, y me pregunto si alguna vez se dará cuenta del impacto que tiene en los demás.

—Hablamos luego —me despido y escucho a mi mano derecha quejarse.

—Estás preciosa —digo en voz alta para que me escuche, se gira y doy un paso en su dirección.

Ella es la luz que necesita mi oscuridad para coexistir. Se queda observándome y nada como ver la belleza natural de una mujer, su rostro lleno de pecas y esa sonrisa que deslumbra. Mi mano va directamente hacia un mechón y lo enredo entre mis dedos.

— ¿Lista para conocer al verdadero Declan?

Muerde su labio y deseo tomarlo entre los míos para besarla.

—No lo estoy, pero deseo conocerte… —confiesa.

Al tomar su mano, siento que una parte de mí se rompe y se reconstruye al mismo tiempo. Es como si estuviera naciendo de nuevo, más vulnerable y más vivo que nunca. Nunca había experimentado una transformación tan profunda.

*****

El zoológico de Central Park está lleno de visitantes que desean ver los animales y pasear con sus pequeños. Deirdre y yo caminamos en silencio, hasta que llegamos a los pingüinos. Se queda mirándolos.

—Dicen que los pingüinos mantienen una pareja toda su vida —comenta rompiendo el silencio—. ¿Crees que los animales puedan amar?

—Son seres vivos, claro que pueden sentir, así como pueden enfermarse… —contesto.

—Es todo lo que anhelo —dice, su voz cargada de emoción—. Amar y ser amada, compartir una vida con alguien que me complete. Quiero que me vea con mis cicatrices y mis miedos y que aun así, me ame. No quiero morir por amor, Declan, quiero vivirlo con intensidad con cada fibra de mi ser. —Sus palabras me queman por dentro, me recuerdan todo lo que he perdido y todo lo que podría ganar y agrega—: No quiero ser solo tu venganza.

Me acerco con lentitud y con cada paso que doy, dentro de mí se desata una lucha contra la razón. La pego a mi cuerpo y siento su calor contra mi piel, un contraste brutal con el frío que llevo dentro. Nunca imaginé que el amor pudiera resurgir de las cenizas de la venganza. Creí que con mis padres se había ido una parte de mí, una parte capaz de sentir algo tan puro. Ahora, con ella en mis brazos, me siento vivo y muerto a la vez, atrapado en una contradicción que me desgarra.

—Amarte destruye en nuestro mundo, *Cailleach*. —Las palabras escapan de mis labios como un veneno dulce. La miro, su piel pálida contrasta con el frío del lugar.

—No soy de tu mundo, Declan, no lo soy —responde, el tono de su voz es suave como una brisa gélida—. Porque Fiona huyó conmigo para que pudiera alejarme de todos.

Suena tan frágil, tan ajena a todo esto. Sin embargo, yo sé la verdad.

—Fiona pensó que podría esconderte, sin saber que estabas dentro desde que naciste.

La observo mientras asiente lentamente, sus ojos están clavados en los míos y puedo ver la tristeza en ellos. En este instante, siento la conexión que nos une, un lazo indestructible forjado en la oscuridad. Es como si nuestros destinos estuvieran entrelazados desde el principio, como si siempre hubiéramos estado destinados a encontrarnos en este laberinto de sombras. Un escalofrío me recorre la espalda, electrizándome desde la cabaza hasta la punta de los pies. Somos dos piezas de un rompecabezas maldito, encajando a la perfección en nuestro mundo, uno donde el amor y la obsesión se confunden. La sujeto de la cintura, atrayéndola hacia mí con una fuerza que me sorprende a mí mismo. Su cuerpo se estremece bajo el mío, pero no se aparta. Sus manos se aferran a mi camisa, conteniendo el impulso de perderse en mí. Sus labios están invitándome a un beso prohibido. El tiempo se detiene y el ajetreo a nuestro alrededor se desvanece, solo quedamos nosotros dos, suspendidos en un momento de intensa electricidad.

—¿Ese es tu verdadero yo? —inquiere.

—No, pero no voy a negar lo que soy, *Cailleach.* —Mi voz es un ronroneo bajo—. Eres una adicción, una tentación a la que no puedo resistirme. Cada centímetro de ti es un misterio que anhelo descifrar...

—Declan… —susurra mi nombre.

Su voz me atrae como una sirena a los piratas. Inclino la cabeza y nuestros labios se encuentran en un beso que me transporta a otro lugar. Su cuerpo contra el mío es como una melodía que calma mi alma atormentada. Deirdre es mi perdición y mi salvación. Desde que llegó a mi vida, mis planes se han desvanecido y solo me queda el deseo de poseerla. Mis instintos que siempre me han guiado hacia la oscuridad, ahora me empujan hacia la luz. Quiero perderme en ella, pero sé que no puedo permitirme este lujo. La venganza me llama, y debo responder. Un sonido nos devuelve a la realidad. Se aparta y la sonrisa que ilumina su rostro me parte el corazón. La abrazo buscando un consuelo que sé que no durará.

—Este es el Declan que solo sale a flote cuando desea estar contigo, *Cailleach.*… —susurro.

Me alejo para tomarla de la mano y caminar un rato. Vemos los pandas rojos y los monos de nieve en la zona templada, hasta que salimos del zoológico y caminamos por el parque. Al ver uno de esos carruajes que dan pequeños paseos. La ayudo a subir y cuando se acurruca entre mis brazos suelta un suspiro.

—Me llamaban la huérfana O’Connor, una etiqueta que llevaba como una piedra al cuello. Crecí odiando a todos los que me miraban con lástima. Entonces, un día llegó Aidan. Me encontró cuando me caí de un columpio, raspando mis rodillas contra la áspera tierra. Fue él quien me curó las heridas. Ironías de la vida, esas heridas físicas dolían menos que las cicatrices invisibles que llevaba dentro. Todos me recordaban constantemente que era una niña sin padres, un peso muerto para la sociedad. Mis abuelos me cuidaban, sí, pero mi abuelo con su voz áspera y sus ojos duros, me recordaba a diario que era el error de mi madre, una mancha en el honor familiar. —Me tenso, sintiendo cómo la ira me recorre las venas—. Por años me hizo creer que mi única razón de existir era redimir a mi madre, limpiar el nombre de los O’Connor. Fiona con su sonrisa cálida y sus brazos abiertos, me ofreció un refugio seguro. Solo ella me hizo sentir amada, como una verdadera familia. Sin saber que era mi propia sangre.

Me quedo mirándola en silencio, mientras estudio su rostro. A veces pienso que Deirdre podría ser esa parte de mí que se quedará en un recuerdo, que se convertirá en una pesadilla interminable cuando la pierda. La parte racional de mi mente me susurra que debo destruirla, que

es lo correcto y lo lógico. Sin embargo, mis sentimientos se han transformado en enredaderas salvajes, que se aferran a ella con una fuerza desmedida, confundiendo mis pensamientos y nublando mi juicio. Cuando nos detenemos al salir del zoológico, tomo su mano fría y suave como el pétalo de una rosa, para llevarla a mis labios, besando cada nudillo con una ternura que me sorprende a mí mismo. Suelta un suspiro, un sonido tan frágil que me escuece el corazón.

—Tengo una sorpresa, ven… —le pido.

Asiente sin decir nada, sus ojos brillando con una anticipación infantil. Caminamos hacia el Centro Rockefeller, donde la ciudad se ha transformado en un cuento de hadas navideño. Las luces titilan como estrellas fugaces y la música navideña llena el aire. Se queda mirándome, su boca ligeramente abierta, y puedo ver cómo se le ilumina la mirada. Me doy cuenta de que a pesar de todo y de la oscuridad que me rodea, de la misión que debo cumplir, todavía existe una pequeña parte de mí que anhela la felicidad, que quiere compartir este momento mágico con ella.

—¿Cómo lo sabes? —inquiere.

—Tengo un año aprendiendo todo de ti, *Cailleach.* Sé que esta era tu época favorita.

—Fiona amaba la época navideña, es mágica y era la única temporada que mi abuelo no me molestaba por ser una bastarda.

—Nunca fuiste una bastarda.

Mis palabras cuelgan en el aire, pesadas y cargadas de significado. La observo, buscando alguna reacción en sus ojos, pero solo encuentro una calma que me desconcierta.

—¿Qué sabes de mis padres? —inquiere con la esperanza de encontrar respuestas.

La alejo del bullicio de la calle y nos refugiamos en una pequeña cafetería. Mientras espero que nos sirvan, intento encontrar las palabras correctas para contarle todo. Una chica se acerca para tomar nuestra orden, pido un café negro y para ella, un chocolate caliente.

—¿Estás segura de que deseas saber la verdad? —pregunto sintiendo un nudo en la garganta.

—Lo estoy, Declan. Necesito saber la verdad para entender el presente. —Sus ojos, tan verdes como el mar en calma, se clavan en los míos, desafiándome a ser honesto.

Asiento, pero por dentro siento un temblor. La verdad es un arma de doble filo capaz de destruir o liberar. ¿Estoy realmente preparado para enfrentarme a las consecuencias de mis palabras? Una promesa es una promesa y mi palabra es mi honor.

No puedo permitirme fallarle.

Capítulo 14

Deirdre

Un silencio ensordecedor se instala entre nosotros. Declan, con su fachada de hombre duro, parece más vulnerable que nunca. Sus ojos normalmente tan fríos y calculadores, ahora reflejan una tormenta interior. Siento una conexión profunda con él, como si ambos estuviéramos atrapados en una misma tempestad. Cuando la camarera se retira, nos quedamos solos, enfrentándonos a un pasado que nos une, son las ruinas de este que no lo dejan avanzar y lo que lo hace pensar que debo pagar por ello. Me pierdo en su belleza magnética, pero es la vulnerabilidad que intenta esconder lo que me atrae de verdad. Detrás de esa máscara de indiferencia, se esconde un hombre atormentado, buscando desesperadamente una conexión auténtica.

—Tu padre era Edward O'Brien. Era el jefe del clan aliado cuando mi padre estaba vivo. Siempre ha habido rencillas entre los clanes, pero todo se resume a una sola cosa, dinero.

Su voz es suave, pero sus palabras resuenan en mi cabeza como un eco siniestro.

—¿Nuestros padres eran amigos? —pregunto, sintiendo un nudo en la garganta.

—En los negocios no existen los amigos, pero con el tiempo vas a entenderlo. La verdad, era solo un socio comercial. Sin embargo, tu padre apuntaba alto y comenzó a extorsionar a hombres ricos que apostaban, así conoció al viejo O'Connor.

—¿Mi abuelo? —Mi corazón se acelera. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Tu abuelo es un apostador, pero no se imaginó que O'Brien le iba a cobrar con su hija de diecisiete años. Se dice que tu padre perdió la cabeza por Aine O'Connor hasta secuestrarla. —Niega con la cabeza, sus ojos reflejando un profundo odio—. En algún momento se enamoraron y con el tiempo lo asesinaron, dicen que fue mi padre, otros que aseguran que fue Jamie, nadie sabe quién fue en realidad.

No entiendo, por amar a mi mamá, asesinaron a mi padre. ¿Qué clase de mundo es la mafia? —pregunto con la voz llena de rabia—. El amor no hace daño. Solo un enfermo pensaría así.

—No hace daño, algunos dirían que amar es ser destruido. Tu padre permitió que todos conocieran su debilidad. Amaba tanto a tu madre, que descuidó todo y aprovecharon la brecha para sacarlo del juego.

—Todo lo que cuentas parece sacado de un libreto —comento, analizando cada palabra.

—Es así, además tu madre tenía diecisiete años cuando todo esto sucedió. Si mis cálculos no fallan, murió un año más tarde. —Niega con su cabeza, sus ojos llenos de pena—. Tu padre le doblaba la edad.

Hablando de la edad, sé que Declan es mayor que yo, supongo que está en sus treinta. Me pregunto cómo un hombre puede obsesionarse con una mujer menor que él.

—¿Qué edad tienes? —averiguo muerta de la curiosidad.

—Más que tú, saca la cuenta, si apenas tienes diecinueve y cuando naciste tenía quince años, ¿qué edad tengo?

—Treinta y tres… —musito y sonrío.

Sus ojos azules me observan culpables y llenos de mentiras. Maldita sea, no puedo creerle.

Mi padre no pudo hacerle eso a mi madre. ¿Acaso soy producto de una violación? Las palabras de Fiona resuenan en mi mente, la historia de mis padres no fue un cuento de hadas. Necesito escudriñar en mi pasado, sin embargo, intuyo que Declan no me dirá nada importante.

—¿Por qué yo? —inquiero—. Piensas que te debo algo y harás lo mismo que él, odias a mi familia, pero harás lo mismo que ese hombre le hizo a mi madre.

—¿Amarla? —se burla—. Edward O'Brien inició una guerra con los Kavanagh por Aine O'Connor —afirma.

—No entiendo nada —musito.

—La sed de venganza es un veneno que me corre por las venas, es amargo y constante —confiesa, su voz ronca y áspera—. Me preguntas por qué tú... Después de aquella maldita noche, cuando te usé de escudo, no sabía que te ibas a meter en mi cabeza. No dejo de pensar en ti, te convertiste en una maldita obsesión que me consume, te metiste tan dentro que no puedo alejarme cuando fue tu familia la que colaboró para que la mía estuviera destruida. Somos enemigos, *Cailleach*, pero estoy tan jodidamente loco, ya que lo único en lo que pienso es atarte y hacerte mía. Tú haces que la poca humanidad que me queda salga a flote.

—Son quince años de diferencia, no soy estúpida, que un hombre como tú muy bien puede manipularme y moldearme a ti. —Mis palabras salen con más fuerza de lo que esperaba, pero siento que necesito marcar una línea.

—No quiero manipularte, quiero romperte y que todos esos pedazos me pertenezcan. —Declan se acerca peligrosamente, sus ojos brillando con una intensidad que me aterra—. Mataré a cualquiera que se acerque, así como al maldito que te abrazó al salir de clases, le metí un balazo por tocarte.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Callum? —inquiero, mi voz apenas un susurro.

—Tu familia sabe de ti, porque me reconoció antes de asesinarlo —responde con una frialdad que me hiela la sangre.

—¿Callum...? —repito, sin poder creer lo que estoy escuchando.

Él era un chico amable y divertido, que me estaba haciendo creer que era mi amigo ¿Realmente involucrado en todo esto? No puedo creerlo. Llegó a mi vida como un rayo de sol en medio de la tormenta y ahora descubro que era solo otra pieza en este juego macabro.

—¿Sentías algo por él? —exige con voz áspera y demandante.

—Era mi amigo, no puedes matar a las personas que se acercan a mí. —Mi voz tiembla de rabia e impotencia.

—Ponme a prueba, Deirdre. —Su sonrisa es siniestra, como la de un depredador acechando a su presa.

—Eres un maldito psicópata.

Se ríe, una risa fría y burlona.

—En el examen que me hizo el psicólogo dice que lo soy, si te mostrara ese lado de mí, no dormirías nunca más. No me hagas mostrarte mi verdadera naturaleza, porque te arrepentirás. Soy de lo que están hechas tus pesadillas.

Se queda mirándome fijamente y en sus ojos veo un abismo de oscuridad. Siento una opresión en el pecho, como si estuviera ahogándome con su mirada.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto en un susurro.

—No es lo que deseo, Cailleach, porque la respuesta es simple, te quiero a ti, solo a ti.

Me quedo en silencio mientras se toma con tranquilidad su café. Pierdo la mirada en la calle.

Las personas pasan absortas en sus propios problemas. Es como si de alguna manera no tuviera escapatoria. Si busco ayuda con mi familia paterna, ni siquiera sé qué puedo esperar. He leído suficiente para saber que las mujeres en las organizaciones criminales somos como una moneda de cambio, no tenemos voz y no deseo eso para mí. En realidad, nadie se merece algo así.

—Mátame —pido en voz alta.

Declan abre los ojos, sorprendido por mi petición. Todos alguna vez vamos a morir. No me da miedo la muerte, me da terror perderme por amor como lo hizo mi madre.

—Deirdre... —Su voz sale como susurro cargado de una emoción que no logro descifrar.

—¿Sabes qué significa mi nombre? —inquiero tratando de mantener la calma.

—Corazón roto... —confiesa, sus ojos clavados en los míos.

—Nací con el corazón roto, Declan, mis padres ya lo rompieron. Mi pasado no tiene que convertirse en mi futuro. —Niego con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta—. No voy a permitir que me rompas, me atraes y sé que si doy rienda suelta a todo, la historia puede repetirse. Si quieres venganza, hazlo, mátame, te doy permiso de acabar con mi vida. No tengo miedo, pero sí tengo miedo a enamorarme de un hombre como tú.

Se queda mirándome. Sus ojos azules, tan profundos como un océano en tormenta, recorren mi rostro. El silencio entre nosotros es ensordecedor, roto solo por el murmullo de la cafetería y el bullicio de la ciudad. Puede que intente mostrarme una faceta diferente, más suave, pero no soy ingenua. Declan Kavanagh es un lobo con piel de cordero, un hombre peligroso que solo piensa en sí mismo. Niega con la cabeza y la expresión de su rostro se endurece. Se levanta de un salto, tirando de la silla. Me toma del brazo con fuerza, obligándome a pararme. Me arrastra fuera del local hacia la fría y deprimente tarde. El viento azota mi rostro llevándose el calor de la cafetería y cualquier esperanza que pudiera quedarme. Me empuja contra la fría pared del callejón, el hedor a basura me golpea. Esto es el final. Me giro para mirarlo, desafiándolo con la mirada. Saca su arma, fría y letal, y la apunta directamente a mi corazón.

—¿Esto es lo que deseas? —inquiere con voz fría.

—Prefiero la muerte que amarte, no voy a enamorarme de ti, no voy a repetir la historia de mis padres, tengo que ser más inteligente que ella, mátame, Declan.

Cierro los ojos y abro los brazos, recibiendo a la muerte, una vieja amiga que me evadió al nacer. Quizás esta idea es descabellada, mas no puedo permitirme amarlo cuando sé que mi vida se pondría patas arriba para siempre.

—¡Maldita sea! —Escucho y de repente estoy en sus brazos—. Abre los ojos, Deirdre —ordena colocando el cañón frío de su arma en mi sien; hago lo que me pide—. No me pidas que te asesine cuando lo único que deseo es que seas mía.

No me deja responder porque sus labios están en los míos para darme un beso feroz. Siento la frustración y la rabia. Si me quedaba alguna barrera de defensa en contra de Declan, todas las derrumbó. No puedo creerlo, porque mi corazón ha tomado la decisión de ser destruido. Su mano libre me toma por el cabello mientras su lengua se abre camino dentro de mi boca, poseyéndola en cada movimiento. Este hombre, con apenas verme hace un año, despertó una parte de mí que pensaba que no estaba destinada a existir. Va ralentizando sus movimientos, sin embargo, mi corazón late sin sentido, pega su frente a la mía mientras cabecea negando. No abro mis párpados, negándome a asumir la realidad.

—Esto debe ser más, *Cailleach,* debe ser más que conocerte y poseerte, tiene que ser más, dime que sientes lo mismo —me pide con voz anhelante.

—Declan…

—Lo que hay entre nosotros es más grande que el odio, la venganza y el dolor, tienes que sentirlo, no puedo alejarme de ti, no puedo halar el gatillo y quitarte del medio, debería hacerlo, pero no puedo ver el mundo si no estás en él.

—Apenas me conoces —susurro atribulada por sus palabras.

—Te conozco, cariño, más de lo que crees. El maldito destino te trajo para poner mi mundo patas arriba; eres el desorden que necesitaba mi mundo cuadriculado.

Abro los ojos y me encuentro con sus fanales azules, llenos de anhelo y algo que fulge en ellos, que no logro descifrar… Mi enigma, mi problema matemático, difícil de resolver.

—Esto no es sano, no es normal —musito.

—Nada en mi vida es normal, mañana pueden venir por nosotros y matarnos, solo queda vivir el momento, déjame conquistarte, dame la verdadera oportunidad de ser alguien normal, para ti, *Cailleah.*

Fiona siempre me dijo que somos el cúmulo de decisiones que tomamos en nuestras vidas. Mi corazón grita por aceptar, mientras que mi mente me dice que no es buena idea, ¿cómo hacemos cuando la razón no quiere escuchar al corazón? Pues escuchamos el corazón, porque nunca pensé enamorarme de alguien hasta cruzarme con este hombre oscuro. Mi mano sale tímida para acariciar su rostro. Dibuja una pequeña sonrisa en sus labios mientras mis latidos se aceleran más.

—Una oportunidad, Declan, solo una.

—Voy aprovechar cada minuto que me concedas, Deirdre.

Mis dedos acarician su mejilla y siento como me raspa su barba incipiente. Declan Kavanagh es el hombre que mi corazón ha escogido. No puedo seguir negándome a esto. Se aleja y observo como guarda su arma; ni siquiera me acordaba que apenas hace unos minutos me estaba apuntando con ella.

—No vuelvas a pedirme que te mate —me ordena.

—No me rompas el corazón —pido con miedo.

—No voy a prometerte un cuento de hadas, pero no voy a abandonarte.

Y de verdad quisiera creerle, solo que hay algo dentro de mí que me advierte que cuando tenga la oportunidad me dejará sola. Me ofrece su mano y salimos del callejón de nuevo. Caminamos por las calles de la ciudad como dos enamorados. Nos detenemos en algunos lugares para mirar las vidrieras o algo que me llame la atención. Me doy cuenta de que no deja de mirar alrededor como si de alguna manera tuviera temor de que nos estén persiguiendo. Me niego a hacerle caso a todas mis advertencias. Entramos a un sitio para comer perros calientes llamado Gray’s Papaya.

Muerdo el primero y me quedo embobada mirándolo hacer lo mismo. Declan sonríe y con una servilleta limpia mi labio.

—¿Te gustan? —averigua.

—Me gustan —contesto y agrego—. Me gusta estar así contigo, como dos personas que están saliendo para conocerse.

—¿Qué te gustaría hacer mañana? —pregunta.

Alzo mis hombros, porque no tengo idea de lo que deseo hacer. Esta ciudad es tan hermosa e icónica que me encantaría hacer cualquier tipo de turismo.

—Podemos ir al puente de Brooklyn —sugiero.

—Lo que desees, bruja.

Pongo los ojos en blanco divertida. Odio que me llame bruja, aunque parece amar hacerlo.

Comemos entre risas y bromas, disfrutando de nuestra compañía. Nos detenemos frente a una tienda de antigüedades, mi mirada se posa en un colgante en la vidriera, una pequeña calavera adornada con una rosa roja, tan oscuro y hermoso como el hombre que me acompaña. Es irónico, un símbolo de muerte y una flor, juntos. Como nuestra relación, tan llena de contrastes

—¿Te gusta algo? —pregunta.

—Ese colgante… —Señalo.

Me hala hasta entrar y sale una señora que sonríe al vernos. Declan se acerca seguro de sí mismo, mientras prácticamente me arrastra.

—¿En qué puedo ayudarles? —pregunta la señora, sus ojos recorriendo lentamente a Declan y a mí. Hay algo en su mirada que me pone nerviosa, como si pudiera ver más allá de nuestras apariencias.

—Me gustaría comprar el colgante de la calavera —contesta Declan con voz firme.

Ella asiente lentamente, sus dedos acariciando el cristal de la vitrina. Se aleja para buscarlo, y en ese momento, siento una conexión extraña entre las dos. Intento sonreír, pero la verdad es que me siento como si estuviera en una escena de una película antigua, llena de simbolismos y misterios. Bajo la mirada hacia nuestras manos entrelazadas, y siento un escalofrío. ¿Será este el principio del fin?

—Son treinta y cinco dólares —anuncia la señora, su voz apenas un susurro.

Declan paga sin discutir y cuando toma el colgante, el ambiente se carga de electricidad.

—Date vuelta y recoge tu cabello, *Cailleach*… —ordena con una sonrisa que me desarma.

Obedezco mecánicamente, sintiendo su aliento cálido en mi cuello. Cuando el colgante se posa entre mis dedos, siento un escalofrío recorrer mi cuerpo.

—Eres mía, Deirdre, siempre mía —susurra y su voz resuena en mis oídos como una maldición.

Miro el colgante, la calavera y la rosa, entrelazados en una danza macabra. ¿Qué significan?

—Es la belleza y la muerte —comenta ella y sus ojos están brillando de una manera extraña —. Dicen que la muerte es el final, pero es el inicio de todo. Muy pocos saben que la belleza va de la mano con ella, porque si de algo estoy segura, la muerte tiene que ser una mujer.

Declan suelta una carcajada, mientras sus palabras hacen eco en mi mente.

—Amar mata, pequeña —me dice la señora.

—¡Por Dios! —murmura Declan—. Vamos, Deirdre, no estamos para esto.

—Veo lágrimas en tu futuro, niña, él es un cazador y tú eres su presa.

Declan se ríe y me saca de la tienda. Escucho que refunfuña algo en gaélico, solo que habla tan rápido que no lo comprendo. Sin embargo, algo me dice que la señora no miente y que probablemente en un futuro no muy lejano, lo que encuentre sea un valle lleno de mis lágrimas, que nos separe a los dos.

Capítulo 15

Declan

¿Qué me sucede? La tuve al alcance de mi mano, lista para asesinarla como tantos otros. No obstante, cuando la miré, a punto de consumar el acto, una sombra se interpuso. La muerte, mi vieja compañera, se alejó de mí. Nunca pensé que sentiría algo así. Siempre me ha visto como un cazador y yo… No quiero ser el lobo en esta historia. La vi vulnerable, a merced de mi ira, y algo dentro de mí se resquebrajó. Sumado a la mujer de la tienda con su profecía, augurando fatalidades en nuestro camino. Y por primera vez en mucho tiempo, me siento vivo, pero también atrapado en una red de emociones que no sé cómo desenredar.

Deirdre me ha cambiado. La quiero cerca para protegerla, sin embargo, mi pasado me atormenta impidiéndome confesarle lo que siento. Sé que no soy bueno para ella, que mi mundo es oscuro y peligroso. Su sonrisa llena de inocencia me hace querer ser mejor persona. Caminamos hacia el hotel, nuestras manos entrelazadas, y siento una extraña paz.

La culpa es una sombra que se cierne sobre mí opaca y constante. La imagen de sus ojos suplicantes, el eco de su voz pidiéndome que la liberara, me atormenta. Si hubiera apretado el gatillo, su sangre mancharía mis manos para siempre. Al verla ahora, tan despreocupada, jugando con ese colgante que brilla como un rubí falso, siento una náusea que me sube por la garganta. Estoy viendo mi reflejo en sus ojos inocentes, una imagen tan distorsionada que me asusta. Quiero arrancar los míos y borrarla de mi mente, pero no puedo. Estoy atrapado en una espiral de odio y deseo, de culpa y obsesión. Ella es mi creación y mi destrucción. La idea de que otro hombre la tenga, de que la use como una pieza en su juego, me enoja más de lo que puedo admitir. Lamentablemente, las mujeres en el *Irish Mob* suelen ser usadas como propiedades, que dan dividendos después de casarlas con las personas indicadas.

El ascensor se detiene con un suspiro metálicos, las puertas se abren revelando el pasillo iluminado que parece no tener fin. Ella se aleja un paso, pero mis ojos la siguen como imanes. Sus pecas, salpicadas como estrellas en la noche, su cabello rojo, vivo como una llama, y esos ojos verdes que me miran con una inocencia que me atormenta. Posee una belleza que me deslumbra y me repugna a partes iguales. La tomo por la muñeca, tirando de ella hasta que choca contra la fría pared. Sus ojos se agrandan, llenos de sorpresa y miedo. Atrapo sus manos sobre su cabeza, cercándolas como un ave de rapiña.

—Entrégate a mí —susurro pegando mi frente de la suya.

—No puedo, Declan…

—Dame la oportunidad de hacer algo bien en mi vida, Deirdre, déjame remediar todo.

Cierra sus ojos mientras lanza un suspiro. Necesito que me deje tomarla, tengo que abrir mi corazón y simplemente sentir, necesito sentir que a su lado todo puede ser correcto, que esta loca obsesión puede convertirse en algo mejor para los dos, porque su amor puede sacar lo mejor de mí. Lo presiento, lo sé.

—Me tienes, Declan… —musita.

La beso, lleno de deseo de poseerla. No puedo creer lo eufórico que me siento en este momento, cuando sus dedos halan mi cabello mientras mi lengua explora su boca. Necesito poseer su alma. Deseo que no pueda vivir sin mí, así como en un año no he logrado existir sin

ella. Gime cuando tomo su pierna y la alzo, para restregar mi erección contra su centro.

—Te necesito, Deirdre —susurro entre besos—, cierra los ojos y siénteme, nena…

—Llévame dentro —me ruega.

Contra mi voluntad la arrastro hasta el salón y me quedo de pie frente a ella mientras me quito el abrigo. Me imita mientras que bullo en el deseo de tenerla entre mis brazos.

—Desnúdate para mí —ordeno y su hermoso rostro se sonroja.

—No sé cómo ser sexy —musita.

—Eres sexy, tal cual como eres, Deirdre, no necesitas más.

Sus manos van hasta el bajo de su suéter de punto y se lo saca. Descubriendo ante mí lo que no he podido olvidar, tiene puesto un pequeño sujetador de color negro, que solo son dos malditos triángulos de encaje que tapan sus tetas y mi polla se aprieta un poco más contra mis malditos vaqueros. Se abraza así misma y me acerco, le aparto las manos para recorrerla con mi mirada mientras sonrío.

—No te tapes para mí… —le pido con voz ronca.

—Puedes quitarme lo demás —contesta.

—No, pero haré algo para igualarnos…

Me saco la bufanda y abro los botones de mi camisa. Se queda mirando hipnotizada y jadea al ver las cicatrices de aquella noche. Lentamente la saco de mis brazos, disfrutando su escrutinio hambriento. Abro mi cinturón junto al botón de mi vaquero. Sus ojos verdes se oscurecen por el deseo.

—Respira, *Cailleach*, respira —me burlo.

Suelta un suspiro y me sorprende cuando se desabrocha el vaquero. Muerde su labio cuando intenta quitarse las botas. Me arrodillo ante ella y bajo el cierre. Se queda mirándome cuando la ayudo a quitárselas y luego el calcetín. Dejo un beso en el empeine y hago lo mismo con su otra pierna. Subo mi mirada, encontrándome con sus ojos verdes, el color que reflejan ahora es como ver las montañas de nuestro hermoso país. Tomo la pernera de su pantalón y meto mis manos, sintiendo el calor de su piel. Cierra los ojos y suelta un jadeo.

—¿Puedo bajarlos? —le ruego de rodillas y asiente con su cabeza—. Dame tu consentimiento, necesito escucharlo, porque después de esto no hay vuelta atrás, eres mía, Deirdre.

—Sí, Declan, soy tuya…

Esas dos últimas palabras me saben a gloria y las saboreo un minuto entero, como si fueran el néctar de los dioses. Dejo un beso lento en su vientre, una marca húmeda que la recuerde de este momento. Bajo lentamente su pantalón, sintiendo la suave resistencia de la tela contra mi piel. Nunca antes me había tomado tantas molestias, pero con ella quiero que todo sea perfecto. Se queda mirándome, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y deseo. Sonrío, una sonrisa que le asegura que esto es real, que no es una pesadilla. Deslizo mi mano por su pierna, dejando un rastro de fuego a mi paso. Gime, un sonido dulce que me eriza la piel. Y entonces, estoy frente a ella, observo con codicio su coño. Inhalo profundamente, embriagándome con su aroma, con la promesa de lo que está por venir. La pequeña barrera de tela que nos separa es un tormento. Quiero atravesarla, quiero sentirla, quiero poseerla

—¿Puedo? —pregunto, tomo su braga para hacerla a un lado, vuelve a usar su cabeza y le ordeno—: Usa tu maldita voz, Deirdre, cuando estés conmigo, usa tu maldita voz.

—Sí —susurra.

Ignorando la lógica, desgarro la fina seda de su ropa interior, ansioso por devorarla. Un mar

de terciopelo rojo se extiende ante mí, invitándome a explorar. Nunca antes me había sentido tan atraído por algo tan simple como un vello púbico, pero en ella, cada curva, cada sombra, es una obra de arte. La humedad que se escapa de su interior me vuelve loco. Mi pulgar se atreve a tocarla para trazar círculos en su clítoris, despertando un gemido gutural en sus labios. Sonrío, victorioso. Es mía…

—No quiero esperar otra noche, *Cailleach*, estoy condenado a vivir por ti, te deseo más que a nada, sabes que eres mía hasta que la muerte me lleve.

—Declan…

Escucho que gime mi nombre cuando me abro camino con mi lengua. Su sabor es un maldito afrodisiaco o una droga por la cual mataría. Solo necesito esto y nada más. Jadea mientras azoto su clítoris, introduzco mis dedos buscando su punto G, su coño se aprieta alrededor de ellos. Deirdre es preciosa de una manera que no logro explicar. No me importan los quince años que nos separan, *es mía*, creo que nació para sacarme de las tinieblas. Comienza a restregar su coño de manera instintiva, buscando su propia liberación. Muerdo y lamo su botón, suelta unos sonidos que se están convirtiendo en mis favoritos.

Se mueve sobre mi boca, parece una maldita amazona cabalgando mis labios y haciéndome sentir que soy lo más importante para ella.

—¡Dios! —grita cerrando sus ojos.

—Mírame —ordeno con voz ronca y obedece—. Córrete para mí…

Monta mis dedos de la misma manera que lo hacía con mi boca. Mi bruja es hermosa. Ella es lo que no estaba buscando, pero que necesitaba. Vuelvo a chupar su clítoris y percibo como su cuerpo se estremece mientras el orgasmo la azota. Bebo de ella hasta que siento que su cuerpo se laxa, la tomo entre mis brazos y la cargo para llevarla a mi habitación. Esconde su rostro en mi pecho donde mis latidos pueden darle una idea de lo que estoy sintiendo en este momento.

La acuesto sobre mi cama, se queda mirándome y me acerco para besarla. Sus manos acarician mi rostro como si todo dependiera de ellos. Al mismo tiempo que las mías solo se concentran en la suavidad de su piel, llegando hasta sus senos, la necesidad de romper su sujetador y tomar sus pezones entre mis dedos, me golpea, pero es su primera vez y necesito ser gentil. Mis labios se despegan de los suyos. Dejo un reguero de besos por sus mejillas, cuello, y su cuerpo se arquea cuando la muerdo en el punto exacto donde late su pulso.

—Mía —gruño marcándola con un mordisco.

Tomo uno de sus pezones entre mis dientes y gime, le gusta el dolor, eso me excita. Aprieto el otro con mi dedo, se retuerce en la cama y me encanta. Presto la misma atención hasta que no puedo esperar más para enterrarme dentro de su coño. Tengo que repetirme que es virgen; se queda mirándome mientras me levanto y me bajo el cierre de mi pantalón que bajo junto a mi bóxer. Se le abren los ojos cuando mi polla salta. La tomo en mis manos para tocarla, paso mi pulgar para humedecer mi capullo.

—¿Te gusta lo que ves? —inquiero.

Lame sus labios y la veo tragar.

—¿Va a dolerme? —pregunta.

—Solo un poco, pero el dolor y el placer van de la mano, Deirdre, necesito sentirte.

Vuelvo a la cama y me subo, abro sus piernas y me quedo mirándola. Si puedo compararla con alguna obra de arte, solo puedo hacerlo con la Venus de Sandro Botticelli. Acaricio sus piernas, subiendo por su cuerpo hasta su cuello y lo aprieto un poco. Abre los ojos asustada.

—No hay vuelta atrás, Deirdre, eres mía a partir de este momento, ¿lo entiendes?

—Sí, soy tuya…

Acepta y bajo para besarla. Con mi mano posiciono mi polla en la entrada de su coño. Se tensa cuando me desplazo entre sus pieles, mientras su humedad me moja y me vuelve loco. Rompo el contacto de nuestros labios, cierra los ojos y aprieta las manos en puño.

—Mírame, Deirdre —le pido y abre sus parpados, regalándome sus fanales verdes—. Solo va a doler un momento, pero prometo que vas a disfrutarlo, ¿confías en mí?

—Sí… —responde con la voz asustada.

Mi deseo me dice que la penetre de manera violenta, pero hay algo que me impide hacerlo. Salgo y vuelvo a hacerlo. Cuando abro sus labios internos, su rostro demuestra el dolor que siente.

—Mírame, nena. —Tomo su rostro entre mis manos y bajo el mío para pegar su frente a la mía—. Mírame, mi amor —le pido mientras lentamente voy entrando, suelta un jadeo que es apagado por mis besos.

La beso mientras la penetro; su cuerpo tiembla debajo del mío hasta que estoy adentro. Dejo sus labios para respirar. Me cuesta mucho y cuando la vuelvo a mirar no despega su mirada de donde nuestros cuerpos se unen. Salgo solo un momento para penetrarla de nuevo, gime esta vez y pierdo el control.

Sus jadeos y gemidos se convierten en una maldita melodía desencadenada. Mis labios vuelven a los suyos sedientos de sus besos. Cuando enreda sus piernas alrededor de mi cadera, todo es perfecto, porque me desea tanto como yo a ella. Esto es algo que bulle como una olla de presión a punto de pitar.

—Mía —gimo contra sus labios.

Esa necesidad primitiva se apodera de mí. Soy el primero y el único hombre que va a poseerla. Mis arremetidas se vuelven más rápidas cuando comienza a mover sus caderas en manera de respuesta. Esto que hay entre nosotros es mucho más que una obsesión.

—Córrete para mí —ordeno colando mi mano entre nosotros para acariciar su clítoris con mi pulgar.

Los músculos de su húmedo coño ordeñan mi polla cuando el orgasmo comienza a bullir, sus jadeos se convierten en grito alto pronunciando mi nombre y unas cuantas arremetidas más me corro susurrando el de ella. Caigo sobre ella con la certeza de que nuestras vidas han cambiado para siempre.

Deirdre O’Brien es mía.

Capítulo 16

Deirdre

Se aleja de mí, dejando un rastro de deseo en el aire. Lo veo desaparecer hacia el baño y siento un vacío enorme. Por un instante, imagino que volverá, que me tomará en sus brazos y me dirá que todo estará bien. Sin embargo, la realidad me golpea con fuerza. Él es un desconocido, un hombre peligroso, y yo solo una pieza en su juego. Me regaño por mis fantasías, por convertirlo en un príncipe azul, cuando en realidad es un lobo con piel de cordero. Lo espero, inquieta, mientras el sonido del agua corriendo me recuerda la fría verdad. Declan es un mafioso que solo me usa para vengarse de una familia que ni siquiera sabe que existo. Escucho sus pasos cuando lo veo acercarse con una toalla. Se sienta a mi lado y me atrae.

—¿Estás bien? —averigua.

—Lo estoy…

Se acerca para dejar un beso en mi coronilla y cierro los ojos, inundándome de estas muestras de humanidad.

—Voy a limpiarte —me dice y vuelvo a abrir mis párpados, lo observo pasar la toalla entre mis piernas—. Estoy llenando la bañera para ti.

—Declan…

—*Shhtt…* —susurra y me abraza a su cuerpo, me escondo en su pecho mientras que escucho latir su corazón recordándome que es humano—. Déjame cuidar de ti.

—Está bien…

Me levanta entre sus brazos, para llevarme hasta el cuarto de baño. Me deja en el piso y me quedo mirándolo cuando entra en la lujosa bañera. Me ofrece su mano y la tomo, sé que he aceptado bajar al infierno y convivir con el propio diablo. Tal vez nunca olvide a Declan después de que me deje y se canse de mí. Probablemente nos volveremos a cruzar, seguro estará con alguien que realmente entienda lo que signifique ser la mujer del jefe de la mafia irlandesa, mientras que yo seguro estaré sola con mi corazón roto. No creí y menos me imaginé que follar podría dejarte tan dolorida. Parece que corrí el maratón de Boston sin ningún tipo de entrenamiento. Me siento entre sus piernas y pego mi espalda de su pecho. Cierro los ojos y suelto un suspiro. Ojalá todo en mi vida pudiera ser diferente.

—Mañana iremos a comprarte un vestido —comenta entrelazando nuestras manos—. Tengo que escoger un anillo para ti.

—No necesito un vestido —replico—, tampoco un anillo.

Me da un pequeño mordisco en mi hombro, me giro para mirarlo y está sonriendo de una manera que nunca imaginé. En mi mente memorizo cada caricia o gesto, porque voy a atesorar esos momentos cuando todo se acabe.

—Deirdre, necesitas un vestido para casarnos y por supuesto, que mi esposa llevará un anillo en su dedo para que todos sepan que eres mía. —Se me corta la respiración al escuchar sus palabras—. No usé protección y pienso dejarte embarazada en un futuro, eres mía…

—Declan, no puedes decir eso, no estamos en los años veinte, siempre podemos comprar el anticonceptivo de emergencia.

Suelta una carcajada.

—Te dije que no había vuelta atrás, *Cailleach*, aceptaste ser mía…

—Pero me ibas a follar, no me pediste ser tu esposa…

Me toma por el cuello y me hipnotiza la manera en que sus fanales azules son capaces de atravesarme, es como si pudiera ver a través de los míos y ver mi alma.

—Mía, Deirdre, te convertirás en Deirdre Kavanagh.

Me niego a convertirme en su posesión, quiero ser amada, quiero el cuento de hadas donde el chico conoce a la chica y, a pesar de los imperfectos que son, van a vivir felices para siempre. No sé por qué pienso que a su lado solo voy a tener un corazón roto.

—No me usarás para tu venganza —contesto tomándolo de la muñeca y clavando mis uñas en su piel—. No voy a convertirme en tu posesión.

—Eres mía, Deirdre, me importa una mierda tu familia y la mía, solo quiero que te quedes a mi lado.

No me deja responder a sus palabras, porque me besa con rabia en los labios, robándome el aliento; una de sus manos me acomoda sobre su polla. Está erecta y dura cuando apenas han pasado pocos minutos de estar dentro de mí. ¿Esto es de lo que hablaba Maddie? Cuando dos personas se desean puede ser mágico. No existen límites para estar juntos. Me aleja y toma mi rostro entre sus dedos.

—Necesito estar dentro de ti, nena… —ruega y pega su frente a la mía.

—¿Qué hago? —pregunto.

—Sube un poco tu cadera —me pide entre dientes.

Cierro los ojos y hago lo que me pide. Sus dedos se deslizan por mi piel, trazando un camino cálido hacia mi coño. Con una suavidad casi reverencial, lo acaricia y sus dedos me penetran, mientras mi interior los envuelve en su calor. Mis manos se deslizan por su espalda explorando cada curva, cada músculo tenso. Me hace correrme de nuevo con sus dedos, caigo sobre su pecho y lo siento acariciar con su capullo mi entrada, Bajo lentamente envolviendo su longitud, rozando su piel suave, mientras el mundo se reduce a este momento y a esta conexión que hay entre los dos. Sus ojos se encuentran con los míos y en ellos veo un reflejo de mi deseo, de nuestra complicidad.

—¡Maldita sea, eres mía! —grita empalándome completamente y echando su cabeza hacia atrás.

Jadeo al sentir como su polla me estira mis músculos doloridos, sostengo la respiración mientras le sale entrecortada.

—Eres mi cielo, Deirdre —musita levantando su cabeza y mirándome, sus palabras y su mirada destrozan mis dudas—. Nunca te voy a dejar ir…

Ruego a Dios que lo que dice sea verdad, porque creo que nunca podría dejarlo. Ahora lo entiendo, nuestros destinos se cruzaron y ya no podemos separarnos. Sé que me dejará el corazón roto, pero no importa, pueden llamarme masoquista, tonta o lo que deseen. Declan es todo lo que deseo en mi vida hasta que dé mi último aliento.

—No voy a irme, Declan —afirmo.

—Júralo —exige pegando su frente a la mía.

—Lo juro, me quedaré a tu lado…

Toma mis labios y mueve su cadera, jadeo cuando sale y entra de mí. Lo hace tan rápido que percibo un pequeño cosquilleo.

—Fóllame, nena, soy tuyo… —susurra.

—No sé hacerlo —confieso.

Coloca sus manos en mis nalgas para comenzar a moverme hacia delante y hacia atrás.

—Solo has eso… —pide.

Me dejo llevar por el movimiento, sintiendo cómo su cuerpo se funde con el mío. Su piel caliente y húmeda provoca que la mía se erice, tal vez son las miles de sensaciones entre nosotros. Sus manos grandes y cálidas exploran mi cuerpo con una ternura que me sorprende. Cierro los ojos y me concentro en las sensaciones. Su mirada, normalmente intensa, se suaviza, y sus ojos azules, tan profundos como el océano, me hacen sentir segura.

—Sí, nena, eso es… —susurra—. Serás mi esposa, mi mujer, conviértete en mi todo, dilo…

—Seré tu esposa…

Algo me dice que soy tonta al aceptar esto mientras me está penetrando, mas me entrego a sentir. Gimo y pego mi frente a la suya, sus dientes atrapan mi labio inferior, siento el sabor metálico de mi sangre, su lengua me lame para luego besarme. Me siento plena cuando toma de nuevo el control y comienza a arremeter con fuerza dentro de mí. El agua sale por sus movimientos mientras su boca se traga cada uno de mis gritos. Instintivamente correspondo a cada arremetida, siento como un corrientazo atraviesa mi espalda y tengo que romper el contacto para gritar su nombre.

—¡Joder, Deirdre!

Se corre unas cuantas arremetidas más, dejando su semilla dentro de mí. La niña ilusa, que cree en el fondo que puede cambiar, nos imagina con un pequeño igual que él, pero algo me dice que esto solo me traerá dolor. Escondo mi rostro en el hueco de su clavícula, me atrapa entre sus brazos para dejar un beso en mi cabello.

—*Seo go deo, a chailleacj bhig*[6]. —susurra en irlandés.

—*Go deo…*[7]

Repito para siempre en nuestro idioma mientras sopeso todos los acontecimientos de hoy, recordando que pronto, muy pronto, pueda que me arrepienta de la decisión que he tomado.

*****

Los rayos del sol me acarician la piel, despertándome suavemente. Al abrir los ojos, me encuentro atrapada en la mirada de Declan. Sus ojos, de un azul intenso me hipnotizan. Siento su aliento cálido en mi rostro y su mano acariciando mi mejilla. El mundo exterior parece desvanecerse, dejando solo a él y a mí en este pequeño universo.

—Buenos días, *Cailleach…* —Su voz, ronca y cálida, me estremece. Sonrío.

—Buenos días...

Aprieta mi nariz con cariño, pero me aparto levemente. Su risa, profunda y contagiosa, me hace vibrar por dentro. Me estoy entregando a él por completo, con los ojos abiertos, sabiendo que podría salir herida. Sin embargo, la esperanza me ciega. Tal vez, solo tal vez, podamos romper el ciclo. Quizá él sea diferente, que juntos podamos ser felices. Necesito asegurarme que no estoy repitiendo el mismo patrón de mi madre. Le he entregado a Declan todo lo que soy.

Estoy llegando a la conclusión de que el amor no es cuestión de tiempo, que cuando la persona llega, tienes la suerte de reconocerla. Todo es sentir y vivir lo que se siente.

—¿Qué haremos hoy? —pregunto, tratando de evitar su mirada.

—Te dije que escogerás un vestido y saldré a encontrar un anillo para mi futura esposa. —Su sonrisa es amplia, pero hay algo en sus ojos que me inquieta.

—Declan, te dije que no... —Coloca sus dedos en mi boca, interrumpiéndome. Su toque es cálido, pero siento un escalofrío recorriendo mi espalda.

—No, nos vamos a casar mañana y listo. Todo cambió desde que te conocí, eres el color en mi mundo monocromático. —Sus palabras suenan como una promesa, pero también como una sentencia.

—Apenas me conoces —reviro, sintiendo cómo la ira me invade.

—Tenemos una vida para conocernos. El destino nos unió, y yo soy tuyo. Deirdre, no quiero esperar más. Volveremos a Dublín juntos y casados. —Su voz es firme.

—No quiero volver —confieso, mi voz apenas un susurro.

—No puedo quedarme aquí —responde—. No puedo seguir postergando los negocios. Te convertirás en mi todo, pero no puedo descuidar mis responsabilidades.

—No quiero que me uses para vengarte... —Mi voz tiembla.

—Esto ya no es una venganza, tú te has vuelto indispensable para mí. Te he seguido por un año entero, no quiero usarte para dañarte, te lo prometo. —Sus palabras suenan sinceras.

Suspiro, necesito creerle y saber que esto no es algo que va a dañarme. Mi madre me puso este maldito nombre como si de alguna manera quisiera que tuviera el corazón roto para siempre y maldigo toda su historia con mi padre. No puedo entender qué tienen que ver ellos con la familia de Declan. Además, está Aidan, mi mejor amigo va a odiarme cuando regrese casada con su primo.

—Aidan… —musito.

—Mi primo sabe cuál es su lugar, no puede meterse entre nosotros —contesta—. Acaso tú…

—No es lo que piensas —contesto—. Entiende, fue mi mejor amigo, la verdad, fue mi único amigo.

Pega su frente a la mía.

—No soy perfecto, Deirdre. La verdad es que soy un monstruo disfrazado de hombre. Si fuera una buena persona, te diría que huyeras de mí lo más lejos posible, pero solo soy un egoísta, un cobarde y no puedo dejarte ir. No sé si algún día te haré daño, pero lo que sí sé es que esta obsesión que siento por ti crece cada día más. Eres mía, Deirdre. Te quiero entera, rota y marcada por mí. Quiero que seas solo mía, que el mundo entero sepa que me perteneces.

Sé que no debería correr el riesgo y que sus palabras parecen una declaración de amor y al mismo tiempo una advertencia para que salga corriendo. Nos quedamos en silencio mientras juega con algunos mechones de mi cabello y yo acaricio su barba de tres días. Sus ojos azules no dejan de brillar. En su rostro aparece lentamente una sonrisa que me da paz. Nunca imaginé que él pudiera darme esa tranquilidad.

—Pongo en tus manos mi destino, Declan… —musito.

—¿Y yo en las tuyas el mío…? —murmura, rozando su nariz contra la mía. Sus ojos, oscuros y penetrantes, me devoran. —Quisiera ser normal, llevarte a bailar bajo la luz de la luna, ser el príncipe de tus cuentos de hadas. Haría cualquier cosa para que te enamores de mí, Deirdre. Incluso fingir ser alguien que no soy. Solo que la verdad es que soy un monstruo y tú eres mi presa.

—¿Y cómo es ese Declan? —pregunto sonriendo.

—Uno que te llevaría a una cita normal, una cena en un lugar bonito, después bailaríamos hasta llevarte a tu casa y despedirme en tu portal con beso.

—¿Solo un beso? —averiguo.

—Contigo iría lento en condiciones normales, pero no puedo dejarte ir, Deirdre, aceptaste ser mi esposa, confía en mí, solo deseo hacerte feliz.

Respiro hondo mientras él me acaricia con sus manos callosas. Me quedo mirándolo por un minuto, el tiempo se prolonga entre nosotros, porque tengo miedo a decir algo malo y que toda esta burbuja de amor se rompa.

—¿Y sí?

—No hagas esa pregunta, los hubieras no existen, Deirdre, porque lo que no hacemos por miedo, solo queda arrepentimiento. No dejes que el miedo te paralice.

—Es que…

—Mía…

Toma mi boca y sé que al aceptar irme con él, mi vida volverá a cambiar de una manera que no olvidaré. Sé que mi familia paterna terminará enterándose de quién soy, que Aidan va a odiarme y que posiblemente nunca más vea a Maddie. Si esto no funciona, mi corazón sanará con el tiempo, mas dudo que pueda sacarlo de mi piel. Rompo el contacto y susurro:

—Tuya —afirmo.

Sonríe.

—No me rompas el corazón, Declan Kavanagh

Y no responde, solo me besa y me dejo llevar por esa espiral llamada amor, apartando mis miedos y todos los presentimientos.

Capítulo 17

Declan

Deirdre saborea su café mientras acaricio su cabello. Está ajena al infierno que se desata dentro de mí. Mi teléfono vibra sobre la mesa, anunciando un nuevo mensaje. Con una sensación de fatalidad, abro la aplicación y me encuentro con una imagen que me hiela la sangre. Connor y al lado, atada a una silla está la amiga de Deirdre. Maldigo mi estupidez. He puesto en peligro todo lo que me importaba. Pensaba que mi segundo al mando se encargaría de manera diferente de Madison Carter.

—¡Declan! —me llama en voz alta mi bruja, guardo el móvil y la veo—. ¿Todo bien?

—Sí, son cosas de negocios —contesto.

—Me imagino que no puedo saber nada —comenta colocándole mermelada a un panecillo.

—Imaginas bien…

—La mafia es cosas de hombre —se burla.

—Es para protegerlas —comento.

—Qué estupidez tan grande en pleno siglo veintiuno que todavía crean que las mujeres necesitamos ser protegidas —revira.

—Puede que en el mundo que conoces, ustedes las mujeres puedan vivir con ese sentimiento, pero en el mío, ustedes las mujeres son el punto débil de nuestros clanes.

—Somos un estorbo —me interrumpe.

—No, es complicado cuando no lo entiendes, ahora eres lo más preciado que tengo, todos lo sabrán e intentarán dañarte para dañarme a mí…

—Eso sería útil si me amaras, Declan, pero si me llevan no creo que cambiara mucho.

—Puedo pretender que no me importas, pero me aterroriza presentarte como mi esposa, porque es exponer mis miedos al mundo, ya que si te sucediera algo quemaría el mundo con tal de que vuelvas a mi lado. —Tomo su mano—. Decir que estas mierdas me hacen débil, desearte me hace débil y poseerte les da armas a mis enemigos para destruirme.

—¿Y valgo el riesgo? —averigua.

—Prefiero vivir mi vida mirando por encima de mis hombros y tenerte, que vivir una vida en paz y no tenerte.

—Declan…

—Me hechizaste, Deirdre, eres mía y si tengo que acabar con todos para que puedas entenderlo, lo haré, porque, porque… —Se me traban las palabras.

Ella parece entenderlo y se levanta para sentarse en mis piernas y besarme. Sus besos espontáneos me saben a gloria. Puede que el camino que nos queda por recorrer la decepcione y le rompa el corazón. Deirdre está tocando mi corazón y tomando mi alma; quiero pasar mi vida junto a ella, lo juro por Dios, que nunca imaginé encontrar a alguien que me hiciera sentir de esa manera. Ralentiza sus besos para pegar su frente a la mía, su mano acaricia mi mejilla, sonríe y algo se aprieta en mi corazón.

—Tienes tus demonios, porque pasaste mucho tiempo en el lado oscuro. —Niego con mi cabeza por sus palabras—. No lo niegues, todos tenemos un lado oscuro, pero te voy amar,

Declan, te voy amar siempre.

Y no puedo responderle con palabras cuando no las tengo. Cierro los ojos y trago el nudo de emociones que se me ha hecho en mi garganta. Acaricio su mejilla y toma mi mano para apretarla contra ella. Suelta un suspiro y aprovecho la oportunidad para besarla, porque no puedo decirle con palabras. Intentaré demostrarlo con hechos, ya que son las acciones las que demuestran lo que siente una persona por la otra. Necesito que sienta que estoy intentando entregarle todo lo que soy, sin reservas, que es la única persona que conoce tanto de mí. Le doy muchos besos y se ríe. Deseo oírla así siempre.

—A las diez te traen los vestidos —comento.

Se tensa y me molesta que no pueda ver que solo quiero que se quede para siempre a mi lado, que si la dejo volar, se dará cuenta de que no vale la pena escogerme, que mis demonios están tan dentro que van a terminar por lastimarla.

—Vale, Declan. —Suspira.

Intenta levantarse y no la dejo ir. La obligo a sentarse de nuevo en mi regazo y tomo su rostro entre mis manos.

—No puedo llevarte de regreso a casa como mi prometida, tu abuela hará todo lo posible para alejarnos, espero que lo entiendas. si de verdad estás en esto, necesito que confíes en mí.

Sus ojos verdes fulgen de una manera inesperada, es como si su mente y su corazón lucharan por lo que sienten. Le sucede lo mismo que a mí, creo que en el fondo los dos sabemos que estamos a punto de destruirnos, que no hay nada más que dolor en nuestro camino. Ella es la sobrina de mi enemigo y de una las personas que planearon el golpe donde me arrebataron todo.

—Fiona, no creo que diga nada —susurra—, no desea que esté en la organización, me escondió una vida entera y me voy a casar contigo, el jefe de la misma.

—No lo entiendes.

—A veces me pregunto si me escondió de ti o de mi propia familia…

—Deirdre, si estoy dejando caer mis barreras, deja caer las tuyas por favor… —ruego.

Fiona O’Brien sabe muy bien que destruiría a su familia con tal de vengar la muerte de mis padres. No me importará usar a su nieta, aunque me importe y puede que en el proceso la pierda. Me odie tanto que nunca más pueda entrar en su alma, por eso debo marcar el camino antes de que ella descubra mis planes. Le robo un beso, necesito que se convenza de que ser mi esposa es la mejor idea, que es lo mejor que le sucederá. Sus labios me reciben con entusiasmo mientras sus manos acarician mi mejilla haciéndome sentir especial, hacía años que no me sentía así, porque he sido la mitad del hombre que debí ser.

*****

Deirdre está en el hotel mirando vestidos de novias mientras me dirijo al bar de un viejo socio en Nueva York. Cuando entro me recibe Dave, el socio de Will Grant. Tengo que ser paciente para no matar a Connor, porque traer a la amiga de mi futura esposa y tratarla como si fuera una rehén, no hará que ella me ame. Este malentendido provocará que antes de casarnos tengamos una pequeña discusión. Podría atarla y hacerla retrasar su orgasmo hasta que me entierre en su coño prieto y entienda que no tiene escapatoria. Mañana a esta hora será mi esposa.

—¿Dónde están? —pregunto.

—Atrás —responde.

Asiento y sigo caminando, escucho los insultos de la chica y sonrío; ya veo porque mi pequeña bruja se hizo amiga de esta chica. Tiene más bolas que muchos de mis hombres. Grant

sale y al verme niega.

—¿Ahora secuestras mujeres? —pregunta.

—No lo entenderías, pero es la invitada especial para mi boda —contesto.

Suelta una carcajada.

—Suerte con eso, porque si no te mata tu mujer, lo hará esta.

Entro y lo que consigo me hace desear asesinar a Connor. La chica está atada a una silla. Salta sobre ella mientras le grita obscenidades a mi mano derecha. Niego, ahora sí que la hemos jodido. Al darse cuenta de que no están solos se calla y se queda mirándome.

—No eres él… —musita aliviada.

—No sé a quién esperaba y eso te alivia.

Madison Carter parece tener también secretos ocultos, ¿será que está usando a mi bruja? Mis informes reflejan que se hicieron compañeras de piso y amigas rápidamente. Tal vez las dos me están ocultando información. Puede que eso explique el hombre que maté hace unos días en Boston.

—¿Quiénes son? —inquiere—. ¿Qué quieren?

—Disculpa la manera de traerte a mi boda, pero mi futura esposa no desea casarse sola —contesto—, Deirdre te espera.

—Espera, espera, ¿Deirdre? —pregunta—. ¡Maldita sea, suéltame!

Me acerco para soltarle las manos, me quedo mirándola y ella se estremece. Observa a Connor y luego a mí con recelo en sus ojos color miel. Esta mujer oculta en sus sonrisas, el horror del pasado, lo sé, porque hago lo mismo.

—No son amigos de Deirdre —solloza asustada rompiéndose—, me encontró, me encontró… —repite—, no, no, no…

Connor camina hasta donde estoy y me quedo mirándolo. No entiendo nada de lo que dice la chica. Lo veo acuclillarse para cortar la soga mientras ella lo observa con terror y al mismo tiempo fascinación.

—Te va a matar cuando sepa de que me follaste —le advierte.

—Nadie va a tocarme, *Sceall*[8].

Mi mano derecha se levanta y me hace seguirlo. Lo hago y al salir los dos, tranca con llave. La chica corre para dar golpes a la puerta.

—¿Qué sucede? —inquiero entre dientes.

—Que me la llevaré conmigo cuando volvamos. Ella es el pago de una deuda que tienen con Sam Giancana —contesta.

—No quiero guerras con otras organizaciones, maldita sea, Connor, no puedes simplemente ser alguien normal.

—¿Acaso tú lo eres? —pregunta.

Lo tomo del brazo y lo alejo para que nadie pueda escucharnos. Si me caso con Deirdre, vendrá una guerra. Apenas acaba de terminar una de las tantas batallas; no obstante, a lo que vamos a enfrentarnos es más y no estoy seguro que podamos que pueda con más problemas.

—¿Sabes lo que eso significa? —rebato molesto—. Tengo una guerra con los O’Brien, Jamie va a querer a su prima de regreso.

—Tendrá que matarnos, Declan, estoy en esto contigo, no voy a permitir que el bastardo de O’Brien gane esta mierda de guerra, no voy a dejarte solo —afirma—, pero solo mira lo aterrorizada que está esa chica, si se entera Sam Giancana que la tenemos, podemos barajear varias opciones, venderla…

Me río.

—Claro, te follaste a la chica y ahora me dices que vas a venderla. Te observé mientras la soltabas. Connor, la fierecilla, como la llamaste, ya te jodió.

—Nunca te pido nada, Declan, sí, la traje, te dije que me encargaría de ella, pero no te dije cómo lo haría o qué haría —responde—. Harás feliz a tu esposa, llevándola con nosotros y salvarías una vida.

—No somos héroes, Connor, somos unos jodidos criminales, hacemos cosas peores que Giancana. Espero que por tu bien esto no ocasione problemas. Ahora, es tu maldita responsabilidad —espeto clavando mi mirada en la suya.

Asiente, pero sé que no ha captado la gravedad de la situación. No puedo permitir que un simple capricho de mi mano derecha, ponga en riesgo todo lo que he construido. Vuelvo sobre mis pasos y me detengo frente a la puerta. Inhalo profundamente, el aire es pesado, cargado de una tensión que corta como un cuchillo. La empujo y entro.

Ella está allí, acurrucada en la esquina, una sombra temblorosa en la penumbra. Tomo la silla de cuero donde estaba atada y la giro con un movimiento brusco. Me siento cruzando los brazos sobre el respaldo y la observo. Sus ojos, grandes y asustados se encuentran con los míos. En ese instante, empatizo con su miedo y todo lo que debe estar pasando por su mente.

—No tengo nada que ver con el *Outfit*, pero si soy un criminal como ellos, tienes dos opciones, Maddie, venir conmigo y ver a tu amiga —comento.

—¿Y la otra? —inquiere.

—El dueño de este lugar llamará a Sam Giancana y cobrará su deuda.

—No, por favor, no —solloza—, haré lo que quieras, pero no me lleves de nuevo con él.

Asiento aceptando.

—Quiero ahora que me cuentes cuál es tu deuda, para ver si puedo saldarla y también necesito que guardes silencio con Deirdre. No puedes contarle que te voy a ayudar a conseguir tu libertad. —Suelta una carcajada cargada de sarcasmo.

—Conozco a los hombres como tú, nos rompen y nos usan, le entregamos todo y nos dejan sin nada. Mi deuda es de sangre, la única manera de pagarla es con mi muerte, así que supongo que no, no puedes saldarla.

Me quedo mirándola y ella sería un gran problema, Connor se para a mi lado, compartimos una mirada.

—Cuéntame todo… —ordeno.

Madison Carter comienza a hablar y mientras cada palabra sale de su boca, siento un nudo en el estómago que me sube por la garganta. Su voz ahora es un hilo de seda que se rompe con facilidad, cada vez que intenta relatar un pasaje doloroso. Toda esa valentía se resquebraja y puedo ver el dolor tatuado en su mirada. Por el rabillo del ojo veo a mi amigo, sus nudillos se blanquean mientras aprieta los puños, deseando con todas sus fuerzas arrancarle la cabeza al bastardo que la lastimó. Los dos hemos hecho cosas de las que no nos sentimos orgullosos, pero nunca hemos cruzado esa línea. Nunca hemos mancillado a una mujer. Y entonces, ella pronuncia cuatro palabras que lo cambian todo. Cuatro palabras que encienden una llama de ira dentro de mí, una ira tan intensa que me quema por dentro.

—Asesiné a Joe Giancana…

Connor me observa y luego a ella. Esta es la primera vez que lo veo realmente interesarse por alguien.

—No puedes contarle nada de esto a nadie, sigues siendo Madison Carter para ella y ahora

estás bajo mi protección.

—¿Y tú quién eres? —se burla.

—Declan Kavanagh, el jefe del *Iris Mob*. —Me levanto—. Que se cambie de ropa antes de ver a Deirdre, no puede decirle nada, eres una invitada y solo eso.

Salgo de la oficina de Will Grant con la mente dándome vueltas, mirándome reflejado en la historia de la chica que acabo de dejar de atrás. No imaginé que cuando se refería a que podría encargarse de ella sería una puta pesadilla, Connor va a tener que demostrarme que esto no es un maldito error.

Capítulo 18

Deirdre

El miedo me paraliza, provocando un nudo en la garganta que me impide gritar. Los vestidos, con sus bordados delicados y sus encajes, son una burla. ¿Cómo puedo celebrar el amor con semejante carga sobre mis hombros? Cada puntada es una amenaza, cada lazo un recordatorio de que estoy atrapada. Declan quiere vengarse, y yo soy su arma. ¿Cómo puedo escapar de este destino? La puerta de la habitación se abre de golpe. Me quedo sin palabras cuando mi mirada se encuentra con la de Maddie. Está de pie junto a mi prometido, ella sonríe, paso mi mirada de él a ella sin poder creer lo que estoy viendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto emocionada.

—No puedes casarte sin tu mejor amiga, así que aquí estoy —contesta.

Corro hasta donde están y la abrazo porque necesitaba tanto a la única persona que me ha dado su amistad sin pensarlo y sin pedir nada a cambio más que amor. Me alejo y ella borra con sus pulgares las lágrimas que no sabía que estaba derramando.

—Las dejo para que puedan hablar —anuncia Declan.

Me quedo mirándolo, puede que a veces sea un bárbaro y que sea un criminal; como aseguró esta mañana, está bajando sus barreras por nosotros. Debería hacer lo mismo por él, si tan solo me dejo llevar y ver lo mejor de esto. Me acerco a él y me subo en puntas de mis pies para darle un beso en sus labios. Me toma de la cintura y me pega a su cuerpo hambriento por mi toque, profundizo el contacto sujetándome de su cuello cuando su lengua sale al encuentro de la mía. Maldición, deseo que me lleve a la cama para que me folle como lo hizo anoche y esta mañana. Maddie se aclara la garganta, recordándonos que está presente y rompo el contacto sintiéndome avergonzada. Sin embargo, Declan mantiene su mano en mi cintura y me giro para ver a mi amiga.

—Él es Declan —se lo presento como si nada—. Supongo que ya lo conoces. —Sonrío tímida.

—Lo hice —contesta con una sonrisa.

Declan deja un beso en mi cabello y se aleja. Me quedo mirando a mi amiga hasta que se cierra la puerta y sé que estamos solas.

—Supongo que por él dejaste todo —comenta.

—Sí, fue por él —respondo lanzando un suspiro y alejándome para tomar su muñeca, la retira con una mueca de dolor—. ¿Te hicieron daño? —averiguo.

—No, no es nada —contesta evasivamente y camina hasta la cama, se sienta y la imito—. Veo que esto ya es definitivo.

Nunca he sentido una atracción tan intensa hacia nadie. Declan es un enigma, un hombre envuelto en sombras con una mirada que es capaz de penetrar lo más profundo de mi alma. Hay algo en él que conecta conmigo, a pesar de su aura de misterio y peligro. Sé que es un hombre que no conoce límites, que esto es riesgoso, mas no puedo alejarme y detener este enamoramiento. Todo entre nosotros es dañino, sin embargo, de alguna manera es la primera vez que me siento realmente viva, a pesar del dolor y de la tristeza que siempre me han rodeado. Me quedo mirando a Maddie, sé que debe pensar que estoy loca, quizá lo estoy, mientras estoy atrapada en una maraña de emociones contradictorias tratando de decidir si debo entregarme a lo

que siento y confiar, o alejarme lo más posible de él.

—¿Estás segura de esto? —averigua preocupada.

—No lo sé, creo que estoy caminando en un hilo suspendido en el vacío sin miedo a caer, tengo dudas, claro que las tengo, Declan tiene algo que me atrae, él y yo somos como flores naciendo del lodo. —Suspiro—. Tengo ansiedad y un cúmulo de incertidumbres, sé que va a romperme, que va a joderme de alguna manera y aun así no puedo alejarme.

—Mereces ser feliz, nena, pero esto es peligroso —susurra.

—Creo que puede haber amor en su interior, pero tiene miedo que lo usen para joderlo, mataron a mi padre por lo mismo, tal vez estoy repitiendo la historia, debería romper el patrón. —Tomo sus manos—. Tengo muchas dudas, Mad, sé que si me caso con él y mi familia paterna se entera, van a ir por él, pero estoy segura de que él siente algo por mí y yo no pude sacarlo de mi cabeza durante un año. Si deseamos estar juntos, no debería ser complicado.

Maddie toma una respiración profunda. Cuando suelta el aire, veo como sus hombros caen. Cierra los ojos.

—Ellos no pueden saber lo que estoy a punto de contarte, Deirdre, pero tengo que darte un vistazo de lo que estás a punto de meterte. —Aprieta mis manos y abre sus parpados, dejándome ver los demonios escondidos detrás de sus fanales color miel—. Tal vez no sabes que muchas noches me rompo recordando mi pasado. No me llamo, Madison, mi nombre es Antonietta Rosselli, mi papá es uno de los hombres más importantes del *Outfit* de Chicago.

—Pero yo conocí a tus padres… —Niega con su cabeza.

—Ellos no son mis padres. Mi padre me usó para que me casara con el hijo del jefe de la organización, para eso servimos en la mafia, para casarnos y tener hijos a cambio de estabilidad económica. No podía casarme, porque me había enamorado de un soldado de mi padre y lo que menos sabía que era un agente encubierto del FBI. Cuando me contó la verdad, decidí acabar con el miserable futuro. Iba a escaparme con él, pero alguien le dio el pitazo a Joe Giancana, mi prometido y nos emboscó, mató a Eddie y me llevó lejos, solo que Eddie había informado sobre nosotros a sus compañeros.

—Mad…

—Sigue llamándome así, ya casi olvido mi pasado —susurra—. Nunca olvidaré a Eddie, ni que me enamoré del enemigo, que… —Cierra los ojos—. Joe, me llevó con mi padre. Me encerraron por meses en mi habitación. El día de mi boda, entró para llevarse lo que quedaba de mí y yo le quité la vida… —Me congelo por sus palabras—. Mi madre hizo lo mismo que tu abuela, me llevó lejos. Esas personas que conociste son familia lejana de mi madre. No son mis padres. Han intentado borrar mi rastro, para que no me encuentren y pueda vivir una vida lejos de pagar por intentar que no me hicieran daño.

La confesión de mi compañera me deja sin palabra. Durante el tiempo que estuvimos juntas, no imaginé que eso que no deseaba contarme era parte de un secreto que compromete su vida.

—No sé qué hacer…

—No dejes que succione tu vida, si tienes que imponerte hazlo, no te conviertas en una sumisa, lucha cuando tengas que hacerlo y yo estaré contigo a cada paso… —Su afirmación me hace abrazarla y son de esos abrazos que reinician, que te hacen sentir viva, que sabes que no te permiten caer—. Estoy aquí, eres mi única amiga.

—¿Quieres que te llame Antonietta en privado? —averiguo.

—No, soy Madison, esa chica murió junto a Eddie y Joe. —Sonríe—. También debo decirte que no soy rubia,

—¿No? —inquiero.

—No, pero eso no es importante. —Se ríe—. ¿Estás segura de esto?

—No, pero parece que la vida se empeña a ponerme en su camino y te juro que no puedo seguir resistiéndome. Cuando estamos solos, puedo ver partes de él que solo me muestra a mí. Sé que es difícil de entender.

Se ríe.

—Te estás enamorando, Deirdre…

—Si esto es amor, estoy cayendo y no me importa, si pasara algo, te tengo a ti y siempre nos tendremos.

—Lo prometo… —promete.

—Y yo prometo que pase lo que pase, estaremos siempre juntas…

Suelto un suspiro y me levanto. Si soy un cúmulo de dudas y ansiedad hace rato, ahora tengo miedo de lo que pueda suceder. Maddie se levanta para ver los vestidos. Comienza a enseñarme los modelos mientras mi mente corre pensando en todo lo que puede suceder. Se supone que este día debe ser uno de los más importantes de una novia y aquí estoy, pensando que voy a casarme con el enemigo de mi familia, que estoy repitiendo la historia de mis padres, que nada de esto puede ser bueno.

Ella intenta animarme. Cuando todo su mundo se vino abajo por mi culpa, espero que a lo que me enfrento tenga piedad de mí y no me haga pagar por los pecados de mi familia y esposo.

*****

Estoy en la cama mirando hacia la puerta. Declan salió a resolver asuntos de negocios a final de la tarde y son más de las dos de la madrugada. ¿Esta será mi vida? Tendré que quedarme a la eterna espera a que mi esposo vuelva. Me pongo rígida cuando el picaporte se gira y me aferro a las sábanas cuando entra bañado en sangre. Me trago el grito de terror y me quedo con la boca abierta. Sus ojos azules son tan oscuros en este momento, ahora no son los mismos que me vieron antes de salir.

—¿Qué haces despierta? —espeta molesto y niego con mi cabeza—. Usa la maldita boca, Deirdre, todavía no puedo leerte los pensamientos.

—Te estaba esperando —titubeo al responder.

—No me esperes cuando salga por negocios… —suelta irritado—. Ve a dormir, no quiero hablar.

—Pero… —Se gira de camino al baño y me fulmina con la mirada—. ¿Estás herido?

Su rostro se suaviza y niega con su cabeza, se vuelve para entrar al cuarto de baño. Escucho el agua correr mientras me quedo ahí sentada sobre la cama, perdida en mis pensamientos. Está lleno de sangre que no es suya, *«esta será tu vida de ahora en adelante, Deirdre, esto es lo que se espera de ti»*, pienso mientras intento calmarme, cuando la puerta del baño se abre. Declan sale con una toalla alrededor de su cintura, su cuerpo perfecto ante mi vista, sus abdominales y esa uve que enmarca su pelvis. Mi mirada traicionera lo recorre de pies a cabeza, el maldito se da cuenta porque deja caer lo que lo cubre para que pueda observarlo mejor. No puedo pensar porque estoy llena de deseo por él. Da un paso lento hacia a mí y lamo mis labios en respuesta.

—Mi mujer me desea —se burla.

—Declan, estaba preocupada… —confieso.

Y toda la fachada de macho alfa se le cae, viene a la cama desnudo y se sienta a mi lado. Me atrae para sentarme en su regazo y en respuesta escondo mi rostro en el hueco de su cabello. El aroma de su jabón de baño huele a sándalo y a sangre, una combinación letal.

—Esta es nuestra vida, *Cailleach*, sabemos que saldremos de casa, pero no estamos seguros si vamos a regresar. No puedo prometerte un cuento de hadas, tal vez una ópera, una historia trágica donde alguno de los amantes muere. —Me tenso entre sus brazos y en respuesta deja un beso casto en mi cabello—. Te haré feliz, pero no puedo prometerte paz en un mundo lleno de violencia.

—Lo sé —contesto—. Tengo miedo, Declan, sé que eres un criminal, que matas a personas, pero no tengo miedo a eso, soy una maldita egoísta, porque tengo miedo a perderte.

Me separa y me acomoda de manera que estamos frente a frente. Su polla semierecta la siento a través de mi tanga. Muerdo mi labio cuando sus manos toman mis mejillas y me obligan a mirarlo.

—Te quiero tanto, tanto que no sabes lo que significas para mí, esto comienza a ser más, pensaba que solo eras una venganza —confiesa y trato de alejarme—. No voy a mentirte, esto no es una historia de amor normal. Allá afuera nos espera una guerra, solo la ganaré estando tú de mi lado. Dame tiempo para saber si lo que me acabo de enterar es cierto, pero necesito que confíes en mí.

—Sé que secuestraste a Maddie y me contó todo.

—Sabía que lo haría, te tienes que intentar salvar de lo que puede suceder…

—Declan, no quiero una guerra, si tengo que hacer algo para que la familia de mi padre te deje en paz, lo haré, pero no…

—Nuestro mundo no funciona así, pero con el tiempo lo irás aprendiendo. —Pega su frente a la mía—. Si esta obsesión se está convirtiendo en algo más, no lo sé, *Cailleach*, pero te convertiste en lo único que me importa en esta vida, no hay nadie más, solo confía en mí, no te prometo un matrimonio perfecto, pero te prometo que intentaré estar siempre para ti.

Asiento y me besa para sellar este momento. Cuando Declan me besa, a veces creo escuchar una suave melodía, algo así como el inicio de *I Don’t Wanna Miss a Thing* de Aerosmith. Quiero pasar mi vida así en la dulce redención de sus brazos, porque esto puede ser bonito, tengo la esperanza.

Capítulo 19

Declan

No puedo creer que esto esté sucediendo. Diecinueve años de planificación, de obsesión por obtener mi venganza y aquí estoy de pie frente a ella, escuchando las palabras que cambiarán nuestras vidas para siempre.

—Y por el poder que me confiere el estado de Nueva York, yo los declaro marido y mujer.

La voz del juez retumba en la habitación, pero mis oídos solo captan el latido frenético de mi corazón. Mi esposa luce radiante en su vestido blanco, me sonríe. Una sonrisa radiante ilumina su rostro. Una parte de mí se siente satisfecha, victoriosa, porque obtenido el instrumento perfecto para ganar esta guerra. La atraigo hacia mí, besándola con una intensidad que oculta la tormenta que llevo dentro. Ahora mía, ahora es una Kavanagh. Una victoria efímera, un trofeo ensangrentado. Anoche, mientras la sangre de mi enemigo aún manchaba mis manos, supe que este matrimonio era un seguro de vida, una forma de protegerla. Sin embargo, también se convierte en una cuenta regresiva, porque Jamie O'Brien sabe de su existencia, y cuando la verdad explote, esta felicidad se convertirá en cenizas.

Me separo de ella resistiéndome a abandonar sus labios. Connor se acerca para felicitarnos, al igual que su amiga Madison. Una boda para dos personas y eso será nuestra celebración. En condiciones normales, mi esposa ni siquiera se hubiera acercado a mí. Le doy la mano al juez que me entrega el certificado de matrimonio debidamente legalizado en todo el mundo. Debería casarme por la iglesia con ella. No obstante, en nuestro mundo de por sí, el matrimonio es hasta que la muerte nos separe y no necesito de la bendición de un sacerdote, para que así sea…

Deirdre está preciosa con un vestido sencillo de encaje que se pega a su cuerpo. Su cabello está recogido en un pequeño moño y algunos mechones rebeldes que se han soltado. Sin maquillaje y natural, sus pecas brillan cuando se sonroja y sus fanales verdes son capaces de romper todas mis barreras.

—Gracias por todo —me despido del juez y camino hacia mi esposa, la atraigo a mi cuerpo, le doy un beso en su cabello y la alejo de todos.

—Declan… —susurra y acaricio su mejilla con mi dedo.

—No sé cómo decir todo lo que pasa por mi mente, pero no existe nadie como tú. Sé que habrá momentos de sufrimientos, entiende que no soy perfecto, mas estaremos bien, porque siempre estaré para ti, así muera, siempre voy a cuidar de ti.

—No quiero que mueras… —musita.

—Quiero que sepas que me estás dando un nuevo comienzo, que esto es hasta que la muerte nos separe, no importa lo que pase, siempre voy a estar para ti…

Deposito un beso casto en su frente. Su piel suave como el terciopelo, tiembla ligeramente bajo mis labios. Salimos de la pequeña sala, que fue un espacio tan impersonal como la ceremonia que acabamos de celebrar. Connor, mi único amigo y segundo al mando, sigue nuestros pasos con su mirada fija en la multitud que conseguimos a las afueras del ayuntamiento. El clamor de la calle me resulta ensordecedor mientras la marea de rostros desconocidos me pone alerta ante el peligro, porque cualquiera podría sacar un arma y arrebatármela. Intuitivamente

rodeo con mi brazo la cintura de mi esposa, la atraigo hacia mí para protegerla de cualquiera que intente hacerle daño. Subimos al SUV que nos espera, respiro hondo cuando estamos seguros. Me siento en la parte trasera junto a ella y a su amiga, mientras Connor toma el asiento de copiloto junto a uno de nuestros hombres de confianza. La ansiedad me carcome por dentro. Necesito volver a casa, donde pueda controlar todo lo que me rodea. La idea de estar expuesto, a merced de mis enemigos me produce un escalofrío.

La voz de Deirdre flota en el aire pintándole un cuadro vívido de Dublín a Maddie. Habla de sus calles empedradas, de sus *pubs* llenos de música, de los castillos que parecen salidos de un cuento. Y luego, por supuesto, está la promesa de un paseo por el parque de St. Stephen's Green. Veo cómo los ojos de mi esposa brillan ante tal perspectiva. Mi amigo con esa sonrisa que solo él tiene, me lanza una mirada que lo dice todo. Sabe que lo más probable es que ella nunca salga de la casa sin mí. La idea de que alguien pueda hacerle daño me consume. He llegado a considerar incluso la posibilidad de desaparecer por un tiempo, de irme a Dubái. Esperar a que todo se calme, mientras podría dedicarme a los negocios, sumergirme en los contratos y las negociaciones. Sin embargo, sé que no es lo que quiero.

—La llevaremos al Castillo de Dublín, ¿verdad? —Deirdre se gira y me observa con chiribitas en los ojos.

Exhalo el aire que contenía sin darme cuenta. Mi amigo espera expectante mi respuesta, bajo la mirada para ver la mano dónde ahora llevo el anillo de bodas, pensando en qué tengo que hacer para protegerla de mis enemigos. Por unos segundos me fijo en mis nudillos, que están a carne viva por asesinar a un hombre a golpes la noche anterior. El pequeño regalo de bodas de Jamie, duerme ahora con los peces del río Hudson.

—Claro —murmuro y ella en respuesta aplaude, me da un beso en la mejilla y sigue hablando con su amiga.

No puedo obligarme a mirarlo, la mirada de Connor está clavada en mí, es una acusación muda a lo que estoy haciendo, aunque me apoya en mis decisiones para lograr mi venganza, creo que la mejor amiga de mi esposa lo está cambiando. En cambio, decido mirar a Deirdre y me encuentro con el reflejo de mi propia confusión, por mi respuesta. Ella es tan joven ¿Qué estoy haciendo? Casarme con ella fue una locura, una decisión impulsiva en medio del éxtasis que me provoca poseerla. Debería deshacerlo todo, poner fin a esta farsa. Sin embargo, hay dos razones por las que no puedo. La primera es simple: es una forma de fastidiar a mis enemigos, ya que cuando se enteren de la verdad, que esté a mi lado los va a enloquecer. La segunda, y la más importante, es que la necesito. No puedo concebir mi vida sin ella.

Deirdre, con su cabello de fuego y sus ojos verdes como esmeraldas, es la luz que ha iluminado mi oscuridad. Incluso cuando me pide cosas imposibles, como quitarle la vida. Su voz, suave y dulce, me envuelve como una niebla, disipando las sombras que intentan apoderarse de mí.

El camino al hotel se me hace interminable. Debía ser un día tranquilo, pero el destino tiene otros planes. La felicidad es un lujo que no puedo permitirme. Cada paso que doy me acerca a un enfrentamiento que sé que cambiará todo. Y en el fondo, tengo miedo. Miedo de perderla a ella, a la única persona que me ha hecho sentir vivo.

*****

Después de almorzar, Connor decide llevar a Madison a dar una vuelta y dejarme a solas con mi esposa. Ahora no quiero ni pensar en esos dos y su naciente relación. Lo único que necesito es a Deirdre a mi lado y es lo que pienso hacer. Escucho la melodía de un hombre cantándole a

su chica y diciéndole, que si lo llegara a dejar, él va a sufrir por ella.

—¿Escuchas esa canción? —le pregunto.

Ella asiente con una sonrisa.

—¿Cómo se llama? —insisto, necesitando saber más sobre esta melodía que parece hablarle directamente a mi corazón. Me acerco lentamente hasta envolverla en mis brazos.

—*It Will Rain* —responde ella, su voz suave como una caricia. —¿Por qué lo preguntas?

—Repítela —le pido, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

La penumbra del lugar acentúa la intensidad de la música. La voz del cantante, suave y melancólica, se entrelaza con nuestros corazones. Ella se aferra a mí, buscando refugio en mis brazos. Un cielo gris sin sol, canta y la imagen de un mundo sin ella me invade. La letra de la canción es un espejo de nuestros sentimientos, reflejando la tormenta interior que ambos llevamos. También es una promesa, una esperanza de que juntos podremos superar cualquier obstáculo.

Deirdre recuesta su cabeza en mi pecho como si estuviera sintiendo el momento de angustia que me invade, que si esto llegara a pasar y la pierdo, sé que nada será igual, porque caeré en un espiral de destrucción y todos los que estén a mi alrededor pagarán las consecuencias de su abandono. Cuando termina la canción comienza otra, solo que ella deja de bailar y alza su rostro para mirarme.

—Escogiste una canción muy melancólica para nuestro primer baile como esposos —comenta.

—¿Qué canción escogiste tú? —pregunto.

Se sonroja.

—¿Cómo sabes que escogí una? —revira.

Alzo los hombros, lo sé porque ella sueña con el cuento de hadas, con el que poseen el final, *y vivieron felices para siempre.* Me siento egoísta por no darle lo que soñó, no soy un príncipe azul, más bien, soy el villano que le arrebata todos sus anhelos, para convertirlo en nada más que recuerdos.

—Solo lo sé, quiero que la coloques, quiero escuchar esa canción mientras bailamos. —Asiente y se acerca al reproductor para buscarla.

Al fin, suena algo que por fin conozco. *A Little Respect* de Erasure, suena por los altavoces de la suite. Sonrío cuando se gira y comienza a moverse, esos pequeños saltos y movimientos de cadera me ponen la polla dura. Me contagia con el mismo gesto ligero y lleno de vida. La abrazo por la cintura, sintiendo el calor que irradia por su alegría. Nuestros cuerpos se mueven al ritmo de la música, una danza improvisada que nace de la pura alegría de estar juntos.

La hago girar y su risa cristalina llena el aire, como pequeñas campanillas que hacen vibrar mi pecho. En ese instante, el mundo se reduce a ella, a su cabello rojo que se desata, sus ojos brillantes. Deirdre, lentamente se apodera de mí. Me congelo cuando comienza a cantar, mientras que su voz dulce me envuelve como una manta cálida. Sus brazos se cierran alrededor de mi cuello y siento su corazón latir contra el mío. Nunca imaginé que podría sentir esta emoción tan intensa por la cercanía de una mujer, es como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo cada vez que nuestros dedos se rozan, cada vez que su mirada se encuentra con la mía. Quizá no se dé cuenta de que su inocencia rompe mis barreras, derribando muros que creí inquebrantables. En este momento, solo existe ella, y el anhelo de que este instante se prolongue eternamente

—Vamos, gruñón, canta que la puse en repetición —se burla

Saca la lengua y pone los ojos en blanco, un gesto infantil que me exaspera y me divierte a

partes iguales. La imito y antes de que pueda detenerme, estoy moviéndome al ritmo de la música, sintiendo cómo la melodía me invade. Ella ríe y me contagia de su alegría, estamos bailando como locos, algo nuevo en mí provocado por ella.

No sé si es la canción o el efecto que me produce, mas la deseo con una intensidad que me asusta. La atraigo hacia mí deteniendo el baile. Sus ojos se encuentran con los míos llenos de sorpresa y deseo. Me acerco lentamente, rozando nuestros labios. Muerdo su labio inferior con suavidad, provocando un gemido que me electriza. Mi lengua se desliza por su boca, explorando cada rincón, mientras ella responde con igual intensidad. Cuando la beso, todo lo demás desaparece. Solo existimos ella y yo, perdidos en un torbellino de sensaciones. Su cuerpo se mueve contra el mío, buscando algún tipo de contacto y sé que no puedo esperar más. La deseo y necesito poseerla. Con mi beso le quiero hacer sentir, esa urgencia desesperada de follarla, como si fuera la última vez. Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeamos buscando aire. Suspira con sus ojos cerrados, y sé que siente lo mismo que yo.

A veces, solo necesitamos un poco de locura para recordar lo que significa estar vivos. Y en este momento, con ella en mis brazos, me siento más vivo que nunca.

—Soy tu esposa, Declan, hazme el amor como lo que soy… —pide con voz ronca.

—Te lo haré cada día de mi vida —prometo.

La alzo en brazos sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Su risa llena la habitación. Esto es lo que ambos anhelábamos, un momento suspendido en el tiempo donde solo existimos ella y yo. No importa el mañana, no importa Dublín con sus exigencias y sus guerras. Solo quiero perderme en sus ojos y en la curva de sus labios. La dejo suavemente en el centro de la habitación, girándola lentamente. Su mirada expectante se cruza con la mía por encima de su hombro. Mis dedos acarician la cremallera de su vestido, deslizándola hacia abajo con lentitud tortuosa. El aire se queda atrapado en sus pulmones y suelta un jadeo contenido cuando rozo con mis dedos su piel descubierta.

Bajo el vestido y un conjunto de encaje blanco la envuelve como un regalo de cumpleaños. Su figura delicada y sensual, es una obra de arte. Inclino la cabeza y deposito un beso en uno de sus hombros, salpicado de pecas como estrellas en un cielo nocturno. Mi lengua traza el contorno de su oreja, un camino hacia su interior. Un escalofrío la recorre y sé que estoy cerca de mi objetivo. Mis manos se deslizan por su espalda, dejando caer el vestido al suelo como una cascada de seda y encaje. La luz de la luna se filtra por la ventana, bañando su cuerpo en un halo de plata. Es perfecta, y quiero hacerla mía.

—Respira, nena, porque no tienes nada que temer, eres perfecta… —susurro.

Me alejo para mirarla y es la visión más hermosa. Su conjunto de lencería también incluye unas medias panty y un liguero. Tengo que aclararme la garganta antes de hablar y mi maldita polla se presiona contra mi pantalón, mas esta noche es sobre ella y lo mucho que necesito que se sienta segura a mi lado.

—Date vuelta —le pido y obedece. Su sumisión es un punto a mi favor.

Me arrodillo frente a ella y subo mi mano por su pierna. Lleva unos malditos tacones que le tornean sus pantorrillas. Muerde su labio mientras lo hago, bajo de nuevo con mi mano arrancándole un jadeo y sonrío mientras le quito su zapato para colocar de nuevo su pie en el piso. Se sujeta de mis hombros cuando hago lo mismo con el otro, solo que esta vez enredo mis dedos en el elástico de su liguero y lo jalo para soltarlo contra su piel. Gime dándome más yesca para encenderla.

—¿Confías en mí? —pregunto y asiente—. En la cama usa tu voz, Deirdre.

—Confío en ti….

Me levanto de un salto para darle la espalda, con la imagen de Deirdre aún fresca en mi mente. Camino hacia el cajón donde guardo algo que traje conmigo desde casa. Mis dedos acarician la suave textura de una cuerda de seda, un regalo de un viaje a Japón. Recuerdo la noche en que la vi por primera vez. Su belleza me dejó sin aliento. Desde entonces, he fantaseado con atarla suavemente con esta cuerda, creando una obra de arte con su cuerpo. No se trata de dominación, sino de celebrar nuestra conexión y de unirnos en un baile sensual e íntimo. Deseo mostrarle la belleza que veo en ella, la perfección de sus curvas, la delicadeza de su piel. Más adelante le mostraré el mundo del *shibari*, y juntos exploraremos los límites de nuestro deseo.

—Voy a atarte, prometo que no te haré daño, pero necesito que confíes en mí y sobre todo me pidas que me detenga si te lo estoy causando, puedes usar como palabra de seguridad: *Pajarito.*…

—No entiendo —murmura.

—Eres mía para poseer, te voy a romper y lo estás deseando, si te toco entre tus piernas, voy a encontrar la humedad que moja tu tanga.

—Pero…

—Esto es lo que soy, no voy a pegarte, pero sí quiero que te sometas a mí, que entregues todo lo que eres. —Asiente mientras guardo la tijera en el bolsillo trasero de mi pantalón—. Te dije que usaras tu voz en la cama.

—Está bien… —acepta.

—Date vuelta y echa tus brazos hacia atrás, uniendo tus muñecas…

Duda por unos segundos hasta que lo hace. Sus omoplatos se unen cuando lleva sus hombros hacia atrás junto a sus brazos. Pega sus muñecas y al detallarla, decido hacer un nudo simple para que pueda sentir que está en la libertad de acabarlo. Tiro la cuerda un momento sobre la cama para abrirme la camisa y quitármela. Al terminar me descalzo y vuelvo a tomarla. Camino hasta ella admirando cómo es capaz de entregarse. Sus manos descansan en la curvatura entre su lumbar y sus nalgas.

—Recuérdalo, debes decir pajarito y me detendré. —Asiente con su cabeza—. Dilo en voz alta.

—Pajarito, es lo que diré —repite con voz ronca.

Dejo un beso en su cuello cuando envuelvo la primera columna en las muñecas, asegurándome de darle espacio para que no se roce. Le doy una segunda columna y luego mido para sujetar en el medio. Su respiración se vuelve un poco más rápida cuando hago el nudo cuadrado, reviso que las cuerdas estén perfectamente alineadas y luego me alejo para mirarla.

—Estás preciosa —musito—, desde la noche que te cruzaste en mi camino te he imaginado así, atada y dispuesta para mí, pusiste un maldito hechizo en mí para convertirme en tuyo, ahora no puedo sacarte de mi cabeza. —Me acerco y desabrocho su sujetador. Saco la tijera para cortar las tiras que lo sostienen en sus hombros—. Me hiciste cazarte hasta tenerte. —Le quito los restos de la prenda con una mano mientras guardo la tijera de nuevo—. Te haré sentir que eres mía, *Cailleach,* te voy a saborear atada, te voy a follar como mi mujer, eres mía…

Su respiración se vuelve errática cuando beso su cuello y lo lamo, lo expone y me da acceso.

—Di que eres mía, Deirdre, dilo…

Capítulo 20

Deirdre

Sus ojos azules oscuros y profundos me atrapan. En ellos veo un anhelo que me apasiona. Nunca imaginé que la simple mirada de un hombre pudiera hacerme sentir así tan vulnerable y al mismo tiempo tan deseada. Su aliento roza mi cuello cálido y húmedo. Me estremezco ante su cercanía y ante la promesa que hay en cada una de sus palabras.

—Di que eres mía, Deirdre, dilo… —me ruega con una intensidad que me hace temblar, no solo las piernas, sino todo mi ser.

—Dilo… —Besa mi cuello.

—Soy tuya, Declan…

Sus manos cálidas y ásperas descienden por mi cuerpo como plumas que se convierten en garras. Acaricia mis pechos, trazando círculos lentos en mis pezones que me hacen estremecer. Mientras sus labios recorren mi cuello, una corriente eléctrica me recorre. Muero por sentir su piel contra la mía, por perderme en la profundidad de sus ojos. Mis dedos rozan la tela de su pantalón y siento su polla dura. Con una audacia que me sorprende a mí misma, intento acercarme, pero no puedo porque estoy atada e inmovilizada. La frustración me consume, por el deseo de tocarlo como él lo conmigo.

Una de sus manos se desliza hacia abajo, acariciando la curva de mi cadera. El roce de sus dedos sobre mi piel desnuda me enciende por completo. Respiro hondo tratando de contener el gemido que quiere escapar de mis labios. Siento la humedad crecer entre mis piernas, la fricción de la tela contra mi clítoris. Cada roce, cada caricia, es una tortura deliciosa que me acerca al borde del abismo. Jadeo cuando rasga la tella rompiendo la tanga, dejándome desnuda y a la merced de sus caricias.

—No puedo vivir sin ti —musita contra mi oído y su aliento choca contra mi piel sensible, toca mi monte de Venus y gimo—. Si meto mis dedos, ¿estarás mojada para mí?

—Por favor… —ruego.

—¿Qué deseas? —pregunta—. Si no me lo dices, no puedo leer tus pensamientos, *mo bheab chéile.*

Me llama esposa mía en irlandés y estoy a punto de arder en fuego, necesitada de su toque. Creí que nunca alguien podría hacerme tantas sensaciones y causarme un placer infinito.

—Tócame —le pido—, tócame, por favor.

Sus dedos me tienen acariciando los pliegues. Se le escapa un sonido gutural cuando sus dedos se cuelan en el interior de mi coño. Gimo, y es que no imaginé que un pequeño roce podría provocar tanto.

—Estás mojada para mí… —musita.

Su pulgar se posa sobre mi clítoris para iniciar una caricia circular. Al mismo tiempo que su otra mano me pega a su cuerpo cuando intento huir, no porque no deseo esto, realmente estoy en llamas por su toque.

—Te deseo, Declan… —confieso.

—Lo sé, pero el juego previo es estimulante… —susurra en mi oído y me penetra con dos de sus dedos, se doblan mis rodillas en respuesta y él afianza su agarre—. Sientes como tu coño

aprieta mis dedos, así lo hace cuando mi polla está dentro de ti y es agónico, nena, porque quiero tomarme las cosas en calma, pero también quiero follarte duro y que grites hasta no poder más.

—Hazlo, hazlo —ruego.

Suelta una carcajada ronca, en tanto que sus dedos comienzan a entrar y salir de mi coño. Cada bombeo mis músculos intentan que no salgan de mi interior, mientras que su pulgar acaricia mi botón y me echo hacia atrás, mi respiración comienza a volverse dificultosa a medida que las sensaciones aumentan.

—Estás bañando mi mano —susurra con voz ronca—, ¿te gusta ser mía? —Asiento con la cabeza—. Usa tu voz.

—Más, por favor, más…

Gimo frustrada cuando saca sus dedos, me quejo urgida por tenerlo dentro y me gira para que pueda mirarlo. Sonríe con malicia cuando nota mi rostro de frustración. Lleva mis dedos a mi boca.

—Pruébate, porque no vas a correrte todavía —me advierte.

—Por favor, te necesito…

—Retrasar el orgasmo trae mayor satisfacción, te lo prometo y ahora obedece —ordena.

Acaricia mis labios con sus dedos y los abro para chuparlo, mi propia esencia invade mis papilas gustativas. En respuesta gime y sus ojos se oscurecen. Parece invencible y al mismo tiempo tengo algo de poder sobre él. Los saca y se los lleva a su boca, los chupa y al terminar me besa hambriento de mí. Este beso es agresivo, lleno de deseo, si supiera que estoy completamente loca por él, porque me tiene y creo que de alguna le pertenezco que desde nací. Rompe el beso y me echa sobre su hombre, grito por la sorpresa y me lleva hasta la cama. Me baja lentamente dejándome caer frente a él, me veo tan pequeña.

—Gírate y recuéstate sobre la cama, que tus piernas toquen el piso —ordena—, recuerda la palabra. —Asiento—. Necesito que la digas en voz alta.

—Pajarito.

—Hazlo…

Obedezco, y me ayuda a doblarme sobre la cama. Muevo los hombros un poco, sintiéndome incómoda por la posición. Mis pies tocan el piso y por un momento creo que estoy inestable. Giro mi rostro para mirarlo y lo veo arrodillarse. Un hombre, que seguro asesina sin miedo a nada, está arrodillado por mí. Enreda sus dedos en mi liguero, los hala y lo deja caer, pegándome con la liga contra mi piel. El escozor me hace gemir de dolor mientras siento que me humedezco todavía más, vuelve hacerlo varias veces.

—Tócame —lloriqueo ansiosa por sentirlo.

Se ríe.

—Haré algo más —promete.

Siento sus manos en una caricia áspera en mis nalgas, cuando una se aleja, pero al instante la deja caer en azote que me hace intentar levantarme, pero vuelve a acariciarme calmándome y hace lo mismo con la otra, para volver a calmarme con su toque. Repite varias veces lo mismo hasta que algunas lágrimas salen de la comisura de mis ojos. Se levanta para recostarse sobre mí, me lame las lágrimas y me da un beso en la mejilla.

—El dolor y el placer van de la mano. —Su mano se cuela por mi tanga, sus dedos se abren paso por mis pliegues—. Eres como una droga que comienza a hacer efecto, tan húmeda, lo sabía…

Se aleja y me quejo porque lo necesito, porque de verdad necesito que esté a mi lado y que

me toque. Se arrodilla y me sobresalto porque no tengo idea de lo que va a suceder, mas me sorprende cuando su lengua irrumpe en mi coño para lamerlo. Gimo en respuesta, sus dedos se clavan en la piel adolorida de mis nalgas. En ese instante, me devora como si fuera su plato favorito. Mis gemidos comienzan a ser ruego, pidiéndole más mientras subo y bajo mi cadera para poder sentir más. Cuando sus dedos se cuelan dentro de mí, me siento llena y completa, grito porque estoy ebria de placer. Mis pensamientos se nublan, mientras comienzo a entender todas esas sensaciones que me avisan que estoy a punto de alcanzar el orgasmo, primero un cosquilleo alrededor de mi clítoris, los movimientos involuntarios de mis músculos pélvicos y un corrientazo que me hace agitarme cuando finalmente corro en un grito que resuena en la habitación. Sigue bebiendo de mí mientras los espasmos de mi cuerpo se calman. Sube, dejando un reguero de besos en mi espalda, se aleja y sus manos diestras me desatan. No puedo moverme y permanezco sobre la cama, sintiéndome tranquila y extasiada por lo que acaba de pasar entre los dos.

—Eres lo que necesito en mi vida —afirma cuando estoy libre, masajea mis muñecas y luego mis hombros—. Te devoraría por horas…

Me gira y me quedo mirándolo. Declan es simplemente hermoso, su pecho tiene algunos cortes, al igual que su abdomen. De todas formas, con esas pequeñas imperfecciones, parece un maldito modelo sacado de una revista. Se baja el cierre para bajar su pantalón junto a bóxer, su polla salta, irguiéndose dura como un mástil. Está circuncidado, termina de desvestirse y toma su falo para acariciarlo.

—Acuéstate y abre tus piernas, nena —me ordena.

Hago lo que me pide y gime mientras se sube en la cama de rodillas y se sienta sobre sus piernas mientras no deja de masturbarse. Su otra mano va a su boca, lame sus dedos para luego mojar su polla, gimo en respuesta, cómo puede un acto tan lascivo excitarme. Sonríe como si pudiera escuchar mis pensamientos.

—Pídeme qué es lo que deseas… —ordena.

—A ti dentro de mí —contesto con valentía.

Se acomoda entre mis piernas hasta que yazco debajo de él, besa mi frente y deja algunos más hasta llegar a mi oído.

—Toma mi polla y llévame a donde deseas que esté —ordena con voz ronca.

—Declan…

—Hazlo —ordena entre dientes.

Mis manos las coloco sobre su pecho y las bajo mientras voy clavando mis uñas en su piel. En respuesta gime lanzando su cabeza hacia atrás. Creo que estoy perdiendo el aliento con tan solo tocarlo. Una de mis manos llega hasta su falo y envalentonada por el placer la bajo hasta su base para luego subirla.

—¡Joder! —sisea—. Sí, nena, joder, tócame… —Repito el mismo movimiento, consiguiendo sus gemidos—. Métela, nena o voy a correrme en tu mano y pretendo hacerlo en tu apretado coñito.

Llevo su polla a mi entrada y la introduzco lentamente, solo que él se empuja con fuerza llenándome completa. Se queda inmóvil con los ojos cerrados, respirando entrecortadamente. Todo palpita dentro de mí, sintiéndome plena. Llevo a mi mano a sus hombros y me sorprendo al ver las zonas rojas en la piel alrededor de mis muñecas.

—Por favor —ruego moviéndome contra él.

Hace caso a mis ruegos iniciando un vaivén con sus caderas, primero lento, casi como si

deseara retrasar su propia liberación. Mis caderas comienzan a balancearse para corresponderle. Baja su rostro hasta el mío y jadeo cuando sus dientes atrapan mi labio inferior. Su mordisco me estremece. Declan es una combinación extraña, porque es rudo y atento al mismo tiempo. Provocando que se convierta en un incentivo sexual que es capaz de encenderme. Me besa cuando comienza a arremeter con mayor velocidad. Sus manos amasan mis senos mientras las mías recorren la infinidad de su espalda. Me toma por una de las piernas para apalancarse. De esa manera puedo sentirlo tan profundo que creo que está a punto de romperme en dos.

Rompiendo el contacto de nuestros labios, me cruzo con sus ojos azules, que me observan oscuros y turbios por el placer.

—Joder, lo tienes tan apretado, siento que me succiona la polla, intentando tragársela —dice entre gemidos—. ¿De quién es este coñito?

Y jadeo, ya que mis músculos se aprietan alrededor de su polla en respuesta a su pregunta. Mi cuerpo responde a sus palabras sucias antes que mi boca.

—Tuyo…

—Sí, joder, este coño es mío.

Se estampa contra mis labios, desencadenando una serie de sonidos que emergen de mi garganta mientras me penetra hasta el fondo. Rompe el beso buscando aire y se incorpora, colocando mis piernas alrededor de sus hombros. De esa manera su polla entra en ese ángulo que me hace gritar. Bombea tan rápido que araño las sábanas intentando contenerme y me corro gritando, mientras él se vacía dentro de mí gimiendo la palabra: *joder*. Cae sobre mí y cierro los ojos envolviéndolo en un abrazo. No puedo mentirle. Nunca le diría que no lo deseo, porque mi cuerpo arde en llamas mientras me folla.

Y en contraposición de lo que acaba de pasar, me da un beso tierno en mi frente y sale de mí, atrayéndome hacia su pecho. Me quedo ahí pensando en el futuro, tal vez esto pueda ser el inicio de la paz de nuestras familias, porque nosotros podemos romper el círculo y ser felices. Estoy enamorándome de este hombre y no puedo evitarlo.

Su oscuridad me atrae y es algo que me hace querer disiparla, pero al mismo tiempo sé que ella es parte de su encanto. Me quedo sintiendo sus caricias, como si de alguna manera todo esto fuera más que una venganza. Tengo un sueño, no soy tonta y tampoco tengo idea de lo que puedo esperar al volver a casa. Solo pasó un año y vuelvo casada con un mafioso.

—Eres perfecta —musita contra mi frente para dejar un beso.

Necesito aferrarme a esto, a los pocos momentos que tendremos, en donde demuestre un poco de esa luz que necesito para sobrevivir. Declan es el principio y el final de todo este amor que hay dentro de mí, aunque parezca que todo va a estar bien, algo me dice que no me confíe, porque terminaré haciéndole honor a mi nombre.

Declan Kavanagh romperá mi corazón y tal vez sea mi muerte. Tal vez nunca sobreviva a la decepción, sin embargo, estoy dispuesta a ello. Le entregaré todo lo que soy, intentando que se quede, que sea suficiente para que esto no termine de manera catastrófica. Me apresa entre sus brazos, haciéndome sentir su calor. Se queda dormido primero que yo. Envuelta en el silencio de la noche, no dejo de pensar en mi madre y mi padre, imaginando cómo fue su historia, cómo fue que terminaron enamorados. Hasta quedarme dormida y tener pesadillas, estando en una habitación oscura, teniendo un hijo que es idéntico a mi esposo y muriendo después de que nace.

Capítulo 21

Declan

Deirdre ha sido un huracán en mi vida. Mi mundo, antes estático y monocromático, ahora es un torbellino de colores vibrantes. La amo con la intensidad del rojo, la esperanza del verde y la certeza del negro, pues la muerte es el precio que estoy dispuesto a pagar por este amor. En este instante, acurrucada contra mí, ella es ajena al destino que le espera. La he encontrado, pero también la he condenado. Sé que amarla me destruirá y ella lo sabe, lo ha suplicado. Sin embargo, sigo adelante, arrastrado por una venganza que la utiliza como arma. La culpa me carcome, mas el deseo de consumar mi plan me ciega.

Soy producto de un pasado y enseñanzas que me corrompieron. Crecí entre balas y traiciones, me convertí en lo que se esperaba. Un hombre que no tiene escrúpulos y cede ante los impulsos violentos de su ser. Ella, una luz en mi oscuridad, me ha mostrado que existe otra realidad. ¿Me arrepiento de haberla involucrado? N, mi justificación es que la necesito para destruir a su familia y la necesito con una intensidad que me asusta. Quiero protegerla, aunque sé que no puedo ofrecerle una vida normal. Lucho contra mis demonios, contra la parte de mí que quiere cambiar y la parte que se niega a soltar el pasado. No tengo la certeza si seré capaz de liberarme.

Ella me entrega todo lo que es, a pesar de que sabe mis intenciones y de que sabe que soy un maldito asesino. Me acepta con mis demonios y sombras. Me ama sabiendo que lucho con los deseos de vengar en ella los pecados de otros. Cualquier mujer de la organización me aceptaría como esposo, solo por ser el jefe. Sin embargo, mi dulce bruja lo hace por amor y eso me hace intentar al menos ser mejor para ella. Se remueve entre mis brazos y suspira parpadeando.

—Buenos días… —saludo con un amago de sonrisa en mis labios.

—Buenos días… —contesta dejando un beso en mi pecho.

Llevo su cabello detrás de su oreja y con mi dedo índice acaricio su mejilla. Hace lo mismo, pero tomo su mano para dejar un beso.

—Debemos estar listos en una hora —anuncio—. Volvemos a casa.

Se tensa entre mis brazos y se aleja tapándose con la sábana. Intuyo que por su mente deben pasar miles de pensamientos, porque la verdad, su abuela estará esperándonos. Connor ya informó que me he casado con la hija de Edward O’Brien, que estuvo oculta desde su nacimiento para protegerla. Esto es un golpe y estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

—¿A Irlanda? —inquiere.

—Sí, vamos a casa —contesto.

Tocan a la puerta y no tengo que adivinar que es Connor. Me levanto para ponerme un vaquero, mi esposa sigue todos mis movimientos y niega con su cabeza.

—Sabías que volveríamos —comento mientras saco un vaquero.

—Lo sabía —responde—, pero pensaba que…

—Que iba a quedarme en Nueva York a jugar la casita contigo, no, Deirdre, tengo negocios que me esperan y tu familia, estoy seguro que están esperando por conocerte.

Palidece ante mis palabras y se muerde el labio, intentando no llorar. Tomo una camiseta y salgo para encontrarme a mi segundo al mando. Asiente en dirección al salón y nos alejamos.

Escucho el grito de frustración de mi mujer y me detengo. Connor me entrega su móvil y me leo el mensaje.

Aidan a Connor:

Dime que lo que se está diciendo es una mentira, que Declan no se atrevió a casarse con ella, que esto es una maldita mentira, que no lo hizo. Va a pagar muy caro haberlo hecho, por alejarme de ella cuando sabía muy que la amo.

—¿Qué le respondiste? —averiguo.

—Nada, la verdad me importa una mierda lo que piense tu primo, siempre he pensado que es un grano en el culo y estorba más de lo que ayuda. Si no deseaba que la chica estuviera cerca de nosotros, nunca la hubiera llevado a esa fiesta.

Me quedo en silencio analizando su repuesta. Normalmente me importaría la opinión de mi familia, sin embargo, que en este momento no importa nada más que Deirdre y que es mi esposa, así que simplemente paso del todo drama que genera Aidan. Nos sentamos frente a nuestras computadoras portátiles a revisar nuestras inversiones. Entro a la *dark web* para procesar un envío de cocaína desde Colombia hasta Irlanda, para distribuirlo en toda Gran Bretaña y parte de Europa.

—Acabo de contactar con la gente de Sicilia, puedes usar sus puertos y solo piden un veinte por ciento de la transacción —comenta.

Deirdre llega al comedor junto a su amiga. Las dos nos miran como si no desearan estar aquí. Simplemente ya es un poco tarde para eso, porque firmó un papel donde dicta que su lugar es a mi lado y si tengo que casarme con ella por la iglesia para que entienda que es hasta que la muerte nos separe, lo haré.

—¿Empacaron? —pregunto.

—No quiero volver a Irlanda —contesta evadiendo mi pregunta.

Connor levanta su mirada y me echa un vistazo. Dibuja una sonrisa burlona en su rostro. Tomo un panecillo y me quedo mirando a mi esposa. Hoy usa un suéter como tres tallas más grandes que ella y unos *leggins y* unas medias de arcoíris sumamente ridículas, mientras que su amiga ha optado por un vaquero y una camisa blanca.

—Tu lugar es a mi lado —sentencio—. A dónde yo vaya, tú irás, así que no tienes otra opción más que viajar —contesto.

—A mí no me da la gana de irme y dejar todo que he construido en Boston —revisa con insolencia provocando que mi polla se ponga dura—. Podemos seguir así, me quedo en Boston y tú allá, viajas cuando puedas y te quedas ese tiempo.

Suelto una carcajada. Mi esposa tiene carácter, mas no es el momento para que lo demuestre. Entiendo su resistencia a volver. Tiene miedo a lo que vamos a enfrentarnos. Sin embargo, haré cualquier cosa para protegerla.

—No es momento para un berrinche, Deirdre, nos vamos a casa, así tenga que drogarte para montarte en el avión.

Abre los ojos sorprendida por mi respuesta. No tiene ni idea de lo que soy capaz de hacer, solo para que se quede a mi lado. Observo mi anillo y sonrío, es mía, solo mía.

—¿No te atreverías? —inquiere entre dientes.

—No me pongas a prueba, porque no te imaginas de lo que soy capaz —contesto—, así que deja de comportarte como una mocosa mimada.

Se levanta indignada por mi respuesta.

—¡Soy una mocosa, si no te has dado cuenta! —grita y da un golpe a la mesa, levanto mi mirada y ella me desafía con la suya—. Tengo diecinueve años, por si no lo recuerdas, soy una mocosa como me acabas de llamar.

Sonrío porque mi esposa tiene toda la razón. No obstante, no voy a dejarla aquí a merced de cualquiera de mis enemigos que intente acercarse a ella.

—Pues entonces comienza a comportarte como una mujer, porque es lo que espero de ti.

Me fulmina con esos ojos verdes que me hechizaron desde que la vi. Sale del comedor murmurando que me odia. Connor trata de disimular la risa con un ataque de tos. Sin embargo, su amiga me observa como si estuviera a punto de matarme.

—Ella no se merece lo que estás a punto de hacer —recrimina.

—¿Y qué estoy a punto de hacer? —reviro.

—Vengarte, la estás usando para vengarte de su familia. No crecí sin saber lo que sucedía en nuestro mundo. Todos nos enteramos lo que hizo tu tío y no tienes derecho a hacerle pagar por eso.

Me levanto para desafiarla, solo que Connor reacciona anteponiéndose entre ella y yo, me sorprendo ante su desafío. Me toma de la camiseta, por primera vez mi segundo al mando se me afronta cuestionando mis métodos. Nos quedamos mirándonos y creo que ahora tiene a alguien que realmente le importa.

—Me encargaré de ella —asegura.

—Hazlo…

Me suelta y salgo de ahí para buscar a Deirdre. La encuentro en la habitación, de espaldas a mí, concentrada en meter sus pocas pertenencias en un bolso desgastado. Me pregunto cómo puede caber tanto en tan poco espacio. Mentalmente anoto comprarle ropa nueva, algo que la haga sentir hermosa y cómoda. De pronto, la oigo hablar en francés, su voz molesta resuena en mi pecho. No tenía idea de que hablaba otro idioma. Cada día a su lado es como descubrir un nuevo mundo y los secretos que guarda solo para ella. Me recuesto contra el marco de la puerta observándola de reojo.

—¿Estás molesta? —me burlo.

Se queda con alguna pieza de color verde entre sus manos, se gira y me fulmina con su mirada.

—Soy una mocosa, es normal que haga berrinches —espeta rechinando los dientes.

—No deseas que te trate como una, compórtate como una mujer —contrataco.

—Declan, no voy a volver para que me pongas a escoger entre mi familia y tú —me advierte —. No voy a tomar partido en una guerra que no me corresponde.

No tienes que escoger, ya lo hizo ante los ojos de todos.

—Te corresponde tomar un bando, eres mi esposa y lo que se espera es que me apoyes —apunto—. Además, ya escogiste al firmar el papel que te convirtió en una Kavanagh.

—No tengo que apoyar a nadie, no quiero imaginar qué está pensando Fiona en este momento. Escuché lo que te dijo Connor, si Aidan sabe que estamos casados, supongo que todos ya lo saben.

—Lo saben —acepto y me despego del marco para cerrar la puerta detrás de nosotros, Deirdre palidece cuando voy en su dirección, se le resbala de la mano la pieza de ropa y da un paso hacia atrás intentando huir, pero soy más rápido y la tomo por el cuello, aprieto sin llegar a hacerle daño, abre sus ojos llenos de terror—. No es momento de ponerme a prueba, Deirdre,

porque no te va a gustar lo que puedo hacer.

Sus manos atrapan mi muñeca y me clava las uñas. Luchando, hago más fuerte el agarre y siento cómo desgarra mi piel.

—Me estás haciendo daño —musita con voz ronca.

—Aprende cuál es tu maldito lugar en este mundo… —siseo con rabia—. Eres mi esposa, te dije, eres mía para poseerte y romperte.

La suelto mientras veo rodar una lágrima por su rostro y se queda mirándome con odio. No, esto no era lo que deseaba, sin embargo, tengo que volver a ser el hombre que solía ser antes de que esta maldita obsesión se apoderara de mi mente y todo lo que soy.

—No voy a obedecer todo lo que digas u ordenes, no soy uno de tus malditos matones, Declan…

—Te equivocas… —aseguro—. Obedecerme entra en tus obligaciones matrimoniales.

Por primera vez veo fulgir algo más que miedo en sus ojos, niega con su cabeza en señal de que no va a ceder en nada.

—Soy tu esposa, no una esclava, puede que tenga diecinueve años, pero pasé mi vida intentando escapar de las cadenas de mis abuelos, no quiero comenzar a desear escaparme de ti.

En dos segundos doy dos pasos para acercarme. De la misma manera que ella cree que puede irse, no lo voy a permitir.

—Nunca vas a irte de mi lado, no te dejaré escapar —asevero entre dientes.

Se ríe, pero puedo escuchar la tristeza que se encierra en ella. Pensaba que Deirdre sería fácil de manejar, que saque este carácter solo hace que me ponga la polla dura. Me gusta que pueda rebelarse, porque simplemente será más difícil romperla y me divertiré haciéndolo.

—No me pongas a prueba, te escogí, pero no me hagas escoger entre mi libertad o tú, porque siempre voy a escoger ser libre.

Se zafa de mi agarre y se da la espalda para dejar en claro su punto, mas no la dejo ir muy lejos cuando la sujeto contra mi cuerpo. El abrazo es tan fuerte que suelta un suspiro, intentando calmarse. Respiro hondo, para luego dejar un beso en su cuello y su cuerpo reacciona ante mi toque, pues me doy cuenta de que se le pone la piel de gallina.

—No pensé que llegaría el día que jugaría mi vida por alguien, no te voy a dejar ir, no dejaré que salgas de mi vida, entiende que eres mía…

—Declan, quiero ser con alguien y no ser de alguien, déjame ser y no intentes que cambie solo por ser tu esposa.

Debo recordarme que solo es una joven, que es inocente y vulnerable. Mientras que yo soy un depredador acechando en las sombras. Me aterra pensar que algún día abra los ojos y vea más allá de la fachada que he construido. Que descubra el vacío y la oscuridad que llevo dentro, me deje para siempre. Sé que soy un monstruo, un maldito manipulador, lleno de mentiras y engaños para atarla a mí, para poseerla.

—Quiero romper esta maldita obsesión —espeto, mi voz ronca y llena de veneno—. Estoy seguro que ya sabes que eres mi condena y mi perdición. Te convertiste en una adicción que me consume, pero que no puedo dejar. —La giro bruscamente, aprisionando su rostro entre mis manos. Sus ojos se desvían, llenos de miedo. —Mírame, ¡mírame! —exijo, clavando en ella una mirada que busca quebrantarla. Extraigo el cuchillo de mi cinturón y lo presiono contra mi pecho, justo donde late mi corazón—. Estás atada a mí, me tienes esclavizado por esta obsesión enfermiza. Mátame, si quieres liberarte, pero recuerda, que no escaparás de mí, ni viva ni muerta.

Sus lágrimas salen y empujo su mano contra mi pecho, niega como si esto fuera mucho más.

—No puedo… —musita.

Dejo caer el cuchillo y la beso para que pueda sentir la desesperación que hay dentro de mí, esto es demasiado para mí. Cada sentimiento que nace lleno de luz es absorbido por mi oscuridad. Ella es como un sol radiante que desea amanecer en mi vida. No obstante, la oscuridad de mi noche no se lo permite. El dolor y el odio han dejado su veneno corriendo por mi torrente sanguíneo. Sus labios son esa cocaína que me hace elevar hasta que gane en la guerra que tengo contra su familia. Sé que me odiará cuando mate a todos y solo quede ella de ese maldito clan. Rompe el contacto y pego mi frente de la suya, suelto un suspiro silencioso.

—Esto es para siempre —sentencio.

No responde. Sé que podría arrepentirme, sin embargo, en la vida a la que estoy acostumbrado, los remordimientos no tienen cabida, porque si tuviera mil vidas mataría a su familia por la sangre que se derramó de la mía.

Capítulo 22

Deirdre

Maddie duerme plácidamente mientras yo me pierdo en las nubes mientras surcamos algún lugar del océano Atlántico. *Kriptonite*, la canción de James Arthur, parece componer la banda sonora de mi alma. Suena en mis oídos pintando un cuadro melancólico de mi relación con Declan. Sé que nuestro amor está condenado, que las diferencias entre nosotros son insalvables. Su odio hacia mi familia, el peso de una deuda que no me pertenece, todo conspira en nuestra contra. Solo mi abuela entendió mi dolor al nacer y sacrificó su propia felicidad por mí. A veces, el amor nos lleva a mentir, a ocultar la verdad para proteger a quienes queremos.

Tengo esa opresión en el pecho que me hace temer que está por avecinarse una tormenta. Por años he leído las noticias. El *Irish Mob* es muy violento; no dudan en asesinar y atentar cuando tienen la oportunidad. Me imagino que mi esposo es así por el tipo de vida que lleva, por ver morir a sus padres y por otras tantas razones. Ahora me pregunto cómo hubiera sido mi vida si mi padre y madre siguieran vivos, creciendo dentro de la mafia. Probablemente, ya estuviera casada con un hombre peor a Declan. No tengo la certeza si alguna vez podré escapar de la única herencia que me dejaron. No tengo dudas que, si ellos estuvieran a mi lado, quizá mirarían las acciones del hombre que amo de otra manera.

Estoy sumergida en un mar de emociones contradictorias. Por un lado, me siento profundamente enamorada, pero una vocecita en mi interior me susurra que quizás sea solo un capricho de adolescente. Sin embargo, las palabras de mi marido me reconfortan y me hacen creer que nuestro amor es eterno. A pesar de todo eso y el miedo a que todo se desmorone me acecha constantemente, sé que lo amo. Los seres humanos somos así, aferrándonos a lo que nos destruye, como si el dolor fuera el único amor que conocemos.

Declan levanta su mirada de la computadora portátil y se queda mirándome, como si intuyera todos mis miedos. Cierro los ojos intentando contener mis sentimientos. Son estos momentos en los que quisiera irme lejos tanto como pueda, desaparecer de la vida de todos y respirar con tranquilidad. No saber más sobre este mundo al que he sido obligada a conocer. Siento que se sientan a mi lado y no tengo que abrir mis párpados para saber de quién se trata. Su mano acaricia mi rostro e intento contener el aire.

—Nena… —musita.

Muerdo mi labio inferior intentando contener las lágrimas que ni siquiera intuí que estaban por caer. Toma mi mentón y en un movimiento sutil, me obliga a girar mi rostro, siento el calor de su aliento cuando su frente descansa en la mía. Ojalá me amara sin medida y que hiciera todo por esta relación, porque estoy juntos podríamos salir de este mundo que nos une y nos separa el mismo tiempo. Sin embargo, estoy sola con ese deseo.

—Mírame, por favor —ruega en voz baja y llena de algo que no logro descifrar.

Hago lo que me pide. Sus ojos parecen un océano lleno de promesas y al mismo tiempo plagado de tormentas de sufrimiento, porque ese azul turbio que hay en ellos, es el que me hace estremecer con una mirada.

—No quiero volver —confieso—, quiero estar a tu lado sin miedo a perder a nadie, sé que

Dublín será el inicio de nuestro fin.

Podría ser una profetiza, solo lo sé desde aquella maldita noche que nos cruzamos. Declan y yo estamos destinados a encontrarnos para destruirnos y es injusto que eso suceda.

—Eso es lo que soy, para lo que fui criado —contesta.

—Eres doctor, eso me dijiste…

Suelta un resoplido sardónico como si no pudiera entenderme, ahora que sé la verdad, que mi padre fue asesinado, que mi madre murió de la tristeza, que prefirió la muerte antes de quedarse conmigo.

—Lo soy —declara con voz ronca—, pero también soy el jefe criminal. Nacido para reinar, forjado en el fuego de la guerra. Soy el heredero de un imperio construido sobre sangre y huesos. —Sus dedos acarician mi rostro y en sus ojos veo reflejada la oscuridad que habita en su alma—. Una vez que pruebas este poder, no hay vuelta atrás. Te lo digo porque te quiero, porque no quiero que te conviertas en uno de nosotros. —Una sonrisa retorcida se dibuja en sus labios—. Fuiste arrancada de nuestra oscuridad, pero yo te llevaré de vuelta.

—Y ahora me arrastras a él —contesto—, tal vez mi abuela solo deseaba alejarme por alguien…

—Estoy seguro de que es así, pero no pude alejarme a pesar de que lo intenté. Pasé un año convenciéndome que eras una obsesión, pero eres más…

Acerca más su rostro al mío, cierro los ojos cuando sus labios atrapan los míos y es un beso mortal. Cuando su lengua acaricia la mía y sus dientes me muerden a su paso, esto tiene que doler, porque es delicioso y al mismo tiempo intoxicante. Me entrego enredando mis manos a su cuello, empujo su nuca y percibo su sonrisa. Su mano toma mi cabello y me inmoviliza para prácticamente follarme la boca con la suya. Siento que la temperatura sube y necesito sentir sus caricias. Suelto un gemido y rompe el contacto dejándome excitada, deseándolo como nunca lo he hecho y por primera vez. Por fin, entiendo que la pasión realmente es una droga, que te libera cada vez que llega al orgasmo.

—No prometo que todo será un cuento de hadas, pero confía en mí que ahora eres lo más importante en mi vida.

Asiento en silencio, Declan vuelve a su asiento y cuando mi mirada se cruza con la triste de Maddie. Supongo que piensa que soy una tonta por creerle. Todos elegimos qué es lo que va a destruirnos, nos aferramos, negándonos a soltar y yo he elegido creerle a mi esposo. Puede que me esté manipulando, pero solo quiero creer que en el fondo me ama, que le pertenezco y que cuando las sombras de su oscuridad me permitan entrar pueda amarme, porque me estoy enamorada de él.

*****

Me levanto del asiento después de aterrizar. Declan me espera para bajar juntos y me ofrece su mano, por un segundo dudo hasta que la tomo. No hay vuelta atrás en mi vida y en la decisión que he tomado. Respiro hondo y salgo intentando convencerme que esta fue la mejor elección. Al bajar del jet privado, el primero que visualizo es a Aidan. Se quita las gafas de aviador como si no pudiera creerlo. Bajo las escaleras que nos separan y dudo por un segundo cuando mi marido me abraza, pegándome a su cuerpo como quisiera protegerme. Por un momento recuerdo la noche que nos conocimos y cómo me usó de escudo para resguardarse.

Caminamos hasta el todoterreno e intento sonreír. Mi mejor amigo pasa su mirada de su primo a mí y puedo ver cómo cambia lo que siente por mí en un instante. Su rostro se contrae de

la rabia y la decepción. Cuando nos detenemos frente a él, se da vuelta para alejarse e intento alcanzarlo, pero Declan me detiene.

—No tiene importancia, Deirdre, tiene que aceptarlo —sisea entre dientes.

—Es mi mejor amigo —aclaro intentando ir a buscarlo.

—Y yo soy tu marido, así que es mejor que te olvides de eso.

Se acerca a la puerta del coche y la abre con un gesto casi teatral. La luz que se filtra por la ventanilla crea un halo alrededor de su figura, mas no logra disipar la sombra que se ha instalado en mi interior. Mi mirada se pierde en el punto exacto donde Aidan desapareció, como si todavía pudiera verlo allí, frente a mí mirándome con reproche. Respiro hondo, intentando llenar mis pulmones de aire, pero encuentro un vacío que se expande con cada inhalación.

La realidad comienza a golpearme con la fuerza de un mazo. Las consecuencias de mis actos se materializan ante mis ojos, tangibles y crueles. Conozco a Aidan desde siempre, hemos compartido risas, lágrimas y secretos. Con esta decisión, lo he traicionado de la manera más profunda. La culpa me arde en el pecho como brasas.

Declan grita una serie de órdenes en irlandés, su voz resonando con una autoridad que me resulta extraña y aterradora. Un instante después, el silencio es roto por una serie de detonaciones que retumban en el aire, sacudiendo el coche. Mi corazón se acelera como un pajaro enjaulado que lucha por escapar. He entrado en un mundo que no conozco, un mundo violento y oscuro, y no sé si tendré la fuerza para sobrevivir en él.

—Échate en el piso, Deirdre —ladra tirando la puerta.

Lo veo alejarse, su figura oscura que se pierde en la penumbra de la pista de aterrizaje. Mis piernas tiemblan mientras el frío del miedo se adentra en mis huesos. Los disparos resuenan cada vez más cerca, como el latido incesante de un corazón enfermo. Estoy sola mientras nos atacan. De pronto, la puerta se abre de golpe y unas manos fuertes me arrastran hacia atrás. Grito aterrorizada, luchando contra la fuerza que tira de mí. Mi cuerpo choca contra algo duro y un dolor agudo me atraviesa el brazo, bajo la mirada y puedo ver la mancha carmesí que se expande en la tela. El mundo se vuelve borroso, los gritos y los disparos se confunden en un estruendo ensordecedor. Cierro los ojos con fuerza, intentando bloquearlo todo. En la oscuridad de mi mente, una sola imagen persiste: la de Declan.

*****

Mis párpados pesan como puertas de plomo. Intento abrirlos varias veces, cuando finalmente lo hago, la luz que se filtra por una rendija en las cortinas me ciega, no sé dónde estoy y por un instante vuelvo a cerrarlo. Un dolor sordo palpita en mi sien y percibo un sabor metálico en la boca. Con un esfuerzo sobrehumano logro levantar la cabeza y volver a abrirlos. Llevo mi mano hacia el hombro donde toco una venda. Mi visión está borrosa, sin embargo, lo primero que capto es su figura, él sentado en la penumbra, observándome con esos ojos azules que siempre me han hipnotizado.

Mi esposo y el hombre que me ha arrastrado a las sombras, el rey de este oscuro imperio, me observa fijamente. Su mirada antes gélida y calculadora, ahora es un mar revuelto de emociones contradictorias. La preocupación lucha contra el alivio, dejando surcos profundos en su rostro. Las ojeras oscuras ensombrecen sus ojos, y las líneas de expresión, marcadas como grietas en un muro antiguo, delatan el peso que ha cargado en las últimas horas.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con voz ronca y suave al mismo tiempo.

Intento hablar, pero mi voz se pierde en la sequedad de mi garganta. La confusión me envuelve como una niebla espesa, igual a la que nos rodea. Asiento con la cabeza, tratando de

transmitir que estoy bien, aunque no lo estoy. Los ecos de los disparos aún retumban en mis oídos y el caos sigue latiendo en mis venas. El miedo me paraliza. No sé quién me ha sacado de allí, quién me ha arrebatado de la oscuridad.

—Todo está bien ahora —afirma tomando mi mano. Su tacto es cálido y reconfortante, pero no podía evitar sentir un escalofrío recorrer mi espalda.

¿Cómo podía sentirme segura junto a él, cuando era el responsable de tanta violencia?

A pesar de todo, me aferro a su mano. Necesito sentir su fuerza, su presencia. En este caos, en medio de esta tormenta, solo él me ofrece un ancla. Mis recuerdos son fragmentos dispersos, como piezas de un rompecabezas roto. Sé que fue su rostro lo último que vi antes de perder el conocimiento.

—Deirdre, por favor háblame —me ruega.

Trago saliva intentando humedecerme la garganta, pega su frente de la mía y suelta un suspiro.

—¿Qué paso? —pregunto con voz raposa.

—Tu familia —contesta.

No puedo creerlo. Mi propia familia. Ahora entiendo por qué mi abuela quería alejarme de todo esto. La mafia no perdona, ni siquiera a la propia sangre. La ira y el dolor se mezclan en mi interior, pero al final, la realidad es esta, no estoy sola en esta lucha, tengo a Declan.

Me miro las manos buscando alguna señal de lo que he vivido. La herida me duele. Estoy segura de que el dolor menguará, pero las cicatrices quedarán ahí, recordándome lo frágil que es la vida y el amor, cuando estás rodeado de tanta oscuridad. Poso mi mirada en él, a mi marido. El miedo reflejado en sus ojos me asusta. Sin embargo, también percibo una determinación férrea de protegerme. Sabemos que esto no ha terminado. La guerra apenas ha comenzado y no tenemos otra opción que luchar, mas cómo voy a luchar contra mi propia familia. No puedo odiarlos cuando llevo su sangre en mis venas. La confusión me invade.

Me siento traicionada y al mismo tiempo sentir una profunda tristeza por los O’Brien. No sé qué hacer o qué pensar. Solo sé que mi mundo se ha vuelto patas arriba y que nada volverá a ser igual. Aunque me siento perdida y asustada, sé que lo tengo a Declan. Juntos enfrentaremos lo que venga, sea lo que sea.

—No sé qué pudo suceder, alguien les contó sobre nuestro regreso. —Cierra los ojos—. Llevo años luchando contra los topos que tu familia introduce en mi clan, pero no voy a permitir que te hagan daño.

—Déjame hablar con ellos —pido.

Niega con su cabeza y se aleja de mí. Puedo apelar al vínculo de sangre y a que nunca supe nada de ellos hasta ahora. No sé si ellos tienen alma, pero si mi padre fue capaz de amar, supongo que ellos tendrán, aunque sea un poco de humanidad.

—No, estás herida porque me confié que ellos nunca atentarían contra a ti, pero mírate, pasé las horas más oscuras mientras no despertabas.

—Declan…

—No voy a dejar que te acerques a ellos, no puedo permitir que te arrebaten de mi lado. —El miedo en su voz es petrificante—. No puedo perderte.

Me asegura que no puede perderme. Sin embargo, no puedo creerle después de todo lo que hemos pasado y de los peligros a los que me está exponiendo. Tampoco sé si sus sentimientos son sinceros. Quizá solo sea otra de sus tácticas para manipularme. Después de todo, los mafiosos son expertos en mentir. Siento una mezcla de desconfianza, miedo y rabia. Rabia por

haberme arrastrado a este mundo, y miedo de que vuelvan a lastimarme por su culpa. Desconfianza al no saber si me está usando para su venganza y no puedo verlo, porque me está cegando el amor que siento por él.

—Deirdre… —me llama.

Lo amo, a pesar de la oscuridad que lo rodea y del peligro. Sé que él también siente algo por mí. No obstante, esta relación tiene un precio muy alto. Vivir con un mafioso significa vivir con miedo constante.

—Tengo miedo…

Declan me mira fijamente, sus ojos brillando con una intensidad que me desconcierta.

—No puedo perderte —repite con voz ronca.

Quiero creerle, sin embargo, algo dentro de mí me dice que tengo que ser cautelosa. Será esta una tregua en sus intentos de venganza o simplemente otra manipulación para mantenerme cerca. Se sienta de nuevo a mi lado y me aferro a su mano, buscando una respuesta en su mirada. Todo lo que veo es un mar de emociones contradictorias: amor, miedo y culpa. Una parte de mí anhela creer en sus palabras, otra parte se pregunta si alguna vez podré confiar plenamente en él.

Declan Kavanagh será mi perdición. Estoy repitiendo el mismo patrón que mi madre y ni siquiera la conocí. Mi familia busca hacerme daño como lo hizo antes de nacer arrebatándome la oportunidad de tener padres.

Estoy segura de que no puedo confiar en ellos y tampoco en mi marido.

Capítulo 23

Declan

La habitación está sumida en una penumbra tenue, interrumpida solo por la luz de luna que se filtra entre las cortinas. Deirdre duerme plácidamente, su rostro sereno como el de un ángel. La observo, buscando alguna señal de que todo esto sea un mal sueño. Pero la realidad es implacable: fuimos atacados y algo me dice que Aidan está detrás de todo esto.

Por un instante, todos nuestros recuerdos junto a mi primo me golpean como una ola. Nos veo corriendo descalzos por los campos irlandeses, jurándonos lealtad eterna. Habíamos compartido todo y ahora, está traicionándome de la peor manera. La ira me consume y también un profundo dolor, porque estoy perdiendo más que un amigo, estoy perdiendo a un hermano. Me levanto de la cama, la fría brisa nocturna me golpea el rostro. Los O'Brien pagarán por esto, cada uno de ellos, y Aidan será el primero. Tomaré mi venganza, lenta y dolorosa. Cuando haya terminado, el nombre de O'Brien sería solo un recuerdo lejano en nuestra vida.

Jamie O'Brien siempre ha sido una serpiente en la hierba. Tengo que recordarme que es parte de aquella noche en la que todo me fue arrebatado, mas nunca pensé que mi propio primo se volvería contra mí por el dolor de perder a la mujer que cree amar. Deirdre está a salvo y no descansaré hasta que cada uno de los miembros de su familia pague por lo que han hecho. Cometieron un error al atacarme junto a ella, subestimaron mi poder y mi capacidad para recuperarme.

—Deirdre, *Cailleach* —musito con miedo de despertarla—. Algo se rompe dentro de mí al verte tan vulnerable. Tu familia ha cruzado una línea y jamás permitiré que te vuelvan a hacer daño. —Se mueve como si subconsciente entiende lo que digo—. Te prometo que te protegeré a cualquier precio y cuando termine, volveremos a empezar más fuertes que nunca —afirmo.

Todo este tiempo he creído que es una obsesión lo que sentía, sin embargo, después de ayer, me convencí de que fui idiota al hacerlo. Me enamoré de Deirdre. Me estaba engañando, porque ella es mi otra mitad. Caigo en el sillón y cierro los ojos por unos segundos, reviviendo la escena como si fuera hoy.

Deirdre, mi bruja, con sus ojos verdes como el mar de su tierra, estaba acorralada. El metal frío del arma pesaba contra mi mano mientras observaba la escena desplegarse ante mis ojos. La pista del aeropuerto, un lugar que debía simbolizar nuestro nuevo comienzo, se había convertido en mi peor pesadilla. Los gritos agudos de Deirdre resonaban en mis oídos, cortando el estridente ruido de fondo mientras la sacaban del todoterreno donde la dejé.

Su cabello rojo, una llamarada en medio de la oscuridad que nos rodeaba, ondeando al viento mientras luchaba contra su captor. Sus ojos, normalmente tan llenos de vida y amor, estaban ahora desorbitados de terror. El hombre que la sujetaba era un O'Brien. Lo reconocí al instante por la cicatriz que cruzaba su mejilla. No podía recordar su nombre. Sabía que era la mano derecha de Jamie. Ellos estaban pretendiendo llevársela, como si iba a permitirlo. Intenté correr hacia ellos para rescatarla. Un hombre se atravesó en mi camino y lo vi apuntarle. Mi corazón se paralizó por un minuto.

—¡Deirdre! —grité desesperado.

Por el rabillo del ojo vi a Connor acercándose a donde estaba. Otro hombre se detuvo frente a ellos y apuntó, estaba muriendo lentamente por el miedo a perderla. El silbido del disparo fue certero. Vi cómo Deirdre se desplomaba al suelo, una mancha roja expandiéndose en su suéter. El mundo se detuvo por un instante. Mi mano derecha disparó a ambos hombres asesinándolos. El sonido de mi corazón latiendo en mis oídos era ensordecedor, mientras corría hacia ella, ignorando las balas que volaban a mi alrededor. La tomé en mis brazos, su cuerpo cálido y frágil, lleno de miedo.

—No me dejes, Deirdre —susurré, mis labios rozando su oreja.

La revisé lleno de miedo, mientras que la vida se estaba desvaneciendo de sus ojos. No podía perderla.

—Declan, vamos, tienes que llevarla a atenderla… —me gritó Connor.

Me levanté con ella en brazos, todo era un caos a nuestro alrededor, habíamos neutralizado a los hombres. En ese momento, juré venganza. Los O'Brien pagarían por lo que habían hecho.

Abro los ojos mientras estoy atormentado por los recuerdos. Escucho que su respiración es suave y acompasada. El ascenso y descenso de su pecho me hipnotiza, es una danza de vida que me llena de una extraña calma y, al mismo tiempo, me llena un miedo atroz. Sus pestañas largas y oscuras descansan sobre sus mejillas pálidas, dibujando sombras que parecen profundizar las ojeras, estuvo tan cerca de la muerte. Mientras la observo dormir, siento una punzada de dolor en el pecho, es como si cada latido me recordara lo frágil que es todo esto. La idea de perderla y de verla partir, me consume por dentro.

La oscuridad me envuelve y con ella llegan los pensamientos más oscuros. Veo su rostro, mas no el de la mujer que amo, sino el de una traidora que puede abandonarme. Siento una ira que me quema por dentro, una rabia que me ciega. Quiero destruirlos a todos, uno por uno. Quiero hacerles sufrir tanto como yo estoy sufriendo ahora.

Respiro hondo mientras dentro hay una mezcla de amor y odio que me desgarra. La amo más que mi propia vida. Sin embargo, también la odio por ponerme en esta situación. Por hacerme dudar de nosotros, nunca pensé que podría necesitar de alguien y aquí estoy, rogándole en silencio que no me deje, porque mi vida cambiará para siempre sin ella.

*****

Los rayos de sol de la mañana se cuelan por las cortinas, dibujando sombras danzantes en la habitación. Deirdre se mueve inquieta en la cama, sus ojos aún somnolientos. Me mira con una mezcla de confusión y preocupación, sus labios esbozando una mueca de dolor.

—Declan, ¿qué pasó? —pregunta en un susurro.

Me frustra que vuelva a esa confusión. Ha estado entrando y saliendo de la sedación varias veces. La bala rozó su hombro, por suerte. Mi médico la ha mantenido sedada. Lleva dos días negándose a recordar. Cada vez que despierta, tengo que contarle la historia de otra manera. No quiero que sufra más, así que omito los detalles más duros. No le digo que sospechamos de Aidan y que aún no lo hemos encontrado.

—Fue un accidente, *Cailleach*. Un malentendido.

Frunzo el ceño, la imagen de ella herida me atormenta. Nunca debí haberla traído de vuelta. Mi amor y mi obsesión, la han convertido en un blanco y soy el único culpable.

—Un accidente que casi me cuesta la vida. ¿Quién lo hizo?

No puedo evitar que la ira se deslice en mi voz.

—Los O'Brien…

—Mi abuela... —murmura con voz apenas audible. —Quiero verla.

Mi cuerpo se tensa ante la idea de llevarla con Fiona, su abuela, aunque sé que ella es una víctima más en esta maldita guerra. Sin embargo, llevar a Deirdre allí era como arrojarla a una jaula de leones.

—No, *Cailleach* —contesto seguro—. No puedes ir allí, es demasiado peligroso.

—Pero es mi familia, necesito ver a mi abuela.

—Tu familia te intentó matar, Deirdre. ¿Cómo puedes desear verlos?

—No es ellos los que quiero ver, Declan, quiero verla a ella, solo mi abuela puede ayudarme a entender todo mi pasado. Tienes que dejarme ir a verla, seguro tiene miedo, porque me hicieron daño.

Cierro mi puño con fuerza, pues no puedo entender cómo no es capaz de ver la verdad. Maddie lo había entendido cuando le expliqué todo. No obstante, mi esposa se empeña en ponerse en peligro. Paso mis manos por mi cabello, sintiéndome frustrado por la situación, consumido de la impotencia de que no la pude proteger.

—No te van a ayudar, solo te van a usar —reviro.

—No lo creo —discrepa entre dientes.

—Deirdre, por favor, escúchame, no puedo dejarte ir y perderte. —Me sorprendo al escuchar la desesperación en mi voz—. Llevas días despertando y haciendo la misma pregunta. Pensé que te había perdido, parece que te negaras a entender que tu familia lo hizo.

Suelta un suspiro.

—No me perderás, pero necesito saber la verdad y tengo que dejarles en claro que te escogeré a ti siempre, que eres mi esposo.

La desesperación me consume. Veo a mi mujer tan frágil y tan vulnerable para este maldito mundo. Sin embargo, es tan terca, porque sé que si la llevo a ver a Fiona, la estaré poniendo en peligro y si la retengo, la estaré perdiendo. Me olvidaré de mi venganza en cuanto a ella, mas nunca les perdonaré a los O’Brien hacerle daño a su propia sangre.

—Si vas, te prometo que me vengaré de todos ellos, los haré pagar desde la muerte de mis padres o cualquier cosa que te hagan, no voy a permitir que te dañen, quemaré el mundo, asesinaré a cada hombre o mujer que intente hacerte daño, los cortaré hasta que sus vísceras adornen el suelo. —Tomo sus manos entre las mías—. Pensé que solo iba a usarte en una venganza, que estaba obsesionado contigo, pero hace dos días me di cuenta de que te amo, Deirdre, mi corazón te pertenece. Soy tuyo para siempre.

—Declan… —Sus ojos se llenan de lágrimas—. No quiero venganza, Declan. Lo único que necesito es respuestas.

—Las respuestas te llevarán a la muerte, Deirdre —afirmo.

—Entonces moriré sabiendo la verdad.

Las palabras de Deirdre son una campana fúnebre en mi cabeza. La estoy perdiendo. Su determinación de enfrentar a su familia me llena de miedo. La envuelvo en mis brazos intentando de que no escape, pero se siente como un abrazo desesperado. Siento su cuerpo temblar contra el mío y mi corazón se rompe. Su inocencia se ha convertido en una fuerza imparable.

—No vas a morir, Deirdre —susurro con voz ronca y llena de odio—. No mientras yo esté vivo.

Clavo mis dedos en su espalda, marcando la piel suave con la fuerza de mi ira. En este momento, la oscuridad me envuelve por completo. Veo las caras de mis padres, sus ojos llenos

de terror mientras los hombres de los O'Brien entraban a nuestra casa y Liam abatía a tiros a mi padre, puedo escuchar el llanto desolado de mi madre mientras es violada. Todo se vuelve rojo, creo sentir la fría sangre de Deirdre manchando mis manos, la desesperación en su mirada cuando la hirieron.

Sé con una certeza absoluta, que no puedo permitir que ella sufra el mismo destino.

—Los O'Brien pagarán por lo que han hecho —aseguro—. Cada uno de ellos y tú estarás ahí para verlos sufrir.

La miro fijamente a los ojos, tratando de encontrar el reflejo de mi odio en los suyos. Solo veo miedo, una pizca de temor que me provoca una extraña satisfacción.

—No te preocupes, *Cailleach*, me encargaré de todo. Tú solo confía en mí.

En este preciso instante, sé que no hay vuelta atrás. La sed de venganza ha consumido mi alma. Los O'Brien me han obligado a despertar a un monstruo, y ahora pagarán las consecuencias.

Capítulo 24

Deirdre

La luz del atardecer baña el salón, creando un resplandor de color dorado alrededor de las partículas de polvo que danzan en el aire. Estoy sentada en el sofá de cuero gastado, mirando por la ventana intentando calmar todo lo que me asfixia en este momento. La ciudad se extiende ante mí y un laberinto de luces comienza a encenderse, anunciando la llegada de la noche. La semana ha pasado en una especie de nebulosa, mientras que los días se funden unos con otros, arrastrándome por una corriente de emociones contradictorias. Declan me ha mantenido encerrada, alejada del mundo exterior y de todo aquello que pudiera recordarme el horror que hemos vivido. Al principio, me he sentido segura a su lado, protegida por su amor. Sin embargo, ahora la claustrofobia comienza a apoderarse de mí. Necesito respuestas y aquí no las voy a encontrar.

La sala del ático se convirtió en un refugio, un lugar donde puedo perderme en mis pensamientos. Las paredes están cubiertas de estantes llenos de libros, algunos tan antiguos que las hojas se deshacen al tocarlas. En una esquina, un viejo gramófono reproduce a veces melodías melancólicas, canciones de amor y desamor que resuenan en mi interior. El despacho de Declan es un reflejo de su alma: oscura, misteriosa, llena de objetos antiguos y libros polvorientos. En una esquina, está en una vitrina repleta de armas, una colección macabra que me hiela la sangre cada vez que entro. A pesar de su apariencia ruda y violenta, mi esposo posee una sensibilidad que me sorprende cada noche. A menudo, me encuentro perdida en sus ojos buscando pistas sobre los demonios que lo atormentan y que normalmente salen a flote a mitad de la noche.

Desde el atentado mi marido se ha vuelto más protector y posesivo. Me mantiene cerca, como si temiera que va a perderme. Aunque aprecio sus cuidados, a veces siento que me está ahogando en su obsesión por la venganza. La idea de que él pudiera hacer algo que lamentar me aterra. Mis pensamientos se interrumpen por el sonido de la puerta abriéndose. Maddie entra en el salón. Mi alma se alegra al ver su sonrisa radiante como un rayo de sol. Detrás de ella viene Connor, que me dirige una mirada compasiva antes de irse al despacho de Declan. Mi mejor amiga se deja caer a mi lado en el sofá, tomándome de las manos.

—Te extrañé tanto, Deirdre —expresa con sus ojos llenos de preocupación.

—yo también te extrañé, Maddie.

—¿Cómo estás? —Su voz suave, pero llena de preocupación.

—Bien, supongo —respondí con una sonrisa forzada.

Maddie me observa, su mirada penetrante. Compartimos la misma preocupación, mi matrimonio pende de un hilo. A pesar de que Declan me asegura su amor, temo que su sed de venganza lo consuma.

—Deirdre, sé que estás pasando por un momento muy difícil, pero tienes que prometerme que no te dejarás arrastrar por la oscuridad de tu marido.

Suelto un suspiro. Estoy en la oscuridad, encerrada entre estas cuatro paredes, mirando libros que no deseo leer. Perdiendo la mirada en la ciudad que amo y al mismo tiempo odio.

Pensando en lo compleja que se volvió mi vida después de conocer a mi esposo.

—Lo sé, Maddie, todo esto es difícil. Declan está obsesionado con la venganza, y yo… siento que me estoy convirtiendo en una parte de eso. Mi primo mandó a matarme, a pesar de que mi sangre corre por sus venas, ¿qué clase de familia somos? Ni siquiera me conoce, y envió a decenas de hombres a hacerme daño.

Maddie acaricia mi rostro con una sonrisa melancólica. Estoy obsesionada con encontrar respuestas. Ruego que Aidan aparezca y me cuente sobre mis abuelos, si están bien, si me perdonó mi abuela. En mi mente se cruza la idea de preguntarle sobre la muerte de los padres de Declan y sobre los O'Brien, la familia que no conozco y que quiere verme muerta.

—Sé que estás confundida, pero tienes que recordar quién eres. —Me observa intentando leerme—. No eres un pecado, tampoco la culpable de guerras pasada, eres una persona noble y que no se merece nada de lo que pasa.

—Lo sé, pero... ¿y si mi abuelo tiene razón? ¿Y si soy tan mala como ellos?

Niega con la cabeza oponiéndose a mi pensamiento.

—No digas tonterías, tú eres una buena persona, Deirdre y mereces ser feliz.

—Tengo tanta rabia y miedo…

—No sé qué decirte, Deirdre, todo esto es una locura. —Suspira—. Viví toda una vida dentro de algo parecido, pero volver es como una bofetada, ni tú y tampoco yo merecemos esto.

—Lo sé. —Suspiro—. No entiendo por qué tiene que ser tan difícil.

—Declan te ama, eso es evidente. —Se queda callada unos segundos y cuando vuelve a hablarme, sus palabras me impactan—: La ira lo está consumiendo y tú estás atrapada en medio de todo esto.

—Sé que me ama, Maddie —afirmo—, y también sé que está obsesionado con la venganza, me preocupa que se lastime a sí mismo o a alguien más, alguien que realmente sea importante para mí.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Maddie me aprieta la mano para darme fuerzas—. También sé que te sientes culpable por todo esto, pero no es tu culpa.

Resoplo mientras niego con mi cabeza. Mis lágrimas están quemando en la comisura de mis ojos.

—No, no lo es, es que siento que estoy siendo arrastrada a un mundo oscuro y violento.

—Tu abuela Fiona intentó alejarte de todo esto desde que naciste, ¿recuerdas?

Asiento. Sé que lo hizo y fui tonta al venir voluntariamente. Desde hace días me ronda la idea, que tal vez no me protegió de los Kavanagh, sino de nuestra familia.

—Lo sé, pero...

—Ahora te sientes atraída por ese mundo, ¿verdad? Por el peligro, por la intensidad.

Me quedo en silencio pensando en sus palabras. Tiene razón, había algo en este mundo oscuro que me fascina, a pesar de aterrorizarme, y la razón es mi marido.

—No quiero que le pase nada a mis abuelos, a ti o a mí. Maddie. —Suspiro—. No quiero perder a Declan, pero algo me dice que en todo esto terminará provocando que él haga algo y me iré de su lado.

—Nadie quiere perder a alguien que ama, Deirdre. A veces tenemos que tomar decisiones difíciles para proteger a las personas que queremos.

Sé que tiene razón, pero ¿qué hago? No sé si acompañar a Declan en su venganza o trato de detenerlo. Recuerdo nuestra conversación de esta mañana. Donde le expuse que deseo ver a mi abuela, pero él se negó. Sin embargo, después de insistir, aceptó imponiendo una condición,

iríamos juntos. No me dejará sola. Observo la ciudad desde la ventana. Sé que lo que viene será difícil, solo que estoy decidida a seguir adelante.

*****

Los demonios y los monstruos acechan cuando la oscuridad invade el lugar, de niña siempre tuve miedo a los que se escondía debajo de la cama, pero ahora temo a los que se encierran dentro del hombre que amo. Estoy acurrucada junto a Declan, percibiendo el calor de su cuerpo junto al mío, escuchando el ritmo tranquilo de los latidos de su corazón. La velada con Connor y Maddie fue placentera, aunque opacada por una sombra de discordia que se cierne sobre nosotros.

—Declan... —susurro rompiendo el silencio.

Se vuelve hacia a mí, sus ojos brillando en la oscuridad.

—Mmm...

—Te necesito, Declan.

Me acerco a él y me envuelvo en sus brazos. Nunca antes me había sentido tan segura. Es como si solo necesitáramos un poco de este cariño para que todo se arregle. No entiendo cómo fue posible que haya surgido un amor tan fuerte y tan frágil al mismo tiempo. Quiero entenderlo, mas siento que nuestra relación es como una bomba a punto de explotar y todo lo que toquemos podría resultar destruido.

—Siempre estaré aquí para ti —afirma calentándome el corazón.

—Prométeme que no harás nada contra los O'Brien hasta que hable con Fiona —le ruego de nuevo.

Siento como su cuerpo se tensa junto al mío. La rabia emana en forma de calor a través de su piel.

—Deirdre, no puedo prometerte eso.

—Por favor, necesito entender qué pasó. Necesito saber por qué mi padre fue asesinado. Tú mejor que nadie sabes que se siente perder a tus padres, al menos pudiste convivir con ellos. —Se me rompe la voz—. Crecí sabiendo que mi madre cometió un error. Soy ese error, pero necesito… —sollozo—. Necesito que me digan porque me sacaron de este mundo, porque intentaron matarme…

—Lo sé, nena, lo sé, pero no puedo permitir que te hagan daño de nuevo. No, después de lo que te han hecho, creí que iba a morirme. —Declan se incorpora sobre un codo. Su mirada está fija en mí, se aclara la garganta—. Deirdre, Aidan está involucrado en todo esto. Estoy seguro.

—Aidan no tuvo nada que ver con eso —protesto—. Él te considera un hermano.

Se ríe con amargura en repuesta y mi corazón se acelera. Nunca he imaginado a Aidan capaz de semejante atrocidad. Al hacerme daño también me lo hace a mí.

—Aidan está enamorado de ti, Deirdre y haría cualquier cosa para tenerte —sentencia con rabia.

Mi corazón se acelera, ya que no había considerado la posibilidad de que los primos se enemistaran por mi culpa. Aidan siempre supo que solo veía como un amigo, por más que lo intenté nunca pude verlo de otra manera. Estoy segura de que son los celos de Declan los que hablaban y lo hacen sospechar cosas que no son.

—No lo creo —asevero—. Aidan siempre ha sido mi mejor amigo. El chico que conozco amable y dulce, siempre me curó las rodillas rotas.

—La amabilidad es una máscara, Deirdre. Aidan es muy bueno usándola.

Se me rompe el corazón. Todo se ha ido a la mierda después del tiroteo. Cuando me fui, le

juré que no podía tener nada con un mafioso, sin embargo, aquí estoy casada con uno y además, es su primo. Mi mente vuela un momento a los recuerdos, las tardes compartidas, los momentos de risas y las confesiones de mi dolor. Aidan es mi mejor amigo. Si es cierto lo que asegura mi esposo, me rompería de corazón.

Declan me pega más a su cuerpo y me envuelve en un abrazo que me calma. En estos días, se convirtió en el guardián de mi vida. No voy a negar que me asusta todo lo que sucede a nuestro alrededor. No obstante, creo que todo será más fácil si estoy a su lado, podré luchar contra cualquier cosa.

—¿Por qué querría hacerme daño?

Guarda silencio por un momento, estoy segura que le duele la traición de Aidan, después del asesinato de sus padres a manos de su tío. Supongo que revivirlo en carne propia es reabrir la herida. Ahora entiendo su sed de venganza, sus deseos de destruir todo lo que está a su paso.

—No lo sé con certeza, pero sospecho que está relacionado con el negocio familiar y cuando vio que estabas conmigo, se volvió loco de celos. —Deja un beso en mi coronilla—. Creo que es capaz de cualquier cosa para tenerte. Los O'Brien son una familia poderosa y, a veces, el poder corrompe.

—No puedo creer que Aidan sea capaz de algo así.

—Tampoco quería creerlo, pero las pruebas son abrumadoras.

—¿Qué pruebas tienes?

—No puedo contarte todo ahora, Deirdre. —Me aleja un poco para que pueda verlo, parece que el peso de los años estaba por caerle encima—. Te prometo que cuando llegue el momento, sabrás la verdad.

Asiento aceptando, mas no puedo quedarme con los brazos cruzados. Algo me dice que mi abuela es la clave para acabar con nuestros problemas.

—Declan, por favor, escúchame —ruego—, necesito tiempo para procesar todo esto y necesito hablar con Fiona lo antes posible.

—Y lo harás, pero no sola. Estaré contigo en todo momento.

No deseo que se arriesgara por mí y pusiera su vida en peligro. Puede que confío plenamente en Fiona, tal vez me esté traicionando.

—No quiero que te arriesgues por mí, Declan.

—Te protegeré, cueste lo que cueste. Quemaría el mundo si fuera necesario para mantenerte a salvo.

Sus palabras me conmueven, solo que también me asustan. No quiero que se inicie una guerra por mí, porque no pretendo seguir avivando su sed de venganza y empujándolo hacia la oscuridad. Creo que hay luz dentro de su alma, luchando con los demonios que lo consumen por el mundo en el que creció.

—No deseo que sigas en esta maldita guerra. Si te pasara algo, me sentiría culpable y no me lo perdonaría.

—No te preocupes, *Cailleach*, siempre seré tu protector.

Me acurruco más cerca de él, buscando su calor y su protección. Estoy atrapada en una situación peligrosa, pero no estoy sola. Tengo a Declan, y eso es todo lo que necesito. Espero que se dé la reunión con Fiona, mientras me siento encarcelada en el piso sin poder salir. Por un momento pienso en Aidan y le ruego a Dios que sea mentira que es parte de esto.

Capítulo 25

Declan

La madera húmeda del bar cruje bajo mis botas mientras avanzo hacia la barra. El olor a cerveza rancia y tabaco me envuelve, una fragancia familiar que me transporta a cientos de noches como esta, tramando planes y destilando venganza en este lugar. Connor y Brendan ya me esperan en nuestra mesa habitual, sus rostros endurecidos por la preocupación.

—¿Todo listo? —pregunto, mi voz cortando la conversación de los hombres a los que le confiaría mi vida.

Connor asiente con su mirada fija en la mía.

—Fiona ha confirmado que estará en la fábrica abandonada a las diez. Dice que tiene información importante.

Un escalofrío recorre mi espalda, porque la fábrica abandonada es un lugar oscuro y lleno de secretos. El escenario perfecto para nuestras torturas y asesinatos, nuestro encuentro va a estar impregnado por el olor a sangre rancia. Fiona —la abuela de Deirdre—, es la única que podía unir los puntos entre la muerte de Edward O'Brien y el asesinato de mis padres. Ella había perdido a su hijo y sacado a su nieta del *Irish Mob.* Tenía toda la conexión con el pasado, llevaba días pensándolo. Además de que tengo el presentimiento que mi esposa naciera el día que perdí todo, se trata del maldito destino tejiendo sus hilos, para unirnos o destruirnos.

—Brendan, ¿has reforzado la seguridad en el lugar? —pregunto.

Brendan asiente con determinación.

—Tenemos a dos hombres vigilando cada entrada. Nadie nos sorprenderá —contesta.

—Excelente —musito.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. Tengo desconfianza de que alguien pueda escucharnos. Ahora con la maldita traición de Aidan, debo cuidarme más las espaldas.

—Recuerden, debemos ser cautelosos. Los O'Brien son como ratas acorraladas, pueden atacar en cualquier momento.

Connor frunce el ceño.

—Y ¿Deirdre? ¿Qué haremos con ella?

La mención de Deirdre provoca un nudo en mi garganta. La amo con una intensidad que me aterra y al mismo tiempo me consume… La idea de perderla me atormenta. Sin embargo, la necesidad de venganza es más fuerte. Mi esposa es la respuesta a todo y el comodín para poder consumas todo lo que llevo planeando por años. Tenerla de mi lado es una ventaja que pienso usar.

—Deirdre es una pieza clave en este juego —respondo con mi voz ronca—. Necesitamos mantenerla cerca, pero también protegida.

Brendan se muestra un poco escéptico, porque su padre también había sido asesinado por Jamie O’Brien. Siendo un joven de dieciséis años, tuvo que hacerse cargo de sus hermanas. A pesar de no conocer a mi esposa, su vena sobreprotectora sale a flote. Si llego a faltar, Deirdre será protegida por cada uno de mis hombres. Tengo la certeza de que no la dejarán.

—Declan, ¿estás seguro de que esto es lo correcto? ¿Y si Jamie O'Brien la descubre? Podría hacerle daño.

La imagen de mi madre, violada y sin vida, vuelve a atormentarme, sus gritos mientras Liam la ultrajaba obligándome a verlo. Todo esto es como una maldita pesadilla que ha vuelto para atormentarme, ya que es el rostro de mi esposa que se materializaba en cada sueño. No puedo permitir que lo mismo le suceda a Deirdre.

—Haré todo lo posible para protegerla —prometo, aunque sé que las promesas son frágiles en este mundo.

—¿Y si ella se niega a cooperar? —pregunta Connor.

Una sonrisa amarga se dibuja en mis labios. No estoy seguro de cómo puedo convencer a mi mujer para hacerla entrar en razón. Ha pasado una semana desde el ataque y ella está encerrada en un mundo lleno de pensamientos de negación, por su familia y por Aidan. No me atrevo a tocarla, aunque deseo follarla y por enterrarme dentro de ella otra vez. Sé que podría hacerla aceptar cualquier cosa que le ordene antes del orgasmo.

—Entonces la obligaré cooperar —afirmo.

La noche se cierne sobre nosotros y, con ella, la sombra de la duda. No sé si Fiona estará dispuesta a traicionarlos, si podré descubrir finalmente la verdad sobre la muerte de mis padres y lo más importante, si lograré proteger a Deirdre de los peligros que se avecinan. Al salir del *pub*, el aire frío me golpea el rostro, haciéndome regresar del mar de interrogantes donde estoy naufragando. Enciendo un pitillo y le doy una primera calada, lanzando mi cabeza hacia atrás. Las estrellas brillan débilmente en el cielo nocturno, mas no logran disipar la oscuridad que me rodea. Camino por las calles desiertas de Dublín, con mi mente llena de mis pensamientos obsesionados con la venganza. Estoy traicionando a Deirdre por reunirme con su abuela sin ella. Sin embargo, me da terror llevarla y que le suceda algo en ese encuentro. Si me hieren, no es importante, solo es una cicatriz más que se suma, pero después de creer que la perdía, no puedo, realmente, no puedo arrastrarla hasta ese maldito lugar.

La fábrica abandonada es un laberinto de pasillos oscuros y polvorientos. El eco de nuestros pasos resuena en el silencio, amplificando cada sonido. Fiona nos espera en una oficina en ruinas, es una mujer frágil con una mirada aguda. Mirarla es como ver cómo envejecerá mi mujer en unos años.

—¿Dónde está mi nieta? —inquiere sintiéndose acorralada.

—No voy a exponer a mi mujer a que sea secuestrada por tu sobrino, supongo que tú tampoco.

Asiente con su cabeza.

—¿Por qué la escogiste a ella? —pregunta.

—Fue el destino, tu nieta nació la misma noche que me quitaron a mi padre. Supongo que nació para mí.

—Sé lo que quieres —comenta en un susurro—, porque sé qué fue lo que pasó con tus padres, pero tienes que entender que mi nieta es inocente en todo. Así como tu tío, Jamie está hambriento de poder.

Las emociones se arremolinan en mi cabeza porque estoy a punto de conocer la verdad. Desde hace dos noches tengo el deseo de apartar a Deirdre de todo, vengarme de su primo y, si todo resulta como he estado pensando, podré tener un poco de paz en esta maldita guerra que parece que no tiene fin. Le ofrezco una silla, sin embargo, ella prefiere permanecer de pie.

—Sé que Edward fue asesinado por orden de Liam Kavanagh junto a Jamie —revela, su voz

es temblorosa—, pero ninguno de ellos apretó el gatillo, fue otro hombre, un sicario que trabajaba para nosotros, fue quien lo mató…

Mi corazón late con fuerza, ya que finalmente, tengo una pista concreta. No obstante, aún quedan muchas preguntas sin respuesta.—¿Jamie ayudó a Liam a traicionar a mi padre? —pregunto.

Fiona suspira.

—Temo que ya lo sabrás con certeza. Liam era un hombre muy descuidado. No se aseguró de borrar todas las huellas. Jamie siempre quiso el puesto de mi hijo y apuntará siempre por obtener más poder del que puede manejar.

Aquello responde a todas las inquietudes que me han perseguido durante diecinueve años.

—Hay algo más que debes saber —continua Fiona—. Jamie O'Brien no actuó solo. Tenía cómplices; otros clanes estaban involucrados.

Mis ojos se entrecierran.

—¿Quiénes eran? —exijo entre dientes.

—Lo siento, pero no puedo decirte más. Si lo hago, pondré a Deirdre en peligro.

La ira me consume. No sé cómo pretende que le crea después de mantenerme en la oscuridad durante tanto tiempo.

—Muy bien —digo levantándome de la silla—. Te daré otra oportunidad. Si quieres que te proteja, tendrás que contarme todo lo que sabes.

Fiona me mira con temor.

—Lo haré, pero necesito tiempo.

Acepto, solo lo haré con una condición, ya no tengo tiempo para perder.

—Tienes hasta mañana por la noche —sentencio.

—Necesito más tiempo, saber que Jamie no va a poner en peligro a Deirdre, no voy a sacrificar dieciocho años, porque te cruzaste en la vida de mi nieta.

—Deirdre, es mi problema ahora, tienes que metértelo en la cabeza.

Dejo a Fiona junto a Brendan, salgo de ahí con la ira haciendo mella dentro de mi ser y con la certeza que tengo que proteger a Deirdre de todos los que nos rodean.

*****

Deirdre yace dormida en la cama, su cuerpo desnudo esculpido por las sombras. Su cabello pelirrojo como el fuego, cae en cascada sobre la almohada, ocultando parcialmente su rostro angelical. Me acerco a ella con pasos suaves, mientras el corazón late con fuerza en mi pecho. Observo cada detalle de su rostro, sus pestañas largas y oscuras, sus pómulos altos, y esas pecas que para mí son como constelaciones esparcidas por la piel. Sonrío al recordar la primera vez que las vi, bajo la luz tenue de mi club. Me había parecido que el universo entero estaba encerrado en sus ojos verdes. Tomo asiento en el borde de la cama y acaricio suavemente su mejilla. Su piel es suave como el terciopelo. Su respiración lenta y regular me indica lo profundamente dormida que se encuentra. Hace dos semanas, creía que estaba destinado a sacarla de mi ser después de follar, mas no puedo, esa obsesión se ha convertido en amor. Me fijo en sus labios, ligeramente entreabiertos, que me invitan a besarlos.

—Deirdre —susurro con voz ronca por la emoción.

Sus ojos se abren lentamente, revelando un mar de verde esmeralda. Me mira con una expresión de sorpresa y confusión.

—Declan…

—*Shhh*… —La calmo presionando un dedo sobre sus labios—. No digas nada.

Inclino mi cabeza y uno nuestros labios en un beso lento y profundo. Lleno de pasión, de deseo y de todo lo que siento por ella. Busco transmitirle todo el amor que guardo en mi interior, la ira que me consume y la desesperación que me atormenta. Responde envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello para atraerme hacia ella. Nuestros cuerpos se unen en un abrazo cálido y protector, cuando la envuelvo en los míos.

—Te amo —susurro contra sus labios.

Ella sonríe mientras sus ojos brillan de emoción.

—Yo también te amo, Declan.

Nuestras lenguas se entrelazan en un baile sensual, explorando cada rincón de nuestras bocas. El beso se intensifica, volviéndose más apasionado y demandante. Me aparto de ella lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Nunca te haré daño, Deirdre. Te lo prometo.

Este es el momento que pensé que nunca llegaría. Mi alma oscura ha encontrado la luz para sobrevivir a mis demonios. No me importa nada más que estar con ella. Jamie O'Brien pagará por todo, me aseguraré de eso. Averiguaré quienes son los otros clanes que ayudaron a traicionarnos. Solo falta encontrar a Aidan para obligarlo a darme su ubicación. Me vengaré y podré estar al lado de la mujer que amo para disfrutar la paz que me da. Cuando ella asiente y puedo ver sus fanales verdes llenos de confianza, mi corazón se acelera.

—Lo sé, Declan, confío en ti, esto entre nosotros es tan rápido e intenso, pero creo que desde la primera vez que nos vimos, explotó nuestro mundo y solo sobrevivimos para amarnos.

Satisfecho por su respuesta, vuelvo a inclinarme sobre ella para besarla por todo el cuello, dejando un rastro de besos húmedos y apasionados. Mis manos exploran su cuerpo, descubriendo cada curva y deleitándome con la suavidad de su piel. Deirdre gime suavemente cuando mis labios llegan a su oreja.

—Declan...

—No, déjame por favor adorarte.

No la dejo hablar nuevamente, esta vez con un beso en el lóbulo de la oreja. Me deslizo por su cuerpo, mis manos acariciando cada centímetro, constatando de que todo esto es real. Mis dedos se escurren por su costado, trazando líneas imaginarias sobre su piel. Deirdre arquea la espalda y deja escapar un quejido de placer. Sus ojos se cierran con fuerza mientras que sus labios se entreabren en un suspiro. Estoy a punto de cruzar una línea de su reposo, pero no puedo detenerme. El deseo que siento por ella es demasiado fuerte e intenso. Me acerco a su oído y susurro:

—Eres mía, Deirdre, solo mía.

Abre sus ojos brillantes de deseo y sonriendo.

—Siempre lo seré, Declan.

Y el mundo se desvanece, como siempre me sucede con mi mujer, normalmente a su lado solo existimos nosotros dos, envueltos en una burbuja de pasión y deseo.

Deirdre es mi principio y mi fin, mi alfa y mi omega.

Capítulo 26

Deirdre

Sus manos grandes y cálidas recorren mi cuerpo con una familiaridad que me hace estremecer. Sus dedos fuertes y seguros trazan líneas imaginarias sobre mi piel, uniendo cada peca que encuentra, despertando una oleada de sensaciones que me dejan sin aliento. Declan, con su belleza salvaje, sus ojos azules que parecen dos océanos profundos, y su nariz aguileña que le confiere un aire de misterio, me cautiva por completo desde el primer momento que lo vi. No lo supe ver al principio, ahora entiendo que esto siempre va a ser así. Se inclina sobre mí, su aliento cálido rozando mi cuello

—Eres tan hermosa —susurra con voz ronca por el deseo.

Cierro los ojos y me dejo llevar por sus palabras. Sus labios se posan en mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que me sacuden de placer. Cada vez que me toca, me siento como una flor que se abre bajo el sol, delicada y vulnerable y al mismo tiempo fuerte, capaz de resistir cualquier tormenta. Sus manos se deslizan por mi espalda. Me estremezco al sentir la brisa fresca que entra contra mi piel en conjunto con sus caricias.

Con un movimiento rápido, Declan se quita la camisa, revelando un torso musculoso y trabajado. Mis dedos acarician sus abdominales, apreciando la tensión de cada músculo. Se une a mí en la cama, su cuerpo cálido presionándose contra el mío. Nos besamos con una intensidad que me deja sin aliento. Sus labios son suaves y exigentes al mismo tiempo y me siento completamente perdida en él. Sus manos exploran mi cuerpo con una confianza que me hace sentir segura y protegida.

De repente, el sonido de la lluvia comienza a caer con fuerza contra la ventana. Los truenos retumban en la distancia, creando una atmósfera eléctrica que intensifica incluso más nuestro deseo. Me aferro a la pernera de su pantalón para bajarlo, sintiendo cómo su cuerpo se tensa por pasión. Saco su polla para tomarla entre mis manos y acariciarla.

—Te necesito… —confieso.

—No sé cómo follarte con cuidado —dice con voz ronca—. Me da miedo lastimarte.

—No me importa, fóllame, Declan, voy a tomar todo lo que tienes que darme.

Mis dedos recorren la línea de su mandíbula, trazando el contorno de su nariz aguileña, tan imperfecta y masculina. Sus ojos azules, profundos y oscuros en tormenta, se clavan en los míos mientras me acerco a él. El calor de su cuerpo me envuelve y el latido acelerado de su corazón se sincroniza con el mío.

Sus labios capturan los míos en un beso ardiente, lleno de promesas y deseo. Nuestras lenguas se enredan en un baile sensual, al mismo tiempo que nuestras manos exploran cada centímetro del cuerpo del otro… Sus músculos se tensan bajo mis caricias, y siento cómo mi cuerpo responde a cada toque, al igual que el suyo reacciona ante el mío. Baja por mi cuello dejando un rastro de fuego a su paso, con un gemido de placer, arqueo la espalda mientras sus dientes rozan suavemente mi piel. Sus manos encuentran mi seno, apretándolo con ternura, y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Cuando sus labios llegan a mi centro, el mundo se detiene. Su lengua traza círculos húmedos alrededor de mi clítoris, despertando en mí un deseo que arde con intensidad. Mis uñas se clavan

en su espalda, dejando marcas rojas en su piel. Con un movimiento brusco se levanta y se quita el pantalón. Me quejo insatisfecha por no sentirlo. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de deseo y promesa. Volvió a posicionar su rostro entre mis piernas. Sus fanales azules brillan con malicia. Estoy a punto de arder en las llamas por él.

El roce suave de su lengua en mi clítoris es como una pluma acariciando la piel. Cierro los ojos entregándome por completo a la experiencia, cuando uno de sus dedos me penetra provocando un grito de placer. Cada movimiento es calculado y cada lamida provoca un escalofrío que recorre mi cuerpo. El ritmo de su lengua se acelera, mientras su dedo insistente busca mi punto G.

—Dios, Declan, por favor —grito apretando las sábanas mientras me retuerzo.

Las sensaciones están a flor de piel, siento como sonríe contra mi clítoris ante mi ruego. Muevo mis caderas en busca de más, intentando alcanzar todas las sensaciones que solo con él puedo lograr. Mis jadeos se convierten en ruegos, mientras arqueo mi espalda intentando contenerme, una de su mano me empuja contra la cama, me presiona contra ella de modo que no puedo moverme.

—Dios, sí, más, por favor más…

Gimo su nombre como una letanía cuando sus dedos arremeten dentro de mi coño y su pulgar masajea circularmente mi clítoris. Me estremezco mientras el orgasmo comienza a bullir. Me corro gritando palabras inentendibles. Deprisa me hace vibrar y es único, creo como si estuviera cayendo al vacío.

—Por favor —le ruego.

Suelta una risita.

—¿Qué deseas? —me pregunta divertido.

—A ti dentro de mí…

Sonríe mientras sube, dejando una estela de besos y lleva sus labios tentadoramente a mi pezón. No me dice nada, porque todo lo demuestra cuando comienza a darme placer de nuevo. Se me olvida todo lo que nos atormenta cuando lo muerde y grito su nombre en respuesta.

Él es la única llama capaz de encenderme.

Declan es pasión, pero también es peligro, muerte y sangre.

Me penetra lentamente y los dos jadeamos cuando está dentro de mí completamente. Pega su frente a la mía envolviéndome en sus brazos.

—Joder, estás tan apretada, nena…

—Declan, por favor…

—Mía… —Sale dentro de mí robándome el aliento—. Mía, maldita sea.

Vuelve a penetrarme con fuerza, sale y entra de mi interior, llevándome a lugares que solo conozco con él. Puedo palpar su deseo, su obsesión y el placer en este momento; es como si de alguna manera los dos no pudiéramos tener suficiente el uno del otro. Me besa con violencia, gimo contra su boca incapaz de contenerme. El mundo exterior se ha desvanecido, solo existimos él y yo unidos en un momento de puro éxtasis. Mi cuerpo se arquea involuntariamente, buscando más, exigiendo más y me corro. Una ola de placer abrumador me inunda, llevándome a un lugar de sensaciones que encienden cada célula de mi piel. Grito su nombre cuando el orgasmo me atraviesa, provocando que tiemble incontrolablemente de pies a cabeza. Aumenta la velocidad de sus arremetidas hasta poseerme totalmente.

—Joder, Deirdre.

Me besa como si la vida dependiera solo de eso. Sale de mí y me atrae hacia su cuerpo. Nos

quedamos en silencio abrazados y jadeando por aire. Mis piernas rodean su cintura, mientras que mi cabeza descansa sobre su pecho. Escucho su corazón latir con fuerza contra mi oído, en tanto una sensación de paz me inunda. En este momento, sé que estoy donde debo estar, con él. En sus brazos me siento segura, protegida y amada, aunque sé que nuestro camino está lleno de venganza, estoy dispuesta a enfrentarlos a todos a su lado. Después de todo, el amor es un campo de batalla, y nosotros somos los guerreros. La lluvia sigue cayendo, creando una melodía hipnótica que nos acompaña y nos relaja. Miro a Declan a los ojos y veo reflejado mi propio deseo. Sé que nuestro amor es algo especial, algo por lo que valía la pena luchar. Estoy a salvo en sus brazos, protegida de las tormentas del mundo.

*****

El aroma a café recién hecho y pan tostado se mezcla con el silencio tenso que ha caído sobre la mesa. Mi esposo me observa con una mezcla de culpa y determinación en sus ojos. Sus manos que antes acariciaban mi cabello durante el desayuno, ahora reposan inmóviles sobre la mesa de madera. Parece que él puede tener cambios de humor con facilidad, lo que me confunde, nunca sé qué esperar. La verdad es que desde que volvimos a Dublín y fui herida, parece que estamos en una línea delgada entre el miedo y el odio. Me ama, me lo demuestra todo el tiempo, pero a veces creo que ama más la mafia.

—He visto a tu abuela —confiesa rompiendo el silencio—. Sin ti.

Mi corazón da un vuelco, me siento traicionada por el hombre que amo. La rabia sube por mi garganta quemándome, deseo matarlo por ir con ella.

—¿Cómo pudiste? —Mi voz sale más áspera de lo que hubiese deseado—. Esa era mi verdad, Declan, no tuya.

—Lo sé, Deirdre, pero… —Suspira, la frustración surca sus facciones—. Jamie O'Brien es el asesino de tu padre. Fiona te sacó de la mafia para protegerte y yo te traje de nuevo. No puedo dejar que sigas expuesta a ese peligro. Jamie quería el puesto de tu padre, así que lo mató para conseguirlo.

La ira me inunda.

—¿Cómo te atreves a tomar esas decisiones por mí? ¿A decidir qué es lo mejor para mí sin siquiera consultarme?

—Porque te amo, Deirdre. Te amo más que mi propia vida y no puedo soportar la idea de perderte. —Nuestras respiraciones se aceleran por la rabia—. No puedes imaginarte lo que pasa por mi mente. Todas las noches tengo pesadillas y en ellas tú estás muerta.

Mi mirada se endurece, sé que sus malditos traumas lo llevan a sobreprotegerme, mas no puede mantenerme encerrada en una maldita burbuja, ya que el peligro siempre buscará la manera de encontrarme.

—Entonces, ¿así es como me amas? ¿Manteniéndome en la oscuridad, decidiendo mi destino sin mi consentimiento?

—No es así, por favor, escúchame... —Intenta tomar mi mano, pero la aparto.

—¡No me toques! —grito—. Comprendo que eres un mafioso, Declan. Un hombre violento que toma lo que quiere cuando quiere. —Paso mis manos frustrada por mi cabello—. No puedes entrometerte en mi vida, te dije que pasé parte de mi vida buscando mi libertad. No me hagas anhelarla contigo, porque voy a dejarte.

Veo resplandecer la ira en sus fanales azules que se oscurecen. De un movimiento brusco, tira los platos al suelo, haciendo que la porcelana se estrelle contra el piso. El ruido resuena en el comedor, amplificando la tensión que ya reina entre nosotros. Me quedo paralizada, solo puedo

sentir el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Esta es la primera vez que experimento un arrebato de rabia por parte de él, está tan fuera de control que me aterroriza que pueda hacerme daño. Declan tiene los ojos inyectados en sangre y las manos apretadas en puños. La imagen que tengo frente a mí, me hace darme cuenta de la verdad que había estado negando. Mi esposo es un hombre peligroso. Se acerca a mí, su rostro está enrojecido y su cuerpo tiembla.

—¡Dejarme no es una opción! —sentencia iracundo—. Eres mía, malditamente mía. —Se aleja y lo escucho resoplar, me da la espalda un segundo mientras intento calmar mi respiración —. No voy a dejarte ir, te juro que los O'Brien pagarán por lo que le hicieron a tu padre y a los míos, al igual que cada clan que traicionó a mis padres —ruge Declan dándose vuelta, para acercarse a mí—. Dublín conocerá la violencia del clan Kavanagh.

Retrocedo, aterrorizada por sus palabras.

—¿Qué estás diciendo, Declan? ¿Vas a empezar una guerra?

—Lo haré si es necesario. Nadie volverá a lastimar a la mujer que amo y tú no volverás a amenazarme con irte.

En este momento, me doy cuenta de que el hombre que he jurado amar es un completo desconocido para mí. El amor que siento por él se mezcla con el miedo y la repulsión. ¿Cómo he podido enamorarme de alguien tan oscuro y violento?

Me levanto para irme, pero me detiene tomándome de la cintura. Siento su cuerpo tensarse contra el mío, su respiración entrecortada como un fuelle sobre mi piel. Sus ojos azules estaban llenos de amor hasta hace unas horas, ahora arden con un odio que me hiela la sangre. Intuyo que la discusión ha escalado a un nivel que no conozco.

Antes de que pueda reaccionar, sus labios se posan sobre los míos con fuerza desmedida. No es un beso, es un reclamo y una marca. Siento sus dientes apretando mi labio inferior como si desea dejar una señal de su dominio. Su lengua se desliza por mi boca con una brusquedad que me hace estremecer, intentando borrar cualquier rastro de mi propia identidad.

Este beso deja de ser una expresión de amor y se convierte en un acto de violencia, con él me obliga a recordarlo por siempre, haciéndome palpar la profundidad de la ira que ha despertado en su alma ante mi amenaza de dejarlo. Me alejo de él con la boca hinchada y el corazón destrozado.

Nunca pensé experimentar un beso tan lleno de odio, y espero que no vuelva a hacerlo.

—No vuelvas a acercarte, Declan —sollozo.

Lo dejo ahí intentando llegar de nuevo a mí, solo que en este instante necesito poner mis pensamientos en calma, porque creo que estoy a punto de colapsar. Toda esta maldita historia me concierne y al mismo tiempo no. La mafia y sus venganzas, no son partes de mí. Sin embargo, las verdades que caen como valdes de agua helada, lo son. Siento como si estoy despertando del letargo en el que me mantuvo Fiona durante toda mi vida.

Capítulo 27

Declan

La veo salir del comedor, su figura menuda se pierde entre las sombras del ático. La tormenta que se ha desatado afuera ahora parece haberse desatado aquí. Los sollozos que la sacuden son como cuchillos que me atraviesan el alma. *«Eres un maldito, Declan, no la mereces»*, me recrimino en mi mente hasta que la escucho esconderse en nuestra habitación. Deirdre, con sus ojos verdes siempre brillantes, ahora están enrojecidos y llenos de lágrimas. Mi corazón se contrae en mi pecho, mientras que el nudo de culpabilidad y de dolor me impide respirar. Casi la lastimé. Casi, pero sé que estoy dejando una grieta profunda en su corazón. Vi la decepción en su mirada, mas fue el miedo que encontré en ellos, lo que me está matando lentamente. La ira, esa bestia oscura que habita en mi interior, estuvo a punto de desbordarse y arrastrarme a la oscuridad. Jamie O'Brien, ese bastardo, se ha llevado todo de mí, a mis padres, mi paz y robarme mi futuro. Ahora está a punto de arrebatarme a Deirdre.

Debería odiarla y alejarla de mí, protegerla de la venganza que tengo planeada, mas no puedo y tampoco quiero, porque la amo. Su risa me llena de una alegría que no creía posible. Su tacto me calma y me reconforta. Por momentos la odio por recordarme constantemente lo que he perdido y por ser un obstáculo en mi camino hacia la justicia. No puedo hacerle daño, aunque por dentro es lo que necesito.

Mis ojos se posan en el suelo y en los fragmentos de cerámica que yacen esparcidos por todas partes. Los platos que hace unos instantes estaban llenos de comida, ahora son restos de un momento tranquilo, arruinado por mi ira. Cada pedazo roto refleja la fragilidad de mi control y la inestabilidad de mi mundo. La arrastré a él pensando que era la manera de vengarme de su familia, cuando en realidad simplemente la estoy empujando a una amenaza. El poder corrompe y ella es lo que necesitan mis enemigos para destruirme. Pasé la mayor parte de mi edad adulta creyendo que enamorarme no era para mí. Sin embargo, esa bruja de cabello rojo como el fuego, me ha cambiado para siempre.

Me siento atrapado en una espiral descendente. Por un lado, tengo el deber de vengar a mis padres y de hacer pagar a Jamie O'Brien por sus crímenes. Por otro, tengo a Deirdre, el único rayo de luz en mi vida oscura. ¿Cómo puedo reconciliar estas dos partes de mí?

El encuentro anoche con la abuela de Deirdre fue un error. Creía que podría encontrar respuestas o algún tipo de consuelo. Sin embargo, en lugar de eso, solo encontré más dolor y resentimiento. Fiona me miró con ojos llenos de tristeza, como si ya supiera en lo que me he convertido. La oscuridad me envuelve amenazando con consumirme por completo. También siento una fuerza contraria, que se convierte en un atisbo de esperanza. El amor que siento por Deirdre es un ancla que me mantiene a flote, es lo único que me impide sucumbir a la oscuridad y dejar a la bestia salir.

Salgo del comedor y me encuentro que el pasillo está sumido en una penumbra que acentúa la soledad de mis pasos. Cada eco resuena en mis oídos como un reproche, amplificando la magnitud de mi error. Me detengo frente a la puerta de nuestra habitación, la madera fría bajo mis nudillos. Respiro hondo intentando calmar la tormenta que se agita en mi interior.

La puerta está cerrada e intento girar el pomo, pero está el pestillo pasado. Golpeo

suavemente sin obtener respuesta y luego con más fuerza.

—Deirdre, por favor, abre la puerta —susurro con emoción contenida.

Escucho sus sollozos a través de la madera y cada uno de ellos es como una puñalada en mi corazón. Puedo derribar la puerta, mas no me ayudará en nada, porque ella me tiene miedo y no quiero convertirme en el monstruo que cree que soy.

—Sé que te hice daño —continúo hablando usando un tono de voz más suave—. No tenía derecho de ir a ver a tu abuela. Fue egoísta por mi parte y lo siento de verdad.

Me apoyo contra la puerta cerrando mis ojos. Las imágenes de su rostro desconsolado me atormentan causando estragos. Respiro hondo, tragando mis propias emociones.

—Deirdre, tú me has enseñado lo que es el amor. Antes de conocerte, creía que era una debilidad, algo que solo los débiles se permitían sentir. Crecí en un mundo donde la violencia y la traición son la moneda corriente. A los quince años, cuando mi tío violó a mi madre y casi me mató a golpes, pensé que el amor había muerto en mí. Desperté en un hospital rodeado de extraños y supe que para sobrevivir en este mundo, tenía que endurecer mi corazón, borrar cada rasgo de debilidad.

Me estremezco al recordar aquellos días oscuros, los meses de recuperación, los psiquiatras asegurando que estaba perdido en mi mente y en los recuerdos llenos de terror. Liam no solo había matado a mis padres, se había llevado con él mi alma y se lo demostré en el momento en que lo asesiné.

—Durante años, me aferré a esa creencia, convencido de que el amor era una ilusión. Tú llegaste a mi vida y lo cambiaste todo. Al principio, pensé que era solo una obsesión, una necesidad de poseer algo que nunca había tenido, pero pronto me di cuenta de que era algo más profundo, algo que me aterrorizaba y me excitaba al mismo tiempo. Me hechizaste como una bruja, Deirdre. Me hiciste sentir cosas que creía imposibles. Me hiciste reír y volver a anhelar todo aquello que creí prohibido. Y por primera vez en mucho tiempo, me hiciste sentir vivo. Mi pasado me persigue, y a veces me siento tan perdido y tan solo.

Abro los ojos y me giro para sentarme contra la puerta. Me dejo caer en el piso y el miedo a que me deje, me hace temblar mis manos. No puedo perderla, apenas la he encontrado. Lo nuestro es lo único que puede sacarme de mi miseria y ya no puedo imaginar mi mundo sin ella.

—Sé que no soy el hombre que soñaste, que no merezco tu amor, pero te necesito, *Cailleach*. Necesito que me perdones, era la ira la que hablaba hace minutos, fue la rabia de creer que puedes abandonarme.

Mis palabras se pierden en el silencio de la habitación. Los sollozos de Deirdre se han calmado. Puedo sentir su presencia al otro lado de la puerta. Sé que me está escuchando, que mis palabras la estaban conmoviendo.

—Abre la puerta, *Cailleach* —susurro y mi voz está cargada de esperanza—. Por favor.

Me quedo aquí apoyado contra la puerta, esperando. El tiempo parece haberse detenido. Escucho el débil sonido del pestillo, me levanto para abrazarla. Abre lentamente, revelando el rostro de Deirdre, hinchado por el llanto. Sus ojos enrojecidos se encuentran con los míos. En este instante, veo en ella una fuerza que no he notado antes, una determinación que me sorprende.

—Declan —pronuncia mi nombre con voz suave pero firme—. Necesito que me escuches.

Acepto, asintiendo con mi cabeza, porque el nudo en mi garganta me impide hablar.

—Sé que estás sufriendo —afirma acercándose y sentándose en el piso, tomo asiento a su lado—. Sé lo que te hicieron y lo que perdiste, pero no puedes dejar que eso te consuma. No

puedes dejar que el odio te controle.

Sus palabras resuenan en mi interior. Tenía razón, por supuesto, solo que no puedo simplemente dejarlo ir. La venganza es todo lo que me queda, lo que me da un propósito.

—Deirdre, no entiendes —susurro—. No puedes entender el dolor que siento. Ver a mi padre asesinado y a mi madre violada… No hay nada que pueda borrar esas imágenes de mi mente.

—Lo sé —responde con suavidad—. No espero que lo entiendas del todo. Lo que sí quiero que entiendas es que no puedes vivir en el pasado. No puedes dejar que te defina.

Se toma un momento para respirar profundamente. Al mismo tiempo que analizo sus palabras. El pasado me define, porque las acciones de otros y las propias me han convertido en el hombre que soy ahora. Se aclara la garganta y continúa hablando.

—No conocí a mis padres, Declan. La maldita mafia me arrebató la posibilidad y ni siquiera lo sabía. A veces me pregunto cómo habrían sido, si me habrían amado, pero no puedo cambiar el pasado. Lo que puedo hacer es vivir en el presente y construir mi propio futuro, por eso quise alejarme de mis abuelos, por eso soñaba con irme de Dublín y comenzar donde nadie supiera que era huérfana. —Me mira fijamente con sus ojos verdes llenos de compasión—. Hay amor en este mundo, Declan, incluso en los lugares más oscuros. Lo he encontrado contigo y sé que tú también lo sientes por mí.

Su sinceridad me conmueve, mas una parte de mí sigue resistiéndome.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunto con voz amarga—. Todo lo que te estoy dando es dolor y sufrimiento. Te manipulé para que te casaras conmigo. ¿Cómo puedes amar a alguien como yo?

—Porque veo más allá de tu dolor —responde ella tomando mi mano—. Veo al hombre que eres y que puedes ser. Sé que tienes un corazón bueno, Declan, a pesar de todo lo que has pasado.

—No lo soy —murmuro—. Soy un monstruo.

—No lo eres —insiste—. Eres ese adolescente herido, que solo necesita sanar y yo quiero ayudarte a hacerlo.

Asiento lentamente, mientras una mezcla de esperanza y desesperación se expande dentro de mí. Ella es mi ángel. Deseo creerle que puede cambiar, pero he pasado diecinueve años sumido en esa pesadilla. La oscuridad que llevo dentro es demasiado grande y sé que no puedo tener paz, no de la manera que ella cree que puedo.

—Lo intentaré, Deirdre —prometo, aunque sé que estoy mintiendo.

En mi mente he planeado mi venganza por tanto tiempo. Imaginando a Jamie O'Brien suplicando por su vida y a los clanes traidores arrodillados ante mí. No puedo ser feliz hasta que haga justicia. Por un segundo, todo lo que puedo ver en mi imaginación se tiñe rojo, saboreando y palpando la manera en que puedo torturarlos hasta que todos sus órganos se derramen en el piso del lugar que escoja para hacerlo.

Deirdre sonríe triste. En el fondo creo que sabe que mientras le prometo cambiar, estoy tramando la destrucción de todos. Tomo su mano y la llevo hasta mis labios para dejar un beso. Me siento como un maldito cuando percibo que su cuerpo se tensa.

—Perdóname —ruego.

—No vuelvas hacerlo, Declan, porque me iré…

Y algo me dice que esta no es una amenaza en vano, que realmente va a dejarme si no cambio, si todo lo que tengo que ofrecerle es dolor.

Capítulo 28

Deirdre

El sonido del gramófono, que reproduce la melancólica melodía de *Total Eclipse of the Heart*, que llena el aire de una nostalgia que resuena en mi interior. Declan salió anoche y aún no ha vuelto. Estoy encerrada en este piso, al que él le llama hogar. Intenté salir para escapar, pero afuera hay hombres apostados y armados. Cometí un error al creer que podía casarme con un mafioso. Supongo que esto fue lo que sintió mi madre, estoy segura de que la tristeza me puede consumir como a ella. Escucho la puerta abriéndose y veo a Maddie entrar, noto que su rostro está lleno de preocupación al verme. Toma asiento a mi lado en el sofá. Solo que me siento rodeada de los libros y los recuerdos de mi esposo, que no tengo nada aquí.

—Deirdre, ¿estás bien? —pregunta—. Connor me trajo y me pidió que estuviera contigo. Me dijo que Declan y él tienen asuntos que atender, que cuando terminaran, vendrá por mí.

Niego con la cabeza sin poder evitar que una lágrima resbale por mi rostro. ¿Qué asuntos son tan importantes? No quiero crear escenarios en mi imaginación. Sin embargo, mi mente traicionera lo hace. Pienso en mi abuela y hasta en el propio Aidan, torturados y llenos de sangre, todo porque mi marido está lleno de odio.

—Ayer fue horrible, Maddie —confieso con voz rota—. Declan perdió el control mientras le reclamaba por haberse encontrado con mi abuela. Rompió todo lo que encontró a su paso cuando lo amenacé con irme. Me besó con tanta fuerza que pensé que me haría daño.

Mi voz se quiebra al recordar la violencia de aquel acto. Maddie me toma la mano, mirándome con ojos llenos de comprensión.

—Lo siento mucho, amiga, no mereces que nadie te trate de esa forma, así sea la persona que amas.

—Sé que no lo merezco, que debí elegir la muerte que casarme con Declan —declaro con un nudo en la garganta—. No sé qué hacer, Maddie —confieso sintiéndome atrapada—. Lo amo, pero no puedo vivir así. Tengo miedo a que haga una locura, sé que terminará haciéndolo, porque lo siento en mi corazón.

Trago el montón de emociones que se aglomeran en mi garganta. Sé lo que estoy eligiendo al estar casada con Declan. Sin embargo, esa fe ciega que me hace creer que hay algo bueno dentro de su alma, me traiciona. Sé que intenta calmarme al asegurarme que dejará la venganza, mas sé que si no es mi familia, será otro clan que buscará la manera de hacerle daño a través de mí y cualquier detonante desencadenará una guerra eterna que nunca va a acabarse. Me levanto para alejarme y rebusco entre los discos. Encuentro uno que me llama la atención, reviso la envoltura: es antigua, el cartón está desgastado y quito el vinilo que suena, para colocar este. Comienza a sonar una melodía cuando volteo el empaque para leer cómo se llama. Al fijarme en el nombre, *How Could I Tell You?*, me doy cuenta de que no la conozco, sin embargo, la letra me golpea el alma.

How could I tell you
Of these words on my mind
Would you forgive me
'Cause I was blind

We were so young
And ... Me sign to be strong

Maddie parece leerme porque siento su presencia detrás de mí, mientras me envuelve en sus brazos.

—Lo amo más de lo que pensé, esto es tan doloroso…

—Sé que es difícil y que te duele —contesta acariciando mi cabello—, pero no tienes que hacerlo sola. Podemos intentar irnos juntas, ya que no deseo quedarme aquí.

Mi corazón da un vuelco al escuchar su propuesta. Podría irme y comenzar de cero, donde realmente mi familia y tampoco Declan puedan encontrarnos. Sin embargo, no puedo. El miedo me paraliza imaginando que mi marido me buscaría inclusive debajo de las piedras hasta encontrarme.

—Maddie, no puedo dejar a Declan —declaro y me alejo mientras otra melodía triste de *blues* suena y lee confieso—: Lo amo, a pesar de todo, y también sé que si me voy me encontraría y me haría pagar por abandonarlo.

—Sé lo que sientes, Deirdre —afirma Maddie con tristeza, el nivel de empatía que ella tiene conmigo es parte de nuestra conexión—. Tienes que pensar en ti misma. ¿Quieres terminar como tu madre? ¿Quieres vivir con miedo todo el tiempo?

Las lágrimas caen solas, comprendiendo lo que dice, esto no es algo que nadie desea. Mi madre murió de la tristeza. Prefirió dejarme antes de vivir por mí. No quiero eso para mí, no me lo merezco.

—No, no deseo eso, pero tengo miedo y en el fondo creo que puede cambiar. Creo que solo es un niño roto encerrado en el cuerpo de un hombre.

Suelta un suspiro.

—Entonces tenemos que encontrar una solución. Tal vez podemos buscar la manera de contactar con tu abuela, para que nos ayude a escaparnos y borre tus rastros —insiste—. Sé que crees que hay luz en su corazón, pero no la hay y como todos los hombres que se dedican a esto, solo quiere arrastrarte a su oscuridad.

Niego con mi cabeza mientras mi corazón se niega a aceptar la realidad. Sé que es difícil de entenderlo, pero sé que Declan puede cambiar, que solo tiene que dejar de lado ese deseo de ser consumido por la destrucción.

—Declan buscaría la forma de encontrarme.

Maddie se desespera y se acerca para tomar mi mano. Puedo ver en sus ojos el dolor que azota su alma.

—No puedo quedarme, Deirdre, porque temo que puedo enamorarme de Connor —confiesa —. No puedo repetir la historia. Me costó mucho escapar de casa, para caer en manos de otro mafioso, piensa lo que digo, tal vez irnos es lo mejor.

—Maddie…

—No voy a permitir que llegues al punto de no retorno, para vivir tuve que asesinar, no quiero eso para ti. Cuando matas a alguien, parte de ti muere.

—Me tiene vigilada, estoy segura de que no podré dar un paso sin que lo sepa, si sumas que no puedo asomarme a la puerta sin que sus guardias me lo impidan. —Señalo la puerta—. Estamos vigiladas y jodidas, porque me tiene prácticamente secuestrada aquí.

—Entonces, ¿qué haremos? —pregunta Maddie con la voz llena de desesperación.

—No lo sé —respondo sintiendo que mi mundo se desmorona a mi alrededor—. No lo sé.

Me alejo de ella para acercarme a la ventana. Me quedo mirando la ciudad y anhelando poder salir, sentir esa pequeña libertad que experimenté por un año.

—Una vida de prisión —murmuro—, nací para ser prisionera de los pecados de mis padres.

—No digas eso, Deirdre.

—Maddie —la llamo girándome hacia ella, asiente en mi dirección—. Te veo como una hermana. No quiero que te metas en esto y que sufras por mi culpa, si tienes que dejarme lo voy a entender. No puedo atarte.

—Tú eres mi familia —asevera acercándose a mí para abrazarme—, y no te voy a dejar sola.

Sé que tiene razón y que su propuesta es lo mejor para las dos. Ella es la única persona en la que puedo confiar. Mi mente es un cúmulo de interrogantes por contestar. La única que se repite como un mantra es: ¿Cómo podía dejar a Declan? Sé que es imposible que lo deje de amar, porque se ha metido dentro de mí. Vuelvo a caminar hasta el sofá y me siento. Rodeada de la vida de mi esposo, sus libros y sus recuerdos. El gramófono continúa sonando con una melodía melancólica que llena la habitación. Maddie se queda en silencio sumida también en sus pensamientos. Necesito tomar una decisión, escuchar en lo más profundo de mí, mientras mi corazón se debate con mi cerebro. ¿Cuál era la decisión correcta? ¿Seguir con Declan, a pesar de todo el peligro y el dolor? ¿O escapar con Maddie y empezar una nueva vida?

Escapar de esto es la mejor opción de todas, más la idea de dejar a mi esposo me duele, también me aterroriza, pues la posibilidad de que todo salga mal es factible. Lucho con mis sentimientos, imaginando que mi mamá estuvo también en esta encrucijada. No deseo terminar como ella, consumida por el dolor. Alzo la mirada y me encuentro con la de Maddie. Sus ojos están llenos de preocupación y de la esperanza de que podamos irnos. Me doy cuenta de que las dos estamos metidas en una situación imposible. No había una respuesta fácil y ninguna salida clara. Todo lo que podemos hacer es confiar en mi instinto y esperar la mejor oportunidad para escaparnos.

Es una verdad absoluta que ninguna de las dos puede seguir en Dublín. No voy a repetir la historia, no me voy a consumir queriendo arreglar a alguien que simplemente no quiere ser salvado.

*****

El ático está sumido en una penumbra tenue. Por mis auriculares suena la voz de Paloma Faith cantando *Only Love Can Hurt Like This;* Maddie se fue a descansar después de cenar. Por mis pensamientos han pasado por tantos escenarios, imaginando irnos lejos y dejando todo lo que nos hace daño. Amo a un hombre tan roto que no puede amar de nuevo, con las cicatrices que han dejado todas sus vivencias. La puerta se abre y Declan entra en la habitación, su figura alta y musculosa proyectando una sombra alargada en la pared. Sus ojos azules siempre tan intensos se posan en mí, ha estado veinticuatro horas fuera, durante las cuales en mi mente estuvo trabajando a mil por hora.

Lentamente se me crea un nudo en la garganta. Deseo que se vaya y que esta pesadilla termine, sin embargo, al mismo tiempo, lo anhelo con una fuerza que me aterra. Me estoy convirtiendo en dependiente de él. Es como una maldita droga que me está consumiendo. En este momento, dentro de mi ser es como si dos partes de mí estuvieran en guerra, la que desea escapar de este mundo oscuro y la que se aferra a él por el simple hecho de tenerlo a mi lado. Se acerca a la cama con pasos lentos y seguros. Se sienta a mi lado para tomarme de la mano. Su piel cálida y áspera, un contraste marcado con la suavidad de la mía.

—Te eché de menos —murmura.

Asiento con mi cabeza sin poder encontrar las palabras adecuadas. La verdad es que no lo extrañaba tanto como creía. Añoro la idea de Declan, el hombre que me imaginé después de que me confesó que no podía matarme. Sin embargo, es todo lo contrario, me asesina el alma con cada acción que toma y me aleja cada vez más.

—Deirdre... —me llama, pero no puede terminar la frase.

—¿Dónde estabas? —inquiero al borde de las lágrimas.

—No puedo decirte, son cosas de negocios…

Sus ojos se clavan en los míos, provocando una oleada de deseo que me inunda por completo. Esto es un poquito de esa droga que necesito para irme lejos. Mi mente y mi corazón se pelean por ganar.

—Bésame —pido en un susurro.

Declan se inclina hacia mí, uniendo nuestros labios en un beso profundo y apasionado. Sus manos recorren mi cuerpo explorando cada rincón. Estoy a punto de llorar ahogándome en el dolor. Las mías lo despojan de la cazadora de cuero mientras sigue devorándome con sus labios. Desde el principio él fue un ladrón y yo me convertí en su víctima voluntaria.

Ahora que todo está a punto de terminar, comprendo que hay amores que están destinados a ser cortos, pero tan intensos que los vas a recordar mientras vivas. Esto es lo que imagino que sucederá cuando me vaya. Mientras mi mente divaga en sus contradicciones de amarlo e irme, mi cuerpo responde a su toque, percibiendo cómo la tensión se acumula dentro de mí. En medio de un torbellino de sensaciones y pensamientos.

La habitación está sumida en una penumbra suave y la única luz es la que se cuela por la ventana. El aire está cargado de tensión entre los dos, de una expectativa que me hace temblar. Declan me observa con sus fanales azules brillando bajo la luz tenue, se aleja y busca algo en la cómoda. Cuando regresa a mí, miro que en sus manos tiene un juego de cuerdas de seda.

—Esto es *shibari,* Deirdre —comenta—. Es un arte japonés de atar que combina dolor y placer, control y liberación. Fue lo que hicimos en nuestra noche de bodas.

Asiento con un nudo en la garganta. Esa noche le estaba entregando todo a mi esposo, solo que nunca imaginé que estaría experimentándolo de nuevo y menos en este momento tan vulnerable y llena de dudas.

—Confía en mí…

—Lo hago — digo, aunque por dentro miento.

Declan se acerca y me desnuda lentamente, casi como si deseara grabar cada parte de mi piel. Comienza a atarme suavemente, cada nudo es una caricia y una restricción al mismo tiempo. La seda se desliza por mi piel, dejando una sensación de cosquilleo que se mezcla con una creciente excitación. Me ata las muñecas, los tobillos, me levanta y me suspende en el aire, envolviéndome en un intrincado patrón de cuerdas. Cada caricia es tan precisa y calculada y al mismo tiempo, hay una sensualidad en la forma en que me toca, en la forma en que sus ojos se clavan en los míos. Siento un extraño placer al ser dominada y al entregarme por completo en sus manos.

—Relájate —susurra en mi oído.

Cierro los ojos intentando concentrarme en las sensaciones. La seda me aprisiona y al mismo tiempo me libera de mis propios pensamientos de huida. Lentamente comienzo a sentirme ligera como si estuviera flotando. De repente, percibo un tirón en el hombro y un hormigueo recorre mi brazo. Abro los ojos y veo que Declan ha ajustado una de las cuerdas. No me causa dolor, sin embargo, es una sensación intensa que me hace consciente de mi cuerpo de una

manera nueva.

—¿Estás bien? —pregunta con su voz llena de preocupación.

Asiento, aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho.

—Dime si quieres que pare —me pide.

Niego con la cabeza, porque no deseo que se detenga. Necesito sentir esta conexión con él, esta sensación de entrega completa. Continúa atándome, creando una obra de arte viviente con mi cuerpo. Cuando termina me siento como una escultura, suspendida en el aire a merced de sus deseos.

Me mira a los ojos, transmitiéndome todo su amor, algo que me calienta el alma.

—Eres preciosa, *Cailleach.*

Me sonrojo, sintiendo una oleada de calor recorrer mi cuerpo. Ahora, comprendo que el *shibari* es mucho más que un juego sexual. Es una forma de comunicación, una forma de expresar el deseo y la pasión de una manera profunda y significativa. Sin saberlo, me estaba despidiendo de él.

Capítulo 29

Declan

La observo suspendida en el aire, al mismo tiempo que mi polla está a punto de romper mis pantalones. Mi mujer es una obra de arte creada por mis propias manos. La seda acaricia su piel delineando cada curva y cada rincón de su cuerpo. Pensé que no aceptaría después de vivir juntos momentos de tensión, pero todavía confía en mí y ahora no puedo dejar de mirarla.

Ella es perfecta.

Ella es mía.

Ella es mi todo.

Mi mundo entero gira en torno a la mujer que está suspendida frente a mí.

Mi Deirdre.

Mo bhean chéile beloved.[9]

Mis dedos trazan la línea de su mandíbula, apreciando la suave calidez de su piel. Inclino la cabeza para depositar un beso en su cuello, dejando un rastro de húmedos besos hasta llegar a su oreja.

—Eres mía, ¿lo sabes? —susurro con voz ronca por la emoción.

Cierra los ojos y se estremece, al mismo tiempo que su respiración se acelera y un gemido escapa de sus labios. Por un segundo siento un dolor agudo en mi pecho, porque la amo tanto que duele. También sé que este momento es efímero, que pronto tendré que volver a mi mundo, a ese lugar oscuro donde reina el miedo y la violencia. Aidan me espera. Mi primo está en el lugar seguro suspendido del techo, aguardando por mi tortura. Ese es mi deber y mi responsabilidad, solo que cada vez que pienso en él, una parte de mí se muere. Quiero dejarlo todo atrás y escapar con Deirdre a un lugar donde podamos ser felices. Sin embargo, sé que eso es imposible. Nuestro mundo nos exige por pago, un precio demasiado alto.

Con cuidado de no lastimarla, la bajo al suelo y la acuesto en la cama. Me acerco a ella y la beso con una intensidad que me asusta. Sus manos se aferran a mi camisa y sus uñas se clavan en mi piel. La siento temblar, sentir el miedo y el deseo que la consumen. Todas las emociones que guardo explotan dentro de mí y sé que tengo que hacer algo.

Me quito la ropa y la desato dejando al descubierto su piel pálida y suave. Beso cada rincón de su cuerpo, susurrando palabras de amor en su oído. Quiero que se sienta segura y amada. Necesito que sepa que haré cualquier cosa por ella, por nosotros y nuestro futuro. Me posiciono entre sus piernas, las abro con mis manos y gimo al sentir la humedad que moja su coño. Hambriento por ella, la penetro lentamente, sintiendo su cuerpo tensarse y luego relajarse. Nos movemos al ritmo de nuestra respiración, perdidos en un mar de sensaciones.

—Te amo, Declan —susurra entre sollozos.

—Y yo a ti, mi amor —respondo apretándola contra mí.

El mundo se desvanece al ver sus ojos brillantes por las lágrimas. Solo existimos nosotros dos, unidos en un abrazo que parece eterno, mientras me entierro profundamente dentro de ella. La adoro en cuerpo y alma. Recorre mi espalda con sus manos mientras clava sus uñas en ella y mis manos capturan sus pechos. Por primera vez siento la magia de amar, beso sus mejillas y

siento la humedad de sus lágrimas; bebo de ellas hasta besarla nuevamente en sus labios.

—No te dejaré ir nunca —afirmo contra sus labios.

No me contesta. Me muero por suplicarle que nunca me deje. Sus caderas se balancean buscando más profundidad y, en respuesta, mis arremetidas se vuelven más rápidas. La beso, dejándola sentir mi amor y desesperanza; sus manos me arañan con la necesidad de lastimarme o marcarme. Hasta que finalmente explotamos en un orgasmo que nos hace temblar. Derramo mi semilla dentro de ella, anhelando dejarla embarazada. Tener un hijo, un pequeño, que sea nuestro, que nos una para toda la vida. Me desplomo sobre su cuerpo, escondiendo mi rostro en su cuello, me quito de encima para evitar aplastarla y la envuelvo entre mis brazos.

Nunca he amado.

Siempre aguardé por ella.

Constantemente debo recordarme que es mía. Desde que la conocí cierro los ojos y solo puedo verla a ella. Deirdre es lo que necesita mi corazón para sobrevivir. Sé que desde que volvimos, lucha con sus pensamientos y con el deseo de huir. Le hago el amor hasta casi el amanecer, nos quedamos dormidos y me despierto al rato. Todavía estamos envueltos en las sábanas y abrazados. Miro a Deirdre durmiendo acurrucada entre mis brazos, su rostro sereno y relajado. Algo en mi corazón presiente, que todo lo que sucedió fue una despedida, una última noche de felicidad antes de que vuelva a la oscuridad, porque estoy por hacer algo, que me hará perderla. Dejo un beso en su frente y me levanto de la cama. Me visto rápidamente para salir de la habitación, dejando atrás todo lo que amo.

*****

El salón está sumido en una penumbra como los rincones en mi mente llenos de recuerdos del pasado. La única luz proviene de la tenue iluminación de la lámpara que baña los vinilos. Cada disco es un trozo de mi pasado, un recuerdo de una infancia que ya no existía. El viejo gramófono con sus curvas elegantes y su acabado de madera pulida es el centro de atención. Mi refugio y mi santuario, aquí me aíslo entre estas melodías antiguas, así puedo escapar de la oscuridad que me rodea.

Escucho un susurro de un movimiento suave, giro la cabeza y allí está ella, Deirdre, emergiendo de las sombras como un ángel caído. Su cabello normalmente tan cuidado está revuelto y enmarca su rostro pálido. Tiene los ojos hinchados y un ligero rubor en las mejillas. Siempre hermosa, incluso así, vulnerable y mía.

Se acerca y se acurruca contra mí en el sofá, buscando el calor de mi cuerpo. La tomo entre mis brazos y la atraigo hacia mí. Todo es perfecto si estamos ella y yo en una burbuja llena de amor. Olvido toda la violencia de la organización, la traición de Aidan y la rabia que me consume desde la muerte de mis padres. Solo somos nosotros dos, perdidos en un mar de sensaciones. Sin embargo, la calma es efímera como todo entre nosotros. Un golpe seco resuena en la puerta, interrumpiendo nuestra tranquilidad. Connor asoma su cabeza, me doy cuenta de que su rostro normalmente imperturbable está tenso. Afuera de estas paredes nos espera la desesperanza y la venganza.

—Declan, tenemos que irnos —declara con un tono tan cortante como una navaja.

Deirdre se sobresalta en mis brazos, cuando nuestras miradas se encuentran, me doy cuenta de que sus ojos se llenan de miedo.

—No, por favor, no vayas —suplica aferrándose a mí como si supiera lo que estoy a punto de hacer.

—Tienes que venir conmigo, Deirdre —anuncio con voz dura—. Esto es parte de mi vida, y

tú eres parte de ella.

La romperé con lo que deseo obligarla a ver. Así obtendría mi venganza; finalmente, me estaría vengando de su familia, destruyéndola. No obstante, también destruiría todo lo que hay entre nosotros; se quedaría a mi lado porque simplemente no tiene otra opción. No dejaré que se vaya. Pretendo encerrarla y aprovechar cada momento de debilidad que pueda entregarme, si eso me permite tenerla entre mis brazos.

—No, no lo es —replica con sus ojos llenos de lágrimas. —No quiero ser parte de esto.

—No tienes elección —espeto levantándome de un salto.

Connor está impaciente. Lo sé por la manera en que camina de un lado a otro mientras saca una cajetilla de cigarros del bolsillo de su pantalón.

—No tenemos todo el día, Declan. Aidan nos espera —comenta con una sonrisa diabólica en su rostro.

Deirdre se pone de pie. El terror hace palidecer su rostro por las palabras pronunciadas por mi mano derecha. Salta para interponerse entre nosotros, coloca una mano en mi pecho justo dónde late mi corazón.

—No puedes hacerle daño a Aidan, Declan, por favor, no lo hagas —me ruega.

—Aidan es un traidor, Deirdre —sentencio con voz fría y calculadora—, tiene que pagar por eso, *la ley entra por casa.*

—Pero él es tu primo —balbucea.

—Las familias se hacen y se deshacen, *Cailleach* y a esta le ha llegado su fin.

Maddie emerge de la habitación de invitados. Su mirada pasa de Connor a Deirdre hasta que se fija en mí. Su rostro está pálido y sus ojos están llenos de horror.

—No lo hagas, Declan —suplica Madison—. Por favor, no la lleves, Deirdre creció alejada de esto, no puedes obligarla a ver mientras golpeas a su mejor amigo hasta que deje de respirar.

Mi esposa ahoga un sollozo y me maldigo mentalmente por hacerle daño. Solo que no podemos seguir de esta manera, ella renegando lo que soy, mientras que lucho por ser mejor para hacerla feliz. Esto es lo que necesitamos para que termine de aceptarme tal cual como soy. Puede que sea un médico, pero en lo más profundo de mi ser, soy el hijo de mi padre, el niño que fue criado para sucederlo después de su muerte. El asesino que disfruta de ver cómo se escapa la vida de los ojos de sus enemigos, él que se divierte cortando en los lugares correctos para que la diversión dure por días, incluso meses.

—Lo siento, Maddie —digo sin mirarla—, pero tengo que hacerlo, eso servirá para que mi mujer acepte lo que soy, un asesino…

Deirdre se aferra a mí con desesperación, sus fanales verdes están brillantes, mas no con amor, sino por las lágrimas que derrama silenciosamente.

—Por favor, no me obligues a ver como asesinas a mi mejor amigo —suplica.

—Vendrás, *Cailleach,* está decido.

La tomo de la muñeca para arrastrarla hacia la puerta. Forcejea tratando de soltarse, pero es inútil cuando lo único que no debe hacer es resistirse a aceptar lo que soy. Necesito acabar con las fantasías del cuento de hadas o la teoría de que puede reparar lo roto que llevo dentro. Afianzo mi agarre sabiendo que le haré daños. Sus uñas arañan el dorso de mi mano.

—No me obligues a lastimarte, Deirdre —le advierto.

Maddie se interpone en nuestro camino, intentando detenerme. Nada, ni nadie podrá hacerlo. Romperla me traerá paz, dejaré de pensar en mi retorcida cabeza que la necesito para vengarme.

—¡Suéltala! —grita intentando separarnos.

La empujo hacia un lado, quitándola del medio. Connor la toma por la cintura mientras mi mujer se resiste. Camino decidido, no me importa que afuera esté frío luego de una noche entera lloviendo, que lleve solo un vaquero y una camiseta.

—Vamos, Deirdre —ordeno con mi voz llena de odio—. Es hora de que conozcas a mi verdadero yo.

—Te voy a odiar —me amenaza.

Me detengo y la jalo contra mi cuerpo usando toda mi fuerza. Se queja cuando la tomo de su mentón clavando mis dedos en su piel, me excita ver como dejo mis marcas en ella.

—Ódiame, Deirdre, te invito a hacerlo —la desafío—. Igual tu destino es pasar el resto de tus días a mi lado.

—Eres un maldito…

Me río burlándome de ella, mientras suelto su mentón y la tomo para subirla en mi hombro. Cansado de su berrinche, puede que no desee ver lo que estoy a punto de enseñarle. Sin embargo, no tiene otra opción. Al presentarme con ella frente a Aidan, le dejaré en claro a mi primo que siempre gano y que su muerte será otra más a la larga lista de homicidios que he cometido en vida. Deirdre aprenderá que nadie se puede meter con lo que es mío, incluso si es parte de mi familia.

Capítulo 30

Deirdre

El aire frío y húmedo de la primera hora de la mañana me pega en mi rostro como una bofetada. La casa donde todo comenzó, que ahora está abandonada, tiene todas sus ventanas rotas y paredes descascarilladas. Hoy, se ha convertido en el escenario perfecto para mi peor pesadilla. Declan me ha arrastrado en contra de mi voluntad a este lugar oscuro y siniestro, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos, cada vez que me miraba en el todoterreno.

—Vas a ver de lo que soy capaz, Deirdre —susurra con voz siniestra.

Me estremezco por el cambio tan radical de humor en pocas horas. Estoy siendo obligada a presenciar la brutalidad que se oculta detrás de la fachada del hombre que amo. Mi corazón palpita con fuerza en mi pecho, anticipando el horror que estoy a punto de presenciar. Abre de golpe la puerta de la habitación donde lo desafié hace un año, aunque estoy a distancia, me revela una escena que me deja helada y sin palabras, porque en el centro de esta se encuentra Aidan atado a una silla. Su rostro, antes lleno de vida, está pálido y magullado. Los hombres de Declan lo rodean con expresiones crueles y sádicas. Me abrazo, mirando lo que tengo frente a mí.

Un escalofrío recorre mi espalda y me tambaleo, negándome a creer lo que estoy viendo. Declan, el hombre al que le he entregado mi corazón, es capaz de infligir semejante dolor. La decepción es un abismo que se abre en mi interior, tragándose toda la esperanza que me queda. Mi mirada se posa en Aidan, sus ojos están llenos de miedo y dolor, cuando se encuentran con los míos. En este instante, comprendo la magnitud de mi error. Me cegué por estar enamorada de una ilusión.

Mi marido se acerca a mí para agarrarme la muñeca con fuerza, obligándome a avanzar. Me siento como un juguete en sus manos, arrastrada a una realidad llena de violencia de la que nunca debí haber formado parte.

—Mira bien, Deirdre —me ordena señalando a su primo—. Esta es la realidad, si alguna vez intentas dejarme, este será tu destino.

Sus palabras me hielan la sangre, porque simplemente me niego a creer que el hombre que anoche me aseguró que me ama, me esté amenazando de esta manera. Algo dentro de mí se rompe, el amor que siento por él, en un segundo se ha convertido en asco y repulsión. Forcejeo con él hasta soltarme de su agarre, retrocedo unos pasos y siento que mis piernas tiemblan como gelatina. Tengo que irme. No puedo convertirme en cómplice de su crueldad.

—Nunca más volveré a verte, Declan, cuando menos lo esperes voy a alejarme de ti, te odio.

Mi declaración lo toma por sorpresa. Me percato de que una expresión de furia cruza por su rostro y lo intenta disimular alejándose. La habitación huele a miedo y a sudor. Los gemidos sofocados de Aidan resuenan en una melodía macabra que me enferma. Mi esposo está sumido en una furia primitiva, sus ojos brillan con una intensidad enfermiza.

—No puedes escapar de mí, *Cailleach* —gruñe—. Eres mía. —Sus palabras, anoche llenas de promesas y pasión, ahora son una amenaza cruda y vil.

Me aferro a la pared, observando la escena con una mezcla de horror y repulsión. Aidan, el hombre que una vez consideré mi mejor amigo, recibe un golpe propinado por mi esposo que lo

impulsa hacia atrás. Se mueve tembloroso en el suelo. La sangre mancha su camiseta blanca y su piel, mientras que los hombres vuelven a levantarlo para que Declan pueda golpearlo. Se quita la cazadora moviendo su cuello como si tuviera alguna contractura. Trago el nudo que me sofoca, cuando arremete con odio contra su primo con saña en el rostro, desfigurándoselo. Llevo mi mano a la boca al sentir el ácido subir por mi garganta y me trago el vómito, para no darle el gusto al hombre que no aceptó asesinarme, porque en su mente retorcida piensa que me ama.

—Eres un maldito, sabías que terminaría descubriendo que me traicionaste, que te haría pagar por esto. —Lo toma por la camiseta pegándose a su rostro—. Casi le cuesta la vida a Deirdre, así es cómo deseabas probar tu amor por ella.

Aidan trata de hablar, pero Declan le propina un golpe en el estómago, cortándole la respiración. Un grito ahogado escapa de sus labios, al mismo tiempo que mi corazón se estruja por la decepción. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo he pasado de una vida de lujos a esta pesadilla?

Declan saca un cuchillo de su bolsillo trasero de su vaquero y lo afila contra una piedra. Mis ojos se agrandan de horror, negándome a creer lo que estoy viendo. Mi esposo, se está convirtiendo en un monstruo y mi corazón se rompe en miles de pedazos. Paso mis manos por mi cara, borrando mis lágrimas e intentando no demostrarle, el daño que me está infligiendo al obligarme a ver esto.

—Por cada segundo que tardes en responder, te cortaré una parte del cuerpo —amenaza Declan acercando el cuchillo al rostro de Aidan—. Dime dónde se esconde la rata de Jamie O'Brien, si la amaras te hubieras molestado en indagar, que por ejemplo, él fue quien asesinó al padre de la mujer que supuestamente amas.

Aidan cierra los ojos con fuerza, esperando el golpe. Solo que mi esposo se detiene, con su mirada fija en mí.

—Ves, Deirdre, así es como se trata a los traidores.

No puedo ni responder, porque la realidad comienza a distorsionarse ante mis ojos. ¿Quién es este hombre que tengo frente a mí? ¿Y quién soy yo? ¿Qué es lo que somos?

Una lágrima solitaria resbala por mi mejilla. Mi vida, la que había soñado, se ha vuelto una pesadilla y me he convertido en una prisionera de este infierno. Un escalofrío recorre mi espalda, porque la máscara de amor que Declan había llevado anoche se la ha quitado para revelarme al monstruo sediento de venganza que lleva dentro. Mis ojos se clavan en el cuchillo que sostiene. Su hoja reluce bajo la tenue luz de la habitación.

—Por tu culpa, casi la pierdo —espeta Declan con su mirada fija en mí—. Por tu culpa, ella estuvo a punto de morir.

Cada palabra que sale de su boca es una puñalada en mi corazón. No puede justificar este acto, por el amor que dice sentir por mí. Por mi mente, pasan las imágenes de la noche en el aeropuerto donde casi me matan, la oscuridad que me envolvió y el miedo que me paralizó.

Aidan gimotea tratando de librarse de las ataduras. Declan se acerca a él, sonriendo cruelmente.

—Dime dónde está Jamie y quizá la deje ir, para que no vea cómo te mato —amenaza con voz afilada, sobre el sonido de la respiración agitada de Aidan.

Aidan niega con la cabeza. Su rostro es pálido y sudoroso. Casi no puedo distinguir sus rasgos faciales.

—No sé de qué hablas —balbucea.

Declan suelta una carcajada burlona. Mi marido dice tener las pruebas de su traición. Sé que

en la mafia, todo se paga con sangre, mas no deseo ver cómo uno de ellos mata al otro. Los amo, de diferentes maneras, pero al final los dos significan una parte importante de mi vida.

—No me hagas reír, Aidan. Tú y yo sabemos muy bien lo que hiciste.

Con un movimiento rápido, hunde el cuchillo en el hombro de Aidan. El sonido metálico junto al grito de su primo resuena en la habitación, amplificando el terror que siento. Mis sollozos se mezclan junto a los de mi mejor amigo, porque en mi mente no dejo de vernos juntos disfrutando de los paseos por el parque y los momentos en el jardín de mi abuela.

—Cada mentira que digas será un nuevo corte —amenaza Declan—. No te preocupes, porque tengo todo el tiempo del mundo para divertirme mientras decides hablar.

Aidan cierra sus ojos con fuerza, preparándose para lo peor. Declan saca el cuchillo de su hombro y lo acerca a su mano. Veo como la mueve con precisión exacta para cortar una pequeña porción de piel. Un grito desgarrador escapa de los labios de su primo. Mi cuerpo se estremece, porque no puedo ver más. Me tapo los oídos con las manos, tratando de bloquear los gritos de dolor y las palabras hirientes de mi marido.

—Basta —grito, pero mi voz sale débil y temblorosa—. Por favor, detente.

Declan se vuelve hacia mí. Sus ojos azules llenos de odio me observan de una manera que me hace temblar.

—Cállate —ordena, el hielo que recubre su alma está helando todo el amor que siento por él —. Esto te incumbe, porque si Aidan fue capaz de venderte, no sé cómo puedes llorar por él.

—Declan, para —le ruego.

—No, esto que hago corre por tus venas, tu padre, cuentan que era peor que yo —se burla—. La reina de la mafia tiene miedo de lo que hago, cuando proviene de la semilla de un asesino.

Sollozo porque sus palabras son dagas que desgarran nuestro amor.

—No quiero pagar por los pecados de él —grito—, no puedes hacerme esto, porque solo me alejas.

—Todos los caminos del mapa te trajeron a esto —sentencia—, él. —Señala a Aidan—. Casi ocasiona tu muerte, te iban a llevar con Jamie para asesinarte o algo peor, así que cada lágrima que derramas por Aidan, es un nuevo corte.

Vuelve a clavar el cuchillo, pero esta vez en su pierna y cierro los ojos, intentando alejar la imagen. Declan pierde la razón con cada nuevo corte, mientras que una parte de mí se muere. Un abismo se ha abierto entre nosotros, un océano que nunca podremos cruzar. Me doy cuenta de que he cometido un terrible error al confiar en él. Le he entregado mi corazón a un hombre que era capaz de cualquier cosa y ahora, estoy atrapada en esta pesadilla. Tengo que encontrar una escapatoria. Alguien me toma por los hombros y cuando me giro encuentro a Connor. Me sonríe y no puedo creer que esté disfrutando de esto.

—Así se ama en la mafia —comenta.

—Matando a todos —espeto entre lágrimas.

—La sangre es la justicia, Aidan traicionó a todos al ponerte en peligro —espeta y señala hacia al frente—. Esta es la manera de Declan de decirte que es capaz de hacer todo por protegerte.

Varios de los hombres emergen de la oscuridad, Connor me abandona y se une a ellos. El llanto de mi mejor amigo se mezcla con el mío. Observo como lo toman entre todos para suspenderlo del techo mientras se resiste. Declan mira todo estoico desde un rincón. Se vuelve hacia a mí y por un momento creo ver cruzar por sus fanales azules el arrepentimiento por sus actos, sin embargo, vuelve a ocultarlo en esa máscara fría llena de crueldad.

—Esto me duele más que a ti, Aidan —declara—, crecí viéndote como un hermanito, te enseñé todo lo que sabes, te curé las rodillas rotas. —Cada palabra está llena de resentimiento y dolor—. La sangre Kavanagh está maldita, porque todos en esta maldita familia están destinados a traicionarse entre sí.

Se acerca y todo mi cuerpo tiembla cuando alza su mano. Veo brillar la hoja del cuchillo momentáneamente antes de ser clavada en su corazón. Mi esposo acuchilla a su primo hasta cortar su abdomen y derramar sus órganos en el piso. Esta vez no puedo evitarlo y vomito ante semejante escena. Salgo corriendo, pero un hombre me impide el paso, cuando estoy a punto de salir de casa.

—Fiona me ha enviado, ven conmigo, Deirdre —me informa mirándome, me giro y puedo ver a Connor y a Declan salir—. Ven.

—¡Brendan! —grita Declan.

El extraño me ofrece su mano y por primera vez en mi vida, prefiero confiar en alguien desconocido. La tomo y él me carga para huir, hasta subirme en un todoterreno. Por el rabillo del otro veo a mi esposo y a su amigo apuntarnos con las armas, mientras que una lluvia de disparos resuena rompiendo el silencio de la muerte. El hombre toma el asiento a mi lado y maniobra con destreza, mientras las balas golpean todo a su paso.

—Maddie... —musito.

—Está a salvo, ahora vamos a ver a tu abuela y alejarte de todo —declara.

—Yo… —titubeo llorando y siento que no puedo respirar.

—Tienes un ataque de pánico, Deirdre —comenta—, sigue mi voz.

Intento calmarme, sin embargo, las imágenes de lo que acaba de pasar se repiten en mi mente y el terror cierra mis pulmones impidiéndome respirar. Doy un alarido lleno de dolor. Escucho a lo lejos a alguien maldecir. Me abrazo mientras me mezo, negándome a creer que es cierto. Mi respiración es cada vez más escaza hasta que todo se vuelve negro dentro de mí.

Capítulo 31

Deirdre

Cuando abro los ojos, la luz me deslumbra y tengo que parpadear varias veces intentando enfocar la vista. Cuando me oriento, me doy cuenta de que estoy en una habitación desconocida con paredes blancas y muebles elegantes… Estoy en un hotel. Estoy segura. ¿Cómo llegué aquí? Un dolor sordo me pulsa en las sienes y un vago recuerdo de gritos. El metal afilado me atraviesa la mente y todo lo que ha sucedido me golpea. Un susurro suave me saca de mis pensamientos, giro mi rostro y miro hacia el extremo inferior de la cama. Allí está ella, mi abuela Fiona. Sus ojos del mismo color verde intenso que los míos, están llenos de lágrimas. Su cabello, antes rojo fuego, ahora es una cascada de plata que enmarca su rostro, un reflejo de los años que han pasado, pero también un espejo de mi propia transformación.

—Deirdre, cariño —me llama con voz temblorosa—. Estoy aliviada de que estés bien. Cuando Brendan me avisó lo que pretendía Declan, casi me muero.

Se acerca a mí y me toma de la mano. Su piel arrugada y cálida, me transmite una sensación de paz que no había experimentado en mucho tiempo.

—Fiona —susurro al borde de las lágrimas.

—Todo está bien ahora —me asegura secándose las lágrimas—. Vas a estar a salvo.

Siento como si me hubieran golpeado en el estómago. ¿A salvo? ¿De qué? Los recuerdos vuelven a mí a borbotones, Declan, Aidan, la violencia y el miedo. Me estremezco. La habitación, hace unos minutos fría y ajena, ahora se llena de amor, ese que sentí por esta mujer que me cuidaba en mis enfermedades y que me curó las rodillas rotas, la que me abrazaba cuando tenía pesadillas y me protegió ocultando la verdad de su vínculo. Fiona sigue hablando sobre lo que sucedió. Su voz suave como una nana, me cuenta todo lo que vivió cuando el infiltrado que tenía dentro del clan de mi esposo, le contó que me llevaban a presenciar la muerte de mi amigo.

—Cuando supe que te casaste con él, entré en desesperación. Declan era un chico dulce, pero después del asesinato de sus padres, perdió la humanidad dentro de él.

No es nada nuevo lo que me cuenta, solo es la confirmación de lo que siempre supe. Mi esposo es un niño en el cuerpo de un hombre. Puede que sea un asesino y disfrute de ello, mirarlo mientras lo hacía, me causó terror, pero también dolor por él. Declan fue criado para asesinar y demostrar su poder mediante ese tipo de castigo, sumado a los malos recuerdos, lo convirtieron en el monstruo que es. Pensé que amarme lo convertiría en mi héroe, pero solo se convirtió en mi villano.

—Lo amo, pensaba que había amor dentro de él. Todos creen que estoy cometiendo el mismo error que mamá. Declan me ama, pero lo que lleva dentro es más grande que lo que siente por mí.

Fiona me acaricia el rostro, borrando con sus pulgares mis lágrimas. Sé que por años luchó por mantenerme viva y alejada de esto.

—Tu padre, Edward, era un hombre bueno, Deirdre. —Me paralizo, porque va a contarme la

verdad—. Fue un hombre leal. Su único pecado fue enamorarse perdidamente de tu madre. Aine tenía solo diecisiete años cuando se conocieron, una niña comparada con él, que tenía casi treinta y dos. Se conocieron en una noche después de que tu abuelo Charles la llevara a una fiesta. Él fue un apostador empedernido y le debía una gran suma de dinero a Edward.

Mi abuela hace una pausa mientras que sus ojos se nublan por el paso de los recuerdos. No debe ser fácil para ella contarme todo esto.

—Edward, era un criminal y exigió el pago de lo que se debía, pero tu abuelo le dio a su propia hija a cambio, fue un trato extraño, lo sé, pero en aquel entonces y ahora, las cosas se hacen así en la organización. —Se aclara la garganta y sonríe triste antes de continuar—. Tu padre se enamoró perdidamente de ella a pesar de su juventud. Olvidó todo lo demás: la mafia, la violencia y el peligro. Se entregó por completo al amor.

Siento un nudo en la garganta por todo lo que me está contando, ni siquiera me atrevo a interrumpirla. Mi padre, un hombre fuerte y poderoso, se había dejado llevar por el amor de una chica joven. Una imagen se forma en mi mente, la de un hombre maduro, con ojos llenos de ternura, mirando a una adolescente con admiración con el cabello castaño y una sonrisa.

—Pero Jamie, el primo de Edward, no estaba de acuerdo. Siempre fue un hombre ambicioso y sin escrúpulos. Aprovechó la debilidad de tu padre para traicionarlo. Una noche, saliendo de uno de los *pubs* de nuestra familia, lo asesinaron. Culparon a los Kavanagh, pero yo sabía que había sido él, porque deseaba el poder para sí mismo. —Mi abuela me toma de la mano, sus dedos fríos y temblorosos me acaricia, me quedo mirándola esperando a que sigua hablando—. Después de la muerte de Edward, encontré a Aine. Estaba embarazada de ti. La cuidé y la protegí. Fui yo quien te trajo al mundo, Deirdre. Tú eres todo lo que me queda de ellos.

Las lágrimas brotan de mis ojos. Nunca había sabido nada sobre la verdadera historia de mis padres, de la traición y el dolor que habían sufrido. Me siento como si me hubieran arrancado una parte de mí misma.

—Crecí sin ellos, Fiona —susurro y mi voz es apenas audible—. Bajo el cuidado de Charles, bajo sus constantes comentarios de que soy la hija ilegítima de un asesino.

Mi abuela asiente con tristeza, porque fue ella quien secó mis lágrimas tantas veces, la que me susurró que era el dolor de mi abuelo el que hablaba, por no haber superado la muerte de mi madre.

—Lo sé, mi niña. Lo sé, pero siempre te he querido como a una hija, por eso decidí llevarte con ellos. Tu abuela, Aiofe, tuvo que luchar contra tu abuelo para que pudieras quedarte. Él no te quería, pero no podía llevarte a una casa donde no sabía si ibas a vivir o morir antes de convertirte en una mujer.

Me acurruco en sus brazos buscando el calor y la protección que siempre tuve entre ellos. Siento una profunda tristeza por la vida que mis padres pudieron tener y por el amor que se les arrebató. También siento una inmensa gratitud hacia mi abuela, por haberme cuidado y protegido. Ahora comprendo que la historia de mi familia es una tragedia, pero también es una historia de amor y supervivencia, aunque el pasado me haya marcado, tengo la fuerza para seguir adelante.

—Tienes que irte, Deirdre, porque tu marido ha perdido la razón. Pensé que te amaba y que estaba protegiéndote. Lo que hizo fue una locura, sobre todo cuando naciste fuera de la organización. —Ahogo un sollozo, aceptando de que tiene razón—. No tengas el corazón roto como tu madre. Lucha por ser feliz, lejos de todo y todos. Declan firmó hoy, el fin de su matrimonio.

La puerta de la habitación se abre, interrumpiendo nuestra conversación. Maddie entra hecha un mar de lágrimas. Mi abuela se separa de mí, para darle espacio a mi mejor amiga, que se echa sobre mi cuerpo para atraparme entre sus brazos. La atrapo mientras ella intenta ahogar su propio llanto para hablar, Fiona nos observa con una sonrisa triste en sus labios.

—Tenemos que irnos, Dei —susurra—, tenemos que huir de esos demonios.

—Mad…

—Por favor, el amor dentro de la mafia destruye. Vámonos lejos… —ruega.

Alzo mi mirada y me encuentro con la de mi abuela. Asiente, pero las ojeras y los surcos en su rostro, la hacen ver triste. Me toca dejar de nuevo Dublín y esta vez es para siempre. Me tengo que deshacer del amor que siento por Declan y guardar en una gaveta la ilusión de que podía cambiar por mí.

—Nos iremos, Maddie, lo prometo.

Mi mejor amiga me abraza con fuerza como si no pudiera creerlo, por dentro estoy muerta y con el corazón roto, haciéndole honor al nombre que mi madre me colocó.

*****

El zumbido incesante del aeropuerto envuelve mis oídos como un pito constante, amplificando el caos interior que llevo conmigo. Maddie, con su cabello pintado de borgoña para su nueva identidad, camina a mi lado con un paso ligero y despreocupado, contrastando con mi andar pesado mientras que estoy girando la cabeza constantemente con miedo de no poder huir. Ella ya es libre como un pájaro, que escapa de las garras de Connor, mientras yo voy huyendo de un amor tóxico y de una vida manchada de sangre desde mi nacimiento.

Miro hacia atrás, las puertas de cristal que se deslizan lentamente, cerrando este capítulo de mi vida en Dublín, como debió ser la primera vez que dejé la ciudad. Siento una punzada en el pecho, como un dolor sordo que me recuerda todo lo que dejo atrás. Declan, con sus ojos azules y su personalidad enigmática, se convierte en un fantasma del pasado que va a atormentarme de por vida. Todas las noches tengo pesadillas reviviendo el momento en que lo vi matar a Aidan, cómo esos mismos ojos se volvieron oscuros, llenos de odio y locura, pero aun así, lo amo, porque lo que siento es que parece negarse a reconocer de que no es lo que necesito.

Llevo mi mano a mi cabello, corto y ahora de color negro. Ya no soy la pelirroja que fui, intentando descubrir un pasado que era parte de su historia familiar. Este cambio, tan radical, simboliza un nuevo comienzo y una vida lejos de Declan, lejos de la violencia y la oscuridad que lo rodean. Sin embargo, bajo esta capa de fuerza, me siento vulnerable y expuesta a lo que pueda suceder.

—Deirdre, ¿estás bien? —La voz de Maddie me saca de mis pensamientos. Asiento, aunque sé que mi sonrisa es débil

—Sí, solo… que extraña.

—Lo entiendo —concuerda poniéndome una mano en el hombro—. Solo piensa en todo lo que hemos logrado. Estamos a salvo, las dos. En pocos minutos estaremos embarcándonos en el viaje de nuestras vidas.

Esbozo una sonrisa que no me llega a los ojos para tranquilizarla. Sé que tiene razón, por supuesto, estamos a salvo. Solo que la seguridad y la libertad a veces tienen un precio demasiado alto. Escuchamos el llamado por los altavoces, echo un vistazo de nuevo atrás, buscando entre la gente a Declan. Mi abuela sugirió que debíamos alejarnos de la ciudad, por eso trazamos el plan de venir hasta Londres para abordar el avión que nos llevará a nuestra nueva vida. Salir de Dublín fue peligroso, ya que la ciudad está envuelta en violencia. Mi esposo ha cumplido su

promesa de hacer arder el mundo por encontrarme. Cuando embarcamos y me siento, creo que en cualquier momento va a aparecer para llevarme con él.

Sostengo la respiración cuando el avión comienza a moverse. Maddie me toma la mano y cierro los ojos, respirando tranquila por primera vez después de una semana. Al volver a abrirlos, miro por la ventana y las nubes blancas se extienden como un manto infinito, borrando las fronteras entre los países. Me pregunto si alguna vez volveré a ver a Declan, si volveremos a encontrarnos en algún lugar del mundo, aunque sé que es mejor así, estar lejos de mi esposo es la mejor decisión que he tomado y que debo seguir adelante para construir una nueva vida. Siento una mezcla de emociones: tristeza, miedo, pero también esperanza. Espero que en Tailandia pueda encontrar la paz que tanto anhelo, un lugar donde pueda dejar atrás mi pasado y empezar de nuevo. Este es solo el principio de un nuevo capítulo, uno lleno de incertidumbres y posibilidades. El dolor aún me acompaña. Sé que debo seguir adelante. Por mí, por Maddie, y por el recuerdo de mi madre, no puedo permitir que las hermosas ruinas de un amor que estaba destinado a un trágico final, me impidan tener un nuevo comienzo.

Epílogo

Declan

Tres meses después…

Mi ático que antes representaba un bastión de poder y oscuridad, ahora se siente como un sepulcro. El silencio es ensordecedor, que solo es roto por el crujido de la madera bajo mis pies y el lejano *tic-tac* del reloj de pared. Me hundo en el sofá de cuero, el mismo donde Deirdre solía sentarse, rodeada de mis libros y el gramófono, despidiendo melodías nostálgicas. Solo pasó pocos días aquí, pero dejó una huella indeleble.

Unchained Melody, cantada por Elvis Presley, resuena por la habitación, una canción de amor que se burla de mi soledad. Cierro los ojos imaginando su risa y el brillo de sus ojos verdes al mirarme. Y luego, la imagen de su rostro horrorizado mientras yo… Un escalofrío recorre mi espalda. ¿Cómo pude haberla llevado esa mañana? En la que tenía planeado deshacerme de Aidan de una vez por todas. Debí haberla dejado a salvo aquí, lejos de mi mundo y de mi oscuridad. Sin embargo, estaba cegado por la rabia. La amo con toda mi alma, pero esa necesidad instintiva de hacerle pagar por los pecados de otros prevalecía dentro, como una bomba que estaba a punto de explotar y lo hizo.

Le mostré esa parte de mí que muchos temen, enseñándole lo podrido que estoy por dentro, mientras disfrutaba de hacerle daño a mi primo, como jugué con él hasta que ella no pudo soportarlo. Tenía un traidor entre mis filas, supongo que de alguna manera, Fiona siempre supo que intentaría algo en contra de su nieta. Saber que fue Brendan me sorprendió. Él era uno de mis hombres de más confianza y quien ayudó a mi mujer a abandonarme. Ahora, ella está huyendo de mí y de todo lo que representamos. Mientras tanto, me siento más vacío que nunca.

La venganza, esa maldita obsesión por honrar a mis padres, me ha consumido por completo. Con Deirdre lejos, me doy cuenta de que todo lo que había intentado construir se había derrumbado como un castillo de naipes. Lo nuestro fue efímero, porque debí secuestrarla la misma noche que Aidan la llevó a mi club.

La había conocido y la había amado sin darme cuenta desde que la tomé como escudo para sobrevivir. Esa noche al tocarla sentí algo en mi interior, por eso se la lancé a Aidan para protegerla. Esos días en Nueva York junto a ella, encontré una esperanza que creía perdida, convirtiéndose en la luz en mi oscuridad, la única que podía hacerme sentir vivo.

Me levanto de golpe con mi cuerpo tenso por la ira y el arrepentimiento. No puedo permitir que se vaya, porque no puedo vivir sin ella. Si me viera ahogado en la rabia y el dolor de no saber si está bien, volvería a mi lado. Estoy volviéndome loco por la incertidumbre de no saber si la volveré a ver. Juro por la memoria de mis padres y por el amor que ellos sentían, que la encontraré para reivindicarme por mis pecados.

Tengo que encontrar la manera de que vuelva a mi lado. Estoy dispuesto a mover cielo y

tierra para encontrarla, porque si de algo tengo la certeza, es que no puedo vivir sin Deirdre. Busco la botella de *whisky*, que tintinea contra el cristal de la estantería. La agarro con fuerza como si de ella dependiera mi salvación. Me hundo en el sofá de cuero, con ella en mi mano para sumergirme en los recuerdos. Cierro los ojos y las imágenes comienzan a desfilar ante mí como una película.

Nueva York, una ciudad llena de luz y vida, en completo contraste con la oscuridad que siempre me rodeaba. Fuimos al Central Park, con sus árboles majestuosos y sus senderos sinuosos. Era un lugar de ensueño para darnos esa oportunidad que le pedí. Y en medio de ese paraíso, Deirdre estaba a mi lado. Sus ojos verdes como el más hermoso mar exótico, brillaban con una inocencia que me desarmaba. La vi reír, señalando a los animales con un dedo y su rostro iluminado por la alegría. Era como un rayo de sol en una habitación llena de penumbras. Intenté acercarme, pero ella se apartó con una sonrisa tímida en sus labios. Su mundo estaba lleno de color y dibujos, mientras que el mío de sombras, de violencia y de sangre. La deseaba con una intensidad que me aterraba. Sabía que nunca podría ofrecerle la vida que merecía y aun así codiciaba poseerla. Ella era mi diamante, la joya más preciosa que podía tener.

—Declan, esto es hermoso, pero... —Su voz se desvaneció en el aire—. No puedo estar contigo.

—Sé que te da miedo, pero yo puedo protegerte. Te quiero para tantas cosas, sé que te he dicho que es una venganza, mas no voy a dejarte ir, vas a quedarte conmigo.

Mis palabras salieron como una orden, no sabía hablar románticamente. Aquello era un intento de que se quedara. Ella negó con la cabeza, sus ojos llenos de tristeza me miraron con desafío.

—No es miedo, Declan, es la realidad —declaró con certeza—. Si acepto quedarme a tu lado, estaría volviendo a la vida de la que intentaron sacarme, todo el esfuerzo de mis abuelas no valdrá la pena.

En ese instante, comprendí la profundidad de mi error, lo que estaba sintiendo no era solo una obsesión. Era un amor tan intenso que me consumía por dentro. Su fuerza, su inteligencia y su corazón puro… Todo lo que yo no era y al mismo tiempo, era todo lo que anhelaba.

Desde el inicio de todo era un maldito presagio para la ruina de un amor corto y hermoso. Una lágrima solitaria resbala por mi mejilla, quemándome la piel y recordándome que todavía queda algo de mi alma. La imagen de ella, alejándose de mí, se grabó en mi mente como un tatuaje hecho con fuego. La botella de *whisky* se deslizade mis manos estrellándose contra el suelo. Bajo mi mirada, los fragmentos de cristal esparcidos parecían reflejar los pedazos rotos de mi corazón. La soledad me envuelve como una manta húmeda y fría. Me siento como un náufrago en medio de un océano infinito y sin rumbo, tampoco tengo esperanza, porque la he perdido, a la única persona capaz de hacerme sentir vivo y ahora, solo quedaba la oscuridad.

—Te encontraré, *Cailleach* y no te dejaré escapar.

Continuará…

Agradecimientos

Siempre voy a estar agradecida a Dios por todo, cada cosa que suceda en mi vida, así no pueda entenderla. Gracias a la Virgen del Valle y Santa Teresita del Niño Jesús por siempre sostener mi mano, por llevarme por el camino correcto. Mi eterno agradecimiento a la persona que cree en mí, la que nunca suelta mi mano y yo nunca soltaría la de ella, a mi mamá.

¿Qué es de la vida sin amigos? Pues, no es nada, los amigos son la familia que escogemos, por eso siempre voy a estar agradecida por tener a Lisbeth. Una persona que este año han estado para mí, sin importar la circustancias y la distancia.

Como dije, los amigos son la familia que escogí por le doy las gracias a Celina, que cree en mí, que me alienta y me brinda su amor incondicional.

Glorialys, mi tóxica, mi niña, sabes que te quiero, te has ganado todo mi amor, mi gemela, el hilo rojo que nos une un día no llevará a abrazarnos. Gracias por tanto.

Mi Lupe, mi loca, una promesa es una promesa, Declan es tuyo, gracias por amarme y ser la sonrisa en los días grises.

Masiel, gracias por el apoyo, por ser parte de esta locura, espero que pronto podamos trabajar juntas. Seguiremos enamorándonos de los locos controladores, esos que te tienen loca.

Hoy quiero dedicarle unas palabras especiales a mi Yensi, por llegar a mi vida y meterse en mi corazón. Apoyarme y cuidarme como solo una verdadera amiga puede hacerlo. Eres una persona que me ha sorprendido, gracias por tu cariño incondicional.

Siempre voy agradecer a las cuentas de Instagram, creo que sin su trabajo nosotros los autores no podríamos proyectarnos, gracias por todo su apoyo. En especial a todas mis niñas y no tan niñas que forman parte de mi team de Booktour, un año entero juntas y no tengo palabras para darle las gracias, son únicas. No tengo palabras para ustedes: Fontcalda, Lucrismar, Nico, Lyn, Karla, María, Nalle, Lucy, Alcio, Pao, Helena, Mary JT, Esther, Kriss, Sabri y Loli.

Gracias a ti, por muchos años más en en que contemos más historias.

¡Mil veces gracias!

Sobre la autora
Lorena del Valle Fuentes P.



Venezolana de nacimiento y de corazón, enamorada de su país y de todo lo bueno que siempre ha tenido; Lorena Fuentes desde pequeña ha tenido fascinación por la lectura y las letras. Su primer libro fue Platero y yo, pero la historia del niño que enseña a los adultos: El Principito, fue la que la enamoró.

Es amante de las artes en todas sus expresiones. En 2015, con Soy Tuya incursiona por primera vez en ese mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos. Tras haber realizado varias publicaciones, octubre de 2016 trae a su vida su primer Best-Seller: Amor en llamas, llegando al primer lugar de ventas en novelas de ficción de Amazon.

Fuentes, pensando siempre en su público, se dio a la tarea presentar sus obras en otros idiomas, trayendo así en marzo de 2019 Amore in fiamme, y aventurándose al inglés, presenta en julio de ese mismo año The Most Beautiful Night; para octubre de 2021, trae en portugués su más grande éxito Amor em chamas.

En el año 2020 nace para ella su mayor reto, así como una de sus más grandes satisfacciones, el Dark Romance, género que trae consigo La Ley del Silencio, serie llena de controversia por su contenido, Omertà ve la luz en julio; su gran secuela, Amore e Vendetta en octubre; 2021 trae la historia del menor de los Lombardo, Inferno e Paradiso; Uomo D'onore es la penúltima novela de la serie, publicada en octubre de este mismo año, el quinto y último libro dará fin a la serie en febrero.

Para la escritora colaborar con sus compañeras, creando lazos y consintiendo a sus lectores, es algo fundamental, por ese motivo incursionó en las antologías multiautor Romances Que Dejan Huella en febrero de 2020, y Día de los Enamorados, en el mismo mes, pero de 2021. Sin dejar pasar la oportunidad de celebrar las fiestas decembrinas, Un regalo para ti trae una colección de relatos de su autoría, acordes a la fecha, que te harán pasar un grato momento.

No hay amor más grande que el de Lorena por sus lectores, así que no dudes en comunicarte con ella para comentar sus obras o compartir un grato momento hablando de libros.

Redes Sociales:
Facebook: https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/
Instagram y Theards: @lorenafuentes2

X: @lore2811

Libros:

Serie Nos Pertenecemos:

Soy Tuya 27/03/2015
Todo de Ti 27/11/2015
Lo Mejor de ti 02/03/2017
Nos Pertenecemos 13/08/2020
Girasoles para Lu 21/11/2019
Relatos de la serie:
Todo Cambió: 26/04/2015
Algo Sobre de Diciembre: 21/12/2015

Unitarios:

Serendipia 01/05/2016
La Noche Más Linda 11/07/2017
Y Lo Conocí en: 27/11/2018
Desencuentros 15/03/2019
Óbelo: 30/07/2019
No Fue Mi Intención Amarte: 01/08/2021
90 días 28/11/2021
Ramé 04/07/2022
Una Segunda Oportunidad 16/10/2022
El Bufón y la Reina 23/01/2023

Serie ley del Silencio:

Omertà 19/03/2020
Amore e Vendetta 26/10/2020
Inferno e Paradiso 15/05/2021
Uomo D'onore 21/10/2021
L'Ultimo Capo 14/10/2022

Biología Atrévete a Amar

Filofobia: 01/05/2018
Resilio 01/08/2018

Bilogía en llamas:

Amor en llamas 15/10/2016
Corazones en llamas 03/12/2017

Serie Estación 44

Fuego Amistoso 01/02/2021

Serie Ruinas

Hermosas Ruinas 29/10/2024

Antologías:

Romances que dejan huellas 14/02/2020
Un regalo para ti 09/12/2020
Antología de Relatos: “Día de los enamorados” 14/02/2021
Darkness “Reinas de La Oscuridad” 29/10/2021
Un Regalo que Deja Huella 30/12/2022

Traducciones:

Amore in fiamme 29/03/2019
The Most Beautiful Night 26/07/2019
Amor em chamas 15/10/2021
La notte più bella 01/02/2022

---

[1] Bruja.
[2] Mi pequeña bruja.
[3] La pequeña bruja
[4] Mi pequeña
[5] Tus labios serán mi perdición
[6] Esto es para siempre
[7] Para siempre
[8] Fierecilla.
[9] Mi amada esposa